

LA HEREDERA

# *Inocente*



KATHALEE TRUEBA

*Inocente*

Kathalee Trueba

INOCENTE

2018. [SEP]

Kathalee Trueba.

Todos los derechos reservados.

Todos los derechos están reservados, incluyendo la reproducción parcial o total de esta obra sin permiso de su autora.

Los derechos de la imagen en portada pertenecen a:

<https://pixabay.com/es/rosa-coraz%C3%B3n-flor-amor-3150962/>

Contacto:

Correo: [kathaleetrueba@hotmail.com](mailto:kathaleetrueba@hotmail.com)

Blog: <http://kathaleetrueba.wix.com/blog>

Facebook:

<https://www.facebook.com/TruebaKathalee>

Nuevamente he dado mi máximo y un poquito más en esta historia.  
Gracias por leerme.

“Hubo cosas que quise decirte, pero sabía que te lastimarían. Así que me las guardé y dejé que me dañaran a mí”.

# PRÓLOGO

Un leve gemido me hace abrir los ojos.

Cuando me giro recuerdo que estoy con ella y me siento feliz. Me giro un poco más para quedar sobre mi costado y poder verla dormir.

Me encanta.

Si me preguntaran, ¿qué es lo que más me gusta de ella? Probablemente no sabría que responder. Aunque estoy seguro de que las pecas en su rostro formarían parte del *top cinco*. Y es que, aunque ella las odia, a mí me enloquecen.

Sin duda alguna, otra de las cosas que me encantan son los ruiditos que hace al dormir, los hoyuelos en sus mejillas cuando sonrío y su mirada, a veces llena de inocencia y otras, llena de deseo.

Juro que hay días en que no puedo creer que está a mi lado. Que me quiere.

Cuando abre los ojos clava su mirada perfecta en la mía.

— Hola...— dice sonriendo.

De nuevo se forman los pequeños hoyuelos en sus mejillas. Definitivamente han ganado.

— Hola, dormilona.

Se estira un poco.

— ¿Cuánto tiempo llevas viéndome?

— Poco. Como dos horas.

Ríe.

— No seas payaso— se da la vuelta y toma su móvil— ¿Qué hora es?

— Las seis.

Suspira.

— Quedé de llegar a las ocho.

—Lo sé, pero no quería despertarte. Te veías preciosa durmiendo.

Se recuesta de nuevo a mi lado.

— Ha sido el mejor cumpleaños de todos— recarga su cabeza sobre mi pecho

—. Te amo.

Sonrío encantado.

— Aún nos faltan muchos cumpleaños, pequeña.

— Lo sé, pero este definitivamente entrará en mi *top*.

— ¿Cómo se llama tu *top*?

— *Top diez de los mejores cumpleaños a lado de un novio*.

— Ja, ja ... Qué graciosa.

Sonríe.

— Se llama: *“Mis diez momentos más felices a tu lado”*.

Beso su frente y es entonces que su móvil comienza a sonar.

— Es mi mamá— dice al ponerse de pie—. Responderé afuera.

Asiento, se envuelve rápidamente en la sábana y sale al balcón a responder.

Es su cumpleaños número veinte y para celebrarlo se me ocurrió rentar una cabaña a las afueras de la ciudad.

La veo hablar por el móvil a través del ventanal y me doy cuenta que ya no es aquella pequeña de diecisiete años que conocí. Su cuerpo y mente ahora es el de una mujer. Una que me tiene completamente enamorado.

Cuando me doy cuenta que ha dejado su cámara sobre el buró, la tomo y sigilosamente camino hacia el ventanal. Abro el mismo, prendo la cámara y la enfoco. Justamente cuando voltea aprieto el botón y tomo, probablemente, la mejor foto de todas. Tratando de no distraerse me sonríe y me empuja.

Después, se despide de su madre y cuelga.

— Dame eso— dice al arrebatarme la cámara.

— ¿Qué quería tu mamá?

— Quería recordarme que quedé de llegar a las ocho. Va a ir mi abuela.

— Vaya manera de arruinar un cumpleaños.

Sonríe.

— Mi abuela no es mala, solo que... es extraña.

— Se la vive criticando a tu mamá y la manera en que te educó.

— Ya lo sé, pero me quiere. Siempre dice que ve a mi padre a través de mis ojos.

Asiento, pero no tengo nada para decir al respecto.

— Es hora de vestirnos e irnos, pequeña.

Entro a la habitación y veo el reflejo de un flash.

— Oye...

— Bonito trasero, mi amor.

— Dame eso.

Esconde la cámara detrás de su cuerpo rápidamente y, aprovechando la ocasión, la abrazo y la pego a mí.

— Te amo, preciosa.

— Yo te amo a ti, salvaje.

Sonríe y nos besamos de nuevo. Cuando se distrae le quito la cámara y le tomo

un par de fotos. Luego entre risas me jala de nuevo hacia la cama.

— No quisiera irme nunca.

— Volveremos a venir, amor. Te lo prometo.

Después de vestirnos cerramos con llave la cabaña y dejamos la misma en donde el dueño ha pedido.

Una vez en el auto la veo buscar algo en su bolso.

— Me toca poner música— dice al conectar su móvil.

*Miranda!* inunda el auto y yo me limito a sonreír y poner el auto en marcha. El camino estimado es de hora y media hasta su casa. Así que, si no encontramos tránsito, apenas si vamos a llegar a tiempo.

Poco antes de que tomemos la carretera hay un pequeño pueblo en el que venden helados exquisitos, así que detengo el auto y nos paramos a comprar. Ella, aprovechando que hay, pide un helado de piñón con nuez. Yo pido uno de mango con chile.

—Espera — dice cuando le abro la puerta para que aborde de nuevo—, quiero tomar una foto.

Le detengo el helado y saca la cámara. Le toma una foto al humilde puesto de helados y toma otra más de un bonito portón rojo.

— ¿Qué están haciendo ahí? — pregunta al señalar a un grupo de personas sentadas sobre el pasto del otro lado de la carretera.

— Supongo que un picnic.

— Ya... — se alza en hombros—. Nunca he hecho uno.

— ¿No?

— No.

Sonrío.

— Te llevaré de picnic, lo prometo.

Sonríe y me besa.

Sube al auto, le entrego su vaso y volvemos al camino mientras la veo disfrutar de su helado. Después la escucharé quejarse de que el helado le sacó *barritos*, pero da igual. Me encanta complacerla.

Después de conducir unos diez o quince minutos llegamos a la caseta de peaje. Pago y avanzamos unos quinientos metros más. Es entonces que una camioneta negra con una sirena detrás de nosotros, nos pide mediante un altavoz que nos detengamos argumentando que son de la Policía Judicial Federal.

— ¿Por qué nos detiene?

— No lo sé— le respondo mirando por el retrovisor.

Dos tipos de bajan de la camioneta y se acercan por cada lado.

— Sus papeles, por favor— dice el que se ha detenido a un costado de mi ventanilla.

— Claro.

Abro la guantera y saco la tarjeta de circulación. De mi cartera saco mi licencia y se la entrego.

El tipo lee ambas.

— Roderick Villanueva...

— Así es.

Asiente.

— Por favor, salga del auto. Está detenido por portación de drogas con intención de distribución.

# PRIMERA PARTE

Sin intención alguna

# 1

## Tres años atrás...

### Sebastian

Abrí los ojos cuando la alarma comenzó a sonar. Con mucho cuidado me giré para apagarla. Sin embargo, Dinna se quejó.

— Lo siento...— le dije al ponerme de pie.

— ¿Qué hora es? — preguntó sin siquiera abrir los ojos.

— Las cuatro. Vuelve a dormir.

— Demonios...

Sin más, se giró para envolverse en las cobijas y volvió a dormirse.

Entré al cuarto de baño, me asecé y después de ponerme ropa deportiva bajé a la cocina. Me tomé un batido de proteína y caminé hacia la habitación que adaptamos como gimnasio.

Todos los días, poco antes de las seis de la mañana me ponía a hacer flexiones, corría sobre la cinta y, algunas otras veces, nadaba o hacía ejercicio al aire libre en el jardín de la enorme casa que habitábamos. Sin embargo, aquella mañana tuve que despertar más temprano pues tenía una cita en la Agencia de Investigación del Estado, a dos horas de camino en auto desde nuestro hogar.

Después de ejercitarme subí a la habitación tratando de no hacer ruido e inmediatamente me metí a bañar. Cuando salí comencé a vestirme frente al espejo. Estaba nervioso pues desconocía los motivos de aquella reunión.

— Alguien está emocionado de ver a sus compañeros...— dijo Dinna desde la cama.

Le miré y sonreí.

— Buenos días, flojita.

— Te ves muy guapo, creo que voy a dudar que en verdad vayas a la agencia

— dijo al ponerse de pie y meterse a bañar.

— ¿A dónde más podría ir?

— No lo sé, vas muy guapo.

Sonreí y seguí arreglándome.

Cuando Dinna salió de bañarse, me miró.

— Me gusta mucho esa camisa.

— Lo sé, por eso me la puse— sonrió—¿Cómo me veo?

— Guapísimo, pero... — se acercó a mí y comenzó a acomodarme la corbata

—. Así está mejor.

— Gracias.

Sonrió.

— ¿Volverás tarde?

— Yo espero que no, pero cualquier cosa yo te llamo.

— Vale.

Me acerqué a ella y la tomé por la cintura sin importar que el agua de su cabello me mojara a la camisa.

— Te amo— le dije al besarla.

— Yo a ti. Conduce con cuidado.

Salí de casa poco antes de las seis de la mañana pues el trayecto sería largo.

Tenía poco más de siete años de no ver a mis antiguos compañeros y reencontrarme con ellos me ponía nervioso, pero al mismo tiempo me inyectaba energía.

Durante el camino, estuve pensando mucho en lo sucedido con mi carrera.

Había renunciado a ser agente para proteger a mi familia, para junto con Dinna criar a nuestros dos hijos, porque, aunque Nicole no fuera mi hija biológica, la quería como si lo fuera.

Las cosas con Dinna iban bien. Éramos una pareja bastante cariñosa y nuestra relación me parecía fuerte. Si bien, a momentos las cosas no salían como esperábamos, lográbamos salir victoriosos de los malos ratos.

Cuando llegué a la agencia me sorprendió lo mucho que había cambiado. Siete años pasaron desde que decidí dejar de llevar un arma y una placa encima. Sin embargo, extrañaba todo aquello.

— Buenos días— le dije a la chica en recepción.

— Buenos días— me miró—¿En qué puedo ayudarlo?

— Tengo una cita con Julián Muñoz.

— ¿Cuál es su nombre?

— Sebastian Alcántara— dije al entregarle mi identificación.

La chica le echó un vistazo y sonrió.

— Un placer, agente.

— Gracias...

Con ímpetu comenzó a teclear en el ordenador y después me entregó un gafete de acceso.

— Adelante. Tercer piso.

— Gracias.

Caminé hacia las escaleras. Realmente no era un tipo de tomar un elevador si no era totalmente necesario.

Cada piso era totalmente diferente a como lo recordaba. El personal tampoco era el mismo ¡Todo había cambiado!

Cuando llegué al tercer piso, mismo en el que había pasado gran parte de mi vida, sentí melancolía.

— ¡Mira nada más! — dijo Regina al verme. Ella salía del ascensor.

Sin más, nos abrazamos.

—¿Cómo estás, preciosa?

— Bien— besé su frente—. Te ves muy guapo—sonreí—. Linda corbata.

— Dinna insistió en que la usara— mentí.

— Pues es perfecta— sonrió— ¿Cómo está?

— Bien. Ya sabes, de aquí para allá.

— ¿Y mis niños?

—Emiliano en el colegio e insistente en el tema del futbol— Regina sonrió—.

Nicole está por terminar el ciclo y tiene a su mamá vuelta loca con eso de la fotografía.

— Estoy segura que le iría bien en cualquier cosa que elija estudiar.

— Yo también. Insiste en que quiere irse a estudiar a Nueva York, pero Dinna no quiere.

— ¿Y tú? ¿Quieres?

— Pues... sí y no— suspiré—. Por una parte, estaría lejos y eso me preocuparía— Regina asintió—, pero estoy seguro que le iría de maravilla.

— Bueno, aún tiene tiempo para decidirlo.

En ese momento, sentí un golpe en el hígado.

— Nunca bajas la guardia— dijo Cesar.

Sin más me giré y lo golpeé en el estómago.

— Bien dicho— dije mientras Cesar intentaba recuperar la respiración.

— Par de salvajes— nos dijo Regina—. Machos tenían que ser.

Sin más, Cesar y yo nos abrazamos.

— ¿Cómo estás, viejo? — me preguntó Cesar.

— Mejor que tú sí— lo miré de pies a cabeza—. Definitivamente.  
Reímos.

— Ahora veo porque Dinna te sacó de trabajar— me dijo al apretar los  
músculos de mis brazos.

Aventé su mano y reí.

— Ya te he dicho que no demuestres tus celos en público — sonrió—. No se  
ve bien.

Regina negó con una sonrisa en el rostro.

— ¿A qué debemos el honor de tu visita? — preguntó Cesar al cruzarse de  
brazos.

— Julián me mandó llamar.

Cesar asintió.

—Esto ha sido un desfile de gente que llega para quedarse o que llega y se va  
sin empleo— dijo.

— ¿Supiste del cambio de directivos? — me preguntó Regina.

— Solo a grandes rasgos.

— Despidieron a Gerardo— dijo Regina.

— ¿Sería una mala persona si me alegrara?

Regina rio.

— ¿Por qué no te agrada? — me preguntó Cesar.

— Porque quería con Dinna— respondió Regina.

Cesar sonrió.

— Cierto. Recuerdo que dijo un par de cosas...

Negué. Prefería no hablar del tema.

Antes de que Cesar pudiera decir algo más, Julián apareció metido en un taje  
que lucía costoso.

— ¡Sebas! — dijo al acercarse—. Qué bien te ha tratado la vida.

Sonreímos.

— Lástima que no puedo decir lo mismo— respondí.

Sin más, Julián y yo nos abrazamos.

— Se me hizo un poco tarde— se disculpó—, pero pasa de una vez, así no te  
quito mucho de tu valioso tiempo.

—Claro. — miré Regina— ¿Comemos el fin de semana?

— Por supuesto.

— ¿Te animas? — le pregunté a Cesar.

— Ni pensarlo dos veces.

— Entonces nos vemos el fin.

Les regalé un fuerte abrazo y después, junto con Julián, entramos a su oficina. No disimulé al analizarla.

— ¿Qué te parece? — preguntó — ¿Te gusta?

— Bastante.

Sonrió.

— ¿Qué tal la vida de casado?

— Bastante buena— dije al tomar asiento frente a su escritorio.

— Me alegro— aclaró su voz—. Supongo supiste sobre las destituciones que hubo.

— A grandes rasgos, pero tampoco es que esté desinformado— Julián asintió

—. Por cierto, felicidades por el ascenso.

Sonrió.

— Gracias. A decir verdad, si tú no hubieras renunciado, lo más seguro es que tú estarías ocupando esta oficina y no yo.

— Para nada, yo soy malo para eso de la administración.

— Las finanzas de los hoteles de tu mujer dicen lo contrario.

Sonreí.

— Es diferente.

— Como sea. Te llamé porque, bueno, me han dejado al frente. Y con todos los cambios que hubo, tengo un puesto para ti.

— Julián...

— Sé que no necesitas el empleo— se anticipó a responder—. Sé que te va de maravilla con los hoteles— asentí—. Y que tu vida es demasiado perfecta, pero me gustaría que ocuparas un cargo. Ya no como agente.

— ¿Entonces?

Julián sonrió. Había picado mi curiosidad.

— Me gustaría que te quedaras al frente de formación. Que seas tú quien prepare y evalúe a los nuevos agentes— asentí—. Yo sé que tu vida es mejor que la de muchos, incluyéndome— la verdad me era incómodo escuchar comentarios similares—, pero... ¡Vamos! ¡Dime que no extrañas el trabajo!

Sonreí. Aquello era totalmente cierto.

— La mayoría del tiempo.

Julián sonrió complacido.

— Entonces piénsalo. Háblalo con tu mujer y si te animas, el puesto es tuyo.

— Julián, yo te agradezco, pero...

— Eres mi primera y única opción. No pensé en nadie más. Así que si decides declinar mi oferta, tendrás que, al menos darme un par de opciones que te

suplan. Porque a mí no se me viene a la cabeza alguien más preparado que tú. Sonreí.

— Julián, me honras. En verdad lo haces, pero...— suspiré—, debo hablarlo con Dinna.

—Hazlo.

Asentí y me puse de pie.

— ¿Es todo?

— Es todo — Julián se puso de pie también y estrechó mi mano—. Ojalá aceptaras, estaría muy honrado.

— Gracias. Tendrás mi respuesta apenas hable con mi mujer.

— Salúdala de mi parte y dale un beso a esos pequeños.

— Gracias.

Sin más, abandoné su oficina. No esperaba nada de eso.

Al salir busqué a Regina y a Cesar, pero ambos se habían marchado. Así que volví inmediatamente a la ciudad.

La oferta era demasiado buena como para rechazarla, pero tenía que consultarla con Dinna.

## Dinna

Igual que todas las mañanas había sufrido para despertarme. A pesar de los años que llevaba a lado de Sebas, seguía sin poder acostumbrarme a sus horarios.

Esa mañana se había marchado más temprano de lo normal pues fue citado por parte de la agencia. Algo en mi interior me gritaba que lo querían de vuelta, pero él había prometido que no volvería a ser un agente, pues no quería ponernos en riesgo. Yo sabía bien que, aunque Sebas no la pasaba tan mal con el rollo de administrar, aquello no le apasionaba tanto como la agencia.

Cuando llegó de aquella reunión yo estaba hablando por teléfono con uno de mis socios, así que mediante señas me indicó que subiría a cambiarse. Una vez que terminé la llamada lo alcancé en la habitación. Se estaba cambiando.

— Pensé que volverías más tarde...

Me miró a través del espejo.

— Julián fue al grano, así que fue rápido.

— ¿Qué es lo que quería?

— Quiere que me quede al frente de formación— se giró y me miró—. Ya no saldría a campo, solo prepararía a futuros agentes.

— ¿Y? ¿Qué le dijiste?

— Que debía platicarlo contigo.

Sonreí.

— Vamos, cariño — me acerqué y me colgué a su cuello—. Ahora resulta que debo darte permiso.

— No se trata de permisos, se trata de que somos pareja y tratamos de tomar las decisiones importantes juntos.

Sonreí.

—Cada que te comportas así me dan ganas de lanzarme encima tuyo— lo besé

—. Te amo.

Acarició mi mejilla.

— Yo te amo a ti, cariño.

Suspiré.

— Supongo que tendremos que mudarnos, ¿no?

— Pues... solo si acepto.

Sonreí.

— Vamos, te mueres por regresar a la agencia y no te culpo— le un pequeño beso—. Yo regresaría a dar clases si pudiera.

Sonrió.

— ¿Crees que los niños lo tomen bien? Digo, Emiliano está pequeño y seguro que se adaptará rápidamente, pero Nicole...

— Nicky es una adolescente que debe tener bien claro que has sacrificado mucho por esta familia. Estoy segura de que entenderá que nosotros también podemos hacer un pequeño sacrificio por ti.

— No me gustaría obligarla.

— No lo harás. Verás que ella misma te alentaré a que lo hagas— acaricié su mejilla—. Te quiere mucho.

— Y yo la adoro.

— A veces creo que más que a mí.

— Es un cariño diferente — dijo al poner sus manos sobre mi trasero —. A ti te deseo con toda el alma.

Sin perder tiempo me alzó por las caderas y yo rodeé su cintura con mis piernas. Me llevó en brazos hasta la cama y me recostó, para después ponerse sobre mí.

— ¿Pusiste el seguro a la puerta? — preguntó.

— Estamos solos, pero sí.

Sonrió y me besó de nuevo.

No había nada que me excitara más que sus besos, ni nada que me hiciera vibrar como el rose de su piel. El sexo seguía siendo igual de ardiente que años atrás. Y es que, a sus cincuenta y seis años, Sebastian estaba en perfecta forma y gozaba de una condición increíble. En verdad me encantaba.

# 3

## Nicole

Cuando el despertador sonó maldije el haberme quedado despierta hasta tarde por estar hablando con Mariana.

— Nicole...— dijo mi madre desde la puerta—. Nicole...

— Ya desperté — dije con mal humor.

La escuché caminar hacia la habitación de mi hermano. Comenzaría esa lucha diaria por sacarlo de la cama.

Con toda la flojera del mundo me puse de pie y prácticamente me arrastré hacia el baño. Desde que nos mudamos, el cambio del internado a un colegio normal fue sumamente agotador.

Una vez que salí de bañarme comencé a ponerme el uniforme del colegio; falda negra a rayas blancas, calcetas negras poco arriba de la rodilla, blusa negra con puños del mismo tipo de tela que la falda, una corbata con un moño enorme del mismo tipo y zapatos negros con un tacón pequeño, pues no se me dejaba llevar zapatos más altos. La realidad era que el uniforme no me agradaba del todo.

— Niña Nicole...— dijo Yolanda del otro lado de la puerta.

— Adelante.

Aún no terminaba de peinarme el cabello con secadora.

— ¿Va a querer fruta con yogurt o las tostadas?

— Fruta, por favor.

Asintió y salió de ahí.

Una vez que terminé de acomodar mi cabello, el cual era un desastre, bajé.

Sebas leía el periódico mientras desayunaba.

— Buenos días...

Me miró y sonrió.

—Buenos días, preciosa— le di un beso en la mejilla—¿Cómo dormiste?

— Bien, pero poco.

— ¿Te acostaste tarde?

—Sí, tenía tarea — mentí.

Hizo una mueca.

— Cuando llegues te duermes toda la tarde.

— Me encantaría— dije al sentarme frente a él—, pero tengo teatro.

— ¿Cómo te fue con la audición?

— Hoy publicarán los resultados, así que deséame suerte.

— Cariño, serían muy tontos si no te dieran el papel principal.

Sonreí encantada. Sebas siempre decía cosas lindas que me animaban.

— Aquí tiene, niña—dijo Yolanda al servirme mi desayuno.

— Gracias.

Mi móvil sonó y me percaté de que había recibido un correo.

— Buenos días...— dijo mi madre al entrar— ¿Tan temprano con el móvil los dos?

Sebas y yo nos miramos y reímos. Después lo pusimos a un lado.

— ¿A dónde irás tan guapa? — le pregunté.

— Veré a Martin y a los de la constructora.

— Espero que logremos un descuento— dijo Sebas mientras bebía café.

Mi madre rodó la mirada.

— Olvidé decirles que el fin de semana vendrá Regina a cenar con su prometido.

Miré a Sebas y vi la mueca que hizo.

— Roger te va a agradar— le dije.

Se alzó en hombros.

— ¿A qué hora tengo que estar aquí?

— Llegarán a las ocho.

Sebas asintió.

— De acuerdo.

— Tú también — me dijo mi madre.

Asentí.

En ese momento un monstruo de un metro con cuarenta centímetros, ojos verdes y escasos diez años cruzó la puerta.

— Buenos días— dijo con esa bonita y tímida sonrisa.

Se acercó a Sebas y le dio un beso en la mejilla.

— ¿Cómo va esa ceja, campeón?

— Bien — dijo al sentarse.

Dos semanas antes se había caído de la bicicleta y abierto la ceja.

— ¿Ya no te duele? — le pregunté.

— No, pero no me ha crecido el pelo de ahí.

—Ni lo hará — dije.

Sebas rio y Emiliano se cruzó de brazos.

— Bueno, yo ya me voy — dijo Sebas al ponerse de pie.

— ¿Firmaste mi permiso para el paseo? — preguntó Emiliano.

— Sí.

— Gracias.

Sebas sonrió, le dio un beso en la frente y después me dio uno a mí.

— Ya me contarás en la noche lo del teatro.

— Claro.

— Voy lavarme los dientes, amor — dijo al darle un pequeño beso a mi madre y subir a su habitación.

Me encantaba la energía de Sebas.

— Ayer habló tu tía Miranda— me dijo mi mamá.

— ¿Te dijo de la campaña?

— Sí.

— ¿Y? ¿Me dejarás?

— No lo sé.

— ¿Por qué?

— Porque primero Martín tendría que revisar los contratos y después tendría que ver tus calificaciones— hice una mueca— ¿Cuándo te las entregan?

— La próxima semana.

— Perfecto. Tu tío me dijo que debo tomar una decisión el próximo fin de semana.

— Mamá, por favor. Nunca te pido nada.

— ¿No? ¿Y el ordenador que te acabamos de comprar? — rodé la mirada—. El cual fue bastante caro.

— Lo necesito para el colegio.

— Entonces no digas que nunca pides nada.

— Me refería a que...

— Ya te dije que cuando sepa sobre tus notas tomaré una decisión.

Sin decir nada más me puse de pie y subí a mi habitación molesta.

## 4

### Nicole

Igual que todas las mañanas mi madre nos llevó al colegio a mi hermano y a mí.

— ¿A qué hora llegarás? — me preguntó al bajarme del auto.

—Tengo teatro. Supongo que como a las cinco.

— De acuerdo, mantenme avisada de que estás bien.

Mi madre puso el auto en marcha y yo me giré hacia el colegio. En la parte central y superior sobresalía el letrero con el nombre: “*Aberdeen High School*”.

Tenía seis meses estudiando ahí, mismos que teníamos viviendo en la ciudad pues Sebastian había aceptado un puesto en la agencia de investigación para la que años atrás había trabajado. Debo decir que cuando mi mamá me habló sobre ello inmediatamente me opuse. Yo no quería cambiar de colegio, de vivienda y mucho menos de amigos, pero mi madre me hizo ver que Sebastian había sacrificado muchas cosas por nosotros tiempo atrás, entre ellas estaba que había abandonado el trabajo tanto en campo como en la agencia para protegernos. Durante todo ese tiempo se había hecho cargo, junto con mi madre, de los hoteles, centros comerciales y demás propiedades. Sin embargo, no era un secreto que a Sebastian le gustaba ser un agente. Fue por eso que yo misma le dije que no podía rechazar aquella oportunidad. Que mudarnos me parecía una idea genial.

La realidad es que durante los primeros dos meses pensé que había sido la peor decisión de mi vida pues, en primer lugar: el colegio al que asistía anteriormente era, por mucho, más exclusivo que el actual. Además, odiaba ser la “chica más popular del colegio” gracias a mi apellido. En mi antiguo colegio, que además era un internado, había hijos de artistas mexicanos, políticos e importantes empresarios, por lo que yo podía pasar desapercibida. Sin embargo, en el nuevo colegio era el centro de las miradas y comentarios. Para Emiliano todo fue más fácil. Él al segundo día ya tenía dos mejores amigos y se había olvidado de los anteriores. Para mí no fue tan fácil. Sin embargo, el tiempo había pasado y por fortuna, había conocido a Mariana. Mariana era una de mis mejores amigas. Era una combinación perfecta entre

rebeldía y responsabilidad. Confiaba en ella más que en cualquier persona y, aunque no coincidíamos en muchas cosas nos llevábamos bien. Supongo era porque entre nosotras no había competencia.

Mariana era hija única y su padre era un empresario exitoso que trabajaba con mi madre. Su mamá era una altruista, chef y guapa mujer a la que admiraba mucho. Realmente su familia y la mía se agradaban.

Gracias a Mariana conocí a Edna, mi otra mejor amiga. Las tres éramos inseparables. Ella era divertida y un poco más rebelde. A veces pecaba de sincera y llegaba a incomodar con algunos comentarios un tanto hirientes, pero la realidad es que nunca era su intención lastimarte ni mucho menos. Mariana andaba con Martin quien, a su vez, era hermano de Edna. La verdad es que podía entender por qué Mariana lo quería tanto, pues era un chico increíblemente lindo y muy inteligente.

— Ahí estás — dijo Mariana al acercarse y saludarme con un beso—. Ya pusieron la lista de la obra.

— ¿Vamos a ver?

Asintió y caminamos entre los pasillos del colegio. Nos detuvimos frente a la entrada principal del pequeño teatro dentro del colegio.

— ¡Sandy Olsson! — leí emocionada— ¡Me dieron el papel!

— ¡Genial! — gritó Mariana al abrazarme emocionada.

En ese momento vimos a Laura y a Edna acercarse.

Mariana dejó de abrazarme.

— ¿Qué celebramos? — preguntó Edna.

— Seré Sandy en la obra— les dije.

— ¡Felicidades!

Edna me abrazó también, pero Laura se limitó a fingir sonreír. Ella era una muy buena amiga de Edna, pero yo no le agradaba ni un poco y eso lo tenía muy claro. Ella también había audicionado para la obra y, evidentemente, el que yo obtuviera el papel no mejoraba las cosas entre nosotros.

— Seré Betty Rizzo...— dijo con cierta decepción.

— Felicidades— le dijo Mariana al abrazarla.

— Sí, amiga— Edna también la abrazó—. Lo harás de lujo.

Fingió sonreír.

— Felicidades...

Me miró con una mueca en el rostro.

— Gracias.

Cuando el timbre por el cambio de clases sonó, todas prácticamente corrimos hacia nuestra siguiente clase.

## Dinna

Volver a la ciudad nunca estuvo entre mis planes. A decir verdad, caminar por aquellas calles me traía recuerdos. Sebastian era un gran hombre, lo amaba muchísimo, pero Nick... él había sido mi primer amor y estaba segura de que, de haber vivido, seguiríamos juntos.

Uno de tantos días en los que tuve que visitar a mi abogado y que por culpa del tránsito tuve que bajarme del auto y caminar, pasé justo a un costado del parque y no pude mitigar el dolor que los recuerdos me provocaban. Aquel parque era uno que mil veces recorrí tomada de la mano de Nick. Ahí, compartimos mil y un helados. Mil risas. Ahí, Nick me cargó en su espalda por el simple gusto. Y fue también ahí que un nudo se formó en mi garganta. Los recuerdos fueron en su momento un motivo fuerte para irme de la ciudad. Cuando llegué a la oficina de mi abogado, éste me recibió con el mismo entusiasmo de siempre.

— Mira nada más... ¡Te ves preciosa, Dinna!

Lo abracé.

— Tú siempre tan lindo.

— Cariño, cuando supe que vendrías saqué del closet mi mejor traje.

Sonreí.

— ¿Cómo estás? Tenía mucho que no nos veíamos.

— No puedo quejarme. Y ni preguntar cómo estás tú, porque claramente estás muy bien.

— Gracias...

— ¿Cómo van las cosas? ¿Ya te adaptaste de nuevo?

— Aún no del todo, pero me estoy esforzando.

— ¿Y los niños?

— Pues... Emiliano está encantado con el colegio. Nicole... — hizo una mueca—. Para ella ha sido un poco más complicado, pero no se ha quejado.

— ¿En qué semestre va?

— En el quinto. Ya casi se va a la universidad.

— Tiene mucho que no la veo, pero debe ser preciosa.

— Tengo una foto. Déjame te la muestro.

Busqué en su perfil y se la mostré.

— Es idéntica a ti cuando tenías su edad.

Sonreí.

— Lo sé. El otro día acomodaba algunas cosas de mi papá y encontré una foto mía más o menos de esa época.

Martín asintió.

— Tu padre estaría fascinado con Nicole. La amaría.

Asentí con un poco de melancolía.

— Hay días que lo extraño mucho— lo miré—. También a Nick.

Martín hizo una mueca.

— Tu padre ha sido el mejor hombre sobre la faz de la tierra—asentí—. Y si adoraba a Nicholas por algo era.

Sonreí.

— Y Nick lo quería mucho. Lo admiraba.

— No era para menos, mi niña.

Suspiré.

— ¿Cómo está Sebas? — preguntó para cambiar de tema.

— Bien. Está muy feliz de volver a la agencia.

— Es un gran hombre también. Me alegro mucho por ambos.

— Puros buenos hombres me rodean— dije al tomar su mano—. Estoy muy agradecida.

Martín me sonrió.

— Te mereces lo mejor— aclaró su voz—, pero dejémonos de cursilerías.

Quiero que revisemos juntos un par de documentos antes de dar la autorización de la construcción.

Asentí.

— También quiero que revises un contrato para una campaña publicitaria de Deluxe.

— ¿Ahora también serás modelo?

Reí.

— ¡Qué va! Es para Nicky. Sus tíos le consiguieron la campaña, pero me gustaría que me asesoraras al respecto.

— Será un enorme placer, muñeca.

Sonreí y me senté frente a él.

La construcción de un nuevo hotel dentro de un centro comercial estaba a nada de comenzar. Aunque años atrás había dicho que no esperaba que la cadena

hotelera creciera más, la idea que se me presentó al respecto me fascinó al igual que a Sebastian. Así que decidí aceptar y Martín, mi abogado de toda la vida y confianza, quería afinar detalles antes de que comenzara.

Aquello haría que estuviera un poco más ocupada de lo común. Sin embargo, lo agradecí pues con Sebastian trabajando y mis hijos en el colegio, había días que me sentía sola y con mucho tiempo libre.

## 6

### Rocco

Me giré para mirar hacia el techo mientras intentaba regular mi respiración.  
— No me jodas— dijo Nevra a mi lado—. Eso estuvo muy bueno— sonreí orgulloso—. Si así serán nuestras despedidas, dejaré que te vayas de viaje más seguido.

La miré.

— Es para que me extrañes.

Sonrió.

— Sabes que lo haré.

— ¿En serio lo harás?

— Claro que te extrañaré, amor— dijo al besarme de nuevo.

Acaricié su mejilla.

— Será un año muy largo...

— Demasiado— me besó—, pero cuando vuelvas— puso su dedo índice sobre mi pecho—, tendré un novio que hablará alemán.

— Y yo a la novia más hermosa del mundo.

Sonrió encantada.

— Te amo.

— Yo te amo a ti, bonita — besé su frente—. Te juro que estoy a punto de cancelar mi viaje.

— No seas mentiroso. Te mueres por hacer este viaje.

— Digamos que, cuando regrese me faltará menos para graduarme. Comenzaré a trabajar y mi hermosa novia podrá ir a la universidad.

Hizo una mueca.

— ¿Estarás a mi lado, aunque yo no sea universitaria?

— Estaría a tu lado, aunque fueras una bruja.

Sonrió y se recargó en mi pecho.

— Te amo, Rocco.

— Yo a ti, amor.

## Nicole

No era que tuviera actitud de diva como mis compañeros del teatro decían, pero me gustaba que las cosas salieran bien. Llevábamos dos meses ensayando y parecía una puta broma que no tuviéramos ni siquiera la mitad de la obra lista. Todos los días repetíamos la misma jodida parte y en verdad me desesperaban. Fue por eso que uno de esos días me salí completamente molesta del ensayo.

—Si vieras lo bonita que te ves enojada ...

Me giré para ver quién demonios se atrevía a molestarme, pero mi enojo se calmó inmediatamente al ver sus ojos clavados en mí.

—Hola...

Alonso sonrió y besó mi mejilla.

—¿Quién te hizo enojar? ¿A quién debo golpear?

Negué.

—Me desespera un poco el proceso que lleva la obra, pero ... —suspiré—.

En fin— me alcé en hombros—¿Tú cómo estás?

— Bien ahora que te veo.

«Ok, ya bésame.»

—¿Vas saliendo de tu práctica?

—De hecho, comienza en quince minutos—sonrió —¿No quieres venir a verme practicar?

«Joder. Odio el fútbol americano.»

—Me encantaría, pero... ¿Se puede?

«Di que no. Di que no.»

—¿Qué cosa?

—Verte entrenar. Digo, a veces los maestros...

—¡Ah! No hay problema— «¡Demonios!»—. De hecho, creo que lo haría mejor de saber que me estás viendo ...

«¿Cómo puedes gustarme tanto?»

—Entonces no me lo perdería por nada del mundo.

Sonrió.

— Vamos entonces.

Caminé a su lado hacia las canchas. La verdad era que yo hubiera preferido irme a casa para tirarme sobre la cama y escuchar música, pero Alonso me encantaba y no iba a perder la oportunidad de pasar con él un rato.

Mientras lo miraba hacer flexiones, no podía pensar en otra cosa que no fuera verlo desnudo. Estaba segura de que tenía un cuerpo de envidia y que estar con él sería fantástico. Después reí al darme cuenta de lo rápido que iba.

Cuando la práctica terminó agradecí en mi interior. Otros quince minutos más y me habría dormido.

—¿Qué te pareció? — preguntó al acercarse sonriente.

—Fabuloso...

— ¿En serio?

— Sí, claro. Verte correr y todo eso es... muy divertido.

Sonrió.

— Gracias— aclaró su voz—¿Vamos a dar una vuelta?

—Claro. Sería genial.

—De acuerdo, entonces voy a bañarme rápido y ...—miró su reloj—¿Nos vemos en veinte minutos aquí?

—De acuerdo.

Me guiñó y caminé hacia el área de vestidores.

Una vez que lo perdí de vista le llamé a mi mamá para avisarle que llegaría más tarde. Le dije que estaría en casa de Edna. A Ella también la llamé y le conté lo que sucedía. Obviamente me deseó suerte.

Llegó antes de los veinte minutos ya vestido con su característica camisa tipo polo en color blanco ceñida a su sensual torso.

—Listo, preciosa.

—Vayamos entonces.

Salimos de ahí y caminamos hacia el estacionamiento. Una vez que nos detuvimos frente a su *camaro* amarillo me ayudó a subir y rodeó el mismo.

«Lindo auto.»

Apenas lo encendió, la música nos inundó.

—¿Te gusta Big Sean? — preguntó.

—No soy mucho de rap y ese rollo.

—¿No? Entonces, ¿qué música te gusta?

—Soy más de pop.

Sonrió.

—¿Cómo no se me ocurrió?

«¿Qué intentas decirme?»

Condujo hacia el centro comercial más cercano mientras hablaba por teléfono con un amigo que le había llamado. A mí no me quedó de otra más que sacar mi móvil también. La verdad fue un poco incómodo el viaje pues esperaba poder platicar con él.

Al llegar, me ayudó a bajar y después entramos al centro comercial.

—Perdón, es que Alexis tiene problemas con su chica y ya te imaginarás.

—No hay problema.

— No, en serio— negó—. He tenido muchísima suerte de que aceptes salir conmigo y a Alexis se le ocurre llamarme... — suspiró—. Soy un tremendo tonto.

Sonreí.

— No pasa nada.

—Te prometo que te lo voy a compensar.

—¿Si? ¿Cómo?

—Así.

Me tomó por la cintura y me besó.

Llevaba varios meses esperando por ese momento. Lo que decían al respecto era cierto: besarlo era increíble.

—¿Y? —preguntó— ¿Te he compensado?

— No del todo.

Sonrió.

— La noche aún es larga— dijo al guiñarme— ¿Te gusta la pasta?

—Me encanta.

— Entonces cenaremos pasta.

Caminamos tomados de la mano por gran parte del centro comercial, lo cual me hizo sentir soñada. No era de extrañarse que, en más de una ocasión, sorprendiera a una o un grupo de chicas viéndonos mientras hablaban en voz baja. Y es que Alonso era un bombón.

Un par de preciosos ojos azules, labios carnosos y rojos. Cejas gruesas y un cabello que lucía como despeinado era el look perfecto para volverme loca a mí o a cualquiera de las chicas en el colegio. Además, cuando usaba su moto en lugar de su auto, era sumamente sexy.

Durante la comida me habló de sus deseos de convertirse en abogado para

poder trabajar con su padre en su despacho. También me habló de su gusto por la velocidad y me demostró su pasión por el fútbol americano. La verdad era que estaba totalmente encantada con la manera en que sus labios se movían con cada palabra que pronunciaba. Era como una invitación a besarlos sin parar.

De camino a mi casa se detuvo varias calles antes y nos besamos sin parar. Me encantaba la manera en que lo hacía.

Sentí nervios cuando sentí sus manos sobre mi espalda. Sin embargo, cuando metió su mano debajo de mi blusa lo detuve. Aunque los ánimos estaban por los cielos, no iba a dejarlo llegar más allá. No la primera vez que salíamos. Cuando se dio cuenta de que nada pasaría, puso el auto en marcha y me dejó justo afuera de mi casa. Supongo que hubo cierta decepción de su parte, pero era lo mejor.

Como recompensa, me invitó el fin de semana al cine.

## Rocco

Muchas veces me pregunté si hice bien en tomar el intercambio. Había días en que creía que había sido una estupidez, pues el cansancio me ponía de malas. Sin embargo, era una oportunidad única.

Gracias a mis excelentes notas al momento de mi postulación, había podido formar parte del grupo de intercambio de la universidad a la que asistía. Se trataba de un año y dos meses fuera del país.

Debo admitir que muchas veces vi ahí unas vacaciones pagadas lejos de mis padres y sus reglas. Sin embargo, en verdad quería tomar ese curso para sacarle provecho. Me interesaba agregarlo a mi currículum para que, una vez que terminara de estudiar, consiguiera un buen empleo y pudiera comenzar a ayudar a Nevra económicamente para que ésta pudiera meterse a estudiar.

Obviamente no les dije eso a mis padres. Sin embargo, se opusieron inmediatamente a mis deseos de postularme.

— Es una oportunidad única — dije mientras levantaba la voz.

—Sí, también lo es para meterte en problemas y que te arresten en otro país— dijo mi madre.

— Por favor, lo dicen como si ...

—¿Te metieras en problemas? — preguntó mi padre — ¿Qué sucedió hace un mes?

Rodé la mirada.

— No estábamos haciendo nada malo, solo ...

—Solo estaban corriendo sobre una de las avenidas principales...

Negué.

— Y hace dos meses— dijo mi madre—, ¿qué sucedió?

— Otro arresto—dije con una mueca en el rostro.

— ¿Por qué?

Suspiré.

—Por una pelea en un bar.

—Una pelea de borrachos—aseguró mi padre.

«¡Demonios!»

— Les juro que no voy a hacer ninguna estupidez.  
— Siempre dices lo mismo —aseguró mi madre—. Yo ya no te creo.  
Al parecer la pelea estaba perdida con ella.  
Miré a mi padre.  
— Hay un programa para trabajar mientras estoy allá. Voy a cubrir mis gastos.  
Mi madre se cruzó de brazos nada convencida.  
— Roderick ...  
— Por favor, papá ... — tenía una mueca en el rostro —. Te juro que no haré nada para que me echen.  
— ¿Y si te echan?  
— Seré un imbécil y habré perdido la oportunidad de mi vida.  
Negó.  
— Si te echan, yo no voy a seguir pagándote la universidad—tragué saliva—. Tú te harás cargo de tu vida, de tus estudios y de todos tus gastos —«¡Fuck!»—. Vamos a usar dinero que no nos sobra para enviarte a ese curso y no vamos a desperdiciarlo.  
Suspiré.  
— ¿Entonces? ¿Puedo ir?  
— Esas son las condiciones. Tú decides.  
Asentí.  
— Está bien.  
Mi madre me miraba de una manera que me ponía nervioso. No confiaba en mí.  
— Quiero estar al tanto del empleo que consigas.  
Fue lo último que dijo mi padre.

## Rocco

Y así fue entonces que emprendí aquel viaje que prometía ser la fiesta más grande a la que asistiría en mi vida. Fantaseaba con las grandes fiestas de universidades extranjeras; alemanas preciosas con quienes tener una aventura y mucho alcohol. Sin embargo, no fue nada de eso. Tuve que hacer un enorme esfuerzo en hacer las cosas bien para que mi estadía no peligrara. Eso incluía un montón de trabajos extracurriculares, exámenes y demás. Por lo tanto, entre el colegio, tareas y mi empleo, apenas si tenía tiempo libre. Y cuando llegaba a tenerlo no me daban ganas de hacer otra cosa más que dormir. Aunque hubo fiestas y sexo, no fue el carnaval que muchos teníamos en mente.

Fue un año bastante largo y pesado, tal vez si no hubiera sido por las varias horas que hablaba con Nevra los fines de semana, no habría aguantado. Estar lejos de tu país no es tan fácil como parece. Y estar lejos de la chica a quien amas, menos.

El día que volví a México apenas bajé del avión busqué a mi padre, pero no lo encontré por ningún sitio. Así que decidí llamarlo y fue entonces que vi su mensaje.

< Papá: Ha surgido algo en el hospital. No voy a poder recogerte. >

Suspiré. Aunque me decepcionaba su falta de interés hacia mí, ya estaba acostumbrado.

Tomé mi maleta, salí de ahí y tomé un taxi.

El llegar a casa fue casi igual de decepcionante. Todos estaban fuera de casa. De hecho, corrí con la suerte de haberme llevado llaves, de lo contrario, seguramente habría esperado varias horas afuera.

Subí mis maletas a la habitación y bajé para prepararme un sándwich.

Estaba a nada de terminarlo cuando escuché la puerta abrirse.

— Oh, eres tú... — dijo Samuel—. No sabía que llegabas hoy.

«Ya lo veo.»

— Hola...

— ¿Qué tal el vuelo?

— Cansado, pero bien.

— Qué bueno— sonrió—. Bueno, voy arriba.

— Claro.

Sin más, salió de ahí.

Más tarde la puerta se abrió una vez más, fue entonces que escuché la voz de Edna y de Martin.

Ninguno de los dos entró a la cocina, pero los escuché subir cada uno a su habitación. Aquella bienvenida había sido decepcionante.

Después del sándwich subí a mi habitación, saqué algunas cosas de la maleta y después me metí a bañar.

Me estaba cambiando cuando llamaron a la puerta.

— Adelante...

Mi madre abrió la puerta y me sonrió.

Sin más, se acercó y me abrazó.

— Mi pequeño está al fin en casa.

Sonreí.

— Te ves preciosa— le dije— ¿Bajaste de peso?

Sonrió encantada.

— Dos o tres kilos solamente.

— Pues te ves increíble.

Me abrazó de nuevo.

— ¿Qué tal el vuelo?

—Pues estuvo cansado, pero estuvo bien.

Sonrió.

— Me alegro, cariño. La ventaja es que llegaste a buena hora y así podemos ir a cenar todos juntos.

— Claro, sería genial.

Sonrió.

— ¿Y tu padre?

«¡Uy!»

— *Mmm...* no lo sé. Me mandó un mensaje para decirme que no podía recogerme.

— ¿Entonces?

— Pues tomé un taxi.

Negó.

— Lo llamaré para ver que sucedió y para decirle de la cena.

— ¿Me llamas cuando sepas sobre la hora?

— ¿Saldrás?

— Sí.

Hizo una mueca.

Supongo que sabía a dónde iba.

— De acuerdo, te llamo cuando sepa a qué hora y en dónde.

Le di un beso en la mejilla.

— Te quiero.

— Yo a ti— acarició mi mejilla—. Conduce con cuidado.

Asentí.

Cuando ella salió de ahí rumbo a su habitación, yo tomé mi chaqueta y me marché.

## Dinna

Estábamos cenando cuando escuchamos a Nicole llegar.

— Hola...— dijo al cruzar la puerta de la cocina—. Ya vine.

Con una enorme sonrisa se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla.

Después, besó la de Sebas. Por último, acarició el cabello de Emiliano de manera divertida.

¡Un chico! Su buen humor se debía a un chico.

—¿Cómo te fue? — le preguntó Sebas.

— De maravilla.

Yolanda se acercó.

— ¿Le sirvo de cenar, niña?

— No, Yolanda. Cené en casa de Edna.

— De acuerdo, señorita.

— Gracias.

Yolanda asintió y se retiró.

— ¿Qué comiste? — pregunté.

— Pasta. La madre de Edna hizo pasta.

Asentí.

— ¿Y qué hicieron?

— Pues... estuvimos platicando cosas del colegio y todo eso.

— Pensé que esa sonrisa se debía a un chico— dije al llevarme un bocado a la boca.

No pudo evitar sonrojarse.

— Alonso me invitó a salir el fin de semana.

— ¿Quién es Alonso? — preguntó Sebastian inmediatamente.

— Un chico del colegio— respondió Nicole al tomar asiento.

— ¿De tu grado?

— Sí.

Hizo una mueca.

—Es un niño muy guapo— dije.

Nicole me sonrió.

— Aunque sea guapo puede ser un idiota.

— Amor...

— ¿Puedo ir? — preguntó Nicky sonriendo.

Sebastian me miró.

— Claro que puedes ir, cariño— dije —¿Verdad, amor?

Sebas suspiró.

— ¿Va a venir por ti?

— Sí.

— ¿Cómo se van a ir? ¿Tiene auto?

— Sí.

— ¿Tiene licencia? ¿Ya cumplió entonces los dieciocho?

Reí.

— Supongo que sí...

— ¿Supones que sí tiene licencia o supones que sí tiene dieciocho?

— Tiene dieciocho. Y supongo que debe tener licencia.

Sebas no parecía nada convencido.

— Quiero que te pida permiso como debe ser — me dijo—. Y que la traiga a la hora que le digas.

Nicky sonrió.

— Sí, amor.

— Yo no voy a estar, pero que sepa que estaré muy al pendiente.

— Eres el mejor papá del mundo— le dijo Nicky al ponerse de pie y darle un beso en la mejilla.

— Y también soy un agente y tengo un arma. Deberías decirle eso.

Reímos.

— Se lo diré.

— Hablo en serio, pequeña.

— Sí, *Migo*— sonrió—. Se lo diré.

Sebastian sonrió. Se derretía cada que Nicole lo llamaba así, aunque fuera por conveniencia. Me recargué en su hombro para después darle un beso en la mejilla.

— Ya que estamos en el momento de pedir permisos— dije—. Emiliano quiere decirte algo.

Sebas y Nicky miraron a Emiliano.

— ¿Qué sucede?

Emiliano sonrió.

— Quiero jugar fútbol.

Nicky y yo sonreímos, pero Sebas no.

— ¿Fútbol?

— Sí.

— ¿Por qué fútbol?

— Porque me gusta.

— ¿Qué tal béisbol?

— A mí me gusta el fútbol, papá.

Miré a Sebas.

— Hablé con Hilda y me dijo que con gusto lo reciben en la escuela de La Sagra. Sin exámenes ni nada.

— Claro que lo reciben. Tienen que hacerlo, aún eres dueña del cuarenta por ciento del equipo.

— Sí, pero la escuela es aparte.

— La escuela es solo una extensión de La Sagra.

Sonreí ignorando aquel comentario.

— ¿Qué dices? ¿Le damos permiso?

Emiliano puso esa cara de gatito a la que nadie puede negarse. Ni siquiera Sebas y su opinión sobre el fútbol.

— De acuerdo— Emiliano celebró—, pero si bajas de calificaciones, se acabó el fútbol.

— Eres el mejor papá del mundo— dijo nuestro pequeño al ponerse de pie y abrazarlo.

Al parecer era de familia aquello de las muestras excesivas de cariño después de obtener lo querido.

— Par de barberos— dije antes de darle otro beso en la mejilla a Sebas.

Seguimos comiendo.

Cuando Nicole y Emiliano se marcharon a sus habitaciones, Sebastian y yo salimos al jardín.

— ¿Por qué no me habías dicho sobre el tipo ese? — preguntó Sebas.

— ¿Cuál tipo?

— Pues el tal Alonso.

Sonreí.

— Es solo un chico que le gusta a Nicky. Su amiga Mariana y ella estaban hablando de él y me mostraron una foto.

— ¿Y cómo es?

— Guapo.

Me miró.

— Eres pésima para describir a un sospechoso.

Reí.

— No es un sospechoso.

— ¿Sabes qué edad tiene?

— Recién cumplió los dieciocho.

Negó.

— Aun así, quiero saber más sobre el tipo que va a salir con mi pequeña.

Sonreí.

— Sebas, Nicky tiene diecisiete y tiene citas desde los quince.

— Pues porque tú lo has permitido. Para mí sigue siendo mi niña.

Lo abracé.

— Tu niña está creciendo.

— Ya lo sé. Y odio que así sea— suspiró—. Además, se ha puesto preciosa y un montón de tipos la rondarán ahorita y en la universidad.

— Amor, si Nicky fuera la mitad de ... coqueta de lo que yo lo fui— sonreí—.

Ya te habrías vuelto loco.

Me miró.

— Por eso es que te conocí después. Seguro te hubiera mandado lejos.

— No— me abracé a su cuello—. Te habrías enamorado de mí. Y yo te habría hecho sufrir mucho.

— ¿Más?

Sonreí y le di un beso pequeño.

— Es solo una salida al cine.

— Quiero saber cómo se apellida.

— No vas a investigarlo, Sebas— dije al soltarme.

— Claro que lo haré.

— No. No lo harás.

— ¿Entonces? ¿Qué se supone que haga al respecto?

— Te comportarás como un papá que confía en el buen criterio de su hija.

— Amor...

— Cariño—me acerqué—, yo sé que quieres a Nicky. Ella te quiere también y entiendo a la perfección que quieres protegerla, pero...

— Voy a protegerla.

— Lo sé, pero sabes bien que en algún momento le van a romper el corazón.

— Y yo le romperé la cara a quien lo haga.

Asentí.

— No esperaré menos— sonrió—, pero debemos dejar que pase por eso.  
Tiene que crecer.

Suspiró.

— Quiero que estés aquí cuando Nicky se vaya y que anotes las placas del auto.

— Sebas...

— Por favor. Solo te pido eso— hice una mueca—. Quiero sentirme un poco más tranquilo sabiendo que tenemos las placas del auto.

Suspiré.

— De acuerdo. Las anotaré como medida de prevención, pero tienes prohibido indagar.

Asintió nada convencido.

— Te amo.

Me abracé a su cuello de nuevo.

— Yo a ti, papá Godzilla— le di un beso y me solté — ¿Cómo te fue hoy?

— Pues...— se sentó en la mesa del jardín y me hizo sentar en sus piernas —.

Bien, pero hay un tipo que me tiene hartó.

— ¿Por qué?

— Es un buen agente, pero no sigue reglas. No acata órdenes... ¡Me exaspera!

— ¿Ya lo reportaste?

— No.

— ¿Por qué?

— Porque es un buen agente. Es inteligente, hábil... — suspiró—. Eithan es ... complicado.

— Pero debe ser bueno para que no lo hayas reportado ya.

— Le daré unos días. Si sigue con la misma actitud, pues no me quedará de otra.

Asentí.

— ¿Quieres meterte a nadar un rato?

Sonrió con coquetería.

— ¿Con o sin ropa?

## Rocco

Debo decir que ese largo año me hizo pensar mucho en Nevra. Realmente la quería y quería algo bien a su lado.

Aunque le había prometido que le avisaría el día que estuviera de regreso para así vernos, decidí llegar a su casa de sorpresa.

Después de tocar el timbre y esperar un par de minutos, fue su compañera Bárbara la que abrió.

— Hola... — dije con una sonrisa.

— Hola, Rocco — me dio un beso en la mejilla — ¿Qué haces por aquí?

— Vine a darle una sorpresa a Nevra — sonreí — ¿Está?

Aclaró su voz.

— ¿No hablaron antes? Me refiero a... mientras estabas de viaje.

— Sí, casi todos los fines de semana. De hecho, me pidió que apenas volviera le llamara para que nos viéramos, pero quise darle una sorpresa.

Asintió y, al parecer, buscó las palabras adecuadas.

— Nevra ya no vive aquí.

— ¿Cómo?

— Lo que escuchaste. No vive aquí desde hace cinco meses o tal vez más...

«¿Cómo es posible?»

— ¿Entonces? — negué —. No me dijo nada.

La puerta se abrió un poco más y fue Jackie quien se asomó.

— Rocco... — dijo sonriente —, hola.

— Hola...

— ¿Qué haces por aquí?

— No sabía que Nevra ya no vive aquí — le dijo Bárbara.

— ¿No?

— No. Hablamos casi cada fin y jamás lo mencionó.

Asintieron.

— Qué raro... — dijo Bárbara.

— Vive en Lomas Verdes — dijo Jackie.

— Jackie...

«¿Lomas verdes?»

— Vamos, debe saberlo— dijo al mirarla.

— ¿Saber qué?

— Que...

— Escucha— la interrumpió Bárbara—, te podemos dar su nueva dirección, pero nada más. Lo otro, tendrán que hablarlo ustedes dos.

«¿Lo otro?»

Asentí sin estar completamente convencido.

— De acuerdo.

— Voy por ella— dijo.

Jackie la dejó pasar y Bárbara me miró con cierta... lástima.

— ¿Acabas de volver?

— Sí. Hoy más temprano.

— Ya... ¿Y qué tal el viaje?

— Bien...

Se formó un silencio demasiado incómodo.

Cuando Bárbara volvió me entregó un papel con la dirección.

— Ahí tienes...

Lo tomé con ciertas dudas.

— Gracias.

Asintieron.

— Cuídate.

Asentí y les di la espalda para después caminar hacia mi auto. Obviamente su actitud y la dirección detonó en mí un "mal presentimiento", pero de igual forma fui a aquel sitio.

Detuve el auto frente a una casa bastante bonita como todas las de la zona.

Bajé, caminé con paso lento y toqué el timbre. Fue una mujer de la edad de mi madre la que abrió.

— ¿Sí?

Aclaré mi voz.

— Buenas tardes, señora.

— Buenas tardes...

Aclaré de nuevo mi voz.

— ¿Se encuentra Nevra?

Me miró confundida.

— ¿Quién la busca?

— Roderick...

Antes de que la mujer pudiera decir algo, un auto se estacionó detrás de mí.  
Del mismo bajó Nevra.

— Rocco...

«¿Qué demonios?!»

Nevra estaba totalmente cambiada. Llevaba un vestido blanco ceñido al cuerpo, unas zapatillas azules, maquillaje impecable y un Mercedes Benz del año.

— Señora, la buscan...

«¿Señora?»

— Gracias, Silvia— le dijo mientras se acercaba a mí—. Yo me encargo.  
La mujer asintió y entró a la casa.

— ¿Señora?

Nevra negó.

— ¿Qué haces aquí?

— ¿Qué hago aquí?

— Rocco...

— Tus compañeras me dieron tu dirección porque fui a buscarte y resulta que hace cinco meses no vives ahí.

— Te dije que me llamaras para...

— ¿Para qué? ¿Eh?

— Rocco...

— ¿Qué vas a decirme?

Bajó la mirada.

— Me casé.

«Tenía que ser una puta broma.»

— Lo siento— dijo al llevarse la mano al pecho—. Quise decírtelo por teléfono, pero...

— ¿Estás bromeando? — pregunté alzando la voz— ¡Dime que estás bromeando!

Negó.

— En un año pasan muchas cosas y yo...— negué—. Quise decírtelo, te lo juro.

— ¿Y luego? ¿Por qué no lo hiciste? — pregunté mientras intentaba tragar el nudo en mi garganta.

— Porque... me moría de vergüenza.

— ¿Vergüenza?

Asintió.

— Conocí a alguien y las cosas se dieron. No lo buscaba, pero... pasó.

— ¿Lo conozco?

— Rocco...

— ¡¿Lo conozco?!

Asintió.

— Es... el padre de Rolando.

— ¿Qué?

— Escucha...

— ¿El padre de Rolando...? — pegué en la pared— ¡No me jodas!

— Las cosas se dieron, Rocco.

— Sí. Y supongo que nada tiene que ver el que tenga millones, ¿no?

— No me trates como si fuera...

— ¿Te enamoraste de él? —pregunté al acercarme— ¿Te enamoraste?

— Rocco...

— ¡Sólo dímelo!

Bajó la mirada.

— Yo...

Reí.

— Si te hubieras casado por amor, simplemente me daría la media vuelta y te desearía lo mejor. — negué—. No podría culparte por enamorarte de alguien más, pero casarte por interés es demasiado bajo. Incluso para ti.

Me dio una bofetada.

— ¡Vete!

Asentí.

— Sí, sí me voy — la miré—. Que disfrutes cada peso, cariño.

Sin más, pasé a su lado ignorando las lágrimas que recorrían sus mejillas y subí a mi auto.

Lo puse en marcha tan rápido como me fue posible. No iba a dejar que me viese llorar.

Tenía el corazón hecho pedazos.

## Dinna

Quedé de reunirme con algunas personas importantes de La Sagra a petición de los mismos. Estos viajaron hasta México solo para reunirse conmigo y hablar sobre un par de cosas del equipo, pues aún era dueña del cuarenta por ciento del mismo.

— Romero... — dije al llegar.

Era el presidente deportivo del equipo.

— Dinna — se puso de pie —, ¿cómo estás?

— Muy bien — besé su mejilla — ¿Y tú?

— Bien. Sufriendo un poco con el calor.

— Ni me digas, el clima es terrible.

Asintió.

— Toma asiento, por favor.

— Gracias.

La mesera se acercó.

— ¿Qué le ofrezco para beber? — me preguntó.

— Té helado, por favor.

Asintió y se retiró.

— ¿Cómo está la familia? — preguntó Romero al acercarme la silla.

— Muy bien, gracias por preguntar — dejé mi cartera sobre la mesa — ¿Y la tuya?

— Bien, gracias.

Emmanuel Torres, presidente operativo del equipo llegó acompañado de la hermosa hostess.

— Dinna... — dijo al ponerme pie y abrazarlo —. Tan guapa como siempre.

— Gracias. Me siento complacida de tenerlos aquí.

— Te sentirás más, aún no somos todos.

— ¿No?

Poquito detrás de él y, mientras Emmanuel ordenaba para beber, Josué Casanova que ocupaba el puesto de director operativo y Miguel Ángel Navarro, el director de marketing y comunicaciones se acercaron. Los saludé a

ambos con un fuerte abrazo.

— Toda la caballería...— dije.

Asintieron.

— Unos cuantos caballos viejos.

— ¿Somos todos? — pregunté.

— Ahora sí— dijo Johan a mi espalda. Podría reconocer su voz en cualquier parte.

Apenas cruzamos miradas le sonreí y lo abracé.

— ¿Qué haces aquí?

— Cualquier pretexto para verte siempre es bueno.

Sonreí encantada.

Fue él quien me acercó la silla. Una vez que tomamos asiento y la mesera nos llevó nuestras respectivas bebidas, fue Romero quien comenzó a hablar.

— Antes que nada, gracias por tomarte el tiempo, Dinna.

— Por favor. Debería ser yo quien agradezca el que vinieran hasta acá.

— Era necesario — dijo Romero—. Quiero ser claro y directo— asentí—: el equipo está pasando por muchos problemas.

Tragué saliva.

— ¿Qué tipo de problemas?

— Económicos, operativos ... de todo— dijo Emmanuel.

Asentí.

Resulta que el club estaba pasando por la peor racha, no solo futbolísticamente hablando, también había problemas de dinero. Lo que en su momento fue una máquina de hacer dinero, en ese momento parecía averiada. Jonathan Caribe quien era dueño del sesenta por ciento del club, al parecer no tenía ni idea ni intención alguna de levantar al club y eso era algo que me molestaba. La Sagra era el legado de mi padre.

— Antes que sigamos quiero saber, ¿por qué contrataron a José Ramón como técnico? — suspiré—. No soy una experta, pero el tipo no tiene ni puta idea.

Johan sonrió y asintió.

— Es cuñado de Jonathan.

Negué.

— Vaya... ¡Esto no puede seguir así!

— Por eso hemos venido hasta acá. La mayoría aquí tenemos en el equipo desde que tu padre estaba al frente y nos molesta mucho ver en qué ha convertido Caribe al equipo.

— Imagínense cómo me siento yo— suspiré—. El problema es que soy dueña

solo del cuarenta por ciento. No puedo hacer mucho.

— Josué previó eso— dijo Romero—. Nos hemos encargado de hacer insinuaciones sobre el interés de otras personas por el club.

— ¿Y?

— Jonathan está dispuesto a vender, pero a un precio elevado.

Suspiré.

— ¿Qué tan elevado?

— El triple de lo que le costó.

— Eso es demasiado.

— Lo sabemos— dijo Emmanuel—. Por eso hemos venido.

Negué.

— Esto es...

— Sabemos que es un precio alto, pero el equipo se viene abajo. Los jugadores ya no están a gusto y ni siquiera es por ellos que no está funcionando. Los números están por los suelos y a este paso, tendremos que deshacernos de las escuelas sedes, incluyendo la de aquí, misma en la que tu hijo estudia.

«Golpe bajo.»

Negué.

— ¿Jonathan me la vendería directamente a mí?

— No. Tendríamos que recurrir a una tercera persona.

— No se me viene nadie a la mente.

— Nosotros nos encargaríamos de eso— aseguró Romero.

Suspiré nuevamente.

— Sí accediera, necesito que me presenten un plan de trabajo. Algo en que pueda apoyarme para...

— Básicamente todo sería igual a cuando estabas al frente. Solo cambiaríamos al director técnico y al director de fuerzas básicas.

— ¿Tenemos alguien en mente?

— Alfredo Mora como director técnico.

Asentí.

— ¿Y para fuerzas básicas?

— Johan — dijo Romero.

Miré a Johan sorprendida.

— ¿Tú?

— A menos que tú no quieras.

Sonreí.

— Sabes que no me opondría. Solo que... no sabía que necesitabas un empleo.  
Sonrió.

— Digamos que, no quiero que el equipo que me lo dio todo se hunda.  
Sonreí encantada.

— ¿Entonces? ¿Lo pensarás? — me preguntó Romero.  
Lo miré.

— Lo haré. Tendrán mi respuesta apenas me presenten un plan de trabajo, pues como deben saber, no puedo soltar esa cantidad de dinero así nada más.  
Asintieron.

— Lo tendrás esta misma noche en tu correo electrónico— dijo Emmanuel.  
— Perfecto.

La mesera se acercó para tomar nuestras respectivas órdenes.

Hablamos mucho sobre jugadores y sobre otros equipos. La realidad era que a esos hombres en verdad les preocupaba el destino del club.

Cuando nuestra comida llegó, dejamos a un lado el tema del equipo y charlamos más como amigos. Después, uno a uno se fue retirando hasta que me quedé a solas con Johan.

Tenía años de no estar frente a él y mucho menos a solas.

La verdad es que los años le sentaban de maravilla.

— No esperé verte aquí— le dije.

— Supongo que me gustan las sorpresas.

Sonreí.

— ¿En serio te someterías a mí de nuevo? — rio—, laboralmente hablando.

— Laboralmente y de la manera en que me lo pidieras.

Sonreí.

— ¿Cómo está Nicky? — preguntó con esa bonita sonrisa que siempre había tenido.

— Enorme.

— Y preciosa como la madre seguramente.

— Eso dicen.

Sonrió.

— Supe que Emiliano ha entrado a cantera.

Asentí.

— Recién, pero está fascinado.

— ¿Y cómo lo toma Sebastian?

— Pues...él hubiera querido que jugara béisbol o algún otro deporte, pero Emiliano se aferra a lo que quiere.

Sonrió.

— ¿Y la vida de casada ahora que tu marido volvió al trabajo?

— ¿Acaso existe algo que no sepas?

— Me preocupo por quien fue mi chica.

Sonreí.

— Bien. Nos vemos menos, pero bien— asintió— ¿Y tú? ¿Qué tal el retiro?

— Retiro suena como a jubilación. Me hace sentir viejo.

— A cierta edad así sentimos todo.

Sonrió.

— No me imagino cómo debe sentirse el pobre de tu marido— negué— ¿Qué edad tiene?

— Cincuenta y siete.

Asintió.

— Yo a mis cuarenta y uno me siento morir.

Reí.

— ¿Y tu novia?

— No tengo novia. Lo sabes.

— ¿No andabas con una actriz?

— Sí, pero no funcionó.

Asentí y fue entonces que mi móvil comenzó a sonar. Desvié la llamada.

— Debo irme — le dije— ¿Cuánto tiempo estarás por acá?

— Tres días. Tal vez mañana vaya al club a ver al que pudo ser mi hijo.

Reí.

— Avísame si es así. Se emocionaría mucho al conocerte.

— ¿Vas a ir?

— Solo si me invitas.

— No iré si dices que no.

Sonreí y me acerqué a darle un beso en la mejilla.

— ¿Algún día dejarás de ser tan adorable?

— Tal vez el día que dejes de ser hermosa.

Lo abracé.

— Me dio gusto verte.

— A mí más, pequeña.

— Deja de llamarme pequeña, en tres años cumplo cincuenta.

— Podrías cumplir setenta y te llamaría de la misma forma, pequeña.

Sonreí.

— Vuelve con cuidado.

Sentí su mirada sobre mi cuerpo mientras me alejaba. No esperaba verlo, pero se agradecía y me daba gusto que luciera tan bien.

## Nicole

Volví del colegio junto con Edna. La maestra de administración nos había dejado un trabajo en equipo sobre la planeación, desarrollo y venta del producto único. Al ser una de las únicas tres materias que compartía con Edna y Mariana formamos un equipo.

Al entrar a su casa había un chico recostado sobre el sofá viendo televisión y una neblina impresionante a causa del cigarro por toda la casa. Obviamente el olor a tabaco era casi insoportable.

— ¿Qué demonios? — preguntó Edna— ¡Apesta!

El chico nos miró.

— ¿A qué?

— Pues a cigarro— dejó sus cosas sobre el sofá—. Mamá se va a enojar.

— ¿Tanto huele?

— Hay una enorme nube de humo sobre tu cabeza.

Sonrió y se puso de pie.

— Voy a abrir la ventana entonces.

— Y pon el ventilador para que saque el aire.

— ¿Tenemos un ventilador?

Edna rodó la mirada.

— En la cochera hay uno.

— Iré por él.

El chico pasó a mi lado.

— Hola.

Sonreí.

— Hola.

Edna se quitó el suéter.

— La chimenea es mi hermano mayor. Roderick.

Reí.

— ¿Siempre fuma así?

— De tres meses para acá sí.

Asentí.

El chico regresó, abrió la ventana y puso el ventilador a su máxima potencia.

Poco a poco el humo comenzó a dispersarse.

— ¿Qué haces tan temprano en casa? — le preguntó a Edna.

— ¿Desde cuando debo darte explicaciones?

— Preguntaba por cortesía, bruja.

— Haremos un trabajo en equipo—me miró— ¿Quieres algo de beber?

— Agua está bien.

Asintió.

— ¿Tú quieres algo, sapo?

— Una cerveza.

Edna rodó la mirada y caminó hacia la cocina.

Roderick me miró.

— Toma asiento...— me señaló— ¿Cómo te llamas?

— Nicole.

Asintió.

— Toma asiento, Nicole.

— Gracias.

Dejé mis cosas sobre el sofá e hice lo propio.

Cuando Edna volvió, lo hizo con un vaso de agua y una lata de cerveza.

Después se subió a cambiar.

— A ti no te conocía—me dijo Roderick.

— Tengo un semestre apenas.

— Ya— bebió— ¿Y qué tal lo llevas?

— Creo que bien.

En ese momento el timbre sonó y Roderick se puso de pie para abrir.

— Rocco... — dijo Mariana al darle un beso en la mejilla— ¿Cómo estás?

— ¿Cómo luzco?

— Del asco.

Roderick rio.

— Pues así me siento.

Mariana dejó sus cosas sobre el sofá y me dio un beso en la mejilla como saludo.

— ¿Tan cansado fue el viaje?

— Sabes que no me refiero a eso.

Asintió.

— Llévelo con calma. De igual manera a nadie le agradaba. Creo que te hizo

un favor.

Roderick rio.

— Eres muy buena dando ánimos...

Mariana rio.

— Necesitas en tu vida a alguien que no te compadezca.

Roderick sonrió y fue que Edna bajó.

— Llegaste rápido.

— Pensé que iba a tardar más, pero solo me ajustó un poco el alambre y me cambió las ligas.

Mariana usaba aparatos de ortodoncia y había asistido a su consulta mensual.

— ¿De qué es su trabajo? — preguntó Rocco.

— La profesora de administración nos ha dejado...

— Idear un producto único, producirlo y venderlo— dijo Rocco—. En sexto semestre siempre deja el mismo trabajo— le dio otro sorbo a su cerveza—.

Les recomiendo que hagan galletas.

— ¿Galletas?

— Sí. Yo sé que suena muy básico, pero les juro que es mucho más fácil de hacer y de vender.

— ¿Tú qué hiciste? —le preguntó Mariana.

Sonrió.

— Una almohada que regulariza tu temperatura.

— ¡Wow! — dije.

Sonrió.

— Suena genial, pero al final para recuperar y obtener ganancias terminó costando novecientos pesos. Así que venderlas fue imposible y nos quitaron un punto por eso.

— Vaya— dijo Mariana—. Yo pensaba en algo súper complejo.

— Todos. Pero te juro que al final quienes hicieron cosas tan simples como galletas, sacaron mejor nota que los que quisimos lucirnos.

— ¿Alguien sabe cocinar galletas? — pregunté.

Mariana y Edna se miraron.

— No.

— ¡Dah! — expresó Rocco— Para eso existe internet.

Sonreí.

— Bueno, podemos bajar la receta de internet y hacerlas.

— También debemos diseñar el empaque.

— Con eso puedo ayudarles — dijo Rocco antes de subir a su habitación y

bajar con una caja de chocolates que, por la etiqueta, eran alemanes—. Solo desármela y cálquela.

— Te amo— le dijo Mariana.

Rocco sonrió.

— Trata de que no te escuche Martin.

Mariana rio y negó.

— Ya tengo una receta que parece sencilla y que usa pocas cosas— dijo Edna con el móvil en la mano.

— Bueno, yo las dejo— dijo Rocco—. Traten de no quemar la cocina, por favor.

— No prometemos mucho— dijo Mariana.

Rocco sonrió y caminó hacia las escaleras.

— Por cierto, el día que las vendan pueden ir vestidas de niñas exploradoras.

Seguro que venderán muy bien.

Reímos y él se marchó a su habitación.

Después de escuchar que cerró su puerta, comenzó a sonar música.

— Tu hermano es agradable— le dije.

—Pues ahorita, porque hace tres meses no podías ni mirarlo.

— ¿Por qué?

Edna hizo una mueca.

— Se fue un año de intercambio a Alemania.

— Qué padre.

— El problema es que, obviamente, su novia se quedó a aquí y...

— Lo engañó.

— Ojalá solo hubiera sido eso— negó—. Se casó con otro.

— ¡No me jodas!

Asintió.

— Aunque hablaron todo ese año, ella nunca se lo dijo. Mi hermano no le dijo que había vuelto pues quería darle una sorpresa. Y cuando fue a su casa...

— La sorpresa se la llevó él— dije.

Asintió.

—Y por si eso fuera poco, el tipo con el que se casó, es el papá del que era su mejor amigo.

— ¡Estás bromeando!

— Lamentablemente no.

— Pero, ¿por qué no le dijo su amigo?

— Porque él también se fue de intercambio, pero a Suiza. Así que cuando

regresaron, Rolando tenía una madrastra nueva.

— Eso sí que apesta.

— Obviamente se puso la borrachera de su vida. Tanto así que lo detuvieron, mandaron su auto al corralón y tuvo que pagar una multa enorme.

— ¿Y tus papás que dijeron?

— Obviamente se enojaron—suspiró—. Al principio como que lo dejaron con su pena, pero hace dos semanas mi padre le puso un ultimátum: Ce calmaba o se iba de la casa, porque tenía un humor del asco.

— Bueno, no es que lo justifique, pero estuvo del asco lo que le pasó.

— Pues sí, pero esa tipa no vale tanto como para que se tirara al piso por ella

— aseguró—. Maldita interesada.

— ¿El señor con el que se casó tiene dinero?

— Muchísimo— dijo Mariana—. Es dueño de una constructora.

— Ya.

— La familia de Nevra es ... rara. Su padre es un alcohólico que nunca puede conservar un trabajo y su mamá es mesera. El problema es que, cada uno anda por su lado— suspiró—. Nevra se salió del colegio y se metió a trabajar, pero cuando lo hizo su padre perdió su empleo. Así que prácticamente ella y su madre mantenían a su padre y a el hermano de Nevra, que tampoco trabaja. A Rocco le molestó esa situación, así que la alentó para que se saliera de su casa.

— ¿Y lo hizo?

— Sí. Se fue a vivir con dos chicas. Mi hermano trabaja en el bar de un amigo de mi padre los fines de semana. Así que de ahí le dio el dinero para el depósito y la primera renta. Además, la idea de irse de intercambio era para ayudarla. Mi hermano quería casarse con ella cuando terminara la carrera y estuviera trabajando, para así ayudarla y que volviera a la uni.

— Pero al parecer, hubo una mejor forma de solucionar su situación — dijo Mariana.

Edna asintió.

— Como verás, mi hermano la amaba.

— Y por eso se vino tan abajo cuando pasaron las cosas— dije.

Asintió.

— Pero confío en que pronto encuentre a alguien que lo repare.

— Ya verás que sí.

Edna suspiró.

— A Laura le encantaría ser ese alguien— dijo Mariana riendo.

Las miré.

— Laura... ¿Laura?

— Sí — asentí—. Está loca por Rocco.

— Bueno, Laura está loca así nada más— dije—. Bueno, me refiero a que...  
Rieron.

— No te disculpes, es la verdad— dijo Mariana.

— Hay veces que durante el ensayo me dan ganas de ahorcarla. Siento que hace todo por retrasar el proceso.

— Ella hizo audición para ser Sandy, ¿no?

Asentí.

— Y siento que es una de las razones por las que me odia. Aunque siendo sinceras, yo no le hice nada.

— Laura es así— dijo Mariana—. Si no fuera por Edna, probablemente yo tampoco le hablaría.

— Si no fuera por Rocco, seguro a mí tampoco— dijo Edna.

Reímos.

— ¿Y tu hermano qué piensa de eso? — pregunté.

— Pues la evita tanto como puede.

— Sobre todo desde la vez que durmieron juntos— dijo Mariana.

— Creo que dormir no es precisamente la palabra— dijo Edna.

Reímos.

— Demasiada información — dije.

Mariana se dejó caer sobre el sofá.

— Bueno, creo que es momento de empezar a hacer lo que venimos a hacer—  
dijo Mariana.

— Sí— aseguró Edna—. Sirve que mientras hacemos esas deliciosas galletas,  
nos puedes platicar sobre esa ida al cine con Alonso...

Reí.

— Sí, queremos detalles jugosos— dijo Mariana.

— Y sucios.

Reí.

Después, les narré detalladamente lo sucedido.

## Rocco

*“You and me, we made a vow  
for better or for worse.  
I can't believe you let me down,  
but the proof is in the way and it hurts.  
For months on end I've had my doubts  
denying every tear.  
I wish this would be over now,  
but I know that I still need you here...”*

Esa canción en verdad me llegaba a lo profundo del alma. Sam Smith al parecer sabía mucho al respecto pues con “I’m not the only one” describía mis sentimientos a la perfección.

Me sentía realmente estúpido pues mientras yo aún pensaba en ella y ponía todo de mi parte para no llamarla y rogarle, ella seguramente estaba de lo más tranquila a su lado. Me desgarraba el alma el imaginarla con él. Imaginar la manera en que él la poseía y ella le decía que era suya. Nevra había sido mi primer amor, pensaba que estaría con ella el resto de mi vida y en verdad deseaba que así fuera.

—Rocco. —dijo Edna al llamar a la puerta—Rocco...

Bajé el volumen.

—¿Qué pasó?

—¿Puedes ayudarnos? —preguntó desde el otro lado de la puerta.

—¿A qué?

—Hicimos las galletas y queremos que alguien las pruebe.

Suspiré.

—Ya bajo.

La escuché alejarse, me limpié las lágrimas y me puse de pie.

Cuando bajé Edna, Mariana y la pelirroja, de quien no recordaba su nombre, reían en la cocina.

—¿¿Qué demonios?! —pregunté al ver la cocina hecha un asco —¿Qué

sucedió?

Las chicas se miraron y sonrieron con algo de vergüenza.

— Claramente no somos unas expertas cocinando...

—¿En serio? No lo había notado ...

La pelirroja rio.

— Solo queremos que evalúes nuestra sazón. Claramente sabemos que hicimos un desastre.

—De acuerdo — me acerqué —¿Ya se enfriaron?

—Ya.

Asentí.

—No es por presumir, pero soy un crítico excelente —tomé una galleta—.

Tienen suerte de tenerme.

Rodaron la mirada.

—Ya, ya, experto —dijo Mariana —. Solo traga y di qué opinas.

Mordí la galleta y ... ¡Qué demonios!

Tomé una servilleta y escupí en ella.

—Son asquerosas... —dije con evidente molestia —¿Qué demonios hicieron?

La pelirroja tomó una galleta, la mordió e hizo exactamente lo mismo que yo.

—Tiene razón —dijo asqueada—. Están horribles.

Edna y Mariana probaron las galletas y el resultado fue el mismo.

—Pero... ¿Qué sucedió? —preguntó Edna—. Hice lo que decía la receta.

— Pues a menos que la receta fuera de “galletas de mierda” —reí —, algo cambiaste —aseguró la pelirroja.

Mariana río, pero a Edna no le hizo mucha gracia.

—Pues entonces las hubieran hecho ustedes —dijo molesta.

—Yo hice la caja— dijo la pelirroja.

—Yo ya tengo armado todo el rollo logístico del proceso y la tabla nutrimental. Todo—aseguró Mariana—. Además, tú fuiste quien acaparó la cocina. Dijiste que nosotros lo haríamos mal.

—Bueno, no pensé que fuera tan difícil.

Me acerqué.

— Podemos cambiar la descripción del producto y ponerle que es comida para perro—dije —. Seguro será un éxito.

Rieron y la tensión desapareció.

— ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Edna.

Nicole se alzó en hombros.

—Puedo decirle a Yolanda que las haga y solo dejamos esa receta. Al fin ya

grabamos el progreso.

— Sí— dije—. Es como cuando amas mucho a tu esposo, pero aceptas que es medio feo y le pides a alguien más que te haga al pequeño, al cabo ya pasaste por el proceso con tu esposo—la pelirroja rio—. Y al final, el niño sale bonito y todos felices.

—Creo que te extralimitaste en el ejemplo—dijo Mariana —, pero sí. Básicamente es lo mismo.

Sonrieron.

En ese momento el teléfono de la pelirroja, de quien aún no recordaba el nombre, comenzó a sonar.

—Genial —dijo mientras escribía en el móvil —. Tenemos reservaciones.

— Hay que avisarles a los chicos para que sepan.

—¡Genial! — dijeron Edna y Mariana emocionadas.

—¿Reservación para qué cosa? —pregunté.

— El viernes es la inauguración de la primera pista de GoKart en México y Nicole consiguió entradas.

«¡Nicole! ¡Cierto!»

—Vaya, eso es tener influencias ... —dije.

—La madre de Nicole es dueña del centro comercial en donde está la pista.

—¿En serio?

La pelirroja asintió.

— Su madre es Dinna Marshall —dijo Mariana.

«¿Quién es esa?»

—Perdona mi ignorancia, pero no sé quién es.

Nicole sonrió encantada y Mariana rodó la mirada.

—A Rocco no le gusta el fútbol —aseguró Edna.

Nicole me miró sorprendida.

—Tenía tanto que no conocía a alguien que no le gustara el fútbol.

—¿Es una obligación?

—No, solo es genial... —sonrió—. Odio cuando se acercan a mí por el equipo y solo me hablan de eso.

—¿Qué equipo?

Río.

—Su mamá es dueña de La Sagra—dijo Edna—. Es...

—El equipo de fútbol español —dije—. Tampoco soy un cavernícola, hermana—Nicole río—¿Qué haces entonces viviendo aquí? Pensaría que la dueña viviría en España.

—Mi papá trabaja para la agencia de investigación del estado, entonces...

—Ya —dije—. Eres un estuche de monerías.

—Pues... digamos que nací con buena posición social, pero ya viste que ni galletas puedo hacer.

Reí.

—Y tampoco se le da la física —dijo Mariana.

Río

—Ni álgebra, ni química —completó—. Es más, no sé cómo es que llegué a la preparatoria.

Reímos.

— Yo soy pésimo para filosofía e historia y ya estoy en la universidad. Así que no te agobies.

—¿Qué estudias? —me preguntó.

—ingeniería química petrolera.

—¡Wow! Definitivamente a ese tipo de carreras se refiere mi madre cuando me dice que estudie una carrera de verdad.

Reí

—¿Qué piensas estudiar?

—Historia del Arte —asentí—. Dale, pregúntame de qué pienso trabajar.

Reí.

— Pues con la madre que tienes, seguro que de lo que quieras —sonrió—, pero así son los padres. El mío quería que estudiara medicina.

— Mi madre estudió Historia y mi padre era Arquitecto.

— ¿Era?

Asintió.

—Falleció cuando yo era pequeña.

—Lo siento...

—No te preocupes—dijo sonriendo—. De eso tiene mucho.

La miré confundido.

—¿No habías dicho que tu padre era policía?

—Agente — asentí—. Es que al esposo de mi madre lo llamo padre. Me crie con él y ... ya sabes.

—Ya.

—Así que, al parecer, historia del arte no es una carrera de verdad.

Negué.

— Creo que debes estudiar lo que deseas, más cuando puedes hacerlo —sonrió—. Cuando trabajas de lo que te gusta, en lugar de ser un trabajo es un

placer y lo disfrutas en verdad.

Asintió.

— Debo anotar eso que acabas de decir para decírselo a mi madre ...

Reí.

— Puedes grabarme. Tal vez si ve que quien lo dice, además de ser un ser muy inteligente también es guapo, se convenza.

Río.

— Y que tiene su autoestima intacta.

Sonreí.

— Échale ganas, que unas galletas horrorosas no te detengan.

Río.

— ¿No quieres ir con nosotros a los GoKart? — me preguntó sonriente.

— ¿Yo?

— No, el señor detrás de ti ... ¡pues claro que tú!

Sonreí.

— ¿Me estás invitando por lo guapo y encantador que soy o porque soy convincente?

— Porque al parecer si no te invito no vas a marcharte—Edna y Mariana comenzaron a reír a carcajadas—. La verdad queremos hablar de chicos y sus traseros.

No pude evitar reír también.

— De acuerdo, solo porque insistes —sonríó — ¿A qué hora es?

— Tenemos que estar allá a las tres. El viernes.

Asentí.

— Sirve que nos llevas en el auto—dijo Edna.

— Sí, sin problema.

— Vale, cualquier cosa le aviso a tu hermana.

— Hecho.

Miró su reloj.

— Bueno, creo que es hora de pedir mi taxi.

— Pensé que iban a hablar de traseros.

Sonrió.

— Me encantaría, pero debo volver a casa antes de la cena.

— ¿Dónde vives?

— Bosques de las Lomas.

— Yo voy ahorita para Pabellón Bosques a recoger unos audífonos, si quieres te doy un aventón.

—Pues mientras no sea desde el auto, te lo agradecería mucho.

Reí.

—¿Me llevas también? —preguntó Edna—. Me terminé mi maquillaje y me urge comprarlo.

Hice una mueca.

— Bueno, en lo que yo lo recojo, tú ves eso. No pienso esperarte mucho.

—Que sí, pesado.

— Pues podría ir con ustedes a comprar un libro que estoy buscando y de ahí, ya tomo un taxi a mi casa— dijo la pelirroja—. Está cerca.

— De acuerdo. Voy por mi chamarra y nos vamos— les dije antes de subir a mi habitación.

## Sebastian

Cuando Dinna me habló sobre volver a lo del equipo no me desagradó la idea por completo. Sin embargo, cuando me enteré que Johan estaba incluido en el paquete, no me emocionó.

A decir verdad, no tenía razón alguna para dudar de Dinna. Siempre había sido bastante clara para conmigo y yo no era un tipo celoso. Sin embargo, Johan tenía algo que me incomodaba. No me gustaba la manera en que miraba a Dinna y menos el que aprovechara cada oportunidad para abrazarla. Además, los comentarios respecto a Johan de varias mujeres a las que conocía, estaban llenos de halagos sobre lo exitoso y guapo que era. Supongo que su edad era una de las cosas que me molestaban.

Cuando estaba metiéndome a la cochera vi un auto estacionarse. Cuando salí de ahí vi a Nicole bajarse del mismo y decidí acercarme. Como siempre, mi pequeña princesa me recibió con una linda sonrisa y un beso en la mejilla. Después, su amiga la del cabello negro y rizado me saludó también. Era una chica muy agradable. Aunque Nicole y Edna me contaron sobre a dónde fueron, yo en realidad quería saber quién era el tipo que conducía. Así que supongo fui nada discreto al asomarme al interior, pues Edna fue casi forzada a presentarme a su hermano. El tipo bajó del auto y estrechó mi mano, aunque sospeché que fue obligadamente y no por gusto. Era un tipo alto, corpulento y mayor que Edna y Nicole. Supuse fue casi obligado a llevar a la amiga de su hermana a su casa.

Sin más, me despedí de ambos y pidiéndole a Nicole que no tardara tanto, pues ya estaba oscuro, entré a la casa.

Supongo que mi rostro reflejó sorpresa y descontento, pues Johan se puso de pie con prisa y adoptó una pose a la defensiva.

— Buenas noches...— dijo al debatirse entre darme la mano y no. Al final optó por no hacerlo y lo agradecí, pues no tenía ni la más mínima intención de estrechar su sucia mano.

— Buenas noches — dije lo más calmado posible.

Un silencio se formó entre ambos.

— Ya. Era...— dijo Dinna al cruzar la puerta del comedor y mirarme—. Cariño, volviste temprano.

Me esforcé por no externar mi descontento.

— Un poco— aclaré mi voz— ¿Y Emiliano?

— Está dándose un baño. Acabo de llamarle a Nicole y...

— Estaba allá afuera— interrumpí—. La trajo el hermano de su amiga Edna junto con ella.

— Sí, es lo que me dijo...

En ese momento la puerta se abrió y fue Nicole quien entró.

— Ya vine...— miró a Johan— ¡Hola!

Dejó sus cosas sobre el sofá y se acercó a saludarlo. Johan se había puesto de pie.

— Hola, pequeña, ¿cómo estás?

— Bien — le dio un beso en la mejilla— ¿Y tú? ¡Qué milagro!

Johan sonrió.

— Cada que te veo te encuentro más grande y más bonita.

Nicole sonrió encantada.

— Tan lindo tú...— él sonrió—. De haber sabido que aquí estabas, te habría presentado a una amiga que está loquísima por ti.

— ¿Ah? ¿sí?

— Sí. Te adora.

— ¿Qué edad tiene? Porque si tiene tu edad, puede ser un problema.

Nicole y Dinna rieron.

« Imbécil...»

— Sí tiene mi edad, pero ¡Vamos! ¡Seguro que eso te pasa seguido!

— A veces, pero si tiene tu edad podría haber sido mi hija.

Nicole y Dinna sonrieron. Yo no. Había entendido el porqué de su comentario. Se escucharon pasos agigantados bajar y de la nada Emiliano entró casi corriendo.

— ¡Papá!

Prácticamente corrió hacia dónde estaba.

— ¿Cómo estás, campeón?

— Bien. Hoy fue un gran día— dijo emocionado—. Johan entrenó con nosotros y el fin de semana habrá un partido contra él.

— Qué bien...

— ¿Vas a ir? ¡Dime que sí!

— Claro que sí, campeón.

Asentí. Después mi mirada se centró en la de Johan.

« Vamos, imbécil. ¡Largo de aquí!»

— Bueno, es hora de irme — dijo casi como si pudiera leer mi mente o mi expresión.

— ¿Tan pronto? — preguntó Nicole—. Por la hora pensé que te quedarías a cenar.

— No, preciosa. Tengo todavía algunas cosas por hacer antes de que den las diez — «ajá»—. Así que es hora de marcharme.

Se acercó a ella y ésta le dio un beso en la mejilla.

— Cuídate mucho. Y ojalá que después pueda presentarte a mis amigos. Se volverían locos.

— Bueno, pues ya sabes, a la próxima fiesta me invitas y voy a conocerlos. Nicole, Dinna y ese imbécil rieron.

« Ja, ja... ¡Imbécil!»

— Suena a broma, pero te apuesto a que iría — dijo Dinna.

Johan sonrió y la abrazó.

— Me conoces tan bien — Dinna le sonrió—. Cuídate mucho y nos vemos el fin.

— Nos vemos el fin. Vuelve con cuidado.

Johan se giró hacia Emiliano y chocaron palmas.

— Descansa, muchacho. Así el fin de semana estarás fresco.

— Sí.

Emiliano estaba encantado ante su presencia.

Una vez más, Johan y él chocaron palmas. Después me miró.

— Hasta luego.

— Adiós.

Suspiró y salió de ahí.

El silencio ensordecedor tras cerrarse la puerta fue sumamente incómodo.

— Voy a cambiarme — dije.

— Yo también — dijo Nicole.

— No tarden, Yolanda ya ha puesto a calentar la cena.

Nicole respondió, pero yo no. Mi apetito se había ido junto con mi buen humor.

Subí a la habitación tratando de ocultar mi enojo. Dejé el saco en el cesto de la ropa sucia y me paré frente al espejo para quitarme la corbata, fue entonces que la puerta se abrió y escuché a Dinna entrar.

— ¿Cómo te fue? — preguntó.

— Bien.

Se acercó.

— ¿Viste a Regina?

— No.

Pude escuchar cómo tragó saliva.

— Hoy me habló Romero, mañana se dará a conocer la venta del equipo a la prensa y si todo sale según lo planeado, el fin de semana después del juego de cantera me presentarán de nuevo como la dueña— asentí— ¿Cómo ves?

La miré.

— ¿A qué vino ese imbécil?

No esperaba esa pregunta. O tal vez sí.

— ¿Cómo?

— ¿A qué vino ese imbécil?

— Sebas...

— No tiene a qué venir a mi casa.

— ¿Tu casa? Pensé que era nuestra casa.

— Sabes a qué me refiero.

Negó.

— Johan es un amigo y...

— No tiene a qué venir.

— El entrenamiento se prolongó y estaba oscuro. Yo no llevaba auto, así que pasó a dejarnos.

— ¿No llevabas auto?

— No.

— Vaya...— le di la espalda— ¡Qué casualidad! Justamente el día que sabes que te encontrarás con él no llevas auto.

— Sebas...

— ¿Cuándo se te ocurrió? ¿Esta mañana antes o después de ponerte la falda más ceñida que había en tu armario?

Tragó saliva.

— No me vengas con eso.

— Cariño, imbécil no soy— le dije molesto.

— ¿Sabes qué? ¡Piensa lo que quieras!

— ¿Estás segura? ¡Por qué puedo pensar mil cosas al respecto!

— De todos modos, lo harás. Y de una vez te informó que una vez que vuelva a ser dueña de La Sagra, mi relación con Johan será más estrecha. Y si sigues

con tus celos vas a sufrir mucho.

Tragué saliva. Necesitaba controlarme para no decir algo de lo que después pudiera arrepentirme.

— ¿Me puedes disculpar con los niños? No tengo hambre.

Negó.

— Eres increíble...

— ¿Puedes hacerlo o no?

— No te preocupes, con tus gritos estoy segura que ya se dieron cuenta que no bajarás y los motivos.

Sin más, salió de ahí y dejó que la puerta se azotara.

## Rocco

Cuando les conté a algunos chicos de la universidad que iría a la inauguración de los GoKart dijeron envidiarme. Aunque ahora era un adulto que tenía un auto, una pista así era algo totalmente divertido. No era la primera pista en la ciudad, había una no tan lejos, pero ya era antigua y algo costosa. Esta sería la primera de dos pisos y la más grande de Latinoamérica.

A penas salí de la uni me monté al auto y conduje hacia el centro comercial. El estacionamiento estaba a reventar y tardé bastante en encontrar un lugar para aparcar. Se suponía que yo llevaría a Martin, Edna y Mariana, pero nuestros horarios no coincidieron y la mejor opción era que yo llegara directo.

Iba en la escalera eléctrica de bajada cuando los vi.

Nevra llevaba un vestido negro completamente ceñido al cuerpo, unos tacones enormes, el cabello alaciado y los labios de un rosa intenso. Se veía preciosa. Iba tomada del brazo de Aaron y reía. Ellos no me vieron, estaban demasiado ocupados con su plática y sus muestras de cariño.

Fue por eso que cuando llegué al piso en que ellos estaban, en lugar de seguir bajando hacia las pistas, rodeé el lugar con prisa con la intención de encontrármelos de frente. Y así fue. Cuando Nevra me miró no pudo ocultar su sorpresa y mucho menos su incomodidad. Aaron se dio cuenta, pues su mirada y la mía se cruzaron. Nevra bajó la mirada y yo negué y reí, aunque realmente me hubiese gustado irme a los golpes contra Aaron, quien se limitó a pasar a mi lado con el cuerpo erguido.

Seguí caminando derecho, sin prisa y sin pausa, no iba a dejar que me vieran mal. Cuando llegué a las escaleras subí nuevamente y después salí de ahí. Había sido sumamente estúpido lo que hice. Me había afectado más de lo pensado.

Una vez que subí al auto golpeé el volante y grité. Mis manos temblaban, estaba furioso y tenía muchas ganas de llorar, pues yo aún sufría por ella. Sin embargo, ella parecía disfrutar de su nueva vida.

Salí del estacionamiento y tomé la avenida principal. Justamente cuando me detuve ante el semáforo, mi móvil comenzó a sonar.

Era Edna.

— ¿Sí?

— ¿Dónde estás? — preguntó.

Se escuchaba bastante ruido de fondo.

— Afuera del centro comercial— suspiré—. Me salí.

— ¿Te saliste? ¿Por qué?

Negué.

— Ví a Nevra— aclaré mi voz—. Iba con Aaron.

Casi pude ver la mueca en el rostro de mi hermana.

— ¿Sucedió algo?

— No. Solamente fui lo suficientemente estúpido como para buscar cruzarme con ellos de frente.

— Rocco...

— ¡Ya lo sé! ¡Soy un imbécil! — pegué nuevamente en el volante—. Ella se ve tan... tranquila.

— Claro que se ve tranquila. Le importas una mierda.

Suspiré.

— Soy un completo idiota.

— Sí. Lo eres, pero... es entendible.

— Como sea, me iré a casa— el semáforo cambió a verde— ¿Me disculpas con la pelirroja?

— ¿Para qué te vas a ir a casa?

—Porque no tengo ganas de hacer nada.

Suspiró.

— De acuerdo vete a casa a encerrarte, pero ten en cuenta algo: Nevra no vale tanto como para llorarle otro mes. Y tú no vales tan poco.

Sin más, colgó.

¡Demonios!

Edna tenía razón. A Nevra le importaba una mierda el cómo me sintiera. Le importó una mierda todo el amor que según me tenía. Ella solo quería tener una vida cómoda. Yo quería apoyarla, quería que juntos hiciéramos cosas increíbles. Ella no quiso esforzarse.

¡Qué se joda! ¡Yo no hice las cosas mal!

Giré en el primer retorno que encontré y llamé a Edna.

Uno, dos, tres tonos...

— ¿Sí?

— ¿Quién es? — pregunté.

— Soy Nicole— dijo—. Tu hermana fue al sanitario y me dejó su móvil.

—Perdón, es que no reconocí tu voz.

— Descuida.

— Oye, estoy afuera del centro comercial, ¿aún los alcanzo?

— ¡Claro! A penas nos van a entregar nuestro equipo de seguridad. Me dijo tu hermana que ya no venías.

— Pasó algo y...

—No tienes porqué explicarme, lo importantes es que vienes— sonreí—.

Pediré un equipo más para ti. Ya estamos adentro, pero ahorita salgo por ti.

— Vale, solo me estaciono y corro para allá.

— Hecho.

Colgó.

Por suerte, un auto iba saliendo casi a la entrada del estacionamiento. Aparqué ahí y corrí hacia el interior. Aunque tomé las escaleras eléctricas, bajé corriendo.

Había un montón de gente formada y alrededor de la entrada. Sin embargo, la melena pelirroja de Nicole era inconfundible.

— Hola...— dije al acercarme.

Sonrió.

— Hola— me dio un beso en la mejilla—. Ven, corramos.

Asentí, tomé su mano y caminé detrás de ella entre la multitud. Al llegar a la entrada un hombre mayor le sonrió y nos dejó pasar.

— Ya volvimos— dijo.

— Aquí tienen su equipo de seguridad— dijo un chico—. Sus amigos ya los esperan dentro.

— Gracias.

Me entregó uno y con algo de prisa nos colocamos el traje de piloto. Después, con casco en mano entramos al área de la pista. Al fondo pude ver a Martin, Mariana, Edna, un amigo de ello y a Laura... ¡Demonios!

— No sabía que vendría Laura...

— Créeme que no fui yo quien la invitó.

La miré.

— ¿No te agrada?

Negó.

— Yo no le agrado a ella, por lo tanto, no me agrada— reí—. Además, cuando supo que venías se invitó sola.

— ¿Por qué no le agradas?

— Entre muchas cosas, porque obtuve el papel que ella quería en una obra del colegio.

La miré y se alzó en hombros. Ya no pude decirle nada más, pues nos detuvimos frente a todos.

Edna me sonrió y me abrazó.

— Qué bueno que decidiste venir.

Asentí.

— Hola...— dijo Laura al acercarse y darme un beso en la mejilla muy cerca de los labios—. Cuando me dijeron que vendrías, no me lo creía.

Sonreí.

— Pensé en divertirme un rato a su costa— dije.

Saludé a los demás y fue entonces que uno de los chicos nos explicó las medidas de seguridad, lo que debíamos y no hacer. Después nos asignó nuestros respectivos pequeños vehículos.

— ¿Están listos para ser derrotados? — preguntó Nicole mientras sujetaba su cabello en una coleta para poderse poner el casco.

— ¿Vamos a apostar algo? — pregunté al sentarme —. Digo, para ponerle sabor a esto.

Nicole se alzó en hombros.

— ¿Qué es lo que quieres perder?

Sonreí ante su seguridad.

— No sabes con quien hablas, pelirroja.

— El que llegue al último, compra helados para todos— dijo Martin.

Nos miramos los unos a los otros.

— Hecho.

Una chica nos dio el banderazo de salida y pusimos en marcha los autos y la carrera, la cual constaba de cuarenta vueltas al circuito. Sonaban muchas, pero en realidad a la velocidad que íbamos y al tamaño del mismo, no era tanto. Martin arrancó en primer lugar, pero rápidamente Nicole lo dejó atrás y se colocó al frente de todos. Me fue difícil emparejarme y un tanto más rebasarla, pero la verdad es que era buena conduciendo y era mejor en las curvas. Fue por eso que me dejó atrás.

Cuando la carrera terminó, Nicole bajó del auto y se quitó el casco emocionada.

— ¿Quién es la reina de GoKart? — preguntó arrogante mientras se señalaba. Martin rio.

— Eso fue trampa— dije.

— ¿Trampa? ¿Por qué?

— Porque te dieron un auto más rápido— le dije.

Rodó la mirada.

— No seas llorón...

— La próxima vez que vengamos y que ya conozco las pistas, verás quién es el rey del GoKart.

Rio.

— Mientras eso sucede, admira a la reina.

Sonreí y pude ver cómo Laura rodaba la mirada y hacía evidente que Nicole no le agradaba ni un poco.

Estábamos quitándonos el traje cuando un hombre se acercó.

— Señorita Marshall...

Nicole lo miró.

— ¿Qué sucede? — preguntó al acercarse.

— ¿Cómo estuvo? ¿Se divirtieron?

— Muchísimo. De hecho, ya estamos planeando el venir de nuevo.

— Me alegra mucho, ya sabe que puede volver siempre que guste.

Nicole sonrió.

— Gracias.

— Mire, solemos regalarles a algunos de nuestros clientes algunos cupones— le entregó varios—. Y como vienen en grupo, seguro que los encuentran útiles.

— Muchas gracias, es muy amable de su parte.

— Es solo un pequeño detalle— dijo sonriente—. Salúdeme mucho a su madre y al señor Alcántara.

— Será un placer.

Asintió.

— Esperamos verlos pronto de nuevo, chicos.

— Gracias— dijimos a coro.

Sin más, el hombre se marchó.

— Tenemos cupones — dijo Nicole al mirarlos—. Yo me quedaré los de Starbucks.

— A ver— dijo Edna al tomarlos —. Yo quiero el de McDonald's.

— Yo también — dijo Martin.

Laura y Mariana se acercaron y tomaron un par.

— ¿Cine al dos por uno o un taco de quince centímetros en la compra de una hamburguesa? — me preguntó.

— ¿Por qué no los dos?

Sonrió y me entregó ambos.

— Estuvo de lujo— aseguró Martin.

—¡Sí! ¡Fue genial! — dijo Edna.

— Conviene tener como amiga a la señorita Marshall...— dije.

Sonrió.

— Júntate conmigo y verás lo que es bueno.

Sonreí.

En ese momento recibí un mensaje.

Samuel: Vamos camino al billar. Van a estar Hugo, Henry, Donald y los demás, ¿vienes?

<Estoy con Martin, Edna y sus amigas. >

Samuel: ¿Qué haces cuidando niños? O más bien, pervirtiendo niñas.

Reí.

<Ja, ja... Vinimos a los GoKart. >

Samuel: Gracias por la invitación...

<La reservación la hizo la amiga de Edna. Nicole. >

Samuel: ¿La pelirroja?

< Sí, ella. >

Samuel: ¿Sigue con ustedes?

<Sí. ¿Por qué?>

Samuel: Invítala. Va a ser mi novia.

<Ja, ja, ja. Es cárcel.>

Samuel: No importa. Vengan todos, se va a poner bueno.

<Deja les digo y te escribo.>

— Me mandó mensaje Samuel, dice que van a estar en el billar— dije—. Van a ir todos, ¿vamos?

— ¿Quiénes son todos? — preguntó Edna.

— Henry, Hugo, Donald...

Sonrió.

— Vale, sí voy.

— Ni lo pienses— dije al señalarla.

No era un secreto que a mi hermanita le gustaba Donald.

Sonrió.

— ¿Cómo ven? — preguntó Martin—¿Vamos?

— Sí, suena bien— dijo Mariana.

— Yo si voy— dijo Laura sonriéndome.

«Demonios...»

Miré a Nicole.

— ¿Vas?

Hizo una mueca.

— Tendría que pedirles permiso a mis papás, pero sí. Suena bien.

— Ahí vas a conocer al rey del pool y la carambola.

Sonrió.

— Bueno, la ventaja es que nunca he ido a un billar así que no soy competencia.

— ¿Nunca has ido al billar?

— No.

— ¿Por qué?

— Pues... no lo sé. O sea, sé cómo jugar, pero nunca he ido.

— ¿Cómo aprendiste entonces?

— En el colegio que estaba había un par de mesas. Además, a mi tía le encanta y en su casa tiene una mesa. Cuando la visitábamos me enseñaba.

— Bueno, entonces te vas a divertir.

— De acuerdo, le llamaré a mis papás para avisarles.

— ¿Sabes? — me miró—. No les digas que vamos a ir a un billar.

— ¿Por qué?

— Porque no les gustará la idea. Mejor diles que te regalaron cupones e iremos al cine.

Hizo una mueca.

— Bueno, está bien.

— Entonces vámonos, les llamas en el auto.

— De acuerdo.

## Nicole

Una vez que salimos del centro comercial caminamos por el estacionamiento.

—¿Dónde dejaste el auto? — le preguntó Rocco a Martin cuando nos detuvimos frente al suyo.

— Del otro lado.

Asintió.

— ¿Cómo nos vamos?

— Yo me voy contigo— le dijo Laura a Rocco al prácticamente empujarme y pararse a un costado de la puerta del copiloto.

Noté que Rocco hizo su mayor esfuerzo para no suspirar ni negar.

— Vale, ¿quién más se viene conmigo? — preguntó—. Para que vayamos tres y tres.

— Si quieres, Nicole— me dijo Edna—, tú vete con Martin y Mariana. Yo me voy con Rocco y Laura.

— Vale, me parece bien.

Sin más, ellos abordaron el auto y nosotros caminamos hacia donde estaba el de Martin.

Una vez dentro le llamé a mi mamá.

— Hola, cariño.

— Hola, ma'. ¿Estás ocupada?

— No. Dime, ¿qué tal los GoKart?

— Súper, nos divertimos mucho. El señor...—hice una mueca—, no recuerdo el nombre del señor que está encargado del centro.

— Joaquín Rivera.

— Él. Te mandó saludos.

— Muchas gracias.

— También nos regaló unos cupones para el Starbucks, el cine y otros lugares.

— Vaya, qué generoso.

— Sí. Quería saber si me dejas ir al cine con los chicos. Tenemos varios cupones dos por uno y ...

— ¿A qué hora regresarías?

— ¿Cómo a las ocho treinta?  
— ¿Cómo volverás? ¿Quieres que vaya por ti?  
— No. Seguramente Martin y Mariana me den un *ride*, así que no te preocupes.  
— Bueno, pero si no pueden o cualquier otra cosa me llamas. O a Sebas.  
— Vale, gracias.  
— Te quiero.  
— Yo a ti.

Colgué.

—¿Qué te dijo? — preguntó Mariana mientras guardaba mi móvil.  
— Debo volver entre ocho y ocho treinta.  
— Descuida, te pasamos a dejar— dijo Martin.  
— Gracias— dije mirando por la ventana—. ¿Vieron cómo me aventó Laura para poder irse con Rocco?

Mariana rio.

— Ni que lo digas. Y pobre Rocco, la cara que puso...  
— Ya sé— dijo Mariana—. Pobre Laura, no sé si no se da cuenta que Rocco pasa de ella o se hace la loca.  
— Yo creo que se hace, porque la actitud de Rocco es muy clara— dijo Martin.

Asentí.

— Pensé que Rocco ya no vendría— dije.  
— Pues ves que nos dijo Edna que le llamó para cancelar.

Asentí.

— Me dijo mi hermana que Rocco se encontró a Nevra en el centro comercial.  
— ¿Hoy?  
— Sí, cuando llegaba. Ella iba con su esposo.  
— Vaya... con razón.  
— Pero lo bueno es que se animó a venir— dije.  
— Sí— dijo Martin—. En casa solo se la iba a pasar pensando tonterías.

Asentí.

Cuando llegamos al famoso billar Rocco, Laura y Edna nos esperaban recargados sobre el auto.

— Conduces como mi abuela— le dijo Edna a Martin.  
— Mi abuela no conduce.  
— Tú tampoco deberías.

Rocco rio y chocó palmas con Edna ante el excelente comentario. Martin negó y tomó de la mano a Mariana para después entrar.

El lugar apestaba a cigarro y podías ver el humo. Estaba oscuro y la música sonaba muy bajo. Al fondo del lugar había un grupo de adultos mayores jugando dominó. Solo dos mesas estaban ocupadas. Una de ellas por un grupo de tipos que me daban miedo y la otra por un grupo de chicos que también me daban miedo, pero que saludaron a Rocco con señas. Supuse que eran sus amigos.

— Ahora entiendo porque Rocco me aconsejó mentir para venir— dije.

Martin rio.

— Descuida, lo conocen bien por aquí— dijo— ¿Verdad, Rocco?

— ¿Qué cosa?

— Que Nicole no tiene nada que temer.

Rocco me miró.

— ¿Qué opinas del lugar? — me preguntó.

— Prefiero no opinar.

Sonrió

— Descuida, luce peor de lo que es.

Me guiñó y por extraño que pareciera eso me hizo sentir segura.

— Se tardaron un montón — dijo un chico.

— Martin que conduce como abuela— respondió Rocco mientras saludaba a otros dos chicos— ¿Listos para perder?

— Hola— dijo Edna al acercarse a saludar.

Martin, Mariana y Laura hicieron lo mismo.

— Les presento a Nicole— dijo Rocco—. Es amiga de Edna.

— Hola...

Sonreí con timidez.

— Hola.

— Ya conoces a mi hermano, ¿cierto?

El chico me sonrió.

— Ya. Nos hemos visto en tu casa— dije.

Samuel me sonrió.

— Qué bueno que viniste, te vas a divertir.

— Gracias.

— Él es Henry — me dijo Rocco al señalarlo—. Él Hugo— el chico me sonrió—. Y de Donald seguro ya has escuchado... — dijo mirando a Edna.

Reí.

— Un poco.

Edna sonrió ruborizada.

— Mucho gusto— dijeron casi a coro.

— Es la primera vez que Nicole viene a un billar así que trátela bien— sonreí—. Además, hoy consiguió una reservación para la pista de GoKart que acaban de abrir— reí—. Nos conviene de amiga.

Rieron.

— Cuando quieran— aseguré.

— Basta de charla— dijo Rocco— ¿Quién y quién?

— Escojan Samuel y tú— dijo Henry.

Rocco asintió.

— ¿Las cuatro saben jugar? — preguntó Samuel

— Un poco— dijimos casi al mismo tiempo.

Asintió.

— Lisas y rayadas— dijo Samuel—. Me quedo con Martin, Hugo, Edna y Laura.

Pude ver la mueca de inconformidad en el rostro de Laura.

— Vale— dijo Rocco—. Me quedo con Henry, Donald, Mariana y Nicole.

— Dale.

Sin más cada uno tomó un taco.

— Toma este— dijo Rocco al entregarme uno—. No pesa.

— Gracias.

—Este tampoco pesa— le dijo a Mariana.

— Yo soy un asco jugando— dijo ella—. Vamos a perder por mi culpa.

— Tranquila, podría ganarles con los ojos cerrados y una sola mano— dijo mientras ponía tiza a su taco.

— Lo bueno es que Nicole es de tu equipo— dijo Martin alzando la voz—.

Así no tendrás que sufrir la humillación de que te gane de nuevo.

Reí y Rocco negó.

— ¿Le ganaste? — me preguntó Samuel.

— La deje ganar— se anticipó Rocco a responder—. Capaz que no me vuelve a invitar.

Reímos y me guiñó.

Nos colocamos alrededor de la mesa y fue Laura quien abrió el juego y metió la bola azul. Después mandó la bola blanca a la buchaca. Después de Laura tiró Mariana quien no pudo meter ninguna. Le siguió el chico rubio llamado Hugo que metió la cuatro y luego ninguna. Cuando fue mi turno metí la bola

once, pero la blanca la acompañó así que no valió.

— Demonios...

— Era más despacio y no tan de lleno— dijo Rocco.

Asentí.

Martin tiró y metió una bola. En su segundo tiro quedó cerca. Donald quien, por cierto, tenía unas manos enormes metió dos bolas. Cuando fue el turno de Edna, nos demostró que eso del billar se le daba muy bien y que Samuel era muy bueno aconsejándola pues metió una bola de manera estupenda.

— Pensé que vendría tu hermano— le dijo Rocco a Henry cuando este se preparaba para tirar.

— Se fue con Dinora— aclaró su voz—. Nevra los invitó a su casa.

El semblante de Rocco cambió.

— Ya.

Henry tiró y metió una bola. La segunda quedó en la raya.

— Bien— dijo Samuel—. Es hora de que jueguen los adultos.

Tomó el taco y se inclinó un poco sobre la mesa. En el primer tiro metió dos. En su segundo tiro metió una más dejándolo frente a la bola ocho para poder ganar.

— Y es aquí cuando le da miedo y se equivoca— dijo Rocco en voz alta cuando su hermano estaba por tirar. Fue entonces que la bola ni siquiera pasó cerca.

— ¡Jódete! — le dijo Samuel

Rocco rio.

— Ahora sí. Aprendan.

Rocco adoptó una pose bastante arrogante y se dispuso a tirar. En el primer tiro metió una bola. En el segundo tiró no se conformó con meter dos bolas, sino que además anunció la butaca a la que irían y qué bolas serían. Para su tercer tiro metió la bola con un tiro que se veía bastante complicado.

— Muy bien— dijo al ver que solo le faltaba la bola negra— ¿En dónde la quieren? — les preguntó a Samuel y a Martin.

— Donde quieras— dijo su hermano el menor al cruzarse de brazos.

Rocco alzó los hombros arrogante.

— De acuerdo, haremos que se vea bonito el tiro.

Sin más, le pegó a la bola blanca y ésta pegó contra una primera banda, después contra una segunda y terminó empujando a la ocho hacia la buchaca de la esquina superior izquierda.

Samuel y Martin rodaron la mirada ante el gesto arrogante que Rocco les

regaló.

Laura aplaudía emocionada mientras yo aceptaba que, sin duda alguna, sabía jugar y muy bien.

## Rocco

Ir al billar era divertido y relajante. Al menos para mí lo era pues a Samuel y Martin les estresaba perder contra mí. Decían que era odioso y puede que tuvieran razón.

— ¿A cuál le vas a pegar? — le pregunté a Nicole cuando vi que le costaba trabajo acomodarse.

— Pues a la roja, las demás están tapadas.

Sonreí y caminé hacia el otro lado de la mesa.

— Apúntale aquí— dije señalando el tercer diamante—. Dale fuerte.

— ¿Muy fuerte?

— Lo suficiente para que haga un rebote, pero ten cuidado de no bajar el taco porque harás que vuele tu bola.

— De acuerdo.

La vi acomodarse lo mejor que pudo y la verdad es que dio un muy buen golpe. Cuando la bola azul entró, festejó emocionada.

— Buen tiro— le dije.

— Gracias.

Sonrió encantada y se le formaron dos pequeños hoyuelos en las mejillas.

Seguimos jugando varias entradas más. Después Donald se despidió al igual que Hugo.

— Yo también debo irme — dijo Laura.

— Sí yo igual— mencionó Mariana.

— ¿Qué hora es? — preguntó Nicole.

— Van a dar siete y media.

Asintió.

— ¿Me dan un aventón? — le preguntó a Martin.

— Claro.

— Si te esperas una media hora, Edna y yo te llevamos— le dije a Nicole—.

Ya le estás agarrando la onda.

Pude ver que Laura hizo mala cara.

— ¿Lo harían?

— Claro. Estarías en tu casa antes de las ocho treinta.

— Vale, entonces me quedo.

Martin asintió.

Se despidieron los unos a los otros.

Laura se acercó a mí.

— Me hubiera encantado quedarme más tiempo— me dijo.

— Ya será la próxima.

Asintió y me dio un beso muy cerca de los labios.

— Cuídate— le dije.

La verdad es que, aunque quise pedirle que se detuviera, no iba a hacerlo.

Cuando se marcharon Edna me miró y negó, pero yo no dije nada más.

A Edna le gustaba mucho el billar. Así que cada que podíamos íbamos y tanto Samuel como yo le explicábamos lo más que podíamos. La verdad es que no lo hacía mal. Al notar que a Nicole también le interesaba aprender y no tenía ganas de irse, le dije que la llevaríamos nosotros.

La realidad es que tampoco lo hacía mal, aunque era un poco desesperada.

— Es hora — dije al meter la última bola.

Edna y Nicole me ayudaron a recoger las bolas mientras Henry acomodaba los tacos.

— ¿Todo bien con Nevra? — me preguntó Henry.

Negué e hizo una mueca.

— No sabía cómo estaban las cosas, no te habría dicho que...

— La verdad no quiero hablar de ello.

Asintió.

— Ya encontrarás a alguien— me dijo con cierta lástima en su voz.

— Seguro que sí— tomé la caja—. Voy a pagar.

Salimos de ahí, me fumé un cigarro y después abordamos el auto lo más rápido posible pues había comenzado a llover un poco.

Edna se sentó a mi lado y Nicole atrás.

— ¿Te gustó? — le pregunté al mirarla por el retrovisor.

— Sí, la pasé muy bien— ajustó su cinturón—. Definitivamente los chicos del colegio no tenían ni idea.

Sonreí.

— Hay un torneo, seguro que te gustaría.

— Si me invitas, vendré.

— Hecho.

Mientras conducía, Edna puso música. La realidad es que no me gustaba el tipo de música que escuchaba, pero ella y Nicole cantaban a todo pulmón y no

podía ser tan malo como para hacerlas callar.

El móvil de Nicole sonó.

— No me jodas...— dijo.

— ¿Qué pasó? — le preguntó Edna.

— Alonso me invitó a salir el fin de semana. Bueno, quiere que lleguemos juntos a la fiesta de Anderson.

— ¿Y?

— Pues que ese fin de semana vienen mis tíos y quedé de cenar con ellos.

— Pues podrías cenar con ellos y verlo después en las carreras. De ahí irse para allá.

Rodó la mirada.

— Rocco va también — dijo Edna— ¿Verdad?

— ¿Qué cosa?

— Que vas a las carreras.

— Sí.

— Es que Nicole no quiere ir. Dice que se le hace demasiado... salvaje.

Sonreí.

— Se pone divertido, pero no creo que sea un ambiente para ti— miré a Edna

—. Ni para ti.

Rodó la mirada.

— Ay, no empieces...

— Es la verdad. Sabes cómo se ponen algunos de pesados.

— Pero no iría sola, iría con Alonso.

— ¿Quién es Alonso? — pregunté.

— Un chico del colegio que le gusta a Nicole— la pelirroja se sonrojó—. Y al parecer, a él le gusta también.

Miré a Nicole.

— La realidad es que no sé si en verdad le gusto. A veces parece que sí, pero otras parece que no. De hecho, hoy lo invité y me dijo que no podía por algo del colegio, pero a mí me sonó a pretexto.

— Bueno, a lo mejor prefiere salir contigo a solas y no con tus amigos.

Me miró.

— ¿Crees que sea eso?

— A lo mejor— la miré—. Cuando han salido a solas, ¿ha pasado algo?

— Nos besamos.

— Bueno, ahí tienes la respuesta que buscabas.

Sonrió.

— Como sea, este fin de semana no puedo. Es mi última oportunidad para que mis tíos convenzan a mi madre.

— ¿Crees que lo hagan? — le preguntó Edna.

— Ojalá.

Edna asintió.

— Nicole podría trabajar para una campaña para la firma Deluxe.

— ¿Ah? ¿Si?

— Depende de lo que diga mi mamá. A ella nunca le ha gustado ese rollo de las cámaras y demás. Tampoco es que sea mi sueño, pero vamos es Deluxe.

Sonreí.

— Cuando hagas la campaña y te hagas amigas de las modelos, te acuerdas de mí, eh.

Detuve el auto frente a su casa y detrás de nosotros se detuvo un taxi. Antes de quitar los seguros de las puertas miré por el retrovisor y vi a una mujer alta y delgada bajar del mismo. Detrás de ella bajó un hombre alto, delgado y bien vestido.

— No puede ser...— dijo Nicole emocionada—. Son mis tíos.

Quitó el seguro a la puerta y la vi bajar de inmediato. Prácticamente corrió a abrazarlos y ellos parecían encantados de verla. Vi al tipo sufrir al bajar las maletas, pues el taxista no se había bajado. Así que me bajé y le ayudé.

—Gracias— me dijo el tipo.

Asentí.

— De nada.

Sonrió.

En ese momento Nicole se acercó junto con Edna y la mujer. No había visto en qué momento Edna bajó del auto.

— Él es Rocco— dijo—. Es hermano de Edna.

— Hola—me dijo la mujer—. Miranda. Mucho gusto.

— Roderick. El gusto es mío.

— Y él es mi tío Robert.

Edna le dio un beso en la mejilla y yo asentí.

— ¡No sabía que llegarían hoy!

— Pues la idea era llegar el fin de semana, pero no teníamos nada que hacer y los vuelos tenían buen precio.

Sonrió.

— Me alegro que vinieran antes, así podemos divertirnos y sirve que se calma la tensión en casa.

— ¿Tensión? — preguntó el chico.

Nicole asintió.

— Johan...

— Oh...

Aclaré mi voz.

— Bueno, nosotros ya nos vamos — dije.

— Claro— dijo Nicole al darme un beso en la mejilla—. Gracias por traerme.

— No hay problema.

Edna y ella se abrazaron.

— Nos vemos mañana.

—Vale.

Edna se despidió de ambos con un beso en la mejilla y subió al auto. Yo me limité a despedirme con señas y una vez dentro nos marchamos a casa.

## Dinna

Escuché bastante alboroto fuera de casa. Me asomé por una de las ventanas y fue entonces que me di cuenta que Miranda y Robert llegaron antes.

Rápidamente bajé y le avisé a Yolanda para que preparara cena para seis en lugar de cuatro.

— Mamá...

Salí de la cocina y sonreí.

Sin decirnos nada, Miranda me abrazó fuertemente.

— Llegaron antes.

— Ya queríamos verlos— aseguró Miranda.

Sonreí y después abracé a Robert.

— Alguien está haciendo ejercicio— le dije.

Lo escuché reír.

— A mí edad ya no es opción.

Sonreí y besé su mejilla.

— Te ves increíble.

— Tal vez no como tu marido, pero creo que ya no me dará vergüenza pararme a su lado.

Sonrió.

— Vamos, siéntense.

Dejaron sus cosas a un lado y tomaron asiento.

—Disculparan el desorden, pero los esperábamos el viernes.

—Pues era la idea, pero las cosas se acomodaron bastante bien y quisimos aprovechar para llegar antes. Además, los vuelos salieron a un excelente precio. Espero que no hayamos afectado alguno de sus planes.

—Para nada. Nosotros encantados de tenerlos aquí.

Nicky asintió sonriente.

—Voy a cambiarme los zapatos —dijo—. No tardo.

— De acuerdo. Dile a Emiliano que baje a saludar.

Asintió y subió a su habitación.

—¿Cómo vas con lo del equipo? —preguntó Robert.

—Este fin de semana se va a anunciar la venta. Mientras hacen lo del cambio de propietario y todo eso, creen que para final del mes estén presentándose como la dueña de nuevo.

Asintió.

—¿Y qué dijo Sebas?

—Pues no opinó mucho, pero ...—suspiró—. Estamos enojados.

—¿Por qué?

—Porque ...un día que llevé a Emiliano a uno de sus entrenamientos, Johan nos trajo a casa. Cuando llegó Sebas, él seguía aquí.

—¿Por qué los trajo a casa? —preguntó Robert—¿No llevabas auto?

—No.

Asintió.

—Bueno, es que si siempre llevas auto y el día que él va, casualmente no lo llevas...

Negué.

—No hicimos nada malo, solo nos trajo a casa y Emiliano estaba feliz por ello.

—Claro que estaba feliz, ¡lo admira! —Miranda asintió—, pero también supongo que, como papá, no te gusta ver que tu hijo tiene un héroe y no eres tú —dijo Robert con ese tono que me hacía sentir culpable.

—Sino tu ex ... —completó Miranda.

Estaba por decir algo, pero Nicole bajó acompañada de Emiliano.

—¡Tíaaaa! —dijo mientras corría a abrazarla.

Miranda lo abrazó encantada. La realidad es que Emiliano no era su sobrino. Sin embargo, lo trataba y quería como tal desde siempre.

—¡Por Dios! ¿Qué te han dado de comer? ¡Estás enorme!

Emiliano sonrió encantado.

—Hola, tío— le dijo antes de darle un beso en la mejilla.

—¿Cómo estás, campeón? ¿Qué tal el colegio?

—Bien.

—¿Y el fútbol?

—De lujo. La próxima semana hay un juego contra las leyendas de La Sagra.

—¿Contra cantera?

—Sí. ¿Aún estarán aquí?

—Yo creo que sí.

—Entonces podrían ir.

—No nos lo perderíamos.

Emiliano sonrió encantado.

Apenas terminaban de sentarse cuando la puerta se abrió y apareció Sebas.

—Hola ... —dijo sorprendido —¡Qué sorpresa!

Miranda y Robert se pusieron de pie.

—¿Cómo estás? —le preguntó Miranda al abrazarlo.

— Bien. — besó su mejilla—. Con bastante trabajo —dejó su portafolio en el sofá—. De hecho, había olvidado que llegarían hoy.

Robert sonrió.

—Nos adelantamos dos días— se saludaron cordialmente—. Esperamos no ser una molestia.

— Para nada, saben que esta es su casa— se acercó a donde yo estaba—.

Hola.

Sonreí.

— Hola.

Me dio un beso pequeño, casi inexistente y después caminó hacia donde estaba Emiliano.

— ¿Cómo estás, campeón? — le preguntó cuando nuestro pequeño besó su mejilla.

— Bien.

Asintió y se acercó a Nicole.

— Hola, preciosa— besó su frente— ¿Qué tal tu día?

— Muy bueno, ¿y el tuyo?

— No puedo quejarme.

Nicole sonrió y se recargó en su hombro.

— Eso de volver a la agencia te está sentando de maravilla— le dijo Miranda.

Sebas sonrió.

— No tanto como a ti Londres— miró a Robert— ¿Estás haciendo ejercicio?

— Un poco— dijo Robert con modestia.

— Se te nota. Te ves muy bien.

— Gracias.

Sonreí.

— ¿Qué vamos a cenar? — me preguntó— ¿Saldremos?

— No. Yolanda está preparando la cena.

— Perfecto— aclaró su voz—. Si me permiten, voy a cambiarme.

— Adelante, por favor— le dijo Miranda—. Si gustas bajar en pijama, por nosotros no te apures.

Sebas sonrió y sin decir más, subió a la habitación.

Cuando Yolanda hubo preparado la cena pasamos al comedor y tuvimos una cena exquisita.

Miranda y Robert eran mi familia, mi apoyo en todo, pero también eran quienes me jalaban las orejas cuando hacía algo incorrecto.

Después de la cena, Sebastian subió con Emiliano a su habitación y le ayudó con la tarea que faltaba. Nicole también subió a su habitación para hacer lo propio. Así que me quedé con Robert y con Miranda hablando en el jardín. Ambos dijeron entender la molestia de Sebas y también la mía, pero al final me hicieron ver que, en realidad, no valía la pena pelear por tonterías.

## Sebastian

Estaba redactando un correo dentro de la cama cuando la puerta se abrió y entró Dinna.

— Ya vine— dijo.

La miré.

— ¿Los convenciste de quedarse?

— Sí.

Asentí.

— Qué bueno— dije antes de volver a lo que estaba.

La vi caminar hacia su tocador y después hacia el sanitario. Su rutina de noche era la misma siempre y tardaba alrededor de veinte minutos, mismo tiempo que yo aprovecharía para terminar lo que hacía.

Estaba apagando el ordenador cuando se metió a la cama.

—Hola...— dijo al acercarse.

— Hola.

Cerré el ordenador y lo dejé sobre el buró.

— ¿Sigues enojado?

Negué.

— ¿Y tú?

Negó.

— ¿Podemos estar bien?

Suspiré.

— Escucha— aclaré mi voz—, lo que te dije y la manera en que me comporté estuvo mal.

— Pero...

— Déjame terminar— asintió—. Johan es tu amigo desde antes que nos conociéramos. Soy consciente de que en su momento fue más que un amigo— no la dejé interrumpirme—, pero decidiste estar conmigo y eso debería bastar.

— Yo...

— Debo confiar en ti.

Suspiró.

— Entre Johan y yo no hay nada.

— Lo sé.

— ¿Entonces?

Se alzó en hombros.

— Supongo que, la edad me ha vuelto inseguro.

Sonrió.

— Te amo, Sebas— acarició mi mejilla—. Te juro que no quisiera estar en ningún otro sitio, ni con ninguna otra persona.

— Yo tampoco, amor.

Hizo una mueca.

— Les conté a los chicos.

— ¿Y?

— Me dijeron que, a mí no me gustaría llegar una noche después de trabajar y encontrar a Michelle aquí.

— ¿Qué tiene qué ver Michelle en esto?

— Nada, pero la pusieron de ejemplo porque tú y ella... ya sabes— sonreí—

¡Ay, te odio!

— ¿Por qué?

— Porque no lo niegas.

La abracé.

— No he visto a Michelle desde nos mudamos juntos.

— ¿No?

— No.

Hice una mueca.

— ¿Seguro?

— Seguro.

Suspiró.

— Ya no quiero pelear por tonterías.

— Yo tampoco, amor— besé su frente—. Te amo.

— Yo a ti.

Sin más, se colgó a mi cuello y me besó. Después se sentó sobre mí y comenzó a besar mi cuello.

— ¿Pusiste el seguro a la puerta? — le pregunté.

— Claro — dijo al quitarse el sexy camisón con que dormía—. Recuerda que lo único que me gusta de las peleas, es la reconciliación.

Me encantaba verla desnuda.

— Ayer te pusiste el camisón negro que me encanta.

Sonrió.

— Era para que sufrieras.

Me deshice de la playera y del pantalón del pijama junto con mi bóxer.

— Tuve que hacerme justicia por cuenta propia...

Sonrió.

— ¿Sí? — me besó— ¿Estuvo rico?

— Mucho.

— ¿Más que esto? — preguntó al hundirse en mí.

Gemí.

— Sí.

— ¿Sí? — comenzó a moverse—¿Seguro?

— Segurísimo.

Sonrió.

— Entonces me quito...

No dejé que lo hiciera, al contrario, la hice hundirse de nuevo. Realmente me encantaba sentirla.

Estaba loco por ella.

## Nicole

Estaba en casa de Edna como muchas tardes. Mariana había salido con Martin. La puerta se abrió y Rocco entró cargando una caja que lucía pesada.

— Háganme espacio en la mesa — dijo al cerrar la puerta con el pie.

Edna se puso de pie rápidamente e hizo lo que le pidió. Sin más, Rocco dejó la caja sobre la mesa de centro.

— ¿Qué es eso? — preguntó Edna.

Y antes de que Rocco pudiera responder, uno de los cachorros emitió un ruido entre un chillido y un ladrido.

— ¡Perritos!

Nos acercamos emocionadas.

— ¿Dónde los encontraste? — le preguntó Edna al cargar a uno.

— Venía de camino cuando el auto de enfrente se detuvo y una mujer practicante aventó la caja hacia fuera desde el auto — «¡Desgraciada!»—. La caja cayó de lado y uno de los perritos se salió.

— ¿Y luego?

— Obviamente quise seguirla y decirle de cosas, pero no podía irme y dejarlo ahí. Capaz que los atropellan.

Cargué al otro de los perritos que esperaba dentro de la caja.

— Es un gran gesto — dijo Edna —, pero mi mamá se volverá loca cuando los vea. Ya viste lo que pasó cuando rescaté al gato.

— A ti porque te faltó drama — dijo—. Ya me las arreglaré.

— ¿Rescataste un gato? — le pregunté a Edna.

— Sí, pero mi mamá no me dejó quedármelo. Dijo que no tenía edad para cuidar de uno — dijo con una mueca en el rostro.

— La ventaja es que tengo casi diez años más de los que tú tenías en ese entonces — dijo Rocco con burla —. Y eso no será un pretexto.

— Mi mamá encontrará otro para no dejar que te los quedes.

— Estás hablando con el rey del “*coco wash*”.

Sonreí.

— Están preciosos — le dije—. Hiciste bien en rescatarlos, ha llovido en la

noche y se iban a mojar.

— Lo sé. Con lo pequeñitos que son, seguro que no pasaban ni la noche— dijo al tomar al perrito entre sus brazos.

El perrito que yo cargaba emitió un chillido.

— ¿Lo apreté muy fuerte? — pregunté aterrada de que así hubiera sido.

— Yo creo que tienen hambre — dijo Mariana— ¿Les diste de comer?

— No— dijo Rocco—, pero pasé a la veterinaria a comprarles comida— puso al perrito en la caja—. El veterinario dijo que eran demasiado pequeños y necesitaban leche. Me vendió una especial, pero se quedó en el auto— dejó al perrito de nuevo en la caja—. Voy por ella.

Sin más, salió de la casa.

— ¡Están preciosos! — le dije a Edna—. Me los como a besos.

Sonrió como signo de que compartía mi sentir.

Cuando Rocco regresó lo hizo con leche y un par de mamilas. El perrito de la caja se puso inquieto.

— Aunque me he gastado el dinero de mi hotel, ha valido la pena.

Reímos.

Edna puso al perrito que cargaba dentro de la caja también y destapó la leche.

— ¿Cuánto les pongo? — preguntó.

— La mitad de la botella.

Asintió.

— Ni dientes tienen aún— dije.

— Me dijo que tienen pocos días de nacidos.

¿Quién podía tener tan poco corazón para dejarlos a su suerte?

Una vez que Edna sirvió la leche en los biberones, con mucho cuidado Rocco le dio de comer a uno y yo a otro.

Después le dimos a los otros.

Cuando la puerta se abrió nos miramos los unos a los otros.

— Ya vinimos — dijo su madre— ¿Qué están haciendo?

— Alimentando perritos— dijo Rocco con toda naturalidad.

— Pero...

— Alguien los aventó a la avenida cuando venía para la casa— dijo inmediatamente—. Los rescaté.

Cuando el padre de Rocco entró, nos miró confundido.

— ¿Y esos perros?

— ¡No los quiero aquí! — gritó su madre.

— No podemos echarlos a la calle— dijo Rocco—. Son unos bebés.

— ¡No podemos tener seis perros!

El padre de Rocco se acercó y cargó a uno.

— Están preciosos— dijo.

— Saúl, no empieces.

— Es que míralo, ¡está precioso! — se lo mostró— ¡Míralo!

Su madre negó.

— Ya dije que no.

— Por favor, mamá— le dijo Rocco—. No me quedaré a los seis. Les buscaré casa.

— No.

Miró a su padre.

— No podemos echarlos a la calle— dijo con cierto drama—. Se van a morir.

El padre de Rocco hizo una mueca.

— Carlota, no podemos sacarlos.

— Saúl...

— Ya te dijo Rocco que les buscará un hogar.

— Van a destruir la casa y a dejar pelos por todos lados.

— Los tendré en mi habitación — dijo Rocco—. Lo prometo.

— No.

— Mamá, siempre nos dices que debemos ayudar a nuestro prójimo cuando lo necesita— sonreí—. Estos perritos nos necesitan.

La madre de Edna negó, pero ya no tan segura como al principio

— ¿Quién se va a hacer cargo de ellos? ¿Quién va a lavarles?

— Yo — dijo Rocco.

Edna, Rocco y Edna miraban a Carlota con carita de puchero.

— Si me destruyen algo, los echo fuera.

Rocco sonrió.

— Gracias.

La señora negó.

— ¿Los llevaste al veterinario?

— Sí. Él me recomendó la leche— les mostró—. Dijo que tienen apenas unos cuantos días de nacidos.

— Pobrecitos— dijo su padre—. Voy a buscar en que los vamos a acostar para que no pasen frío.

— Estaba pensando en una de las cajas azules de la cochera— dijo Rocco.

Su padre asintió.

— Voy a lavar una. Por lo mientras busca una cobija, que seguro no tardan en

quererse dormir.

— Sí— dijo Rocco al dejar al cachorro en la caja.

— Cobija que uses, cobija que vas a lavar — le dijo su madre—. No quiero ver pelos por todos lados.

— No, mamá.

Sin más, Rocco subió a su habitación y su padre fue a la cochera.

— A mi papá le encantan los perros— me dijo Edna.

— Me di cuenta.

La madre de Edna suspiró.

— Estoy segura que terminaremos con los seis perros viviendo aquí— dijo antes de subir las escaleras.

## Nicole

Cuando regresé a casa mi madre ponía la mesa.

—Ya vine ... —dije al darle un beso.

—¿Cómo te fue? —me miró —¿Tienes pelos en la ropa?

Me miré.

—Oh, sí.

Me sacudí.

—No te escudas aquí ¡Por dios!

—Perdón...

En ese momento escuchamos la puerta cerrarse. Después, la bonita sonrisa que tenía mi tío Robert me hizo sonreír.

—Hola, preciosa.

Me acerqué y le di un beso en la mejilla.

—¿Y mi tía?

—Está afuera hablando por teléfono —asentí —¿Cómo te fue?

—Muy bien —dije sonriendo —. Por cierto, ¿qué crees, mamá?

—¿Qué?

—El hermano de Edna rescató a seis perritos.

—¿Seis? ¿De dónde?

—Una persona los aventó a la orilla de la autopista. Están súper pequeñitos.

—¿Y qué va a hacer con seis perritos?

—Pues ahorita cuidarlos, pero les buscará una familia que quiera adoptarlos.

—Supongo.

—¿Podemos quedarnos uno? — pregunté entusiasmada.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Pero dime una razón. Una buena.

Me miró.

—Porque no.

En ese momento Emiliano entró a toda marcha y sin siquiera saludar, tomó un

vaso y lo llenó con agua. Al parecer estaba enchilado.

—Emiliano, ¿quieres un perro? —le pregunté.

—¡Sí!

—¡Nicole!

Mi tío Robert río.

—Mamá, solo será un perrito que no va a crecer mucho.

—Sí, mamá ...—dijo Emiliano en tono suplicante—. Ándale.

—Un perro es mucha responsabilidad—rodé la mirada—¿Quién se va a hacer cargo de él?

—Los dos —aseguré—¿Verdad? —pregunté mirando a Emiliano.

Asintió con convencimiento.

—Sí. Yo lo cuidaré cuando vuelva del colegio— dijo.

Mi madre hizo una mueca pues no estaba totalmente de acuerdo. Mi tío nos miraba fascinado.

—Yo no sé, pregúntenle a su padre.

Emiliano y yo sonreímos encantados.

—¡Tendremos un perrito! —gritó Emiliano emocionado.

Mi tío sonrió y mi madre rodó la mirada. Todos sabíamos bien que mi papá no podría negarse.

Emiliano se marchó a su habitación con la intención de contarle a su amigo y mi tía cruzó la puerta.

—Perdón, es que el trabajo no me deja ... —nos miró—¿Qué has pensado sobre la campaña? —le preguntó a mi mamá.

La miré.

—Aún no tengo las calificaciones de Nicky.

—Mamá...

—Te dije que con base a tus calificaciones lo decidiría. Y ahora vete a cambiar, ya no tardan en llegar los demás.

Hice una mueca, pero mi tía me guiñó. Sabía que haría todo lo posible por convencer a mi madre.

Una vez en mi habitación recibí un mensaje de Alonso. Insistía en que lo acompañase a las carreras el fin de semana y aunque yo estaba muy decidida a no ir, terminó convenciéndome. Ya me inventaría algo para poder irme.

Cuando Emiliano me avisó que la cena estaba lista, bajé.

Alrededor de la mesa ya esperaban mi tío Robert y Miranda junto mi tía Regina y su prometido. Frente a ellos estaba Cesar, su esposa y sus dos hijos. Según sabía, Cesar fue un muy buen amigo de mi padre Nicholas. Además, era

compañero de Sebastián y padrino de Emiliano, por lo tanto, solíamos convivir. Su esposa era muy agradable y sus hijos bastante educados. La verdad es que no entendía bien cómo es que era amigo de ambos, pues eso me daba a entender que en realidad mi padre y Sebas siempre estuvieron cerca. La verdad es que mi madre no hablaba mucho respecto a mi padre. Así que yo sabía lo básico; a qué se dedicaba, etc.

—¿Ya le dijiste? —me preguntó Emiliano en voz baja.

—¿Qué cosa?

Me miró intentando decirme que era una tonta.

—Lo del cachorro ...

—Ah... —aclaré mi voz—¿Qué crees, papá?

— ¿Qué?

—Rocco, el hermano de Edna, rescató a unos perritos...

— ¿En serio?

— Sí. Son seis y están preciosos. Va a buscarles una familia porque no se puede quedar con los seis.

Asintió.

—¿Y luego? ¿Quieren uno?

—¿Podemos?

Sebas miró a mi madre.

—¿Qué dijo su mamá?

—Que te dijéramos a ti— me acerqué y lo abracé—¿Si? ¿Podemos tener uno?

— ¿Quién se hará cargo de él?

—Los dos— dijo Emiliano al ponerse de pie y pararse a su lado también.

— Yo no quiero pelear con su mamá porque no se hacen cargo del perrito.

— Te lo juramos— dijo Emiliano.

—¿Seguros?

—Sí, pa'.

Hizo una mueca.

—Bueno, yo no tengo problema en que tengamos un perro ... —miró a mi mamá —¿Qué dices?

Los tres la miramos con la cara más tierna que pudimos.

— Yolanda no se hará cargo de él. Se los advierto.

Aquello había sido un sí.

— ¡Yupi! —dijo Emiliano —¡Tendremos un perrito!

Nuestros tíos sonrieron y mi padre me guiñó.

— ¿Rescató seis? — preguntó Cesar.

— Sí. Iba manejando y vio que unas personas tiraron una caja de donde salió uno de los perritos y paró. Dice que seguro los hubieran atropellado si no se detiene.

— Seguro que sí— dijo mi tía Regina—¿Quién es tan malo para abandonar unos cachorros a su suerte?

— Están súper pequeños, el veterinario dijo que debían tener una semana o menos. Así que aún toman leche. Rocco tuvo que comprarles leche especial.

— Nosotros podríamos quedarnos uno— dijo Cesar—. Los niños ya están más grandes y siempre han querido un perro.

— ¡Genial! Podría decirle a Rocco en cuanto lo vea.

— Sería genial.

—Nosotros también podríamos quedarnos uno— dijo mi tío— ¿Verdad? —le preguntó a Miranda.

— Si tú vas a limpiarle, sí.

Reímos.

— Entonces le diré a Rocco mañana mismo.

Asentimos.

— ¿Y qué has pensado de la campaña, Nicky? —preguntó ahora mi tío.

Mi madre lo miró con mala cara.

— Pues me encantaría hacerla, pero... mi mamá es quien decide.

Mi madre negó.

— ¿Qué campaña? — preguntó Sebas.

— La que te dije para Deluxe— le dijo mi madre—. Para que Nicole sea la imagen de otoño - invierno.

—Ya.

— ¿Me dejarás? — le pregunté casi suplicante.

Suspiró.

— ¿Tú qué opinas, amor? — le preguntó mi madre.

«¡Demonios!»

Sebas me miró.

— ¿Vas a salir en ropa interior?

—¡No ...! — dijo Roberto.

Sebas se alzó en hombros.

— Entonces no creo que tenga nada de malo.

Sonreí.

— ¿Entonces? ¿Si, ma'?

Suspiró.

— Yo viajaré contigo.

Sonreí.

— Gracias.

Mis tíos me guiñaron y yo le sonreí a Sebas como agradecimiento. Después, Yolanda comenzó a servir la cena.

## Rocco

Estaba recostado sobre la cama leyendo cuando llamaron a la puerta.

— Adelante...

Apenas se abrió la puerta, los perritos quienes supuestamente dormían, se echaron a correr hacia donde Edna y Nicole estaban.

— Hola, cosa preciosa...— dijo Nicole mientras se agachaba para cargar a uno— ¿Cómo estás, hermoso?

— Bien, gracias— dije— ¿Y tú?

Sonrió.

—Le decía a él...

— Ah.

Edna rodó la mirada.

— ¿Qué haces?

— Leyendo. Tengo un trabajo para entregar el viernes.

— ¿Cómo vas con los perritos? — preguntó Nicole.

— Bien. Es súper cansado, pero bien.

— Solo así ha vuelto al colegio a buena hora—dijo Edna—. Todos pensábamos que salía como a las ocho de la universidad, pero resulta que sale a la una.

Reí.

— He tenido que volver corriendo para darles de comer.

— Ya se ven más grandes— dije al ponerme de pie con uno en brazos.

— Sí. Y la buena noticia, es que ayer hablé con Donald y él va a quedarse un cachorro.

— De hecho, a eso veníamos— dijo Edna—. Nicole quiere quedarse con uno.

La miré.

— ¿Sí?

Asentí.

— Ayer convencí a mis padres de quedarnos con uno.

— ¡Genial! Ya solo faltan tres.

— De hecho, ayer estaban mis tíos y un amigo de mi padre cuando les conté,

así que escucharon al respecto y también quieren uno. Bueno, dos— sonrió—. Uno y uno.

La miré.

—Y... ¿son personas confiables? ¿Crees que cuidarían bien de ellos?

— ¡Claro que sí! Nos les hubiera dicho nada si tuviera dudas.

— Bueno, porque te advierto que si veo que tratas mal al que te dé, te lo quito.

Sonrió.

— ¿Cómo podría tratar mal a este precioso? — preguntó mientras el perrito en sus brazos se recargaba en su pecho—. Por cierto, quiero este.

Sonreí.

— Dales mi número y hablo con ellos. Debo advertirles lo mismo.

Negó.

— Por favor, no somos unos monstruos. Además, uno de ellos viviría en Londres...

— ¿Londres?

— Mis tíos a los que conociste viven allá.

— ¿Tienen un buen empleo?

— Una agencia de modelos y mi tía aún hace campañas.

— ¿Es soltera?

Sonrió.

— Es demasiado grande para ti.

— Demonios...— rio— ¿Tienen una casa grande?

— Sí. El perrito sería muy feliz.

— ¿Crees que quieran adoptarme a mí también?

Rio.

— No lo creo. Tú eres feo y no tienes gracia alguna.

Edna rio.

— Bueno, tenía que intentarlo...

El perrito se quedó dormido en su pecho.

— ¿Acaso no es adorable? — preguntó tratando de no despertarlo—. Ya lo amo.

Sonreí.

— Creo que deberías comprarle una placa con su nombre para que sepas cuál es el que quieres.

— Tiene razón— dijo Edna—. En el centro comercial hay una tienda de mascotas.

— Claro...

— Puedes tomarle una foto para que lo reconozcas. Aunque...— me acerqué, miré al perrito y después miré a los demás—. Es el único con una oreja café. Nicole lo miró.

— Cierto...— sonrió— ¿Cómo pido la placa?

— Mmm...Generalmente llegas, saludas y le dices: Oye, quiero una placa para perrito.

Edna rio y ella rodó la mirada.

— Me refiero a que, supongo debe ser por tamaño o tipo, ¿no?

— Sí.

— ¿Entonces cuál compro?

— Pues yo creo que para perro pequeño estaría bien. Creo que una placa para un San Bernardo es un poco pequeña... seguro que le apretaría.

Edna y yo no pudimos evitar reír a carcajadas.

— Ay, olvídenlo. No vuelvo a preguntarles nada.

— Es que... fue una pregunta rara.

— Nunca he tenido un perrito, por eso preguntaba.

— ¿Nunca?

— No.

— Uy, entonces será un completo consentido— dije.

— ¿Por qué lo dices?

— Porque siempre al primer perrito queremos comprarle hasta un departamento.

Rio.

— Los invitaré al *open house* .

Sonreí.

— Bueno, entonces ya quedamos— dijo Edna—. Te quedarás un perro.

— Pero tendrás que esperar—le dije—. El veterinario me dijo que lo mejor era separarlos hasta que hayan cumplido al menos el mes. Tienen semana y media.

— Bueno, está bien.

Asentí.

— Dile a tus tíos que me llamen para que nos pongamos de acuerdo.

— No tengo tu número.

— ¿Por qué? Todas las amigas de Edna lo tienen.

— A lo mejor por eso.

Sonreí.

— Dame.

Me entregó su móvil y me llamé.

— Bueno, entonces les digo que te llamen. Yo creo que Cesar no tiene problemas en esperar, pero mis tíos vuelven a Londres antes...— dijo al dejar al perrito sobre su camita improvisada.

— Diles que me llamen y ya vemos.

— Vale.

— Bueno, te dejamos para que sigas viendo porno o lo que sea que estabas haciendo— me dijo Edna.

— ¿Me traes un frapuccino?

— No— dijo al salir de ahí.

Nicole me sonrió.

— Adiós.

Me despedí a base de señas y se marchó.

## Dinna

**“ La Sagra ha sido vendida.**

**Esta mañana muchos aficionados recibieron la noticia; el equipo de sus amores se puso a la venta. Aunque poner a la venta un club de esa magnitud siempre es una sorpresa, el equipo llevaba un par de años en una muy mala racha. La máquina de títulos que fue algún día se averió y se espera que el nuevo dueño, tenga la formula y la ponga en marcha nuevamente.**

**Algo que los aficionados piden a gritos desde hace tiempo, es que se contraten jugadores que realmente sientan amor por la camiseta, no un grupo de once tipos cuyo único motivo para estar ahí es el gran sueldo que reciben.**

**Una de las mayores preguntas es si la empresaria y dueña del 40% del club, Dinna Marshall se verá involucrada en dicha transacción”.**

Vale, ya empezaban.

A decir verdad, me había acostumbrado al anonimato, disfrutaba de él. Sin embargo, sabía muy bien que una vez que quedara al frente del equipo nuevamente, éste desaparecería. Además, Sebastian, mis amigos y mis hijos también sufrirían las consecuencias.

Debo admitir que saberme al frente de La Sagra me emocionaba. Aquel equipo me había dado tantas cosas buenas y malas, pero que al final me llevaron a donde estaba.

Recordaba a la perfección el lío que fue cuando me supe al frente del equipo sin saber absolutamente nada sobre él o sobre futbol. Nicholas me había

ayudado igual que siempre. Para esa época ya no estábamos juntos. Sin embargo, había ido a él suplicándole que me ayudase pues no confiaba en nadie. Él, aun en contra de todos me ayudó. Realmente gracias a él no llevé al equipo a la quiebra o el fracaso.

La Sagra había sido el amor de mis grandes amores; mi padre y Nicholas.

¡No podía estar tranquila viendo cómo se venía abajo!

## Rocco

Cuando el timbre sonó los cachorros comenzaron a ladrar y correr dentro de la habitación. Con cuidado salí de ahí y cerré la puerta. Ninguno sabía bajar las escaleras aún y no pensaba arriesgarme a que lo intentaran y terminaran rodando por ellas.

— Hola— dijo Nicole sonriendo.

— Hola... — miré a su espalda— ¿Y Edna?

— Tenía práctica—mi hermana pertenecía al equipo de soccer—, pero yo quería pasar a dejarte el collar.

— Pasa. Los cachorros están arriba.

Cerré la puerta.

— Espero no haberte interrumpido.

— No te preocupes.

Comenzamos a subir las escaleras.

— Me dijo mi papá que su amigo te llamó hoy temprano.

— Sí. Ya quedamos en que se quedará a la hembra.

— ¡Genial!

Entramos y los pequeños se asustaron. Estaban mordiendo mi zapato.

— Oye... — se los quité—. Eso no se muerde.

El perrito de la mancha en la oreja corrió hacia donde estaba Nicole.

— Hola, hermoso— lo cargó— ¿Cómo estás hoy?

— Un poco cansado— dije—, pero bien.

Nicole sonrió.

— ¿Tan falto de cariño estás?

— ¿Por qué la pregunta? ¿Piensas ayudarme con eso?

— Tendrías mucha suerte.

Sonreí.

— También me habló tu tío, pero yo estaba en clase y le dije que si me llamaba más tarde...

— ¿Y te llamó?

— Aún no.

— Seguro lo hará. De todos modos, en la noche le recuerdo.

— Vale. Porque hay una chica que quiere uno, pero la verdad no me convence del todo.

— De hecho, esta mañana hablé con mi padre y... — aclaré mi voz— me dijo que, si tú estabas de acuerdo, podríamos quedarnos con dos perritos.

La miré.

— ¿Dos?

— Sí, para que se acompañen en la mañana que todos andamos fuera. Pero si ya lo diste, pues no hay problema.

— No lo he dado. Te digo que hay una chica que quiere uno, pero no me convence. Si tú me dices que se quedan con dos, yo no tengo problema.

— ¿Seguro?

— Seguro. Además, a ti te tendré bien vigilada— sonrió—. Si les haces algo, te los quito.

Rio.

— ¿Le dijiste lo mismo al amigo de mi padre?

— Claro. Quiso impresionarme diciéndome que trabaja como agente, pero le dije que no me importaba — me miró sorprendida—. Bueno, no con esas palabras, pero seguro que entendió.

Rio.

— Te juro que estarán bien.

— Lo sé.

Nicole bajó al perrito, caminó hacia donde estaba su mochila y sacó un collar.

— ¿Me ayudas? — preguntó al mostrármelo.

Asentí.

Nicole cargó de nuevo al pequeño, mismo que no se había movido de dónde lo había dejado. Con mucho cuidado y mientras ella lo sostenía yo me acerqué y le puse el collar con mucho cuidado.

— Listo— miré la placa— ¿Loki? ¿Cómo el de los *avengers* ?

Asintió.

— Era Loki o Max.

— Definitivamente Loki tiene más personalidad.

Sonrió.

— Este es tuyo— dijo al entregarme un collar similar—. Edna me dijo que ya habías escogido un nombre, así que...

— ¡Está genial! — dije al cargar al que sería mi perro.

— Cuando supe que se llamaría Baxter, pensé que a Loki le falta rudeza.  
Sonreí.

— Son demasiado adorables como para ponerles un nombre rudo.

— Tendremos que pensar el nombre del otro o terminará llamándose Fido.  
Reí.

Sin decir más, Nicole se sentó en el piso y se puso a jugar con los cachorros un rato. La realidad es que la doraban y ella los trataba con mucho cuidado y cariño. Definitivamente Loki y el otro perrito que se quedaran, iban a vivir muy bien.

Tenía a uno de los cachorros sobre mi estómago cuando mi móvil comenzó a sonar.

Era Nevra.

Negando desvié la llamada.

— ¿Todo bien? — preguntó.

— No— suspiré—. Supongo que Edna te ha hablado de Nevra.

Hizo una mueca.

— Un poco.

Asentí.

— No sé para qué me llama, ¿para burlarse?

El móvil volvió a sonar y de nuevo desvié la llamada.

—No pienso contestarle— dije—. El día de los GoKart me la encontré con el tipo ese con quien se casó.

— Supongo que la pasaste mal.

— Terrible. Estuve a punto de regresarme a casa y quedarme encerrado el resto de la tarde— negué—. Yo la quería en serio.

— No la conozco, pero creo que es una chica muy tonta— la miré—. No lastimas a alguien que te quiere y te apoya.

Suspiré.

— Cuando estuve de viaje conocí a muchas chicas maravillosas, pero con ninguna me imaginé haciendo algo en serio. No quería arruinar las cosas con ella— negué—. Me sentí como un verdadero imbécil cuando me enteré.

— No eres un imbécil por amar a alguien.

Negué.

— Como sea, no entiendo para qué llama.

Se alzó en hombros.

— Podrías bloquear su número para que ya no te moleste el ver que te llama.

— Lo pensé desde un principio, pero ya sabes...— negué nuevamente—. El

hecho que me buscara me creaba una ilusión.

— Es solo un consejo, al final tú decides.

Asentí.

— Gracias por escucharme.

Sonrió.

— Gracias por compartir.

— ¿Quieres agua o una cerveza?

— Agua estaría bien.

— Vale, no tardo.

Sin más bajé a la cocina, le serví agua en un vaso, saqué una cerveza del refrigerador y subí de nuevo.

— Toma.

— Gracias—dijo al ponerse de pie—. Sonó tu móvil.

— ¿Otra vez?

— Decía Laura.

Negué.

— Esa chica en verdad me exaspera.

— ¿La amiga de Edna?

— Sí. Es asfixiante.

— Eso dices ahora, pero qué tal cuando ... ya sabes.

Reí.

— En mi defensa, diré que estaba borracho.

— ¡Ay pobrecito! Ahora resulta que se aprovechó de ti.

— Te lo juro. Jamás me habría acostado con una amiga de Edna.

— Pero lo hiciste.

— Ajá. Y tuve miedo de irme preso si no cedía de nuevo.

Reí.

— Eres muy malo mintiendo.

— Es en serio. Laura está loca.

Hice una mueca.

— No la defiendo ni nada, tal vez a lo mejor para ti fue algo sin importancia, pero a lo mejor para ella fue especial.

— O a lo mejor soy demasiado bueno y le es difícil resistirse.

Reí.

— Vaya ego. Pero lamento decirte que no es que seas un Dios, a lo mejor simplemente tiene mejor conexión contigo que con los demás no tiene.

— Vaya... La experiencia habló.

Rodó la mirada.

— Olvidalo.

— Es broma— hizo una mueca—, pero en serio, Laura es demasiado... aprensiva. Me da miedo.

— Vamos, a lo mejor fue su primera vez y fue especial.

— Oh no. Te aseguro que no lo fue...— me miró con cierto asco—. De acuerdo, lo que dije fue estúpido.

— Demasiado.

Suspiró.

— En fin, Laura ahora es mayor de edad y dejé de correr peligro, pero de igual manera no quiero nada con ella.

Sonrió.

— Aunque si debo aceptar que es un poco extraña— dije—. Hicimos audición para el mismo papel en teatro y yo me quedé con él. Después estuve a nada de dejar el papel por lo intensa que se ponía.

— ¿Ya lo ves? ¡Está loca!

Rio.

— ¿Y cómo van las cosas con el chico ese? — pregunté.

— Pues...

— ¿Es bueno en la cama?

Lo miré y sonreí.

— ¡Yo que sé! No ha pasado nada— suspiré—. Ni siquiera sé si en verdad está interesado en mí.

— Se besaron, ¡claro que lo está!

— Pues no lo parece. Yo hago de todo para que se dé cuenta que me interesa bien y no sé si no se da cuenta o se hace el tonto.

— Los hombres no entendemos indirectas, somos idiotas— rio—. Así que mejor díselo de frente.

— ¿No me veré como una loca desesperada?

— Sí te dice que sí, ¿qué importa?

Suspiró.

— Se lo preguntaré el fin de semana. Me invitó al cine.

Sonrió.

— El viejo pretexto del cine para aprovechar la oscuridad y tocarte.

Rio.

— Tienes tacto de elefante, ¿alguien te lo había dicho?

— Nunca nadie se ha quejado de mi... tacto.

Río.

— Ya me voy— dijo al dejar el vaso sobre mi escritorio—. Tengo teatro a las cinco.

— ¿Qué obra es?

— Vaselina.

— ¿Sí? ¿Quién te tocó ser?

— Sandy.

— ¿Y si bailas o solo te escogieron porque sedujiste al director?

Río.

— Por eso no tienes novia.

Reí.

— Te acompaño a la puerta, no vaya a ser que te robes algo.

Se despidió de los cachorros y después la acompañé hasta la entrada.

— Cuidas a mi pequeñito— dijo al darme un beso en la mejilla.

Después se marchó.

## Nicole

Estábamos en casa de Edna cuando Rocco llegó.

— ¿Qué hacen? —preguntó al acercarse.

— Estamos haciendo cuentas. Hoy nos tocó vender las galletas.

— ¿Y qué tal?

— Bien. Nos quedaron tres cajas solamente.

— Seguramente ninguno las probó antes de comprarlas...

Reí.

— Ahora si estaban buenas— dije—. Las probamos antes.

Asintió y abrió el refrigerador para sacar una cerveza.

— Oye, Edna— le dijo antes de dar un gran trago— ¿A qué horas llegas el jueves?

— A las seis.

— Demonios...

— ¿Por qué?

— Porque me inscribí para una clase extra de dos horas los jueves, pero es a la una y no me dará tiempo de venir a darles de comer a los cachorros.

— Yo les daría— dijo Edna—, pero tengo clase.

Suspiró.

— No quiero decirle a mi mamá que me ayude porque empezará a decirme de cosas.

Edna asintió.

— Yo puedo venir— le dije.

— ¿Sí?

— Mi última clase termina a la una y debo volver a teatro a las cinco.

— Yo llego por mucho a las tres y media.

— Pues si quieres...

— Vale— sonrió—. De algo va a servir que prácticamente vivas aquí.

— Oye...

Río.

— Las dejo que sigan con sus cosas— dijo antes de sacar otra cerveza del

refrigerador.

Después se marchó.

Mariana miró a Edna.

— ¿No crees que toma bastante?

Asintió.

— Mi madre ya se lo ha dicho. Desde lo de Nevra fuma y bebe más.

— Me consta — dije—. La última vez había una nube sobre su cabeza.

Negaron.

— En verdad detesto a esa tipa— dijo Mariana.

— Imagínate yo. Si un día la veo, juro que la voy a patear.

## Nicole

Cuando le expliqué a mi madre sobre lo de ver a los perritos, supongo que dudó un poco que fuera verdad mi historia. Aunque realmente casi nunca mentía sobre dónde estaría, salvo en situaciones necesarias, ella tenía una manera extraña de ser. A veces confiaba plenamente en mí y otras veces cuestionaba cada movimiento.

Odiaba cuando era así.

Estaba en la sala viendo a los cachorros dormir cuando la madre de Edna cruzó la puerta.

— Pequeña...— dijo sonriente.

— Hola, señora— me puse de pie—, ¿cómo está?

— Bien, cariño. — dejó su bolso sobre el sofá— ¿Y tú?

— Bien— sonreí—. Ansiosa de que pasen los días y pueda llevármelos. Sonrió.

— Me dijo Rocco que cuidarías de ellos en las tardes en lo que toma sus clases. Le dije que volviera pronto para que puedas hacer tus cosas.

— Ha estado volviendo a buena hora. Ayer me vine con Edna y hoy con Martin.

— ¿Está en casa?

— Sí, en su habitación.

— Con eso de que los tres hacen lo que se les viene en gana...

Sonreí.

— ¿Y su esposo? ¿Cómo está?

— Bien. Se ha quedado al frente del hospital, así que lo tengo menos en casa.

— Ya me imagino que tendrá muchísimo trabajo.

— Muchísimo, pero le encanta.

— Es como mi padre. Aunque parecía pasarla bien antes, desde que regresó a la agencia parece que revivió. Anda encantado de la vida.

— Estamos acostumbrados a trabajar— sonrió—. Ven acompáñame a la cocina, los pequeños estarán bien.

— Claro.

Me aseguré de no dejar nada que los pequeños pudieran morder y la seguí a la cocina.

Después de lavarse las manos sacó una pieza de queso y comenzó a cortarlo en cuadritos.

— Cuando mis hijos estaban pequeños yo me la vivía en casa porque eran cuatro— comió un pedazo—, pero cuando ya estaban más grandes y vi que podían quedarse más tiempo solos, volví al trabajo. Aunque los amo con todo mi corazón, también amo mi trabajo.

— Mi mamá la lleva bien con lo de administrar los hoteles y todo eso, pero la realidad es que, si pudiera estoy segura que regresaría a lo de la docencia.

— ¿Es profesora tu mami?

— De historia. Trabajaba en una preparatoria antes de hacerse cargo de todo.

— Vaya, pensé que siempre se había dedicado a lo mismo.

— No. No siempre fue una Paris Hilton.

Rio.

— ¿Tomas vino?

— Muy poco, la verdad es que no sé nada de vinos.

— Yo tampoco, pero me encanta— acercó dos copas y una botella de vino—. Solo una para acompañar el queso. No quiero que llegues borracha a tu casa y venga tu mamá a golpearme.

— De hecho, hoy tengo ensayo. Estoy en una obra de teatro— sonreí—.

Vaselina.

— ¡Amo es película! — dijo al servir —. Obviamente cuando era joven quería ser como Sandy— me entregó la copa— ¿A quién interpretarás?

— A Sandy.

— Lo harás divino— alzó su copa—. Salud por eso.

Sin más, chocamos las copas y bebimos. Después, comí queso.

La madre de Edna era una mujer muy alegre. Tendría no más de cincuenta y cinco años, pero la realidad es que se conservaba muy bien. Además, su actitud era genial. No era la imagen que podrías tener de una mujer mayor. Era todo lo contrario.

Me habló un poco sobre su juventud, sobre los muchos novios que tuvo y lo encantador que era el padre de Rocco. Reí mucho cuando dijo que lo que más le llamó la atención de la enfermería, era la cantidad de médicos guapos que podría conocer y que, prácticamente, esa fue la razón por la que eligió esa profesión.

Me habló de cómo eran sus hijos de pequeños y por supuesto, hablamos de que no soportaba a Nevra. Era más que entendible que ninguna madre quiere a la tipa que hace sufrir a tu "pequeño galán", como llamaba ella a Rocco.

Escuchamos la puerta cerrarse. Inmediatamente después Rocco cruzó la puerta de la cocina.

— Mira nada más...— dijo al vernos—. Par de borrachas. Con razón la estancia es un desastre.

— No me jodas...— le dije.

Sonrió.

— No es cierto, están acostados debajo de la mesa de centro.

Tomo un cubo de queso y se le llevó a la boca.

—Lávate las manos, ¡con un carajo!

Sonreí y Rocco caminó hacia el lavabo.

— Si llega tomada a su ensayo va a ser tu culpa, eh.

— Solo han sido dos copitas— dijo su madre—. Además, estábamos bien a gusto platicando— sonreí—. La amo.

— ¿Ah? ¿Sí? ¿A quién viboreaban?

— A todo mundo— le dije—. Ya hasta me enseñó tus fotos de bebé, esas en las que se te ven las pompis.

Sonrió.

— Siguen estando igual de bonitas, ¿quieres verlas?

Reí.

— Oye, tú... grosero.

—Es broma, mamá— agarró otro pedazo de queso—. Ella lo sabe.

Negó.

— ¿Quieres vino?

— No, mejor me voy a tomar una cerveza— dijo al abrir el refrigerador.

Su madre rodó la mirada.

Rocco sacó una cerveza y la destapó.

— Te he dicho mil veces que debes lavar las latas.

— No pasa nada...

— Pueden tener pipí de rata — le dije.

— He besado cosas peores— dijo al beber.

— Eso nos consta — dijo su madre antes de soltarnos a reír.

Rocco negó y se paró a mi lado.

— ¿De qué platicaban?

— De todo un poco— dije—. Sobre todo, de chicos...

Rodó la mirada.

— ¿Ya le constaste sobre tu novio?

— No es mi novio... aún.

— ¿Cómo se llama? ¿Es guapo?

— Se llama Alonso— dije sonriendo—. Es muy guapo.

Busqué en mi móvil su perfil de Facebook y le mostré la foto a su mamá.

— Oh, sí... es muy guapo.

— A ver— le mostré a Rocco—. No me jodas, yo lo conozco— dijo—. Es hermano de Michael— asentí—. No lo soporto.

— ¿Michael? — preguntó su madre— ¿El chico con el que ibas?

— Ajá. El hijo de Dinora...

— Ya— dijo—. Su mamá no me agrada, pero él es muy guapo.

— Pero igual no sé si le gusto— dije—. A veces parece que sí, otras veces parece que no.

— Así son los hombres, cariño. Les gusta que les rueguen, pero ni que fueras fea para hacerlo.

Rocco sonrió.

— O sea, tampoco eres bonita— dijo él —, pero pues... cuando te bañas te ves bien.

— Oye, Rocco.

— Es broma...

Sonreí.

— Luego empiezas de llorón, florecita— miré a su mamá—. El otro día se puso de sentido porque le recordé que no tenía novia.

— Para las novias tan feas que ha tenido, mejor que se quede solo.

— Bueno, es que también ...— sonreí y lo miré—. Una belleza no eres.

— Oye, mi niño es precioso— dijo al mandarle un beso.

Rocco parecía avergonzado.

— Vamos, te llevo al colegio— dijo al comer otro pedazo de queso—. Son veinte para las cinco.

— Puedo tomar un taxi.

— Deja que te lleve— dijo su madre—. Me sentiré más tranquila.

Le sonreí.

— Gracias.

Bebí el último trago de vino.

— Esta es tu casa, preciosa.

— ¡Uy! No le digas eso, mamá ... de por sí aquí se la vive.

Le mostré la lengua.

— Se lo agradezco, señora— sonrió—. Voy a pasar a su baño antes de irme.

— Claro, cariño.

A decir verdad, aunque solo fueron dos copas de vino me sentía un poco mareada. Cuando salí, Rocco ya había subido a los pequeños a su habitación.

— No tardo— le dijo a su madre desde la estancia y me miró—. Vamos.

Asentí y salimos de ahí. Me abrió la puerta del auto y me ayudó a subir.

— Le agradas a mi mamá— dijo al poner el auto en marcha y bajar el volumen de la música—. No se pone a tomar vino con todo el mundo.

— A mí también me agrada, es muy divertida.

Sonrió.

— ¿De qué hablaron? — insistió.

— Ya te dije, de todo un poco.

Asintió.

— ¿Hablaron sobre mí?

— Sí, me platicó de cuando saliste del closet— me miró con el ceño fruncido

—. Es broma, ogro.

Sonrió.

— ¿Dijo algo de Nevra?

Suspiré.

— Pues lo que ya sabes, que no le agrada.

Asintió.

— ¿Puedo preguntarte algo?

— Ajá...

— ¿Sabes con quién anda Edna?

— No anda con nadie.

— Me refería a que, si sabes con quién... ¡ya sabes!

— No...— negué—. Y aunque lo supiera no te lo diría.

— ¿Por qué?

— Pues porque no. En primera porque es mi amiga y, en segundo lugar, porque no tendría por qué contarlo. Y menos a ti.

Negó.

— Es que, estoy seguro de que trae sus rollos con Donald.

— Ya.

Me miró.

— Los trae, ¿verdad?

— No lo sé.

— ¡Claro que lo sabes!

Suspiré.

— Son amigos y han salido un par de veces. Solo sé eso.

Hizo una mueca.

— Donald es un buen tipo, pero... es más grande que Edna y no quiero que la lastime— se detuvo ante el semáforo—. No quiero tener que romperle la cara.

— Uy, el hermano Godzilla habló.

Sonrió.

— Si tuvieras un hermano mayor entenderías.

— Qué bueno que no lo tengo...

Sonrió.

— Nevra no ha parado de llamarme.

— ¿Le tomaste la llamada?

Negó.

— Siento que, si lo hago, voy a terminar de su tonto.

— ¿La quieres o extrañas el sexo?

— Claro que la quiero— hizo una mueca—. Antes que otra cosa fue mi amiga y compartimos muchos gustos. El sexo era genial, pero para mí no era solo eso.

— Es que, a veces cuando a una relación le quitas el sexo, no te queda nada.

— No creo que fuera el caso.

Bostecé.

— Lo siento, me dio sueño con el vino.

— Si no llego a tu recate, seguro que te pones una borrachera y no llegas al ensayo.

— Probablemente. La verdad es que me maree un poco— sonrió—. Espero no caerme en alguna vuelta.

— Espero que no vomites... eso sería lo grave.

Sonreí y siguió conduciendo.

Después, detuvo el auto frente a la preparatoria.

— Gracias por traerme.

— Gracias por quedarte con los gordos y por platicar con mi mamá. Estos últimos meses han sido complicados para ella. Mi papá está al frente del hospital y trabaja más.

— Es lo que me dijo, pero verás que se compondrá todo.

— Gracias.

Bajé del auto.

— Nos vemos.

— Vete con cuidado. Si sientes que vas a volver el estómago, te lo tragas.

— Oye...

Rio como el tarado que era y se marchó. Yo rogué para no volver el estómago o caerme durante el ensayo.

## Sebastian

El fin de semana hubo un juego de las fuerzas básicas contra las "Leyendas de La Sagra", mismo en el que participaron Emiliano y el imbécil de Johan.

Desde muy temprano nos preparamos y junto con Nicole y Dinna salimos de casa rumbo a las instalaciones de cantera.

Emilio estaba sumamente entusiasmado no solo de jugar, también de convivir con Johan.

Apenas llegamos, los medios de comunicación presentes comenzaron a tomarnos fotos. Después se acercaron con la intención de entrevistar a Dinna, pero la seguridad del recinto les impidió el paso. Dinna no podía mencionar nada al respecto todavía.

— Y esto apenas comienza— dijo apenas pudimos apartarnos un poco. Seguimos caminando tomados de la mano con Emiliano a su lado y Nicole al mío.

— Señora Marshall— dijo el tipo encargado de cantera—, ¿cómo se encuentra?

— Muy bien — dijo al estrechar su mano— ¿Y usted?

— Encantado de verla.

Evité rodar la mirada.

— Señor — dijo al estrechar mi mano.

— Buenas noches.

Asintió.

— Señorita, es un verdadero placer verla— le dijo a Nicole.

— Gracias.

Miró a Emiliano.

— ¿Ya listo para dar un muy buen partido?

— ¡Sí!

Sonrió.

— Algunos de tus compañeros ya están en vestidores.

Emiliano miró a Dinna.

— ¿Te dejo mi móvil?

— Claro— le sonrió—. Corre, ve con el equipo.

Emiliano asintió, chocó palmas conmigo y se echó a correr. Nicole estaba demasiado concentrada en su móvil.

— Los tengo que dejar— nos dijo el tipo—. Que disfruten del partido.

— Gracias.

Sin más, el tipo se marchó.

— Demasiada hipocresía — dije.

— Sabe bien que con la venta del equipo se quedará fuera.

— ¿Crees que sepan que te quedarás al frente?

— No lo sé, pero no me sorprendería que así fuera.

Nicole nos miró.

— ¿Podemos caminar hacia un lugar con sombra?

— Claro.

Caminamos hacia las gradas y antes de siquiera poder llegar, nos topamos de frente con Johan.

— Hola... — dijo al acercarse—. Mis chicas favoritas.

Nicky le dio un beso en la mejilla. Después, Dinna lo abrazó.

— Pensé que te vería hasta después del partido— le dijo.

— Yo también, pero te vi platicando con Jean y pensé que tenía que acercarme para ver que no peligré mi futuro empleo.

Dinna sonrió.

— ¿Crees que sepa algo al respecto? Nos saludó, pero como con mucha hipocresía.

— Él saluda siempre así— Dinna rio— ¿Y Emiliano?

— En vestidores. Estaba intranquilo.

Sonrió.

— Me encanta su pasión, se parece a ti.

Lo miré.

— Espero que lo haga bien.

— Verás que sí— Dinna sonrió—. Bueno, yo también tengo que ir a cambiarme.

— Claro.

— Nos vemos después, ¿cierto?

— Claro.

Sin más, se alejó.

Dinna me miró.

— Con esa cara espantarías hasta a un oso.

La miré.

— Sin comentarios, amor.

Se acercó y me dio un beso.

— Te amo.

— Yo a ti— dije con una mueca —. Venga, busquemos un buen sitio.

El partido trascurrió de manera fabulosa. Los niños, pues todos tenían menos de diecisiete años, corrían encantados de la vida. Por su parte, algunas "las leyendas" parecían a punto de tener un infarto.

El resultado final fue el esperado; "las leyendas" ganaron por dos goles, mismos que Johan anotó. Todo mundo los festejó.

A penas hubo terminado el juego se hizo una ceremonia bastante improvisada para mi gusto y se entregaron algunas medallas. Todos los pequeños rodearon a los antiguos jugadores de La Sagra para tomarse fotos con ellos y les firman sus camisas. Los padres también aprovecharon para hacerse fotos con sus ex estrellas favoritas. Sin embargo, yo preferí esperar apartado.

Dinna hablaba con varios socios que tenía y se fotografiaba con algunos otros.

No era que le gustara mucho ese ambiente, pero era parte del trabajo.

Estaba terminando de redactar un mensaje cuando vi a Johan acercarse a donde estaba Dinna. Después, puso su mano sobre la cintura de mi mujer y posó para una foto. Aunque no quise decirle nada a Dinna al respecto, me dieron muchas ganas de ir y romperle el brazo a ese imbécil pues, aunque él fingiera yo sabía muy bien que seguía detrás de Dinna.

## Nicole

Alonso me había invitado a las carreras y a pesar de que no me llamaban la atención, terminé aceptando. Supongo que el que Edna y Mariana me dijeran que ahí también era muy popular y las chicas prácticamente se le abalanzaban, me hizo querer ir.

A mis padres y tíos les dije que iría a casa de Edna para celebrar una muy buena nota que Mariana había obtenido, cosa que claramente era mentira pues una nota alta de Mariana no era ninguna novedad.

Alonso pasó a recogerme a las ocho. Se veía muy guapo. Puso el auto en marcha y un par de calles después nos detuvimos para besarnos en el auto. Al llegar al lugar me arrepentí totalmente de ir. Era un lote baldío donde el aire hacía que la tierra volara hacia tu rostro a medida que caminabas. Dentro había mucha gente y varios autos estacionados, pero con las puertas abiertas y música bastante fuerte para que las personas que los rodeaban pudieran incluso bailar. Sobre el cofre de los autos había varias botellas de alcohol o cerveza y una nube de humo, que no estaba segura que fuera precisamente de tabaco, cubría el lugar.

Las chicas vestían diminutas faldas o shorts que te permitían ver su ropa interior. Claro, las que usaban. Parecía que era una regla para las chicas usar *crop top* y un labial vistoso.

—Ven, es por acá — dijo Alonso al tomar mi mano.

Caminé a su lado por en medio de mucha gente y muchísimos olores nada agradables.

—¡Miren quién llegó! —dijo uno de los amigos de Alonso.

Sin más, los saludó chocando palmas y dándoles un abrazo varonil.

—Ya sé que no son felices si no me ven—les dijo.

Había un par de chicas ahí, las cuales me miraron de manera nada amigable.

— Ella es Nicole —les dijo—. Trátenla bien que es su primera vez.

— Uy, encantado de ser de los primeros — dijo uno de sus amigos.

«Imbécil.»

—¿Quieres una cerveza? —me preguntó Alonso.

—No, gracias.

—¿No?

—No.

—¿Por qué?

— Te recuerdo que supuestamente estoy en casa de Edna.

—Solo una ¡Anda!

Hice una mueca.

—Bueno, está bien.

Sin más, abrió una cerveza y me la entregó. A decir verdad, no era fan de su amargo sabor.

Él se sirvió un poco de Vodka con jugo de piña y nos apartamos un poco del centro. Se recargó sobre el auto e hizo que me acercara.

—No quiero parecer estúpida, pero debo preguntarte—asintió—. No es aquí donde corren, ¿o sí?

Río descaradamente.

— No, cariño. Corremos sobre reforma.

—¿Corremos? ¿Tú también?

— Sí. Y soy muy bueno.

—No lo dudo.

—Ya me verás al rato—dijo antes de pasar un mechón de cabello detrás de mi oído y besarme.

Aquel beso provocó que las miradas de las chicas fueran peor, pero tampoco me importó. Me gustaba que supieran que iba con él.

Aunque yo iba lento con la cerveza, ellos bebían que daba miedo. Más tarde, vi llegar a Edna junto a Mariana y Martín. Así que me disculpé y caminé hacia donde estaban.

—Mira nada más —dijo Edna—, la chica más envidiada de la noche.

Sonreí y nos saludamos.

—ja, ja ...

—Es la verdad. Eres la estúpida pelirroja que viene con el guapísimo de Alonso—la miré y ella alzó las manos como deslindándose—. Yo no te bauticé, lo juro.

—Ni me digas, las tipas que están ahí me miran horrible.

—Todas te miran horrible.

Sonreí.

—Tendré que vivir con ello— dije al alzarme en hombros.

Rieron.

En ese momento Rocco se acercó.

—Nos visita la celebridad de la noche —dijo.

Sonreí y lo saludé con un beso en la mejilla.

— Por fin vas a saber lo que es ser popular—le dije.

—Mi sueño hecho realidad. Alguien pellízquenme para saber que es real...

Rodé la mirada.

—Eres odioso. Por eso no tienes novia ni amigos.

Rieron.

—Prefiero no tenerlos. Capaz que me salen como los tuyos— fingió desagrado

—. O como tu noviecito.

—Hablas de pura envidia.

— Por supuesto, me encantaría ser de su grupo.

Reí.

—¿Por qué te cae mal? No te ha hecho nada.

— Que ni lo intente.

—¡Uy, qué miedo...!

Sonrió.

—Puedes preguntarle qué le pasó a su hermano el día que lo intentó.

—¿Qué le pasó? ¿Le pegaste?

— Le puso la golpiza de su vida—dijo Martín—. Hay un video de eso, después te lo muestro.

Sonreí y vi que Alonso me observaba.

— Bueno, ya me voy, chicos — miré a Rocco—. Adiós, salvaje.

—Adiós, Paris.

Reímos y me marché de ahí para con Alonso.

—Ya vine.

—Empezaba a creer que me cambiarías por tus amiguitos— dijo a tono de queja.

Sonreí.

— Vine contigo, ¿no?

Asintió.

— Soy la envidia de varios— dijo mirando mis labios.

—¿Por qué?

—¿Cuántos pueden decir que salen con una hermosa pelirroja?

Sonreí y le rodeé el cuello. Después nos besamos.

Me encantaban sus labios.

—Ven...—dijo al tomar mi mano.

Caminamos entre varias personas hasta un lugar más alejado. Me guio detrás de una barda y ahí me recargó para besarme con más intensidad.

Después, intentó meter la mano entre mi blusa. Al principio no dije nada y lo aparté sutilmente, pero cuando puso sus manos sobre mis senos, lo empujé.

—¿Qué haces?

Sonrió.

—Sabes bien qué hago— dijo al pegar sus labios contra mí de nuevo y bajar sus manos a mis caderas.

—No, espera.

—¿Por qué?

—Porque no quiero...

—Sí quieres —dijo al meter su boca en mi cuello y besarme con torpeza.

—No... —lo aparté de nuevo con más fuerza pues era demasiado pesado—.

Quiero que me lleves a mi casa.

Me miró sorprendido.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Quiero que me lleves a mi casa.

Negó.

— Pensé que íbamos a hacerlo...— negué—. Lo siento, yo pensé que ...

Estábamos...

— Me voy a casa.

— No, espera — dijo al jalarme del brazo.

Me solté y sin detenerme, caminé hacia donde estaban Martín y los demás.

— Quiero irme a casa —le dije —¿Puedes llevarme?

—¿Estás bien?

—No. Solo quiero irme.

Edna me miró preocupada.

—¿Qué sucedió?

Negué.

— Alonso ... se quiso propasar.

Al parecer ninguno podía creerlo.

—Yo no traje auto, pero le diré a Rocco que me preste el suyo— dijo Martín.

—Por favor.

Martín se alejó.

— ¿Qué fue lo que sucedió? —preguntó Mariana.

— Me llevó hacia donde no había nadie y nos besamos, pero comenzó a ir más

allá. Está tomado.

— Es un imbécil.

En ese momento mi móvil comenzó a sonar.

Era mi madre.

—Debo atender. Voy a salir para que no se escuche la música.

Edna asintió y yo me alejé lo más rápido que pude sin importar perder la primera llamada.

Un par de segundos después, volvió a llamar.

—Hola, ma'—dije—. Perdón, no alcancé a contestar.

— ¿Cómo estás?

— Bien. Cerca de casa de Edna hay un botanero y decidimos venir por unas alitas—mentí—. No le cuentes a Sebas.

La escuché reír.

— No comas muchas porquerías o te dolerá el estómago.

— No.

En ese momento Rocco se acercó y con señas le pedí que me esperara un momento.

Asintió.

— Solo quería saber cómo estabas y saber a qué hora vas a volver.

— Pues... ya estamos terminando. No creo que tarde más de una hora y media en llegar.

— De acuerdo, vente con cuidado. Cualquier cosa, me llamas.

— Sí, ma'.

— Te quiero— dijo antes de colgar.

Suspiré y miré a Rocco.

— ¿Estás bien? — preguntó—. Martin me dijo lo que pasó.

Negué.

— Es un imbécil.

— Lo es— dijo con una mueca en el rostro— ¿Te hizo algo?

— No.

Asintió.

— Te llevo a casa.

— ¿Si? ¿No interrumpo nada?

— Pues sí, pero ya qué.

— Perdón. Si quieres...

— Era broma— dijo sonriendo—. Vamos, el auto está dentro.

Asentí y caminé a su lado. Por instinto miré hacia donde estaba Alonso y sus

amigos, pero no lo localicé.

— Deja saco la chamarra de Martin para dársela.

— Sí.

Caminamos hacia su auto. A penas abrió la puerta se escucharon un par de sirenas de la policía y las luces comenzaron a aparecer, fue entonces que todo mundo comenzó a correr.

— Rápido, súbete— me dijo.

Confundida hice lo que me pidió.

Las patrullas poco a poco comenzaban a rodearnos.

— Ponte el cinturón— me dijo antes de encender el auto con prisa y ponerlo en marcha. Con la mayor rapidez posible ajusté el cinturón y me sujeté, pues Rocco dio una vuelta bastante brusca.

— ¡Vamos a chocar! — grité cuando vi que íbamos de frente hacia una patrulla.

— Sujétate.

Un par de metros antes de estrellarnos, Rocco dio un volantazo y la patrulla frenó de golpe. Entonces pasamos a su costado y salimos del lote.

— ¡Estás loco!

Me miró y sonrió encantado.

— ¡No quites la mirada de enfrente! — exigí.

De pronto, miró por el retrovisor y se dio cuenta de que una patrulla nos seguía.

— Mierda...

Siguió avanzando un par de calles tan rápido como podía y después dio una vuelta demasiado brusca en una de las calles. Después, giró de nuevo hacia el lado contrario.

— Bájate y haz lo que te diga— dijo al estacionar y apagar el auto en medio de otros dos.

Hice lo que pidió y me crucé con él hacia la acera de enfrente. Apenas vimos las luces, Rocco me tomó de la cintura y me besó.

«¿Qué demonios? »

De reojo vi a la patrulla pasar frente a nosotros rápidamente. Cuando se alejó lo suficiente, Rocco se apartó.

— Eso nunca falla— dijo.

Negué avergonzada.

— ¿Lo aplicas seguido? ¿es tu manera de lugar?

Sonrió.

—Solo cuando es necesario— negué de nuevo—. Era eso o nos detenían a los dos. Y ya quiero ver qué es lo que le decías a tus padres.

— Ni siquiera lo digas, me habrían matado.

Sonrió y miró su móvil.

— Le llamaré a Martin, espero que hayan corrido— dijo al sentarse en uno de los escalones que estaban afuera de una puerta con el móvil pegado al oído. El nerviosismo comenzaba a invadirme.

—No responde—dijo al colgar.

Antes de que pudiera decir algo más, vi de nuevo las luces acercarse y con desesperación me lancé sobre él provocando que se fuera de espaldas conmigo encima. Cuando vimos a la patrulla detenerse frente a nosotros me besó.

— Jóvenes...— dijo el oficial desde adentro del auto.

Me aparté de él y nos pusimos de pie.

— Buenas noches, oficial — dijo Rocco.

— Esas muestras de cariño no están permitidas en la vía pública.

Sonreí avergonzada.

— Lo siento, nos estábamos despidiendo— dije.

Asintió nada convencido.

— ¿Cuál es tu auto, muchacho?

— ¿Mi auto? — preguntó Rocco sonriendo— ¿Cree que si tuviera auto estaríamos aquí afuera?

Negó.

— Es peligrosa la zona — dijo.

— Él ya se iba— le dije—. Yo vivo aquí, oficial— señalé la casa detrás de nosotros.

Rocco asintió.

— A todas las unidades— dijo una voz por el radio—, código tres. Trece por un dieciséis.

El oficial tomó el radio.

— Aquí unidad cinco nueve realizando un uno después del dieciséis.

«¿Qué?»

— Código tres, unidad cinco nueve. Calles aledañas a reforma.

— Entendido— nos miró—. No te vayas tarde, muchacho.

— No, oficial.

Sin más, se marchó.

Rocco me miró.

— Si querías besarme de nuevo, solo tenías que decirlo.

Negué.

— Sabes muy bien por qué lo hice.

Sonrió.

— La verdad no lo sé, pero tu exceso de emoción casi provoca que nos descubran.

— No fue exceso de emoción, fue exceso de nervios.

Sonrió.

— ¿Te pongo nerviosa? — preguntó arrogante.

— Tú no. El saber que puedo ser detenida sí.

Sonrió.

— Puedes agradecerme por salvarte.

Rodé la mirada.

— Gracias.

— No de esa manera...

— Sueñas.

Rio.

— No te preocupes, no eres mi tipo.

— Ni tú el mío— dije dándole la espalda—. No me gustan los salvajes.

Rio.

— No sabes de lo que te pierdes— dijo al cruzar de nuevo la acera—. Vamos, sube al auto antes de que poniendo de pretexto tus nervios te me lances encima de nuevo.

Caminé hacia el auto y me abrió la puerta. Aunque tomó mi mano con la intención de ayudarme a subir no dejé que lo hiciera. Subí rápidamente y cerré la puerta.

Lo vi sonreír y rodear el auto.

¡Qué vergüenza!

## Rocco

Una vez que subí al auto vi a Nicole mirando su móvil.

— ¿Por qué usas labial con sabores? — le pregunté— ¿Acaso no sabes que los hombres los odiamos?

— ¿Acaso crees que me importa?

Sonreí.

— Uy, qué genio... ¡Ya cástate!

Negó.

— ¿Podrías simplemente callarte y llevarme a mi casa?

Sonreí.

— ¿Cuál es la palabra mágica?

— Por favor.

— ¿Tan difícil era?

Rodó la mirada y después miró por la ventanilla. Sonreí y puse el auto en marcha.

Apenas había avanzado un par de calles cuando mi móvil comenzó a sonar.

Era Martin.

— ¿Qué pasó? Te llamé.

— Lo siento, no podía contestar.

— ¿Dónde están? ¿Corrieron?

— Sí, nos subimos al auto de Donald.

— Ah, qué bueno.

— ¿Y tú?

— Yo... — miré a Nicole—. Voy camino a dejar a Nicole a su casa.

— ¿Estaban juntos?

— Sí. Había ido por tu chamarra cuando pasó todo.

— Lo bueno es que escaparon— dijo—. Sus papás la habrían asesinado.

— Lo sé, pero nos libramos— dije sonriendo.

— Estaremos en casa de Donald, ¿puedes venir por nosotros después de dejar a Nicole?

— Sí, está bien.

— Vale, gracias.

— Te llamo cuando vaya de camino por ustedes.

— Ok, adiós.

Colgué.

— ¿Era Martin? — preguntó Nicole.

— Sí.

— ¿Qué dijo?

— Que están en casa de Donald. Voy a pasar por ellos después de dejarte en tu casa.

Hizo una mueca.

— ¿Por qué no fuimos por ellos antes?

— Porque daríamos una vuelta enorme— se cruzó de brazos—. No te preocupes por quedarte a solas conmigo. Yo sé que te encantaría que te besara de nuevo, pero lo hice solo porque era necesario.

— Pobrecito... estás tan falto de cariño que haces fiesta por un beso.

Sonreí.

— Yo no soy el que se lanzó sobre mí.

Rodó la mirada.

— Ya te dije por qué fue. No alucines.

Sonreí.

— ¿puedo preguntarte algo?

— ¿Qué cosa?

— ¿Quién te enseñó a besar? ¡Lo haces terrible! —dije antes de comenzar a reír.

La vi rodar la mirada y antes de que pudiera decir algo, su móvil comenzó a sonar.

— Es mi madre. Silencio— dijo antes de atender—¿Si? — aclaró su voz—.

Ya voy de camino con Edna y su hermano— nos miramos—. Tuvo que irse antes— dijo con una mueca—. Sí, no te preocupes— negué—. Adiós.

Colgó.

— ¿No piensas contarle lo de Alonso?

Negó.

— Se supone que estaba en tu casa con tu hermana y los demás. Si le cuento, van a saber que les mentí— negué—. Con que no vuelva a salir con Alonso está bien.

Me detuve ente el semáforo en rojo.

— Si te vuelve a molestar, dime y le pongo un alto.

— Gracias, pero no creo que sea necesario.

— Bueno, si sucede me dices— asintió—. No tienes un hermano mayor que le parta la cara, pero tienes un amigo que lo haría con gusto.

Sonrió

— Gracias.

— Y no solo él, si alguien más te fastidia, me dices. Tú, Edna o Mariana, ¿de acuerdo?

— Gracias.

— Y no te preocupes, no le contaré a nadie que me saltaste encima con lujuria.  
Rio.

— Yo tampoco le diré a nadie que te derribé sin problema alguno.

Reí y seguí conduciendo.

— Pon música, no me gusta conducir en silencio.

— ¿Qué pongo?

— Lo que quieras. Yo solo tengo quince por ciento de pila. Mejor pon el tuyo.

— Bueno— conectó su móvil—, pero no se vale quejarse o burlarse.

Sonreí.

— No prometo mucho.

Me miró con una mueca en el rostro.

— Es broma, princesita.

Entonces una canción de un tono extraño comenzó a sonar y seguido de ello, un tipo comenzó a cantar.

— ¿Qué es eso?

— *Miranda!* Es un grupo argentino de pop.

Asentí.

*“Dime que se siente bien, increíblemente bien,  
cuando estamos piel a piel...”*

— ¿No son los de la guitarra de Lolo?

Rio.

— Ándale, ellos.

Asentí.

— No sabía que tenían más canciones.

Rodó la mirada y yo reí.

Después, subió el volumen a la música.

*“Dime que soy un don Juan,  
que mi fama de galán, se ha convertido en debate de café.  
Dime niño me gustas, cada día un poco más, cada día un poco más.  
Dime que a la buena vida volviste desde aquel día en que me conociste...”*

Entonces le cambió.

— ¿Por qué la quitaste? Estaba buena. Me sentí identificado.

— Relájate, galán.

— Estaba buena— dije sonriendo—. Me sentí en la secundaria de nuevo.

Rodó la mirada.

— Eres odioso— dijo al cruzarse de brazos.

Reí.

— Era broma, ogro. Pon tu música, anda.

— No. Ya no.

Sonreí.

— Anda, ponla.

— No.

— Anda, princesita. Deja de estar de llorona.

Hizo una mueca y después puso le *play* de nuevo.

*“Extraño tus pasiones desatadas,  
tus ataques de locura cuando nadie lo esperaba,  
el reflejo de la luna en tus gafas espejadas,  
lo imposible de tu amor...  
Pero también extraño tu llegada,  
y el sabor a cigarrillo que tu beso me dejaba,  
enroscarnos y dormirnos con las sabanas mojadas,  
cuando aparecía el sol.  
Lo que no sé, es lo que quiero,  
lo vuelvo a hacer y me enveneno.  
Enloquecer en soledad es mi destino.  
Discúlpame si con esto te deprimó.  
Porque también extraño,  
abandonarme al universo del engaño,  
irnos de viaje y renovar nuestro vestuario  
y me hago cargo.  
Nena, te extraño, pero no tanto”*

Tragué saliva y suspiré. La primera persona que llegó a mi mente fue Nevra y todas las cosas que hicimos juntos. Era como si ese tipo supiera exactamente

lo que a veces me sucedía.

— Lo siento— dijo Nicole al bajar el volumen.

La miré.

— ¿Por qué?

— Por la canción.

Negué.

— No pasa nada. De hecho, me gustó.

— Supongo que sí.

Suspiré.

— Bloqueé su número—la miré—. Seguí tu consejo.

— ¿Y cómo te sientes al respecto?

— Bien, más tranquilo.

— Me alegro.

Asentí.

— Ahora pon una más movida.

Sonrió, asintió y cambió la canción.

Conduje moviendo la cabeza al ritmo de la música mientras ella cantaba cada canción con demasiada energía. Después, cuando puso la única canción cuya letra me sabía, cantamos y reímos juntos.

— Listo— dije al detenerme frente a su casa.

— Gracias por traerme.

— No hay problema.

— No te bajes— me dio un beso en la mejilla—. Vuelve con cuidado.

Bajó del auto.

— Te espero a que entres.

— Gracias.

La vi caminar hacia la puerta de su casa. Después se giró y se despidió con señas. Una vez que entró puse el auto en marcha de nuevo y conduje a casa de Donald.

## Nicole

Apenas crucé la puerta todos me miraron.

— Ya vine.

— ¿Cómo te fue? —preguntó mi tía.

— Bien. Fuimos a comer alitas.

Sebas negó.

— Porquerías.

Sonreí.

— Tienes que cuidar esa figura — dijo mi tío.

— No será problema, tengo lo que algunas llaman metabolismo rápido—  
sonreí—. Yo le llamo solitaria.

Rieron.

— Pensé que te traería Alonso— dijo mi mamá.

— Pues era la idea, pero tuvo que irse antes. Edna y sus hermanos me trajeron,  
pero primero pasamos a dejar a Mariana a su casa.

— Qué bueno que ya estás aquí.

Sonreí.

— Bueno, pues ya es hora de dormir— dijo mi tío Robert al ponerse de pie.

— Sí, ya es tarde— aseguró Sebas.

— Descansen— dije al darle un beso a mis tíos y otro a mi mamá. Después,  
me acerqué a Sebas—. Buenas noches— le dije antes de darle un beso en la  
mejilla.

—No te me acerques con boca de alitas.

— Beso de alitas— dije al pegar mi boca en su mejilla de nuevo.

Todo mundo ríe y después subí a mi habitación. Una vez ahí, me desvestí para  
ponerme el pijama. Mientras lo hacía vino a mi mente lo de Alonso,  
¡Tremendo imbécil! ¿Qué se creía? ¿Quién me creía? Vamos, tampoco era que  
yo fuera una santa, pero no tenía derecho alguno para actuar así.

Escuchar pasar a todo mundo frente a mi puerta me distrajo de mis  
pensamientos. Después, me metí al baño a desmaquillarme. Primero  
desmaquillé mis ojos y después mis labios, fue entonces que Rocco se vino a

mi mente y me hizo sonreír. El beso había sido estupendo. Vamos, no había sido un beso romántico ni mucho menos, pero había sido fabuloso y no me imaginaba cómo sería un beso realmente apasionado con él. Reí ante ese pensamiento y seguí desmaquillándome.

Nunca antes había visto a Rocco como un tipo demasiado atractivo. No podía negar que era guapo y que su forma de ser llamaba la atención, pero siempre lo había visto como el hermano de mi mejor amiga y nada más. Sin embargo, no estaba segura de seguir viéndolo así. Se había portado tan bien conmigo y ni decir de lo adorable que fue cuando se mostró protector. Aunque me había llenado de vergüenza el hecho de haberme lanzado sobre él y los comentarios posteriores, sin duda alguna lo volvería a hacer.

## Dinna

Cuando recibí la llamada por parte de Emmanuel Torres me imaginé los motivos. La Sagra era mía de nuevo. Aún faltaban un par de trámites para poder empezar a tomar decisiones sobre ella, pero era cuestión de días. Así que requerían que viajara el siguiente fin de semana a España para hacer la conferencia de prensa y la presentación del nuevo equipo directivo. Aunque ellos querían que viajara el sábado me negué. Ese día era cumpleaños de Nicole y no pensaba marcharme. Sin embargo, arreglé el viajar el día domingo por la tarde.

Algo que si me preocupaba era Sebas. Aunque realmente podía pedir algún tipo de permiso para así acompañarme, no era posible hacerlo con tan poco tiempo. Además, las capacitaciones recién terminaban y era época de exámenes teóricos y físicos.

Al viajar obviamente me encontraría con Johan, pues durante la conferencia de prensa presentaría a mi nuevo equipo de trabajo y él era uno de ellos. Sabía que era una posibilidad que a Sebastian no le agradara ni un poco el que viajara sola.

Cuando llegó a casa después del trabajo, yo estaba en el estudio redactando lo más parecido al discurso que daría.

— Ya vine, amor— dijo al acercarse y darme un beso.

— ¿Cómo te fue?

— Bien, ¿y a ti? ¿Qué tal tu día?

— Bien.

— ¿Qué haces? ¿Trabajando?

— Estoy redactando un discurso.

— ¿Discurso?

Asentí e hice una mueca.

— Oficialmente La Sagra es mía de nuevo.

— ¡Vaya! Eso fue rápido.

— Aún faltan unos trámites para que pueda empezar a hacer los cambios, pero

es cuestión de días— tragué saliva—. Sin embargo, me han pedido que viaje a Toledo el fin de semana.

— ¿Este fin?

— Sí. Yo sé que es muy pronto, pero...

— Este fin es el cumpleaños de Nicky.

— Lo sé. De hecho, querían que viajara el sábado, pero les dije que no podía y viajaré hasta el domingo.

Hizo una mueca.

— Pensé que viajaríamos juntos.

— Podemos hacerlo.

Negó.

— El lunes empiezan los exámenes teóricos y prácticos. No puedo faltar.

— Recién hoy me enteré.

Suspiró.

— Entonces, supongo que viajarás sola.

— Voy a ver si puedo pedir permiso en el colegio de Emiliano para llevármelo, pero creo que empiezan los exámenes también. Y de Nicole pues ni pensarlo, ella no puede faltar.

La mueca en su rostro reflejaba su descontento.

— Me avisas si Emiliano viajará o no, para en caso de que no, organizarme y poder llevarlo y traerlo del colegio.

— Sí— me puse de pie y me abracé a su cuello—. Gracias.

— ¿Por qué?

— Por ser tan comprensible y lindo conmigo.

Se alzó en hombros.

— Te amo.

— Yo te amo a ti— dije al darle un pequeño beso.

Acarició mi mejilla.

— Pasé a recoger el regalo de Nicole.

— ¿En serio?

— Recibí el correo temprano y como me quedaba de camino, quise recogerlo de una vez.

— ¿Y dónde está?

— En el auto. No sabía si estaría en casa y como no me lo envolvieron, no quise arriesgarme a que lo viera.

Sonreí.

— Eres el mejor tipo en el mundo— dije al comenzar a jugar con su corbata

— Eres encantador conmigo y con los niños. Sobre todo, con Nicole.  
— Sabes que también es mi hija y la amo.  
— Y ella a ti — le di un beso—. Vamos, te acompaño a que te cambies y nadamos un rato antes de la cena.  
Sonrió.  
— ¿Y vamos a nadar o solo quieres que te esté besando dentro del agua?  
— No lo sé, depende de cómo te portes.  
Sonrió y me tomó de la mano. Después salimos de ahí.

## Nicole

Después del colegio fuimos a casa de Edna, igual que todas las tardes. La realidad es que a esa hora no había nadie en mi casa y prefería pasarla con mis amigas y Laura, que estar encerrada en mi habitación.

— Por cierto, ¿te dijo algo Alonso? ¿Lo viste?

— No— dejé mi mochila sobre el sofá—. Y mejor, porque cuando quiera hablar conmigo lo mandaré al carajo.

— Es lo mínimo que se merece— dijo Mariana.

Asentimos y nos dejamos caer sobre el sofá.

— ¿Quién anda ahí? — preguntó la madre de Edna mientras bajaba las escaleras.

— Mami — le dijo Edna —, no sabía que estabas aquí.

— Hoy descanso. Mañana empiezo con el turno de la noche— nos sonrió— ¿Cómo están, preciosas?

— Bien — dijimos al saludarnos con un beso en la mejilla— ¿Y usted?

— No tan bien como ustedes, pero no puedo quejarme.

Reímos.

— Oye, hay que meter los helados al congelador — dijo Mariana.

— Mejor hay que servirlos — dijo Edna al pararse y sacarlos de una bolsa.

— ¿Quieres que te ayude? — pregunté.

— No, yo puedo.

— ¿Compraron helado? — preguntó su mamá.

— Sí— respondí—. Trajimos de chocolate, fresa y almendras. Edna nos dijo que es su favorito.

— Ese y el de nueces— dijo sonriendo—. No se hubieran molestado, pero que bueno que lo hicieron.

— Siempre estamos aquí, es lo mínimo que podíamos hacer.

— Eso es cierto— dijo Rocco al bajar las escaleras—. Prácticamente viven aquí. Ya deberíamos cobrarles un alquiler.

Mariana y yo reímos.

— Hola —me dijo con esa bonita sonrisa que tenía.

— Hola, salvaje.

Rio y vi a Laura rodar la mirada.

—¿Y los cachorros? — preguntó Mariana.

— Están durmiendo, acaban de comer.

— Ay, yo quería subir a verlos— dije.

— No te preocupes, seguro que seguirás aquí cuando despierten.

Le aventé uno de los cojines.

Laura parecía molesta.

— Tú ya deberías conseguir un trabajo por las tardes— le dijo Edna al volver con unos vasos de helado—. Te la vives aquí todas las tardes.

— Edna, no empieces— le dijo su madre mientras la veía entregarme mi helado.

— Mira quién lo dice, hermanita... — miró mi helado—. Dame.

Sin esperar a que le dijera algo tomó la cuchara y se la llevó a la boca.

— Oye, tú— le dijo su mamá — ¿Por qué comes de su helado?

— Solo quería probarlo, pero no me gustó— miró el de Mariana— ¿El tuyo de qué es?

— Vainilla.

Hizo una mueca de desagrado.

— El mío es de chocolate — le dijo Laura sonriendo — ¿Quieres?

— Mejor me guardan un poco del de almendras— dijo antes de acercarse a dónde estaba su mamá y darle un beso en la mejilla—. Al rato vengo.

— ¿A dónde vas?

— Por ahí...

— Roderick.

Rocco rodó la mirada.

— Voy a casa de Donald. Los perritos están en mi cuarto.

—¿Tardas?

— No.

Su mamá hizo una mueca.

— Con cuidado.

Asintió.

— Nos vemos más tarde, inquilinas— dijo antes de salir de ahí.

Aunque me daban nervios de que alguien preguntara sobre la reciente confianza que nos teníamos, todo mundo lo dejó pasar. La verdad es que no sabía que inventarme y seguramente les hubiera terminado contando de lo que había pasado el fin de semana.



## Rocco

Tenía con los perritos ya casi tres semanas y ellos estaban por cumplir el mes. Ya no eran aquellos pequeños cachorros flacos y tristes que había encontrado. Ahora eran seis gorditos traviesos y felices que se la pasaban corriendo de un lado para otro y que mordían lo que encontraban a su paso.

Nicole se quedaría con dos de ellos. De hecho, uno de ellos ya tenía un collar con el nombre que había escogido, pero todavía no sabía cuál sería el otro.

El amigo de su padre se quedaría con la única hembra. Así que cuando lo llamé para decirle que ya podía pasar a recogerla, llegó por ella en una curiosa transportadora rosa. Sus hijos estaban muy emocionados al igual que su esposa. Aunque sentí un poco de tristeza al ver cuando se la llevaron, era un hecho que la perrita quedaría en buenas manos.

Donald se quedó con un macho de color castaño claro al que llamaría Fíbulas, sin saber la razón. Sabía que lo cuidaría bien pues era un buen tipo.

El tío de Nicole se quedaría con otro de los cachorros. Ese pequeño sería afortunado y viviría en Londres y seguramente estaría súper consentido. Me daba gusto saber que tendrían una buena vida.

El jueves por la tarde tomé a los tres cachorros y conduje hasta casa de Nicole. Fue su madre quien abrió la puerta.

— Buenas tardes, señora. ¿Se encuentra Nicole?

— ¿Quién la busca?

— Roderick.

— Nicky, te buscan— dije al hacerme un lado y dejarme pasar.

Todos me miraron.

— Rocco— dijo Nicole al ponerse de pie—, ¿qué haces aquí?

— Vine a traerles amor— dije al mostrarle la caja en la que había transportados a los cachorros.

Loki comenzó a ladrar y moverse inquieto. Una vez que lo puse en el piso corrió hacia donde estaba Nicole y ésta lo cargó encantada.

— ¿Cómo estás, precioso? — el perrito le lamió la cara emocionado—

¡Emiliano! — gritó— ¡Baja!

— Ya conocían a Rocco, ¿verdad?

— Sí, cuando llegamos nos ayudó con la maleta— dijo su tío al mirarme—.  
Hola.

— Hola.

— Mira nada más esta preciosidad — dijo el tío de Nicole al tomar al cachorro de pelaje más oscuro—. Eres hermoso— dijo mientras el pequeño movía su colita de un lado al otro.

— Está precioso— apoyó la tía de Nicole.

— Yo no lo conocía— dijo su madre mirándome.

— Es el hermano de Edna— dijo Nicole.

— Sí, por el nombre lo reconocí, pero nunca nos habíamos visto.

— Perdón— dije al estrechar su mano—. Un gusto conocerla.

Me sonrió.

— El gusto es mío.

Escuchamos bajar a alguien y de repente, un pequeño de unos diez u once años corrió hacia donde estaba el otro cachorro.

— ¡Ya llegaron! — dijo emocionado.

Sin más, cargó al otro perrito y se acercó a Nicole.

— Agárralo bien— le dijo Nicole—. No lo vayas a tirar.

— No— me miró—. Hola.

— Hola.

— Él es Rocco — le dijo Nicole—. Es quien los rescató.

El pequeño me miró encantado.

—Gracias por recatarlos y por darnos dos.

Sonreí.

— No hay problema.

— ¿Tú no te vas a quedar uno?

— Sí, pero se quedó en casa.

Asintió.

— ¿Cómo se llama?

— Baxter.

— ¡Wow! Ese nombre está genial.

Todos sonreímos.

— Gracias.

— Aún no sé cómo le pondremos al otro. Mi hermana escogió Loki.

Miré a Nicole y sonrió.

— Puedes buscar en internet: “nombres divertidos para perros” y seguro que

encuentras alguno.

Asintió.

Escuchamos la cerradura girar y fue entonces que el padre de Nicole entró.

Definitivamente imponía.

— ¡Papá, mira! — dijo el pequeño emocionado.

El padre de Nicole dejó su mochila sobre el sofá.

— ¡Mira nada más! — dijo sonriente.

— Los trajo el amigo de Nicky.

Me miró.

— Buenas tardes.

— Buenas tardes, señor.

Nicole caminó hacia donde estaba y con el cachorro en brazos se acercó a saludarlo.

— Saluda a Loki — le dijo.

Sin más, el señor lo cargó.

— Estás muy guapo — le dijo—. Vas a ser el consentido de mi princesa.

Nicole se sonrojó y el señor le entregó al cachorro, pues el pequeño también se acercó—. Tú vas a ser el latoso de la casa — dijo al cargarlo—. Igual que Emiliano.

Rodos reímos.

— ¿Quieres algo de beber, Roderick? — preguntó la madre de Nicole.

— Muchas gracias — sonrió —, pero solo venía a dejarlos.

— ¿No te quedas a cenar con nosotros? — me preguntó su tía.

— No, muchas gracias. Debo volver a casa rápido. Dejé a mi pequeño solo y debe andar triste.

— Cierto... — dijo con una mueca en el rostro.

— Muchas gracias, muchacho — me dijo su padre — ¿Te debemos algo?

— No, para nada. Solo, por favor vacúnelos para que no se vayan a enfermar.

— Claro que lo haremos — dijo.

Miré a Nicole.

— Ya me voy.

— Te acompaño — dijo al poner al pequeño en el piso.

Asentí.

— Muchas gracias — dijo el tío de Nicole al estrechar mi mano.

— Gracias a usted, espero después me deje saber cómo está.

— Te mandaré unas fotos con Nicky.

— Gracias — miré al resto—. Buenas noches.

— Cuídate— me dijeron casi a coro.

Después salimos de ahí.

—Gracias por traerlos hasta acá— me dijo Nicole.

— Tu tío había dicho que mañana pasaba por ellos, pero voy a salir. Así que mejor de una vez.

Asintió.

— Gracias por todo—dijo con esa bonita sonrisa que tenía.

— Nos vemos mañana... seguramente.

Sonrió y se le formaron dos pequeños hoyuelos en sus mejillas.

— Seguramente.

Sin más, me dio un beso en la mejilla y pude sentir su aroma; lavanda y primavera.

— Vete con cuidado, salvaje.

Sonreí.

— Adiós, pelirroja.

Le di la espalda y caminé hacia mi auto. Una vez dentro, se despidió con señas y esa sonrisa tan hipnótica.

Después, puse el auto en marcha.

## Sebastian

Cuando Nicole entró lo hizo con una sonrisa en el rostro. Una que todos notamos.

— Qué gran detalle el venir hasta acá— dijo Robert—. Yo había quedado de ir mañana antes de irnos al aeropuerto.

— Sí, fue lo que me comentó— aclaró su voz—, pero dijo que tenía que hacer unas cosas y por eso mejor los traje de una vez.

« Sí, claro.»

— Es muy lindo— dijo Miranda— ¿Qué edad tiene?

— Veintidós — respondió Nicole.

« Demasiado grande.»

— Uy, es un bebé— dijo Miranda—. Solo por eso se salva, si no ya lo hubiera agarrado a besos.

Robert y Dinna rieron.

— Oye, podría ser novio de Nicole...— dijo Robert.

Nicky se sonrojó.

— Por eso dije que es un bebé— sonrió y miró a Nicole—. Uno muy guapo.

Robert asintió.

— Además, muy humano— dijo Robert—. Estaba muy preocupado por decirnos lo de las vacunas.

Nicky sonrió.

— Las últimas semanas ha regresado casi corriendo de la universidad para poder verlos y darles de comer— dijo—. Como estaban muy pequeños, usaban biberón.

— Ay, qué lindo— dijo Miranda—. Me lo imagino monísimo dándoles biberón.

Nicole sonrió encantada.

— Dejen de tirarle flores— dijo Dinna —, que la próxima vez que Sebas se lo encuentre, va a ser peor su postura de macho alfa.

— ¿Cuál postura? — pregunté.

— La de macho dominante— me dijo.

Todo mundo río.

— La verdad es que no sé cómo es que Nicole conseguirá novio— dijo Miranda—, si cuando conozcan al papá seguro que les va a dar miedo.

— Es la idea— dije.

Rieron.

— ¿Quién va a ir por el platito para que coman? — preguntó Dinna.

— Yo voy— dijo Emiliano.

— Voy a cambiarme— les dije—. Ahorita bajo para cenar.

Asintieron y subí.

Después de un par de minutos Dinna me alcanzó.

— Ya está la cena, amor.

Sin más, se acercó y me dio un beso.

— ¿A Nicole le gusta el tipo ese?

Sonrió.

— No me lo ha dicho, pero ¿viste la sonrisa del tamaño del mundo que tenía?

Hice una mueca.

— ¿No crees que es muy grande para ella? Son cinco años de diferencia.

— Pues son algunos años, pero se ve que es un buen chico. Además— se colgó a mi cuello—, ahorita solo son amigos.

Suspiré.

— ¿Por qué no se pudo quedar pequeñita?

Sonrió.

— Ya va a cumplir la mayoría de edad.

— Puede cumplir treinta y seguirá siendo mi pequeña.

Me dio un beso.

— Te amo— acarició mi mejilla—. Te espero abajo.

Asentí y salió de ahí.

## Nicole

Cuando el despertador sonó abrí los ojos y quité la alarma. Casi en automático tomé mi móvil del tocador y caminé hacia el baño. Después de lavarme los dientes me senté a orinar y comencé a recibir de golpe un montón de mensajes de felicitación.

Cuando salí del baño comencé a buscar mi ropa, fue entonces que llamaron a la puerta.

— Adelante.

En ese momento mi madre, Emiliano y Sebas cruzaron la puerta con un pequeño pastel entre sus manos.

— *Happy Birthday to you,*

*Happy Birthday to you*

*Happy Birthday, dear Nicky.*

*Happy Birthday to you...*

Sonreí encantada.

— Gracias.

Sin más, abracé a mi madre.

— Feliz cumpleaños, mi amor— dijo al darme un beso.

— Gracias, mami— miré a Sebas y lo abracé—. Gracias, Migo.

Me miró y sonrió fascinado. Le encantaba que lo llamara así.

— De nada, mi princesa.

— Feliz cumpleaños, *emana'*— dijo Emiliano al abrazarme con fuerza.

— Gracias, chaparro.

— Tienes que soplarle y pedir un deseo — aseguró mi madre al acercarme el pastel.

Asentí, pedí mi deseo y le soplé.

— Y ahora, tu regalo— dijo Sebas al entregarme una caja.

— ¡Gracias!

Sin más, desgarré el papel que envolvía la caja.

— ¡Wow! — dije sorprendida— ¡La cámara que quería! — los miré—

¡Gracias!

— Pude ver en tu carita lo mucho que la querías— me dijo Sebas.  
— ¡Está genial! Muchas gracias.  
— Yo te hice una carta— dijo Emiliano al entregarme un sobre.  
— Muchas gracias, chaparro.

“Feliz cumpleaños. Eres la mejor hermana del mundo”.

— Te amo— dije al darle un beso y abrazarlo.  
Sonrió encantado.  
— Muy bien, ahora a bañarse que vamos a ir a desayunar— dijo mi madre.  
— ¡Vamos a ir a Ihop! —dijo Emiliano emocionado.  
Sonreí.  
— Gracias, en verdad.  
Sebas me guiñó.  
— No tardes mucho.  
Después, salieron de mi habitación.  
El hecho de que planeáramos ir al Ihop era toda una novedad, pues Sebas detestaba la “comida chatarra”.  
Con prisa me metí a bañar y cuando salí vi que tenía un par de mensajes más.

Rocco: “ ¡Feliz cumpleaños! Pásalo genial, pelirroja labios de fresa rancia”.

Reí.

<“Muchas gracias, salvaje labios de lija”.>

## Nicole

Después de un gran día en familia y una cena en mi restaurante favorito, me dispuse a arreglarme pues saldría con las chicas a festejar mi cumpleaños. A pesar de que para entrar a cualquier bar nos pedían una identificación, Edna había conseguido una reservación en un lugar que conocía. La verdad es que me había costado trabajo convencer a mis papás para que me dejaran ir, pero al final cedieron. A final de cuentas, celebraría mi mayoría de edad.

Después de buscar un par de horas entre mi armario, decidí ponerme un vestido negro ceñido de manga tres cuartos, arriba de la rodilla y con un escote bastante pronunciado. Al principio había pensado usar uno de esos sostenes con relleno que te dan la sensación de unos pechos de ensueño, pero al verme frente al espejo no me gustó cómo me veía. Así que decidí quitármelo y lucir natural. Como me sentía demasiado destapada opté por unas medias negras, unos zapatos no tan altos y una cartera negra pequeña que pudiera cargar todo el tiempo. Hice algunas ondas flojitas a mi cabello y después lo cepillé para un aspecto más natural. Obviamente cuando Sebas y mi madre me miraron, sus rostros dijeron mucho.

— Te ves preciosa — dijo mi mamá con una enorme sonrisa—. Como toda una mujer.

Sonreí encantada.

— ¿No es un poco escotado? — preguntó Sebas.

— Si Nicky tuviera mucho pecho— dijo mi madre—, se vería mal y ya lo hubiera mandado a cambiarse— reí—, pero como es muy delgada se ve preciosa.

— Gracias...

— Se ve como alguien que va a posar para Deluxe— aseguró mi madre.

Sebas suspiró.

— ¿Cómo te vas a ir? ¿Quieres que te lleve?

— Martin va a pasar a recogerme junto con Edna. De ahí iremos a recoger a Mariana. Bueno, si no es que primero pasó por ella.

— Bueno, cualquier cosa nos llamas.

Asentí.

— ¿No te cansan esos zapatos? — preguntó mi mamá.

— No, por eso me los puse.

De pronto el timbre sonó y Sebastian prácticamente corrió a abrir.

— Hola, señor— le dijo Martin—. Buenas noches.

— Buenas noches, muchacho— se hizo a un lado—. Pasa.

— ¡Wow! —me dijo—. Te ves bien guapa.

Sonreí y me acerqué a darle un beso en la mejilla.

— Gracias.

— ¿Tú vas a manejar? — le preguntó Sebas a Martin.

— Sí. De hecho, pensaba ir primero por Mariana, pero la llamé y aún no estaba lista.

Reímos.

— Bueno, cualquier cosa me llaman— dijo Sebas.

— Sí, claro. No se preocupe.

Sin más, me acerqué a Sebas.

—Gracias por preocuparte, Migo— le di un beso en la mejilla—. Te quiero.

Nos vemos en la noche.

Me despedí de mi madre, Martin se despidió de ambos y salimos de ahí. Edna esperaba en el auto maquillándose los labios.

— ¡Qué guapa! — dijo al verme subir—. Me encanta ese vestido.

—Gracias. Me encantan tus zapatos.

Se miró.

— Espero aguantarlos toda la noche.

Reímos.

— Bueno, vamos por Mariana y roguemos para que ya esté lista— dijo al poner el auto en marcha.

Cuando llegamos a casa de Mariana, ésta no tardó en salir y lo hizo en un vestido azul ceñido que la había lucir súper sexy. Martin se lo hizo saber y se besaron apasionadamente.

— Vienen con todo— dijo Edna cuando Mariana subió—. Te ves guapísima.

— No quería desentonar— aseguró nuestra hermosa amiga.

— Ahora sí, vámonos— dijo Martin antes de poner el auto en marcha.

Una vez que llegamos al bar nos acercamos a donde estaba el cadenero.

— Hola— le dijo Edna sonriente—. Tenemos reservación.

— Nombre— le dijo el tipo mirándola de pies a cabeza y concentrándose en su escote. Y es que Edna tenía mucho para lucir.

— Edna Villanueva.

El tipo se fijó en la lista y asintió. Después con señas llamó a otro chico.

— Adelante, preciosa.

Edna le sonrió.

— Gracias.

Sin más, la seguimos mientras ella seguía a un mesero que nos guio hasta nuestra mesa.

— Es aquí. Ya vuelvo.

Asentimos y nos sentamos en los banquitos altos alrededor de la mesa.

— El lugar está padre— dije—. No esperaba tanto.

Mariana rio.

— Nosotros pensamos lo mismo— dijo Martin.

— ¿Por qué? ¿No confían en mí? — preguntó Edna.

— No es eso, solo que de un sitio donde no nos pidieron identificación tienes tus reservas.

— Tienen la suerte de tener una amiga como yo.

— Somos afortunadas...

Sonrió y se sentó también. Después el chico volvió.

— ¿Quién es la cumpleañera? — preguntó.

— Yo— dije al alzar la mano.

Asintió, me puso una banda que decía "Es mi cumpleaños" y una corona.

— La primera ronda es cortesía de la casa por la cumpleañera— dijo al dejar cuatro caballitos de tequila y un par de limones.

— Gracias — dijimos antes de que se marchara con prisa.

Edna tomó un caballito y un limón.

— ¡Salud! — dijo antes de beberlo y chupar el limón.

Mariana, Martin y yo nos miramos, alzamos los hombros e hicimos lo mismo.

— Joder— dije cuando sentí el calor en la garganta.

Edna rio.

— ¡Feliz cumpleaños! — dijeron casi como si se hubieran puesto de acuerdo.

— Gracias. Son los mejores.

— Lo somos — dijo Edna con orgullo.

La música cambió por reggaetón y todo mundo gritó emocionado.

— *Le vamo a' dar hasta el piso*— dijo Edna mientras se movía al ritmo de la música.

— *Ya tú sabe'.*

Reímos y vimos al mesero acercarse de nuevo.

— ¿Qué les voy a traer?

— Primero unos mojitos para nosotras— dijo Edna.

El chico asintió.

— Yo una cerveza oscura — dijo Martin.

— Tengo que traerles algo de comer para poder servirles alcohol.

— Unas papas fritas —le dije.

Nos sonrió y se marchó.

— Quiero ir al baño— dije.

— Vamos, te acompaño — dijo Mariana al ponerse de pie.

La fila del baño era enorme, así que cuando volvimos vimos a Edna bailando con un chico. Cuando nos vio se despidió de él y volvió a la mesa.

— ¿Y estos tragos? — pregunté al ver un par de copas de color rojo además de los mojitos.

— Se llaman mi "dulce rosita"— dijo al beberse el suyo.

Martin rio.

— ¡Dale! Bebe y vamos a bailar— dijo al tomarme de la mano.

Asentí, bebí tan rápido como pude y prácticamente me arrastró hacia la pista.

Ví a Mariana y a Martin reír antes de despedirse con señas. Después, me puse a bailar junto a Edna.

Nos aseguró que iba a ser una noche muy buena.

## Rocco

Estaba recostado jugando videojuegos, comiendo y escuchando música con Baxter a mi lado. La casa estaba sola. Mis padres estaban trabajando de noche, Samuel no había dicho a donde iba y Martin se había ido junto con Edna a celebrar el cumpleaños de Nicole.

Cuando mi móvil comenzó a sonar tuve que pausar el juego y atender. Era Martin.

— ¿Qué pasó? — pregunté al ver la hora sobre la pantalla.

— Oye, ¿estás en la casa?

— Sí, ¿por qué?

— ¿Puedes venir?

Al principio se escuchaba mucho ruido de fondo, pero poco a poco parecía alejarse.

— ¿Por qué? ¿Pasó algo?

Lo escuché suspirar.

— Tengo que llevar a Mariana a su casa antes de la una, pero Nicole y Edna no se quieren ir.

— ¿Por qué?

— Están tomadas.

— ¿Mucho?

— Deberías verlas.

Negué.

— Mándame la dirección por mensaje, ahorita voy para allá.

— Gracias.

Colgó y maldije. Después me lavé los dientes, acosté a Baxter en su camita, me puse una chaqueta y salí de ahí con prisa.

Odiaba cuando pasaban cosas similares, pero ¡vamos! Alguien tenía que apoyar a mis hermanos pues mis padres parecían no poder ni siquiera con sus problemas como para ocuparse de los de ellos. Samuel andaba en su rollo, por lo tanto, yo era el hermano mayor y no podía dejarlos solos.

Cuando llegué al lugar le llamé a Martin para que saliera por mí.

— Gracias por venir— dijo.

Me alcé en hombros.

— No hay problema— dije al caminar detrás de él.

El lugar no estaba mal, pero no era el tipo de lugar que me gustaban, sobre todo por la música, pues el reggaetón no era mi género musical.

— Hola— le dije a Mariana que veía a Edna moverse de una manera muy... provocativa en la pista junto a un tipo.

— Hola — me sonrió y me dio un beso en la mejilla—. Gracias por venir. Asentí.

— ¿Y Nicole?

— Fue al sanitario.

Miré la mesa y vi todos los vasos vacíos.

— ¿Todo eso llevan?

Mariana asintió.

— *Mojitos, mi dulce rosita, verano en la India, Luna de miel* y un *shot* de tequila al principio.

Hice una mueca de desagrado.

— Son súper dulces, con razón se les subió.

En ese momento vi a Nicole acercarse. Llevaba un vestido ceñido que le quedaba de lujo.

— Salvaje...— dijo sonriendo—, ¡viniste!

Los hoyuelos se marcaron en sus mejillas.

Tenía los ojos rojos.

— Feliz cumpleaños— le dije.

Sonrió.

— Gracias— me pegó en el hombro— ¡Qué bueno que viniste!

Me sobé.

— ¡Oye! Tienes la mano pesada.

Río.

— Perdón — dijo al tambalearse un poco.

— ¿Cuánto has bebido?

— ¡No lo sé! — respondió al recargarse en la mesa y beber de un trago de color naranja—. Voy a bailar.

La vi caminar hacia la pista. Cuando Edna la vio, la jaló y se pusieron a bailar.

— Tengo que llevar a Mariana — dijo Martin al sacar su cartera— ¿Te dejo

para pagar?

—Sí. Ya ahorita me las llevo— hice una mueca al ver que un par de tipos las rodearon—. Me las llevaré a casa primero para que Nicole se tome un café y se le baje. No la puedo llevar así a su casa.

Mariana se puso de pie.

— Eres un verdadero amor— dijo al darme un beso en la mejilla.

Sonreí.

— ¿Vas bien? — le pregunté a Martin— ¿Puedes manejar?

— Sí, solo me tomé tres cervezas. Voy bien.

— Bueno, váyanse con cuidado. Cualquier cosa, me llaman.

— Sí, no te preocupes.

Mariana caminó hacia la pista para despedirse y fue entonces que Edna y Nicole se acercaron.

— Hermanito hermoso— dijo Edna al abrazarme.

La miré

— Estás muy tomada.

— Solo un poco— dijo mientras se tambaleaba.

Negué.

— Váyanse con cuidado— les dije.

Mariana asintió y les dio un beso a las chicas. Después tomó la mano de Martin y salieron de ahí.

— Uy, qué aguada... — dijo Edna mirando su reloj—. Recién son doce con treinta.

— Y mira ya como están— le dije—. Ya vámonos.

— No, aún es temprano— dijo—. Aquí cierran hasta las tres.

— No vamos a quedarnos hasta las tres.

— No seas aguas fiestas, salvaje— me dijo Nicole.

La miré.

— Tú no puedes llegar a tu casa así.

— ¿Cómo así? Yo estoy bien.

— Sí, claro.

En ese momento el mesero se acercó y dejó tres tragos más.

— Oye...

— Gracias— dijo Edna antes de beber un poco de uno.

— Ya vámonos— le dije.

— Pero...

— No estoy bromeando.

Rodó la mirada.

— Bueno, deja que nos acabemos el trago y nos vamos.

Hice una mueca.

— De acuerdo...

En ese momento comenzó a sonar una canción diferente.

— Esa me gusta— dijo Edna al dejar su vaso y caminar hacia la pista sin siquiera esperar a Nicky.

— Qué aguafiestas me saliste— dijo Nicole mientras se movía y bebía.

— Y tú qué alcohólica.

Sonrió.

— Tómame uno.

— No.

— Anda— me acercó el vaso—. Es mi cumpleaños.

— ¿Y eso qué?

— Solo uno.

Hice una mueca y lo agarré.

— Feliz cumpleaños— dije al levantar el vaso.

Sin más, bebí y ella hizo lo mismo.

Hice una mueca de desagrado. Estaba demasiado dulce.

Cuando dejó el vaso sobre la mesa comenzó a bailar.

— Vamos a bailar— dijo al tomar mi mano.

— No. Ya nos vamos.

— Ay, qué aburrido eres.

El mesero se acercó.

— ¿Qué más les traigo?

— La cuenta — le dije.

El tipo miró a Nicole y ésta se alzó en hombros.

— De acuerdo— dijo al alejarse.

Suspiré y vi a Nicole dar otro trago y seguir bailando.

El mesero volvió casi de inmediato y me entregó la cuenta.

— Tres mil pesos...— dije al sacar mi cartera.

— ¿Cuánto tengo que darte? — preguntó Nicky.

— Me das al rato en mi casa.

— Eso quisieras— dijo sonriendo.

No pude evitar hacer lo mismo.

— Voy a pagar.

## Rocco

Una vez que pagué la cuenta volví a la mesa.

— Listo, vámonos.

Nicole asintió y tomó su cartera.

— Voy por Edna.

— Dame tu cartera.

Me la entregó y caminó hacia la pista. Supongo que Edna se opuso cuando le dijo que era hora, pues comenzó a jalarla sutilmente. Uno de los tipos que estaban con Edna le rodeó los hombros a Nicole y algo le dijo, pero ella se soltó, negó y se dirigió a mi hermana de nuevo. El tipo la miró de pies a cabeza y algo le dijo a su amigo. Fue entonces que me acerqué.

— Con permiso— dije al pasar en medio de ambos tipos—. Ya vámonos, Edna.

Me miró con mala cara cuando le entregué su chamarra.

— Nosotros las llevamos más tarde— le dijo uno de los tipos.

— No te lo volveré a decir— le advertí a mi hermana.

La vi rodar la mirada antes de darle la espalda.

— Camina— le dije a Nicole.

Asintió.

Edna les dijo algo a aquellos tipos y caminó detrás de nosotros.

— ¿Ya pagaron? —preguntó poniéndose su abrigo.

— Ya.

Sin más, salimos de ahí.

Apenas pusimos un pie fuera, Nicole se abrazó a sí misma.

— Hace frío.

— ¿No trajiste chamarra?

— No.

Negué, me quité la chaqueta y se la puse en la espalda.

— Gracias.

— El auto está por allá.

Caminamos hacia donde estaba, pero antes de llegar Edna se quitó los zapatos.

—Ya no los aguanto.

Negué y Nicole rio.

Una vez frente al auto le abrí la puerta trasera a Nicole y se subió. Edna se sentó en el asiento del copiloto.

Cuando encendí el auto la música inundó el mismo.

— Esa me gusta— dijo Edna al subir el volumen.

Negué y bajé un poco el volumen antes de comenzar a avanzar.

— Vamos a ir a mi casa— le dije a Nicole por el retrovisor—. Que se te baje un poco y después te llevo a la tuya. Si tus papás te ven así, no te la vas a acabar ante el regaño.

— Como digas, aguafiestas.

Ambas se soltaron a reír.

— *No sé distinguir entre besos y raíces.*

*No sé distinguir lo complicado de lo simple.*

*Y ahora estás en mi lista,*

*de promesas a olvidar.*

*Todo arde si le aplicas la chispa adecuada...* — cantaron a todo pulmón.

— Me encanta Bunbury — dijo Edna—. Podría ser mi papá, pero sin duda me lo follaría.

Nicole se soltó a reír y yo solo negué mientras reía.

— ¿Sabes a quien me follaría yo? — le preguntó Nicole a Edna.

— ¿A quién?

— A Luis Miguel.

Reí.

— Yo también le daba — dijo Edna.

— ¿Podrían dejar su promiscuidad para una plática privada?

— ¿Tú a quién si le dabas? — me preguntó Nicole.

— ¿A quién no? — preguntó Edna—. No se te olvidé que se dio a Laura.

— Cierto— dijo a mi espalda—. Sí que tienes malos gustos.

Reí.

— A veces beso mujeres desagradables...— dije mirándola por el retrovisor.

Rodó la mirada y sonreí.

— ¡Para el auto! — gritó Edna.

Apenas lo detuve abrió la puerta y se bajó corriendo para volver el estómago.

— Demonios...

Me quité el cinturón, bajé y rodeé el auto.

— No me jodas, Edna.

Nicole abrió la puerta y bajó.

— No vayas a pisar— le dije.

—No— se acercó a Edna y le sostuvo el cabello— ¿Estás bien?

Edna negó.

— Todo me da vueltas.

Suspiré y negué.

Después de volver el estómago de nuevo, Nicole le entregó una servilleta.

— ¿Mejor? — le preguntó.

Edna negó.

— Me quiero acostar— dijo al abrir la puerta trasera y tirarse sobre el asiento.

— Ni se te ocurra volver de nuevo, porque te saco— le advertí.

Edna negó y cerró los ojos.

Cerré la puerta y le ayudé a Nicole a subir al frente.

— ¿Tú cómo te sientes? — le pregunté al poner el auto en marcha.

— Mareada.

— Si quieres volver me detengo.

Asintió y seguimos avanzando en silencio.

Al llegar a casa detuve al auto y ayudé a Nicole a bajar. Después abrí la puerta trasera.

— Edna, ya llegamos.

Pero mi pequeña hermana roncaba como un camionero.

— Edna...— dijo Nicole al moverla—. Despierta, ya llegamos.

Abrió los ojos.

— ¿Qué?

— Ya llegamos— le dije.

Asintió.

Con mucho trabajo se incorporó y después bajó.

Sin siquiera esperarnos caminó descalza hacia el interior de la casa y una vez dentro, subió a su habitación y escuchamos la puerta azotarse.

— Voy a subir a acostarla de lado por si vuelve el estómago— le dije a Nicole—. No tardo.

Asintió.

— Me voy a acostar en el sillón...— dijo arrastrando las palabras.

Asentí y subí a la habitación de Edna. Con mucho cuidado la giré y le puse las

cobijas hechas rollo en la espalda para que no pudiera voltearse. Después bajé y me di cuenta que Nicole había puesto música en la bocina portátil.

— Pensé que te encontraría vomitando— le dije.

Sonrió.

— Me siento súper mareada, pero no tengo ganas de vomitar.

— Bueno, si te dan ganas corres al baño.

Asintió y se sentó en el sillón mientras yo caminé hacia la cocina y le preparé café.

Cuando volví la vi bailando.

— Siéntate— le dije—. Te hice café.

—No quiero café.

Dejé la taza sobre la mesa de centro.

— Es para que se te baje.

Negó.

— Si me lo tomo si voy a vomitar— hice una mueca—. Mejor dame agua.

Sin decir nada volví a la cocina y serví agua mineral en dos vasos.

— Toma.

Me quitó el vaso y bebió un poco.

Después, siguió redactando un texto en su móvil.

— Gracias— dejó su móvil sobre la mesa de centro—. Era mi mamá.

— ¿Qué te dijo?

— Preguntó cómo estaba y a qué hora voy a volver. Le dije que el lugar lo cierran a las tres. Así que como tres y media.

Asentí y bajé el volumen de la bocina.

— ¿Por qué le bajas?

— Porque está muy fuerte.

Rodó la mirada.

— Eres un aguafiestas— dijo al empujarme—. Pensé que eras divertido.

— Soy divertido, pero Edna está durmiendo y los vecinos pueden quejarse del ruido.

Hizo una mueca.

— Vamos a bailar entonces.

— No.

—Anda...— dijo al jalarme.

— No. Mejor siéntate porque te vas a marear más.

Se sentó a mi lado casi a la fuerza y bebió más.

— ¿Qué estabas haciendo antes de ir?

— Jugando videojuegos.

— Pensé que había salido y por eso no fuiste con nosotros.

— No. Estaba aquí.

— ¿Por qué no quisiste ir?

— Pues nada más.

Hizo una mueca y se quitó los zapatos.

— ¿Tan mal te caigo?

Sonreí.

— No, pero iban en plan de chicas.

— Fue tu hermano.

— Bueno, pero él iba con Mariana.

— Tú podrías haber ido conmigo.

Sonreí.

— No te hubieras divertido— dije al recargarme —. No hubieras ligado.

— No iba a ligar— dijo al hincarse.

— ¿No? Yo juraría que te ligaste a un par.

— ¿Por qué?

— Porque te ves muy guapa.

Sonrió.

— ¿Sí? — preguntó al acercarse.

— Sí.

Sin más, me besó.

Nos miramos cuando se apartó. Después me rodeó el cuello y me besó de nuevo. Pocos segundos después, la tomé por las caderas e hice que se sentara sobre mí con sus piernas a mi costado.

Me gustaba la suavidad de sus labios y su aroma. Incluso me gustaba el sabor a alcohol en su boca. Bajé las manos a su cadera y la sentí retorcerse.

La miré, vi que tenía los ojos cerrados y le besé el cuello. Después me giré, la recosté sobre el sofá y me puse encima de ella.

— Eres terrible besando— le dije cuando me miró.

Sonrió, pero no dijo nada y me besó de nuevo.

Pasé las manos por su cuerpo mientras la besaba y ella me revolvía el cabello.

— Ya vine — dijo Martin al mismo tiempo que cerraba la puerta.

Con prisa me aparté de Nicole y me puse de pie, pero Martin ya nos había visto.

Aclaré mi voz.

— ¿Todo bien? — pregunté mientras Nicole se incorporaba.

— Sí, ¿y ustedes?

— También — dije avergonzado.

Asintió.

— Voy a cambiarme y al baño — dijo sonriendo—. Cuando quieras que te acompañe a dejar a Nicole, me avisas.

— Sí.

Sonriendo pasó a mi lado y subió las escaleras.

Miré a Nicole y ésta rio.

— No te rías — le dije.

Se puso de pie y se colgó a mi cuello. Nos besamos de nuevo, pero después me aparté.

— Tengo que llevarte a tu casa.

— Aún me siento mareada.

Sonreí.

— No seas mentirosa.

— Lo juro. Creo que debería acostarme en tu cama hasta que se me pase.

Reí.

— No creo que sea buena idea.

— ¿No? — preguntó al acercarse de nuevo— ¿Por qué?

— Sabes bien porqué.

Sonrió.

— ¿Y qué tiene?

— Estás borracha— dije al tocar su nariz.

— Podríamos fingir que te aprovechaste.

Sonreí.

— Necesito que estés en tus cinco sentidos.

— ¿Por qué?

— Para que lo disfrutes en serio— dije al pegarla a mi cuerpo.

Nos besamos de nuevo, pero entonces su móvil comenzó a sonar y se apartó.

— Es mi papá.

— Dile que ya vas para allá. Que pasamos a dejar a Mariana.

Asintió y tomó la llamada.

Recogí la taza de café, los dos vasos con agua y los llevé a la cocina. Cuando terminó de hablar, me siguió a la cocina.

— Ya.

— Vamos, es hora de llevarte.

Hizo una mueca.

— Para ser un salvaje, dejas mucho que desear.  
Sonreí y la jalé hacia mí.  
— No tienes ni idea de lo que dices— dije mirando sus labios.  
— ¿No?  
Negué y la besé de nuevo.  
Escuchamos la puerta cerrarse y nos apartamos.  
Vacié el café sobre el lavabo.  
— Hola— le dijo Samuel a Nicole al entrar a la cocina.  
— Hola.  
Samuel me miró.  
— Ya vine.  
Asentí.  
— Voy a ir con Martin a dejar a Nicole.  
— ¿Y Edna?  
— Está arriba durmiendo. Se le subió un poco el alcohol.  
Negó.  
— Voy a mi habitación— miró a Nicole—. Nos vemos.  
— Adiós.  
Sin más, lo escuchamos subir.  
— Es hora— le dije—. Te has salvado.  
Hizo una mueca.  
— Vámonos, cobarde— dijo al caminar hacia la estancia.  
Reí y le grité a Martin.  
Nicole se puso los zapatos y mi chaqueta.  
— ¿Ya? — preguntó Martin sorprendido— ¿Tan rápido?  
Reí.  
— ¿Me acompañas?  
Asintió y comenzó a bajar.  
Martin miró a Nicole y sonrió. Después, salimos de ahí.  
Conduje en silencio, pues el ambiente era incómodo. Una vez que llegamos a casa de Nicole le abrí la puerta y la ayudé a bajar.  
— Servida.  
Sonrió.  
— Gracias por traerme.  
Asentí.  
— Descansa— dije al pasar un mechón de cabello por detrás de su oído.  
— Vuelvan con cuidado— dijo al darme un beso muy cerca de los labios.

Sonreí.

— Nos vemos, Martín.

— Cuídate.

Me sonrió una vez más y después la vimos entrar a su casa. Cuando subí al auto Martín me miró.

— Eres un cabrón— me dijo.

Reí.

— No pasó nada, solo... nos besamos.

Asintió.

— No estoy pidiendo explicaciones— dijo cuando puse el auto en marcha—. Solo piensa en que Nicole no es como las tipas con las que sales. Es casi una niña.

— Lo sé.

— Dicho eso, son libres de hacer lo que les plazca.

Sonreí.

— Gracias por darnos permiso, papá.

Reímos y nos marchamos a casa.

## Nicole

Cuando cerré la puerta no pude evitar sonreír.

— Qué bueno que ya llegaste— dijo mi mamá a mi espalda.

La miré.

— Lo siento, es que pasamos a dejar primero a Mariana.

Asintió.

— ¿Cómo la pasaste? ¿Te divertiste? ¿Tomaste?

— Bien, sí y poquito— rio—. Estuvo muy bien.

— Qué bueno— aclaró su voz—. No sabía que Rocco iría.

— No estuvo con nosotros, pero fue a recogerlos y me trajo. Nos trajo.

Sonrió.

— Es un detalle muy lindo de su parte.

No pude evitar sonreír.

— Así es.

— Te mereces ese tipo de detalles— sonrió—. Descansa.

— Gracias.

Sin más, caminé hacia la cocina y me serví un vaso enorme de agua.

Ya en mi habitación y mientras me desmaquillaba, me quedé pensando en todo.

Me sentía fuertemente atraída por Rocco. Estar cerca de él provocaba muchas

cosas en mí. No sé si sobria me le hubiera lanzado como lo hice, pero qué

bueno que lo hice. No era una chica que se fuera a la cama con alguien solo

porque sí, pero estoy segura de que, si Rocco no se hubiera negado, eso habría

pasado. Y el hecho de que se negara porque estaba tomada, decía mucho de él.

Seguramente cualquier otro tipo se hubiese aprovechado de la situación.

Me gustaban sus besos y sobre todo sus caricias, eran diferentes al resto. Sí,

puede que se debiera a que era mayor y tenía más experiencia.

En verdad despertaba muchas cosas en mí.

Cuando terminé de asearme, me metí a la cama y no supe en qué momento me

quedé dormida.

La cabeza me mataba en serio. Nunca antes había tenido dolor de cabeza

incluso dormida y era terrible. Cuando abrí los ojos me sentí flotar. Tenía la boca seca y un sabor amargo. Me dolía la garganta, los pies y me ardían los ojos.

— Nicky...— dijo mi madre del otro lado de la puerta.

— ¿Qué?

— Ya está el desayuno.

— Ya voy.

Salí de la cama haciendo mi mayor esfuerzo, me encerré en el baño para lavarme los dientes y el rostro. Después bajé.

Mi madre, Sebas y Emiliano ya se habían bañado.

— Buenos días...— dijo Sebas.

Mi madre mi miró.

— ¿Resaca?

Asentí.

— Me estalla la cabeza.

— ¿Bebiste mucho? — preguntó Sebas.

— Realmente no.

— ¿Qué bebiste? — preguntó mi mamá.

— Una cosa que se llamaba... *Mi dulce rosita*, creo. Y no sé qué cosa en la India.

— Pero, ¿qué tipo de alcohol llevaban?

— No lo sé, pero estaban dulces y no sabían mal.

— Por eso te duele la cabeza — dijeron casi al mismo tiempo.

Suspiré.

— Pues no lo sé, pero en verdad me está matando la cabeza.

— Cómete, aunque sea una manzana y...

— No tengo nada de hambre.

— Yo sé que no, pero no puedes tomar las pastillas con el estómago vacío.

— ¿Cuáles pastillas?

— Las que voy a darte para la resaca. Con eso se te va a quitar, pero come.

Asentí y tomé la manzana del frutero.

— Hazle caso a tu madre. Ella sabe mucho sobre cómo curar una resaca— dijo Sebas—. Ya sabes, por su alcoholismo adolescente.

Reí.

— ¿Tú nunca has tomado, Migo?

— No realmente. No me gusta la sensación de la resaca.

— Ya lo creo.

Mi madre rio.

— ¿De qué te ríes? — le preguntó Sebas.

Mi madre negó y le dio un pequeño beso en los labios.

— De que si nos hubiéramos conocido antes, no me habrías gustado, Barbie.

—Ni tú a mí, alcohólica.

Reímos y después bostecé.

Cuando me acabé la manzana, mi mamá puso dos pastillas efervescentes en un vaso de agua y me hizo beberlas mientras burbujeaba.

— Ahora sí, vete a dormir un rato— me dijo—. Te despierto antes de que me vaya.

— Ya se me había olvidado que hoy viajas.

— Será una semana a más tardar.

— No te preocupes, volveré a buena hora a casa para estar con Emiliano en lo que llega mi papá.

Besó mi frente.

— Anda, mi niña. Duérmete un rato.

Asentí, me puse de pie y me marché a mi habitación.

Después, dormí el resto de la tarde.

## Dinna

Nicky cumplió la mayoría de edad y aunque me sentía feliz, cierta nostalgia me invadía. No solo se trataba de Nicholas y sus recuerdos, se trataba de mí.

Años atrás cuando alguien hablaba sobre las crisis que algunas personas experimentaban según su edad yo creía que era una tontería, pero mientras más se acercaba el cumplir cincuenta años, las dudas comenzaban a crecer. Si bien Sebastian era mayor y decía no importarle nada de eso, en la mayoría de las fiestas a las que asistíamos yo ya no era la mujer más guapa del lugar y tampoco la más joven. Años atrás acusaba a Sebas de ser un exagerado a la hora de cuidarse, pero ahora pasaba mínimo tres horas ejercitándome, pues había llegado a un punto en que incluso respirar me aumentaba de peso.

Aunque Sebastian era todo un caballero, yo notaba que de vez en cuando miraba a otras chicas, no con descaro ni mucho menos, pero vamos, era imposible no hacerlo. Eso me estresaba muchísimo.

A toda esa situación le agregaría una buena pizca de estrés, pues el quedar frente a La Sagra de nuevo me traía un montón de responsabilidades.

Sebastian me llevó al aeropuerto junto con Emiliano pues Nicole estaba en calidad de bulto tras la borrachera que se había metido un día antes. Y es que, aunque ella decía no haber bebido más que un par de tragos, no podía engañarme. Yo había pasado por todo eso.

El hijo de José, Adrián había ido a recogerme al aeropuerto de Madrid para llevarme a la casa de Toledo. Prácticamente todo el trayecto lo pasé hablando por teléfono con Miguel Ángel quien era el director de Marketing y comunicaciones del club. Me había explicado el procedimiento que llevaría la rueda de prensa del día siguiente.

Cuando llegué a la casa de Toledo lo hice en condición de bulto. Viajar siempre era cansado. Así que cené, me di un baño, hablé con Sebas y me dormí.

Al día siguiente me levanté muy temprano. Desayuné, me bañé y pasé varias horas eligiendo la vestimenta que usaría. Quería verme bien, a lo mejor no

como antes, pero bien. Opté por un vestido en color azul marino sencillo y unas zapatillas rojas a juego. Como había cortado mi cabello a la altura de los hombros, pues según mi estilista esto me hacía ver más joven, solo lo ricé un poco y después lo cepillé.

Una vez que llegué al recinto, caminé en medio de muchos reporteros que esperaban afuera de las instalaciones. Para ese momento ya empezaban a sonar rumores sobre los cambios que habrían.

Estar frente a tantas personas con cámaras me ponía nerviosa, siempre había sido así.

Fue Miguel Ángel quien comenzó a hablar.

—Buenas tardes— dijo con el tono de voz adecuado—. Gracias por su presencia— aclaró su voz—. Nos hemos reunido para anunciarles sobre los cambios al club. Antes que nada, me gustaría agradecerle a la empresaria Dinna Marshall aquí presente, que haya viajado desde México para esta conferencia— asentí—. Como deben saber, hace un par de semanas se anunció que el club estaba a la venta, o al menos el sesenta por ciento que no pertenecía a la señora Marshall— «Jódete»—. El día de hoy puedo anunciarles que nuevamente, el club es cien por ciento propiedad de Dinna Marshall — los flashes comenzaron a deslumbrarme.

Miguel Ángel me miró y asintió cediéndome la palabra.

Aclaré mi voz y me acerqué un poco al micrófono.

— Buenas tardes— dije con una sonrisa—. Antes que nada, muchas gracias por venir. Prometo que no les quitaré mucho de su valioso tiempo— aclaré mi voz—. Yo sé que para muchos de ustedes La Sagra es un equipo más de fútbol y para otras personas es sólo una máquina para hacer dinero. Una que, por cierto, dicen está averiada— sonreí—, pero para mí La Sagra es mucho más. Desde que mi padre fundó el equipo se convirtió en parte importante de su vida y de la mía. Cuando el equipo pasó a estar en mis manos, entendí su importancia — suspiré—. Años atrás, en medio de un montón de situaciones decidí vender el sesenta por ciento del club, lo cual en su momento me pareció correcto pues para ese tiempo acababa de casarme y tener a mi segundo hijo. Mi esposo y yo decidimos que queríamos dedicarnos de lleno a nuestra familia y a disfrutar nuestro matrimonio. Queríamos ver a nuestros hijos crecer — sonreí—. Siendo así, él dejó su empleo y yo me aparté del club y los medios. Hoy, varios años después, mi hija ha cumplido dieciocho años. Mi hijo pertenece a la cantera del club. A mi esposo le ofrecieron un muy buen puesto en la agencia de investigación del estado y yo no podía seguir viendo al

equipo de mis amores en el hoyo— los reporteros rieron—. Así que cuando se me presentó la oportunidad quise hacerlo. Hablé con mi esposo y me mostró su total apoyo. A mi hijo le encantó la idea, pues en verdad es apasionado del fútbol. Por otro lado, mi hija no está muy interesada en el fútbol y la entiendo, pues yo era igual a su edad— aclaré mi voz—. Perdón, me desvié un poco del tema— rieron nuevamente —. Como les decía, el estar al frente es algo que me emociona mucho— miré a Miguel—. Claro que todo esto no hubiera sido posible sin el gran equipo de trabajo que tengo, pues no solo son mis socios o compañeros de trabajo, además son mis amigos— sonreí—. Ustedes ya conocen a muchos de ellos pues ya tuvimos la oportunidad de trabajar juntos anteriormente — aclaré mi voz—. Romero Quintero será nuestro presidente deportivo— Romero entró y se sentó a mi lado mientras los flashes de las cámaras lo alumbraban—. Emmanuel Torres se integrará a nuestro equipo como presidente operativo— entró y les regaló una sonrisa—. Josué Cassanova seguirá ocupando el puesto de director operativo— entró—. Miguel Ángel Navarro seguirá guiándonos como el excelente director de marketing y comunicaciones que es— Miguel sonrió encantado—. Uno de los cambios, además de Emmanuel, será que Alfredo Mora será nuestro nuevo director técnico— cuando Alfredo entró los flashes nos deslumbraron—. Y Johan Cissé quedará al frente de nuestras fuerzas básicas.

En ese momento los flashes se incrementaron y las preguntas comenzaron a invadir el salón. Johan entró con ese caminar tan único y esa hermosa sonrisa. Sin decir más, se acercó y me abrazó.

— Lo hiciste increíble— dijo a mi oído.

— Gracias.

Sin más, se sentó a mi lado.

— Responderemos a algunas preguntas — dijo Miguel Ángel.

Uno de los reporteros alzó la mano y le Miguel le cedió la palabra.

— Buenas tardes — dijo—. Antes que nada, felicidades.

— Gracias.

— Años atrás, muchos para ser sinceros— «¡Jódete!»—. Su equipo de trabajo era prácticamente el mismo, a excepción de Alfredo Mora y Johan Cissé— asentí— ¿Por qué creen que volverá a funcionar? El mundo ha cambiado.

— Bueno, entendemos a la perfección que el mundo ha cambiado, por lo tanto, nos adaptaremos a lo que tengamos que adaptarnos. Sin embargo, un buen equipo, un equipo coordinado e interesado por el bienestar del equipo, será siempre lo que un club necesite.

«Idiota»

Miguel Ángel le cedió la palabra a otro de los reporteros.

— ¿A partir de cuándo es efectivo el cambio?

— A partir de este momento.

Asintió.

— Años atrás Nicholas Wesner, con quien estuvo casada formó parte del equipo— tragué saliva—¿Por qué su actual esposo no está involucrado?

— Bueno, mi esposo no es realmente fan del futbol y como deben saber, él tiene su propio empleo.

— Usted y Johan Cissé tuvieron una relación amorosa hace años— dijo uno de los reporteros— ¿Eso no afecta a la hora de trabajar juntos?

Johan apretó mi mano.

— Perdón, pero no entiendo cómo podría afectar— dije.

— Me refiero a que...

— Dinna Marshall y yo siempre hemos sido muy buenos amigos— dijo Johan

—. Yo no sé si ustedes nunca han trabajado con un amigo, pero les aseguro que es maravilloso.

— ¿Alguna otra pregunta que si tenga que ver con lo deportivo? — pregunté.

— ¿Qué es lo que sus aficionados puedes esperar con estos cambios?

— Bueno, la idea obviamente es que el equipo vuelva a ser "El equipo"— sonreí—. Todos estamos demasiado interesados en que las cosas se enderecen y les prometemos que pondremos todo de nuestra parte para poder devolverles todo lo que nos dan. También prometemos que serán escuchados y trataremos de que se sientan orgullosos de la institución.

— ¿Habrá cambios en la plantilla?

— Los necesarios.

Miré a Miguel Ángel y con señas le pedí que terminara la conferencia.

— Muchas gracias por su presencia— dijo.

Sin más, nos pusimos de pie y nos juntamos para las fotografías. Después abandonamos el lugar.

## Nicole

El domingo la pasé dormida prácticamente todo el día. De hecho, no acompañé a mi madre al aeropuerto. Juro que la resaca había sido terrible. El lunes aún me sentía cansada, pero no podía faltar al colegio. Mis clases fueron mucho más aburridas y largas de lo normal. Sin embargo, saliendo de ahí nos fuimos a casa de Edna. La verdad era que estaba nerviosa de ver a Rocco. No sabía si se portaría igual que siempre o si cambiaría su actitud para conmigo. Además, Laura había decidido pegársenos y eso no ayudaba mucho.

— Estoy muerta— dije al prácticamente tirarme sobre el sofá—. No vuelvo a tomar así.

— Hasta el próximo viernes, claro está— dijo Edna.

Reímos.

El día viernes Edna cumplía dieciocho años también y haría una fiesta en su casa. Escuchamos un ladrido y a alguien bajar las escaleras. Seguramente era Rocco.

— ¿En serio no han intentado buscar otro punto de reunión? — preguntó.

— La próxima será en tu cuarto— dijo Mariana.

Reímos.

— Hola— me dijo con esa bonita sonrisa que tenía al sentarse en la orilla del sofá en que estaba sentada— ¿Qué tal la resaca?

— Fatal.

Rio.

— Bueno, es que también bebieron como si no hubiera mañana — dijo—. Por cierto, mi mamá quiere saber si fuiste tú quién se tomó el agua del florero.

Reímos.

— ¿También fuiste, Rocco? — le preguntó Laura.

La miró.

— No. Solo fui a recogerlas por la noche.

— Ah, ya— sonrió—. Porque si a mí me hubieran dicho que ibas, no me lo

pierdo por nada.

Rocco sonrió y yo rodé la mirada.

— A mi hermanito no le gustan esos lugares.

Rocco negó.

— ¿Por qué? — le preguntó Laura.

— No es el tipo de música que me gusta.

— ¿Por qué? Tienes un muy buen movimiento de caderas—dijo sonriendo—, el reggaetón se te daría de lujo...

Rocco fingió sonreír y yo rodé la mirada nuevamente.

— Voy a servir helado— dijo Mariana —. Nicole, ¿me ayudas?

—Claro— me puse de pie y pasé a un costado de Rocco—. Con permiso— dije antes de con mi rodilla pegarle en su muslo—. Perdón.

Me miró y sonrió.

Cuando entré a la cocina, Mariana sacaba el helado del congelador.

— Yo también quería patearla— me dijo.

— ¿Cómo?

— ¿Vamos a fingir que no hay nada entre ustedes?

Sonreí.

— Martin...

Asintió mientras servía el helado.

— ¿Qué tal estuvo?

Negué.

— Solo fueron unos besos.

Y antes de que dijera algo, Rocco entró.

— Si me dolió, eh.

Lo miré.

— ¿Qué cosa?

Sonrió.

— El golpe con tu rodilla.

— Fue sin querer.

Sonrió nuevamente.

— Voy a llevar esto— dijo Mariana al salir de ahí.

Rocco se acercó a dónde estaba.

— Tienes celos en la barbilla— dijo al acercarse, poner su dedo sobre mi mentón y besarme.

— Uy...— dijo Mariana a nuestra espalda provocando que nos separáramos

—. Ignórenme.

Rocco sonrió y acarició mi mejilla.

— Celosa te ves muy guapa.

Lo miré y cuando estaba por decir algo, escuchamos a Edna y a Laura acercarse. Me aparté discretamente y me metí una cucharada de helado a la boca.

— ¿Entonces de cuál quieres? — le preguntó Mariana a Rocco.

— De nuez.

Mariana asintió y le sirvió.

— Ya puedes irte — le dije—. Vamos a tener una plática de chicas.

Sonrió.

— Yo sé mucho sobre penes — dijo—. De hecho, tengo uno — reí—. Muy bueno, me han dicho.

Mariana comenzó a reír a carcajadas mientras yo negaba.

Sin más, tomó su vaso y caminó hacia la puerta. Antes de salir me guiñó y yo sonreí.

— Tenemos que organizar las tareas para el viernes — dijo Edna al cruzar la puerta junto con Laura.

## Rocco

¿Qué era exactamente lo que pasaba con Nicole?

Me gustaba, sí. Me gustaba mucho. Era preciosa, inteligente, divertida y besaba de ensueño. Su mirada me ponía nervioso, pero no tanto como su sonrisa. Y me gustaba saber que era correspondido. Sin embargo, aunque tenía muchas ganas de comerla a besos y sabía que pude llevarla a mi cama sin problema alguno, no quise comportarme como un imbécil. Por eso, aunque me costó muchísimo trabajo, me contuve.

No voy a negar que desde que la conocí noté lo bonita que era, pero siempre la vi como a una pequeña amiga de mi hermana. La más tierna e inocente de todas. Además, con lo sucedido con Laura y Nevra ni ganas me quedaban de complicarme la vida de nuevo.

Sin embargo, estaba participando en el juego del cortejo y me sentía excitado.

El día martes en la tarde escuché risas y decidí bajar para poder verla, pero no estaba. Fingiendo desinterés saludé.

— Qué rico hueles...— me dijo Laura cuando le di un beso en la mejilla.

— Gracias.

Sonrió con cierta coquetería.

Mariana negó.

— ¿Y la pelirroja? — pregunté al sentarme a un costado de Edna.

Mariana sonrió.

— En su casa — dijo —. Su mamá está de viaje y se ha quedado con su hermanito.

Asentí.

— Con razón se escucha menos ruido— aseguré.

— Es porque es un poco escandalosa — dijo Laura.

Sonreí.

— Bueno, yo solo venía por una cerveza—dije al caminar hacia la cocina—

¿Alguien quiere una?

— Yo— dijo Laura al ponerse de pie.

«Demonios»

Caminé hacia la cocina y la escuché seguirme. Saqué dos cervezas, las destapé y le entregué una.

— Gracias— dijo sonriendo.

— De nada.

Bebí.

— Mis papás van a salir de viaje el fin de semana.

— ¿A dónde van?

— Costa Rica— se acercó—. Tendré casa sola.

En ese momento Mariana entró, nos miró e hizo una mueca.

— Yo también quiero una — dijo al acercarse.

Saqué la cerveza, la destapé y caminé hacia donde estaba para entregársela.

— Gracias...

Sonreí.

— Bueno, yo las dejo que sigan con sus cosas. Voy a estar arriba.

Sin esperar a que respondieran salí de ahí. Vi a Mariana sonreír completamente complacida.

El día miércoles que las escuché también bajé, pero tampoco vi a Nicole. Sin embargo, evité preguntar por ella para no levantar sospechas.

En su lugar, le mandé un mensaje.

< Hola, pelirroja. ¿Todo bien? >

Nicole: Hola, salvaje. Sí, todo bien, ¿por qué?

< Simple pregunta. No te he visto por mi casa y eso es raro. >

Nicole: ¿Tanto me extrañas?

Sonreí.

< No tanto. Mera costumbre ja, ja, ja. >

Nicole: Fingiré que te creo. Mi mamá está de viaje y debo cuidar a mi hermano.

< ¿Mañana qué harás? >

Nicole: Llevarlo a su práctica de fútbol.

< ¿A dónde y a qué hora? >

Nicole: Coapa. Tengo que estar allá a las cuatro.

< Paso por ti a las dos con treinta. >

## Nicole

Escuché un auto detenerse frente a la casa y me asomé por la ventana para constatar que se trataba de Rocco. Antes de escuchar el timbre me miré en el espejo una vez más para comprobar que lucía bien. A penas iba saliendo de mi habitación cuando escuché el timbre e inmediatamente escuché la voz de Emiliano.

— Hola— le dijo.

Rápidamente bajé.

— Emiliano, ¿cuántas veces te hemos dicho que no abras la puerta?

Rocco entró y cerró la puerta.

— Pero es que me fijé por la ventana y vi que era el chico de los perros.

Reímos.

— Se llama Rocco— Negué—. Roderick —río y le sonreí—. Hola.

— Hola— dijo sonriendo.

«¡Joder, deja de sonreír que me encantas!»

Emiliano lo miró.

— ¿Rocco es tu segundo nombre?

— No, es un apodo.

— ¡Wow! ¡Yo quiero tener un apodo genial como el tuyo!

Reí.

— Corre, ve por tus cosas— le dije con la intención de quedarme a solas un momento con Rocco.

— Ya están aquí— dijo señalando el sofá.

— ¿Y el suéter?

— También.

Rocco río y yo no pude evitar hacer una mueca.

— Entonces vámonos ya— dijo Rocco—, para llegar a tiempo.

— ¿Tú nos vas a llevar?

— Sí.

— ¿Y me vas a ver entrenar?

Rocco me miró y yo negué.

— No lo sé, depende de que diga tu hermana.

Emiliano hizo una mueca.

— Entonces eso es un no. A Nicole no le gusta el fútbol.

Ignorando su comentario tomé mi bolso y Rocco nos cedió el pasó.

— Gracias por acompañarnos—le dije.

Me guiñó.

Después de avanzar un par de calles escuché que Emiliano cantaba y a momentos maldecía. Entonces Rocco lo miró por el retrovisor.

— Trae audífonos.

Negué.

— Ha sido una semana muy complicada. Ser la hermana mayor apesta.

— Y eso que solo tienes un hermano.

— No te imagino. Pobrecito de ti.

Sonrió y siguió conduciendo.

Cuando llegamos al recinto Rocco recibió una llamada, por lo que nos siguió a unos cuantos pasos. Una vez que Emiliano corrió para donde estaban sus compañeros, yo me aseguré de a qué hora tenía que recogerlo y salí de ahí.

Con señas le indiqué a Rocco que debíamos irnos y me siguió.

Colgó poco antes de que llegáramos al auto.

— Perdón — dijo al guardar el móvil—, tenía que tomar la llamada.

— No te preocupes.

Y sin decir nada, me tomó por la cintura y me besó.

— ¿Y eso por qué fue?

— Porque no pude hacerlo delante de tu hermano, el que por cierto me cree genial.

Sonreí.

— Yo también te creo genial. A veces.

Sonrió.

— ¿A qué hora tenemos que recogerlo?

— En dos horas y media.

— Se me ocurren un montón de cosas que podemos hacer en ese tiempo— sonreí—, pero creo que te llevaré por un helado. Conozco un lugar aquí cerca que seguro te encantará.

Sin más, tomó mi mano y seguimos nuestro camino.

El helado que comimos fue delicioso y no solo se debía al sabor. Tenía mucho que ver su compañía y la manera tan estupenda de tratarme.

Cuando íbamos de regreso al auto y después de haber caminado casi por todo

el parque mientras platicábamos sobre nuestros gustos, miré hacia uno de los árboles y vi un nido que definitivamente quería fotografiar.

— Necesito mi cámara— le dije. Él había decidido cargar mi enorme bolso. Con mucho cuidado la saqué y comencé a tomar un par de fotos.

— No sabía que traías tu cámara.

— Casi siempre salgo con ella.

— Entonces supongo que tendré que acostumbrarme a que siempre que salga contigo la traigas.

Sonreí ante el hecho de saber que quería seguir saliendo conmigo.

— Es eso o ya no sales conmigo.

Sonrió.

— No te será tan fácil librarte de mí.

Después de un par de fotos más, me giré y busqué en dónde poder subirme para alcanzar una altura mejor. Me subí a una banca y desde ahí enfoqué.

— Demonios, está muy lejos— dije intentando acercar más la toma.

— ¿Qué cosa?

— El nido.

De pronto, Rocco se acercó y se puso de espaldas frente a mí.

— Súbete.

— ¿Qué?

— Que te subas.

— ¿A dónde?

— A mis hombros.

— ¿Para qué?

— Te voy a acercar un poco para que puedas tomar la foto.

— Estás loco, me vas a tirar.

— Te prometo que no— se agachó un poco—. Anda.

Con algo de dudas hice lo que me pidió y terminé sentada en sus hombros. Con cuidado nos acercamos al nido y pude hacer un montón de fotos fantásticas.

Después, volvimos a la banca y me ayudó a bajar.

— ¿Y? ¿Tomaste algunas buenas?

— Muchas— sonreí—. Gracias.

— Bueno, me toca — dijo al quitarme la cámara y enfocarme—. Sonríe.

— No...

— ¿Por qué?

— Porque no. Porque seguramente estoy toda brillante por el calor.

Sonrió.

— Eres la charola más hermosa de este parque.

No pude evitar reír y pegarle en el hombro.

— Ven — tomó mi mano—. Conozco un sitio que seguro vas a querer fotografiar.

## Rocco

En aquel parque había un lago que no era el más bonito, pero la flora a su alrededor era fantástica. Además, cada cierto tiempo pasaba un tren local y estaba seguro que, si Nicky lograba captar el momento, sería una foto genial. Así que, al llegar ahí, esperamos unos veinte minutos hasta que lo escuchamos acercarse y Nicole se preparó para hacer una fotografía genial. Obviamente me gané un beso por ello.

De camino al auto no pude evitar preguntarle por Alonso. Dijo que aquel idiota había intentado hablar con ella un par de veces, pero que ella se había negado.

Una vez que recogimos a su hermano en el recinto, volvimos al auto y conduje a su casa mientras Emiliano me contaba sobre su entrenamiento.

— Gracias — dijo su hermano antes de prácticamente echarse a correr.

— ¡Métete a bañar de una vez! — le gritó Nicole mientras entrábamos.

Sonreí.

— Qué bien te tomas el papel de hermana mayor — le dije al cerrar la puerta.

— Es que está en una edad en que, si no le dices que se bañe, no lo hace.

Reí.

— También pasé por eso.

Negó.

— ¿Quieres agua o algo?

— No. Preferiría un beso.

Sonrió.

— ¿Solo uno?

Se acercó de una manera bastante sensual, se colgó a mi cuello y me besó. La verdad es que me encantaban sus tiernos y delicados labios.

— Gracias por acompañarnos — dijo cuando nos separamos—. Y por el helado.

— ¿Te gustó?

— Mucho.

Sonrió.

— Después te llevaré a otros muy buenos.

— ¿Después? — preguntó sonriendo— ¿Eso significa que quieres invitarme de nuevo?

Iba a besarla de nuevo cuando escuchamos la cerradura girar y casi de inmediato entró su padre. Me aparté un poco cuando nos miró.

— Hola, papi— dijo Nicole al acercarse a él y darle un beso en la mejilla.

— ¿Cómo estás, preciosa?

— Bien. Vamos regresando.

Me miró.

— Buenas noches.

— Buenas noches, señor.

— ¿Cómo les fue?

— Bien.

Asintió.

— Gracias por haber acompañado a mi hija.

— No hay problema.

— ¿Y Emiliano?

— Allá arriba. Le dije que se metiera a bañar, pero quien sabe si me hizo caso.

—Ahorita subo a verlo— Nicole sonrió—. Los dejo que sigan platicando.

— De hecho, ya me iba — dije mirando mi reloj—. Tengo que pasar a comprar unas cosas para mañana.

Nicole me miró.

— Vete con cuidado— asentí—. Nos vemos mañana.

— Seguramente nos veamos hasta el viernes, mañana trabajo todo el día.

— Cierto...

Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla.

Después miré a su padre.

— Hasta luego, señor.

— Cuídate, muchacho.

Nicole me sonrió una vez más y después salí de ahí.

## Sebastian

Cuando llegué a casa vi el auto del chico que salía con Nicole estacionado. Esa tarde había tenido mucho trabajo y no pude salirme a tiempo para llevar a Emiliano al entrenamiento. Así que le había pedido a Nicole que lo llevara en un taxi y se quedara con él hasta que saliera, pues yo los recogería. Aunque no protestó, sé que hubiera preferido hacer mil y un cosas diferentes, pero terminó aceptando. Sin embargo, después me dijo que su amigo Roderick los llevaría en el auto y después los llevaría a casa. Obviamente no pude oponerme, aunque no me gustaba mucho el hecho de que fuera más grande que ella, agradecía el que se preocupara y la acompañara.

— No sabía que trabajaba— dije cuando se marchó.

— Sí, es *bar tender* los fines de semana.

Asentí.

— Me alegra que los acompañara— sonrió—. Voy a ver cómo va Emiliano. Yolanda me llamó para pedirme permiso de marcharse temprano. Así que los tendré que invitar a cenar fuera.

Sonrió.

— Voy a cambiarme.

Cenamos en un restaurante que a Nicole y Emiliano les gustaba mucho y al volver a casa cada uno se marchó a sus habitaciones. Fue entonces que antes de siquiera poder cambiarme, sonó mi móvil.

Era Dinna.

— ¿Sí?

— Hola, amor.

— ¿Está todo bien? — pregunté preocupado.

— Sí, ¿por qué?

— Allá son las ... ¿cinco de la mañana?

Río.

— Es que puse mi alarma para despertarme y llamarte. Yo sé que en la tarde

es más difícil para ti.

Sonreí.

— Lo siento, es que me preocupé. Me alegra que me llames.

— ¿Cómo va todo? ¿Qué tal los chicos?

— Bien. Hoy tenía un pendiente y no iba a poder salir a buena hora para llevar a Emiliano a su práctica. Así que le pedí a Nicole que lo llevara.

— ¿Y todo bien?

— Sí. De hecho, los llevó su amigo el tal Rocco.

La escuché reír.

— ¿Y ya te agrada más?

— Sigo pensando que es demasiado grande para mi niña, pero no voy a negar que fue un lindo gesto y que me agrada más que el tal Alonso.

— Alonso también es muy atento. Muy educado.

— Es un "queda bien". Yo no me trago ese cuento del tipo educado y súper respetuoso que nos quiere vender.

— Bueno, en eso tienes razón. A veces es demasiado...

— Idiota.

Río.

— Demasiado adulator.

— Así es. Yolanda me pidió permiso para irse temprano. Así que cenamos en *Manolo's*.

— ¡Qué rico! Cuando regrese me vas a tener que llevar.

— Claro que sí, amor.

— El viernes es la fiesta de Edna, la amiga de Nicole— dijo—. No se te olvide.

— Volveré temprano para llevarla y después quedarme con Emiliano.

— Eres un gran papá.

Sonreí.

— ¿Y tú? ¿Cómo va todo?

— Pues más o menos. Nos hemos reunido con los jugadores para ver qué sucede y para ver a qué acuerdo vamos a llegar, porque algunos serán renovados y otros no. Mañana tengo una reunión con un par de patrocinadores. Voy a tener que ir a poner mi cara de mensa.

— ¿Por qué?

— Porque algunos contratos terminan esta temporada y con la mala racha, ya no quieren renovar. De hecho, a uno de los que veré ya se le terminó el contrato y no quiere renovar. No quería ni recibirnos, pero Johan arregló que

nos reciba.

«¿Nos?»

— ¿Tan importante es?

— Con lo que ellos pagan, se paga el sueldo de cuatro jugadores. Así que debo esforzarme demasiado.

— Lleva un escote, eso siempre funciona.

— Oye...

Rio.

— Ya verás que los convencerás. Eres encantadora.

— Ojalá. Además, en la tarde tengo una entrevista para un programa de deportes de acá.

—¿Y eso? ¿Por qué aceptaste se entrevistada? ¡Tú odias las entrevistas!

— Pues si por mí fuera me habría negado, pero Miguel Ángel dice que debo ser más accesible en estos momentos por todos los cambios que se vienen.

— Bueno, él es el que sabe. Hazle caso.

Suspiró.

— Ya te contaré qué tal me va con eso.

— Me envías el link o el canal donde lo vayan a pasar para verte.

— Sí, amor— sonreí—¿Y tú? ¿Qué tal el trabajo?

— Agotador, pero bien.

— ¿Estás en exámenes?

— Ayer fue el último

— Qué bueno.

— ¿Recuerdas que te conté sobre una agente a la que iba a capacitar y evaluar?

— Ajá.

— Pues hemos empezado con eso.

— ¿Y? ¿Crees que pase?

— Totalmente. Es muy inteligente y aprende rápido— aclaré mi voz—. De hecho, es la segunda chica más joven, después de Regina, en obtener un puesto con ese rango.

—¿Qué edad tiene?

— Veinticinco.

— Vaya que es joven. También debe ser guapa.

— Sí, mucho. Por eso es que no puedo entender cómo es que a la pobre la dejaron plantada en el altar.

Suspiró.

— ¿Eso te contó?

— Sí, ayer durante la comida.

— Ah...

— Hemos platicado bastante.

— Qué bueno que tengan tiempo para hacerlo...

— Sí.

Suspiró.

— Bueno, cariño. Creo que volveré a dormir un par de horas.

— Sí, cariño.

— Descansa. Te amo.

— Yo también.

## Dinna

Había puesto mi alarma para poder hablar con Sebas pues sabía que por las tardes era casi imposible encontrarlo desocupado. Así que lo llamé a las cinco de la mañana hora España, diez de la noche hora México.

Durante la plática en la que prácticamente nos pusimos al tanto de las novedades. le conté sobre las reuniones con los jugadores, la reunión que tendría con los patrocinadores y mi entrevista.

— ¿Recuerdas que te conté sobre una agente a la que iba a capacitar y evaluar? — preguntó.

— Ajá.

— Pues hemos empezado con eso.

— ¿Y? ¿Qué tal?

— Es muy inteligente y aprende rápido— aclaró su voz—. De hecho, es la segunda chica más joven, después de Regina, en obtener un puesto con ese rango.

— ¿Qué edad tiene?

— Veinticinco.

«¡No me jodas!»

— Vaya que es joven. También debe ser guapa.

— Sí, mucho— «¿en serio?»—. Por eso es que no puedo entender cómo es que a la pobre la dejaron plantada en el altar.

— ¿Eso te contó?

— Sí, ayer durante la comida.

«¡Vaya confianza!»

— Ah...

— Hemos platicado bastante.

— Qué bueno que tengan tiempo para hacerlo...

— Sí.

Suspiré.

— Bueno, cariño creo que volveré a dormir un par de horas.

— Sí, cariño.

— Descansa. Te amo.

— Yo también— dije antes de colgar.

Tratando de ignorar los celos que aquella plática había provocado en mí, me envolví en las cobijas y dormí una hora más.

Salí de casa arreglada y desayunada a eso de las nueve de la mañana pues mi reunión era a las once.

Los tipos que la marca había mandado como representantes eran unos cretinos. Todo el tiempo se mantuvieron a la defensiva y cada que podían nos recalcaban que el equipo ya no era el de antes. Aunque aguardé y me controlé para no ponerme de pie y mandarlos al carajo desde un principio, llegó un momento en que en verdad me molestaron. Tal vez tenían razón, el equipo no era el mismo, pero iba a ser mejor y si ellos no querían invertir, no iba a rogarles. Así que con la poca dignidad que me quedaba me puse de pie, les agradecí la cita y me marché de ahí sin dejar que siguieran con sus estúpidas estadísticas. Ya encontraríamos otros patrocinadores.

Además del mal rato durante aquella reunión a la que asistí con Miguel Ángel, recibí la llamada de Emmanuel Torres pues uno de los jugadores había interpuesto una demanda por incumplimiento de contrato, el cual era un poco extraño pues el equipo estaba comprometido a tener el patrocinio de una de las marcas mientras el jugador fuera parte del club. Eso significaba enfrentar un proceso legal bastante costoso y estresante.

Quedamos de vernos con Johan en la televisora donde se realizaría la entrevista pues el que él saliera ayudaría, según palabras de Miguel Ángel.

— Qué guapa te ves— dijo al abrazarnos.

— Gracias.

Miguel y él se saludaron.

— Me alegro que llegaras a tiempo.

Asintió.

En ese momento el móvil de Miguel comenzó a sonar y se apartó un poco.

— ¿Vienes de la junta? — me preguntó Johan.

— Sí— dije con una mueca en el rostro—. Fue un desastre.

— ¿No conseguiste que firmaran?

— No. De hecho, en algún punto los interrumpí, les agradecí y salimos de ahí.

Ya me habían hartado.

— Son un poco especiales.

— ¿Un poco? ¡Son un fastidio!

Sonrió.

— Ya conseguiremos otros patrocinios.

— Y cuando vuelvan a buscarnos, los mandaré al carajo.

Rio.

— Chicos— dijo Miguel al acercarse—, tenemos un problema con uno de los jugadores. Debo irme.

— ¿Todo bien?

Negó.

— Ha sido detenido por violencia familiar.

— No me jodas...

— ¿Te la encargo? — le preguntó a Johan.

— Claro, ve.

Sin más, me dio un beso en la mejilla y se marchó.

— ¿Quién sería? — preguntó mientras caminábamos por el pasillo principal de la televisora.

— No lo sé, pero mejor que ni me diga ahorita. Debo concentrarme en no decir una estupidez.

Rio.

— Por favor, siempre te ha ido bien en las entrevistas.

— Es la primera que me hacen.

— Claro que no, antes de casarte te hicieron una.

— Pero no fue para televisión— dije recordando—. Además, provocó que Nick fuera a buscarme a España.

Hizo una mueca.

— Tal vez eso fue lo que me faltó— lo miré—. Tomar un vuelo sin importar lo que dijeran en el club y buscarte.

Negué.

— Si hubieras hecho eso, ahorita no formarías parte del club.

— Pero tal vez estaría contigo.

Hice una mueca.

— Te habrías aburrido.

— ¿De qué? ¿De ti?

— De todo.

— Dudo mucho que...— miró hacia el frente — ¡Demonios!

Cuando miré en la misma dirección que él me di cuenta que su exnovia, una periodista bastante guapa se acercaba a nosotros y llevaba el mismo vestido

que yo.

— Tiene que ser una puta broma...

Negó.

— ¡Johan! — dijo al detenerse frente a nosotros.

Éste le sonrió y la saludó.

— ¿Cómo estás?

— Muy bien, ¿y tú? No esperaba verte por aquí.

— Vinimos a una entrevista.

Me miró.

— Hola— me miró de pies a cabeza— ¡Qué buen gusto!

Fingí sonreír.

— Dinna Marshall— dijo Johan con cierta incomodidad—. Victoria Santori.

— Un placer— dijo al estrechar mi mano.

— Igualmente.

Miró a Johan.

— ¿Qué tal te va con lo del equipo?

— Bien.

— Me perdí esa exclusiva— Johan sonrió— ¿En qué programa te entrevistarán?

— *Sports*.

— Oh, ya — sonrió—. Bueno, que te sea leve.

— Gracias.

Sin más, la tipa le dio un beso a Johan muy cerca de los labios.

— Cuídate mucho y a ver cuándo nos vemos para cenar o algo.

— Claro.

Se limitó a sonreírme y se marchó.

Johan rodó la mirada.

— Preferiría aventarme a un acantilado que cenar con ella.

— ¿Por qué?

— Está loca.

Reí y seguimos caminando.

Una vez que llegamos al foro nos hicieron pasar rápidamente. Fue entonces que una chica se acercó.

— ¿Dinna Marshall?

— Sí.

— Hola, soy Rosaura— dijo sonriendo al estrechar mi mano—. Voy a ser tu maquillista.

— Pero, vengo maquillada...

— No voy a cambiarte nada de los ojos pues están perfectos— sonreí—. Solo voy a ponerte un tono con el que no te veas pálida en la pantalla.

— Oh...

— Además tengo una técnica increíble que te va a quitar como diez años de encima— ¡Jodete! —. No se te verán las ojeras y mucho menos las líneas de expresión— tomó mi mano—. Confía en mí.

Sin más, la seguí hasta uno de los vestidores.

Años atrás la habría mandado al carajo con todo y su increíble técnica, pero no en ese momento en que mi autoestima no estaba muy bien. La ex de Johan llevaba el mismo vestido que yo y se veía increíble en él. Tan fresca, tan... juvenil. A mí me había costado trabajo decidirme por usarlo pues me parecía que me veía terriblemente delgada con él.

## Nicole

El día jueves fui a casa de Edna para ayudarla con lo que faltaba para la fiesta del viernes, pero como era de esperarse Rocco no se presentó por ahí por el rollo del trabajo.

Por la noche vi junto a Sebas la entrevista que le realizaron a mi mamá. Se veía muy guapa, aunque iba más maquillada que de costumbre. También vi una nota en la que salió con el mismo vestido que la exnovia de Johan mientras caminaban por los pasillos de la televisora a la que asistieron. Me molestaron bastante los comentarios que hicieron respecto a su edad, pues aseguraban que una mujer con una hija de mi edad ya no debía usar vestidos así. En ese momento entendí a lo que se refería mi madre cuando decía que los medios eran un asco.

El viernes volví a casa a muy buena hora para poder comer y después arreglarme para la fiesta.

Sebastian me dejó en casa de Edna poco antes de las ocho. Para esa hora ya habían llegado un par de chicos. Rápidamente me despedí de Sebas y con la promesa de llamarlo si algo sucedía, me bajé del auto.

Apenas entré a casa de Edna comencé a saludar a un par de chicos que conocía y fui directamente a la cocina en donde Edna y Mariana terminaban de llenar el refrigerador con cerveza. Sobre la barra había varias botellas de diferentes tipos de alcohol, vasos y algunas botanas.

— Alguien va a morir de congestión alcohólica— dije para hacerlas voltear. Ambas me sonrieron y nos saludamos.

— Qué bueno que llegaste temprano— me dijo Edna.

— Pensaba llegar antes para ayudarlas, pero Sebas me trajo y antes pasamos por algunas cosas al súper.

— No te preocupes, Mariana y Laura llegaron temprano.

— ¿Laura?

— Fue a comprar hielos— dijo Edna.

— Ah...

Mariana sonrió.

— ¿Qué? — le preguntó Edna.

Mariana negó.

— No, nada— sonrió—¿Qué más falta?

— Ya nada— me miró—¿Quieres que guarde tu chamarra en mi cuarto?

Cerraré las habitaciones con llave.

—Por favor— dije al entregársela—. Si no quieres terminar con fluidos de alguien en tu cama, es mejor hacerlo.

— Deja los fluidos, se roban algo y no vuelvo a hacer una fiesta— asentimos

—. Voy a dejarla.

Cuando Edna salió de la cocina, Mariana me miró.

— ¿No le has dicho?

— ¿Qué cosa?

— Lo de Rocco.

Negué

— Ni siquiera sé qué tendría que decirle.

En ese momento Laura entró con una bolsa de hielos y acompañada de un tipo.

— ¿Y Edna? — preguntó.

— Arriba— dijo Mariana.

Sin más, sacó una cerveza del refrigerador y salió de la cocina.

— ¿Nuevo novio? — pregunté.

Negó.

— Es su hermano, pero es un patán.

De pronto se escuchó ruido en la estancia y cuando salimos a ver qué sucedía, comenzó a llegar un montón de gente.

## Rocco

Cuando detuve el auto frente a la casa me di cuenta que la "pequeña" fiesta de Edna, al parecer se había agrandado bastante. Se suponía que invitaría a algunos chicos con los que compartía clases, no a toda la preparatoria.

Además, estaba seguro de que no conocía ni siquiera a la mitad.

Afuera de la casa había un par de autos y un montón de tipos fumando acompañados de algunas chicas. La música estaba bastante fuerte y no todas las luces estaban prendidas por lo que no estaba totalmente alumbrado. Una vez que entré lo primero que hice fue subir a mi habitación esperando que a mi hermanita se le ocurriera la grandiosa idea de cerrar las habitaciones con llave, pues no pretendía dormir sobre fluidos ajenos. Una vez que comprobé que así fue, dejé mi mochila sobre la cama. Cerré de nuevo y entré al baño. Después bajé y caminé hacia la cocina directamente.

Saqué una cerveza y salí de la cocina buscando a Edna con la mirada. La encontré en la estancia hablando con Nicole y Mariana.

Me recargué sobre el muro y las observé un rato. Nicole se veía preciosa.

A momentos se movían al ritmo de la música.

— ¿Por qué tan solo? — preguntó Laura al acercarse.

«¡Mierda!»

— Vengo llegando— dije al beber— ¿Qué tal todo?

— Pues... creo que la pasaré mejor ahora que llegaste.

Sonreí.

Laura comenzó a hablar, pero no le presté atención pues vi a un tipo acercársele a Nicole. Le dijo algo al oído y ella sonrió.

Hice una mueca.

— ¿No crees? — me preguntó Laura.

La miré.

— Sí, supongo.

Sonrió sin darse cuenta que no le estaba haciendo caso. Nicole y el tipo comenzaron a platicar y reír. Después ella comenzó a bailar.

Suspiré y me bebí el resto de la cerveza.

— ¿Quieres otra? — preguntó Laura—. Te la traigo.

La miré.

— Gracias.

Me sonrió y entró a la cocina.

Volví a observar a Nicole. Ya no me parecía tan tierna con esa manera de moverse y pegársele al tipo. Además, la ropa que llevaba dejaba ver la diminuta cintura y su abdomen plano.

— Aquí tienes— dijo Laura.

Le sonreí y le di otro trago a la cerveza. Después saqué un cigarro de la cajetilla.

— Edna dijo que fumaran afuera.

— Es mi casa — dije al llevarme el cigarro a la boca y encenderlo.

Laura rio.

Saqué el humo hacia arriba y le di otro trago a la cerveza. Le di otra calada al cigarrillo y antes de poder sacar el humo Edna se acercó con prisa.

Nicole me miró.

— Fuma allá afuera— dijo al quitarme el cigarrillo de la boca.

— Lo haré si me lo das.

Rodó la mirada, puso el cigarro en mi boca de nuevo y sin decir nada se dio media vuelta y volvió a donde estaba Mariana.

Nicole me sonrió, pero no le correspondí. Entonces hizo una mueca, le dijo algo al chico y comenzó a caminar hacia donde yo estaba.

— ¿Me acompañas afuera? — le pregunté a Laura.

— Claro.

Y antes de que Nicole llegara a donde yo estaba le cedí el pasó a Laura y salimos de ahí.

Ya afuera, encendí otro cigarrillo y Laura me pidió uno, por lo que nos tardamos bastante afuera.

Cuando volvimos adentro Nicole me miró con mala cara.

— Voy al baño— dijo Laura.

Asentí y caminé hacia la cocina. Saqué otra cerveza y cuando estaba por salir de ahí, Nicole se me plantó enfrente.

— ¿A qué vamos a jugar? — preguntó.

Abrí la cerveza.

— ¿De qué hablas?

— Un día eres todo amor conmigo y al otro ni caso me haces.

— Yo no soy el que está restregándole el cuerpo a un tipo.

— Estábamos bailando.

— Ok...— dije al darle otro trago a la cerveza y salir de ahí.

La escuché seguirme.

— ¿Ok? ¿Solo eso dirás?

— ¿Qué quieres que te diga?

Negó.

— Eres un tarado.

Antes de que se marchara la tomé de la mano y la jalé hacia mí.

— Déjame.

La pegué más a mí.

— Báilame.

— A ti no te gusta bailar— dijo mirando mis labios.

— Podría gustarme si es contigo.

Sonrió.

— ¿Cuántas cervezas llevas?

— Las suficientes como para partirle la cara a ese tipo.

Sonrió y sin decir nada más nos besamos.

¡Joder! ¿Cómo podía hacerme sentir tanto con un beso?

— Todo mundo debió vernos— dijo cuando nos separamos.

Miré a su espalda y vi que todos nos observaban.

— Así es.

Nicole se giró para observar también. Laura negó, le dijo algo a Edna y salió de ahí molesta.

— Uy, ya se te fue tu amiguita...

— El tuyo también — le dije cuando el tipo con el que estaba se dio media vuelta y se alejó.

Sonrió.

— ¿Vamos para allá? — preguntó.

Asentí y le cedí el pasó.

— Qué guardadito se lo tenían — dijo Edna.

— Pues ni tanto— aseguró Mariana— ¿Verdad, amor?

Martin rio, pero no dijo nada.

— ¿A qué hora debes volver?

— A las dos.

Miré el reloj.

— Cuando sea la una y cuarto nos vamos— dije al darle el último trago a la cerveza.

— Entonces ya no bebas— me dijo Edna.

Asentí.

Un par de chicos se pararon del sofá, así que rápidamente me senté y Nicole se sentó en mis piernas.

Pasamos el resto de la fiesta entre arrumacos y besos. Cuando dio la hora salimos de ahí y la llevé a su casa.

## Sebastian

Nicole había ido a una fiesta a casa de Edna. Poco antes de las dos de la mañana escuché un auto estacionarse. Cuando me asomé discretamente por la ventana reconocí el auto de Roderick.

Lo vi abrirle la puerta, ayudarla a bajar y después besarla.

Decidí darles privacidad.

Cuando escuché la puerta cerrarse salí de la habitación y vi a Nicole subir las escaleras.

— Ya vine— dijo con una enorme sonrisa en el rostro.

— Qué bueno, pequeña— besé su frente—. Descansa.

— Tú también, Migo.

Sonreí y la vi entrar a su habitación. Aunque mi intención era dejarle en claro que ese tipo no me gustaba del todo, al verla tan contenta no pude más que tragarme mis palabras.

A la mañana siguiente cuanto revisé mi móvil vi que tenía un par de llamadas de Dinna y un mensaje en el que me pedía que la llamara cuando viera el mensaje. Miré la hora, allá eran las dos de la tarde.

Le marqué, pero no respondió y me imaginé que estaría ocupada.

Bajé para encender la máquina de café y recoger el periódico pues Yolanda se había tomado un par de días.

Fue entonces que vi la nota.

**“Donde hubo fuego cenizas quedan”.**

Debajo del encabezado había una foto. Una en donde Dinna y Johan se besaban.

**“ Mucho se habló sobre la incorporación de Johan Cissé al equipo de trabajo de La Sagra. Mucho se dijo sobre la falta de preparación del mismo. Sin embargo, este fin de semana el ex jugador nos dejó en claro lo único que se necesita para triunfar de la manera en que él lo ha hecho, es que la heredera y empresaria Dinna Marshall siga encontrándolo**

**atractivo...”**

Mi móvil comenzó a sonar. Era Dinna.

Suspiré y tomé la llamada.

Estaba furioso.

— Dime.

— Sebas, tenemos que hablar...

— Sí, tenemos que hacerlo.

La escuché suspirar.

— Ya la viste, ¿cierto? — suspiré—. Te juro que no es lo que parece.

— ¿En serio vas a decirme eso?

— Te juro que no hay nada entre nosotros.

Negué.

— Creo que mejor no quiero hablar ahorita.

— Espera, déjame explicarte.

— No, Dinna— dije tratando de mantener la calma—. Voy a colgar.

— Sebas...

— Si no lo hago voy a decir un montón de cosas de las que después me voy a arrepentir.

Sin más, colgué y subí a mi habitación hecho una furia.

Odiaba cuando el tiempo, la vida o lo que fuera, me daban la razón sobre asuntos así.

## Dinna

Había sido una completa tontería.

El día de la maldita entrevista me había encontrado con la ex de Johan usando el mismo vestido que yo llevaba puesto y al parecer, no fui la única que lo notó pues al día siguiente las revistas de chismes y las redes sociales me acabaron por completo. Muchos me llamaron ridícula por vestirme de tal manera cuando ya tenía una hija de dieciocho años. Otros hicieron hincapié en lo delgada que lucía. Además, esa tarde la maquillista del programa me había maquillado demasiado para mi gusto y aunque en televisión lucía bien, tanto maquillaje encima y, supuse que unas brochas sucias, provocaron que mi rostro se llenara de feas ronchas rojas. Por lo que al día siguiente lucía fatal. El viernes tuve una reunión con otros de los patrocinadores y tuve que asistir con el rostro en mal estado. Obviamente me disculpé contándoles lo sucedido y pareció no importarles, pero yo me sentía fatal.

Entre los malos comentarios, la infección en mi rostro, mi autoestima pisoteado y el estrés del equipo terminé aceptando salir a cenar con Johan. Después de la cena, la cual estuvo muy buena decidimos volver caminando hacia mi casa.

— ¿Cenaste bien?

— Sí, estuvo delicioso.

— Me alegro que te gustara. No necesitas una mala cena en tu lista de “cosas por las que te estresas”.

Negué.

— Ha sido una semana fatal. No sé en qué estaba pensando cuando decidí adquirir de nuevo el equipo.

— Seguramente en tu padre y en todo lo bueno que te trajo el club.

Negué.

— Tal vez los medios tienen razón y soy demasiado vieja para todo esto— dije al detenerme de golpe.

Hizo una mueca.

— Vamos, no puedes hacerles caso a los medios. Nunca lo has hecho.  
— Pero es diferente— suspiré—. Ya no soy la tipa guapa y joven que le inyectaba vida al equipo.  
— No, ahora eres una hermosa empresaria, preparada y exitosa que volverá a hacer de La Sagra el mejor equipo.  
— Por favor...  
Se acercó y me hizo mirarlo.  
— ¿En serio has dejado de creer que eres hermosa?  
— ¿Ya viste mi rostro?  
— Lo hago desde que te conocí y sigo pensando que eres la mujer más hermosa sobre la faz de la tierra.  
No pude evitar sonreír.  
— Eres tan dulce... — negué—. Increíblemente dulce.  
Sonrió.  
— Es la verdad, Dinna— dijo al acariciar mi rostro—. Para mí siempre has sido la mujer perfecta. Y probablemente siempre lo serás.  
Sin más, me acerqué un poco más a él y dejé que me besara. Cuando me di cuenta del error me aparté de él y seguimos caminando hacia mi casa en silencio mientras por dentro me lamentaba.  
Cuando llegamos a casa me pidió que lo dejase entrar el baño. Cuando salió me besó de nuevo, pero le pedí se detuviera y se marchara.

Cuando a la mañana siguiente vi las fotografías en los diarios y medios de comunicación quise morirme, pues no se habían limitado a publicar la fotografía en la que nos besábamos en la calle. Además, nos fotografiaron entrando a mi casa poco después de las diez de la noche y dijeron que él había pasado la noche conmigo.  
Inmediatamente le llamé a Sebastian, pero allá era de madrugada y estaba segura de que se había desvelado esperando a Nicole volver de su fiesta y por eso no atendía. Decidí dejarle un mensaje pidiéndole que me llamara apenas lo viera. Sin embargo, cuando llamó yo estaba con Miguel Ángel hablando sobre algunos problemas que se habían presentado, incluyendo aquella nota en los diarios, por lo que no pude responderle inmediatamente. Apenas pude lo llamé, pero había sido demasiado tarde pues ya había leído la nota, visto las fotos y seguramente me odiaba.

## Nicole

¿Qué demonios?

Cuando vi la noticia en la que mi madre aparecía besándose con Johan no podía creerlo. Sebastian no había mencionado nada al respecto ni durante el desayuno ni durante el resto del día, pero se le veía serio y no era para menos. Por la tarde mi tía Regina vino a la casa y se encerraron a hablar en el despacho mientras Emiliano jugaba en su habitación, pues inconscientemente y sin planearlo, tratábamos de que no viera la nota.

Rocco vino a la casa para saber cómo estaba pues había visto la noticia.

—¿Cómo estás? — preguntó cuando cerré la puerta.

Suspiré.

—Yo bien, pero ...—negué — no sé qué demonios va a pasar.

Hizo una mueca.

—¿Cómo están ellos?

—Pues Sebas no dice nada, pero se le ve serio. Es obvio que está molesto y con mucha razón— negó—. Además, hemos tratado de que Emiliano no vea la noticia, pero estoy segura de que cuando vuelva al colegio lo hará.

—¿Has hablado con tu mamá?

—No, pero supongo que regresará mañana o el martes a más tardar.

—Ya verás que todo se solucionará de la mejor manera.

—No lo sé, es que, ¡no es justo! Sebas es muy lindo y no se merece esto.

— Pequeña, no sabes qué es lo que pasó en realidad. Los medios pueden venderte algo diferente a lo que en realidad es.

— Por favor, los fotografiaron besándose en la calle sin pudor alguno. Después se fueron a casa de mi mamá, ¿tú qué crees qué pasó?

—A lo mejor se besaron en el sofá como tú y yo, pero no pasó nada más —hice una mueca

—. No juzgues a tu mamá y menos sin saber lo que pasó en realidad.

—Pero es que ...

—Tu mamá es un adulto, pero no es perfecta. Comete errores igual que todos.

— Pero ...

—A la única persona que tu mamá probablemente le deba una explicación es a su esposo.

No a ti, ni a tu hermano, mucho menos a los medios. Solo a tu papá.

Hice una mueca.

— ¿Qué le va a explicar?

— No lo sé y tampoco sabes cómo va a reaccionar él.

— No se vale.

— Nicky, si quieres que te traten como un adulto, compórtate como uno y no tomes partido. Son tus padres y les debes respeto.

Bajé la mirada.

— Es que no entiendo por qué lo hizo.

— Y probablemente, aunque te explique no lo hagas. Solo ella sabe lo que sucedió y por qué sucedió. Además, seguramente tiene bastante con tener que hablar con tu padre y tener a los medios diciendo un montón de tonterías, como para que además su hija quiera ponerse a juzgarla — acarició mi mejilla —. Tu mamá necesita que la apoyes, no que la ataques, ¿de acuerdo?

Hice una mueca y asentí.

— Gracias por haber venido.

Me abrazó.

— Luce más trágico de lo que en realidad es — dijo mientras besaba mi frente—. Te lo juro.

Aspiré su aroma y me sentí totalmente protegida.

## Rocco

Nuevamente estaba solo en casa.

Mis padres descansaron el fin de semana pues seguían con el turno de noche, por lo que la casa estaría sola toda la semana. No sabía bien cómo seguían las cosas entre ellos pues a veces los problemas eran evidentes. Sin embargo, nadie se metía y tampoco había tiempo como para ello, pues todos estábamos demasiado ocupados con nuestros asuntos.

A Martin lo absorbía por completo el colegio, sus excelentes notas y el trabajo como mesero que había conseguido los fines de semana en el bar que yo trabajaba. A Samuel lo veíamos poco por la casa pues el trabajo, su actual novia y sus pocas ganas de convivir con la familia lo mantenían apartado de todos. Edna se esforzaba en el colegio y entre eso y sus amigas, no había tiempo para sufrir por problemas ajenos. Por mi parte no era que el colegio o el ser *bar tender* no me permitieran involucrarme, pero lo había hecho tiempo atrás cuando mi mamá echó a mi papá de la casa por una infidelidad. Me había encargado de llevarle sus cosas al hospital, de mantenerlo alejado de mi madre, pero un buen día, de buenas a primeras, mi madre lo perdonó y yo quedé como un mal agradecido para con mi padre. Samuel me dijo que él pasó por lo mismo y por eso ya no se involucraba. Así que seguí su consejo: déjalos que hagan de su vida y matrimonio lo que más les plazca.

Cuando llamaron a la puerta no me llegó a la mente idea alguna sobre quién sería, supongo que mi rostro lo reflejó cuando abrí la puerta y la vi.

— ¿Qué haces aquí? — le pregunté.

— Hola—dijo Nevra con una mueca en el rostro.

— ¿Qué haces aquí?

Suspiró.

— No contestas mis llamadas.

— ¿Y no te preguntaste que tal vez es porque no quiero hablar contigo?

— Rocco, por favor...

— Vete.

— Déjame explicarte, por favor.

— No tienes nada que explicar.

— Quiero hacerlo, necesito hacerlo— me llevé las manos a la frente—. Por favor, déjame pasar.

Suspiré y me hice a un lado.

La vi tomar asiento sobre el sofá.

— ¿Me regalarías agua?

Hice una mueca, asentí y caminé hacia la cocina.

¿Para qué había venido?

— Gracias— dijo cuando le entregué el vaso con agua.

Bebió y me senté en el otro extremo del sofá.

— Lo que tengas que decir, es momento— le dije.

Asintió y dejó el agua sobre la mesa de centro.

— Sé que tienes todo el derecho a pensar lo peor sobre mí, pero las cosas no fueron como tú o todos los demás creen.

— ¿No? ¿Entonces cómo fueron?

Negó.

— Rocco, para ti la vida ha sido más fácil que para mí. Tú tienes a tus padres. Ambos te apoyan tanto moral como económicamente. A mí no — suspiró—. A los pocos días de que te fuiste me despidieron y no podía llamarte para pedirte dinero ni mucho menos. Además, sabía que te preocuparías— suspiró nuevamente. — Un día me encontré a Aarón y ...

— La verdad es que no me interesa si fue amor a primera vista— le dije—. Lo único que tenías que hacer era decirme que salías con alguien por los motivos que fueran, pero no fue justo que me mintieras tanto tiempo.

— Entiende que...

— Y tampoco lo fue que te buscara y tus amigas me miraran y me trataran con lástima.

— Te juro que quise decírtelo, pero cada que hablábamos, tú hablabas tan bonito sobre nuestro futuro y...

Reí.

— Por favor, Nevra. No te burles de mí.

— No lo hago— negó—¿Acaso no crees que muchas veces me dormí pensando en qué pasaría si conocías a alguien allá? Si te enamorabas de alguien más y...

— Te lo hubiera dicho— aseguré—. Yo no sé qué clase de persona me creas, pero no sería capaz de hacerte algo así. No a ti.

Una lágrima rodó por su mejilla.

— Lo hice sin pensar. Simplemente ...— tragó saliva—, se dieron las cosas.

— ¡Es que yo no te recrimino eso! Pero pudiste decírmelo— suspiré—. Ese viaje lo hice no solo por mí. Sabías bien que era una parte importante para un mejor empleo a futuro. Para que todo pintara mejor para los dos. Porque yo sí pensaba en los dos— comenzó a llorar—. Yo sí quería estar contigo. Quería terminar la carrera, comenzar a trabajar para que tú pudieras estudiar.

Casarnos, trabajar para poder vivir bien...— me miró con las lágrimas rodando por sus mejillas —, pero tú no podías esperar para eso. Tú lo querías todo rápido y fácil.

Las lágrimas no le dejaron decir nada más, pues se soltó a llorar. Juro que quise abrazarla y consolarla, pero no podía. No debía.

— Estoy casada con un tipo al que no amo y que probablemente tampoco me ama— dijo entre sollozos—. No soy feliz.

— Nevra...

— Te extraño— dijo mirándome—. Te extraño tanto, Rocco.

Negué.

— Nevra...

— ¿Tú no me extrañas?

Hice una mueca.

— A veces, pero ... ya no como antes.

Tragó saliva.

— Sales con alguien, ¿verdad?

— Conocí a alguien.

Negó y comenzó a llorar de nuevo. No pude evitar acercarme y abrazarla para que se tranquilizara un poco. Sin importar lo que hubiera pasado, no me gustaba verla llorar.

— Tranquila — dije acariciando su cabello—. No llores.

— Soy una tonta.

No dije nada, solo seguí consolándola.

Entonces buscó mi mirada. La miré y de la nada me besó. Inmediatamente después se sentó sobre mí con ambas piernas a mis lados. Y antes de que pudiera decir o hacer algo más, la puerta se abrió y la risa de Nicole se escuchó.

Rápidamente empujé a Nevra para que se quitase, pero Nicole nos había visto y la sonrisa en su rostro había desaparecido.

— ¿Qué hace ella aquí? — preguntó Edna al cruzar la puerta molesta.

Me puse de pie.

— Edna...

— Que se largue.

— Solo vine a hablar con tu hermano.

— Me importa un carajo a lo que hayas venido, quiero que te vayas— dijo al señalarla.

Nevra negó, tomó su bolso y caminó hacia la puerta.

Sin decir más, salió de ahí.

— Nicky...— dije al acercarme a ella.

— No, Rocco.

— Déjame explicarte.

— No quiero escucharte.

— Por favor.

— No — suspiró—. Me voy a casa — le dijo a Edna.

Salió de ahí y la seguí.

— Espérate, por favor— dijo al tomarla de la mano—. Déjame explicarte.

Sentí una mirada y por instinto miré a su espalda. Nevra observaba todo.

Nicky se giró para mirar en la misma dirección.

— Jodete, Rocco.

Se soltó con fuerza y comenzó a caminar.

— Déjala en paz— dijo Edna al ponerse frente a mí.

— Pero...

— No quiere hablar contigo y tiene todo el derecho a no hacerlo.

Nevra había subido a su auto, pero observaba desde ahí.

— Martin— me miró—, ¿puedes llevarla?

— Sí, amor— le dijo Mariana—. Llévala a su casa.

Sin más, Martin asintió y se echó a correr para su auto. Subió, lo puso en marcha y condujo hacia donde estaba.

— Eres un imbécil— dijo Edna mientras volvía a la casa.

— Las cosas no fueron como piensan.

— Ajá...

— Es en serio— miré a Mariana—¿Qué hago?

Se alzó en hombros.

— Ahorita dejarla en paz. No quiere verte.

Negué.

— Soy un imbécil.

Asintió.

— Uno muy grande.

Me llevé ambas manos a la cabeza y después vi el auto de Nevra avanzar.  
Sin decir nada más, Mariana entró a la casa también.

## Nicole

¡Tremenda idiota que era!

¿Cómo era que olvidé que Rocco seguía loco por esa tipa?

Lo había visto tantas veces luchar para no atenderle el teléfono. Él me había hablado sobre la vez que la vio en el centro comercial con su esposo y lo mal que se sintió, ¿por qué lo había olvidado tan fácil?

— Nicky...— dijo Martin desde su auto del otro lado del sentido—. Súbete, te llevo.

Negué.

— Quiero caminar, gracias.

— Por favor, déjame llevarte. Todos vamos a estar más tranquilos.

— No.

— Hay mucho espacio como para maldecir a mi hermano— lo miré—. O para que yo me quede callado todo el camino.

Sonreí.

— Es un idiota.

— Lo es— hizo una mueca—. Anda, déjame llevarte.

Suspiré, me fijé que no viniera algún auto y me crucé la calle.

— Gracias— dije al cerrar la puerta.

Asintió.

— No sé qué demonios sucede entre ustedes, pero...

— No sucede nada—dije—. Ese es el problema. Yo no debería estar enojada, pero...— negué—. ¡Que se vaya al carajo!

Sonrió.

— ¡Que se vaya al carajo!

Me miró y comenzamos a reír.

— No puedes andar con alguien que aún no supera a su ex. Es idiota y masoquista.

— No sé qué decirte al respecto, pero sí te diré lo que te diría mi mamá— lo miré—. Estás demasiado bonita para sufrir por tremenda bestia.

Río.

— ¿Crees que tu madre llamaría bestia a su ternura?

— Cuando se entere de lo que pasó, llamarlo bestia será un halago a lado de todo lo que le dirá.

Negué.

— Ojalá no lo supiera.

— Edna le dirá. El que metiera a Nevra a la casa no va a perdonárselo.

Hice una mueca y guardé mis comentarios al respecto. Después, condujo en silencio hasta mi casa.

Cuando entré a casa mi madre estaba sentada con Emiliano en la estancia. Él le mostraba sus cuadernos por lo que supuse le ayudaba con la tarea.

—Ya vine.

—Qué bueno— dijo con una mueca en el rostro.

Pareciera que se avergonzaba de mirarme.

Me acerqué, besé su mejilla y la abracé.

Entonces suspiró.

—Mi niña...

—¿Cómo estás? —pregunté al mirarla.

—¿Tú cómo crees?

Hice una mueca.

— No te preocupes, todo se va a solucionar de la mejor manera.

— Eso espero— negó—. Me da tanta vergüenza mirarte y...

— No tienes por qué sentir vergüenza. Eres un adulto, pero no eres perfecta.

Nadie lo es.

« ¡Jodete, Rocco! Tú y tus palabras bonitas. »

Me abrazó.

— Gracias, mi pequeña.

La miré.

— Me alegro que volvieras.

Sonrió.

— ¿Te trajo Rocco? Me hubiera gustado agradecerle por lo del otro día.

Hice una mueca.

— No. Me trajo Martín—tragué saliva—. Y probablemente no volverás a ver a Rocco por aquí. O eso espero.

— ¿Por qué? — me miró confundida— ¿Todo bien?

Negué y sin poder retener las lágrimas la abracé.

— Se estaba besando con su ex cuando volvimos a casa de Edna.

— Mi pequeña...

Sentí su mano sobre mi cabeza intentando consolarme, pero en lugar de ello me daban más ganas de llorar.

Cuando me separé de ella vi que Emiliano nos observaba y me avergoncé un poco. Mi madre se dio cuenta.

— Ve a tu habitación. Le ayudaré a tu hermano con unas cosas y subo a verte  
Asentí.

— Está bien.

Hizo una mueca y me dio un beso.

— Te quiero, mi niña.

— Yo a ti, ma'.

Sin decir más y ante la mirada de Emiliano subí a mi habitación.

## Rocco

— ¿Se puede? — preguntó Martin desde afuera de mi habitación.

— Pasa.

Entró y cerró la puerta.

— La dejé en su casa.

— Gracias — hice una mueca — ¿Cómo estaba?

— ¿Cómo crees?

Negué.

— Soy un imbécil.

— Lo eres.

Suspiré.

— No sé para que dejé entrar a Nevra.

— ¿A qué vino? Además de a causar problemas.

— Me ha estado llamando por teléfono, pero bloqueé su número. Así que vino a darme una explicación.

— Por favor, ¿qué explicación puede tener? — negó — “Lo siento, me casé con el papá de tu mejor amigo porque tuvo demasiado dinero como para comprarme, pero a ti es al que amo” — dijo fingiendo una voz femenina.

Lo miré.

— Algo así dijo.

— ¡No me jodas!

Suspiré.

— La dejé que hablara y le dije lo que pensaba. Que ... — suspiré —, que tuvo que haberme dicho lo que pasaba, no esperar a que volviera con mi cara de imbécil y la buscara.

— ¿Y?

— Me dijo que me extraña. Que estaba con un hombre al que no ama y que no la ama...

— Eso no le importó en un principio.

Negué.

— Me preguntó si la extrañaba y le dije la verdad; que a veces lo hacía, pero

ya no tanto. Después me preguntó si salía con alguien y le dije que había conocido a una persona.

— ¿Y? ¿Cómo terminaron besándose?

— Se puso a llorar, la abracé y después me besó— me llevé las manos a la cabeza—. Te juro que apenas reaccioné cuando ustedes llegaron.

— Nicole fue la primera que entró, así que lo vio todo.

— Lo sé. Soy un idiota— suspiré—. Un gran imbécil.

Hizo una mueca.

— Estaba molesta y decepcionada— se recargó sobre la puerta—. Hoy Laura fue a decirle de cosas.

— ¿Por qué?

— Pues por ti.

— ¿Y luego?

— Laura se puso un poco agresiva, pero nadie iba a permitir que le pegara ni mucho menos.

— Claro que no, Laura está loca y Nicole no es de pelear.

— Por eso es que nos le pusimos enfrente, pero Laura empezó a decirle que no se hiciera muchas ilusiones. Que una vez que te la llevaras a la cama la ibas a botar, porque es lo que haces.

— No me jodas...

— Edna se molestó con Laura y le dijo de cosas. Te defendió, pero al parecer eso ya no importa porque le diste la razón bien pronto.

— ¿Qué le sucede a esa? ¿Por qué tenía que ir a reclamarle? ¡No somos nada!

— Lo sabemos y Nicole también, pero quieras o no, no está padre que te digan eso del tipo con quien estás saliendo y que cuando llegues a su casa lo encuentres con su ex encima y besándose.

— Tengo que buscarla y hablar con ella.

— Sí, pero no hoy. Ahorita está molesta y te mandará al carajo sin siquiera escucharte.

— ¿Entonces?

— Dale un par de días. Deja que se tranquilice un poco para que pueda escucharte hablar.

— ¿Y si me manda al carajo de todos modos?

— Pues tendrás que aceptarlo.

— No me jodas, Martin.

— Es la verdad— hice una mueca—. Si hubiera sido al revés, ¿qué harías?

— Primero le parto la cara al ex.

— Y después te hubieras ido enojado y sin dejar que se explicara. Como con Nevra.

Negué.

— Nicky me gusta para algo bien.

— Pues al parecer tú también le gustabas así, pero después de esto... ya no estoy tan seguro.

Me dejé caer sobre la cama.

— Soy un imbécil.

— Sí. Ya te dije que lo eres, pero de igual forma dale un par de días.

Asentí.

— Gracias por llevarla, me hubiera preocupado que se fuera sola.

— No hay problema —dijo al abrir la puerta—. Estaré abajo con las chicas escuchando como te insultan de mil maneras distintas.

Fingí sonreír y lo escuché marcharse.

¡Tenía que hablar con Nicole!

## Dinna

Cuando Nicole subió a su habitación, Emiliano quiso saber por qué lloraba. Le expliqué un poco lo que sucedía y supongo que, si hubiera sido un poco más grande habría ido a romperle la cara a Rocco, pero para fortuna de todos, mi pequeño solo tenía diez años. Después de explicarle la manera en que tendría que hacer su tarea, le dije que subiría a ver a su hermana.

— ¿Se puede? — pregunté después de llamar a la puerta.

— Adelante.

Nicole estaba sentada sobre la cama con el ordenador sobre las piernas.

— ¿Qué hacías? — pregunté cuando hizo a un lado todo.

— Investigaba para un proyecto que haré con Mariana.

Asentí y me senté en la orilla de la cama.

— ¿Quieres contarme lo que pasó? Te prometo que no te preguntaré más de lo debido.

Sonrió.

— Puedes preguntar lo que quieras — dijo al cruzar las piernas—. La verdad es que ni siquiera éramos novios.

— ¿No?

Negó.

— Hemos estado saliendo mucho y ... obviamente nos besábamos y eso— asentí—, pero no éramos novios como tal— suspiró—. El día de la fiesta de Edna yo estaba bailando con un chico cuando él llegó, así que no me habló. Cuando fui a saludarlo me di cuenta que estaba celoso, pero hablamos y estuvimos juntos el resto de la fiesta. Todo mundo se dio cuenta— acomodó su cabello—. Hoy Laura fue a decirme de cosas por eso y...

— Espera— la miré—, con Laura, ¿te refieres a tu amiga?

Negué.

— En realidad es amiga de Edna. Yo nunca le he agradado y con lo de Rocco menos.

— Es que no te estoy entiendo, ¿qué tiene que ver Laura?

— Ah, es que a Laura le gusta Rocco— dijo una mueca—. Tuvieron sexo.

— Oh...

Suspiró.

— Como sea. Rocco evita mucho a Laura, pero ella siempre está ahí encima de él duro y dale— dijo alzando la voz—. Ella estaba en la fiesta de Edna y nos vio, pero ese día no dijo nada. Se fue molesta, pero no le hicimos caso.

Asentí.

— Pero hoy te reclamó— asintió— ¿Qué fue lo que te dijo?

— Pues que era una buscona y cosas así. La verdad es que pensé que me pegaría, pero Martin, Mariana y Edna se acercaron. Así que solo me dijo que no me hiciera ilusiones porque cuando Rocco obtuviera lo que quería de mí, me iba a botar— tragué saliva—. Así que cuando lo vi con Nevra...

— Espera— me miró— ¿A qué se refería con "obtener lo que quería de ti"?

— A tener sexo.

Tragué saliva.

— ¿Y pasó? —«¡Demonios!»— ¿Tuvieron sexo?

— ¡No! — suspiré aliviada—. Pudo pasar, pero no— la miré y ella negó—.

El día de mi cumpleaños bebí más de lo que les dije.

Sonreí.

— Lo sé, cariño.

— Edna y yo nos pusimos a beber como locas y para cuando Martin tenía que llevar a Mariana, nosotras no queríamos irnos. Así que Martin le marcó a Rocco para que fuera y nos llevara a la fuerza— asentí—. Como me vio tomada, dijo que no me traería así de tomada.

— Sebas se habría enojado mucho.

— Lo sé. Así que fuimos a su casa, pero en el camino Edna vomitó— dijo sonriendo—. Cuando llegamos a su casa, Edna se subió a dormir y Rocco subió a acostarla de lado por si volvía el estómago de nuevo— asentí—. Yo me quedé en la estancia acostada. Cuando Rocco bajó me preparó un café para que se me bajara, pero no quise.

Hice una mueca.

— Bueno, ¿y luego?

— Pues entre risas y eso, nos besamos en el sofá— «Oh, no.»—. Como estaba tomada o quiero pensar que es por eso, le dije a Rocco que... quería hacerlo— en realidad no estaba preparada para escuchar aquello—, pero él dijo que no porque estaba borracha— ¡Gracias a Dios! —. Así que me pareció algo lindo, porque si quisiera haberse aprovechado pues lo hubiera hecho en ese momento, ¿no?

— Claro.

— Pero hoy, después de clases Laura me reclamó y cuando llegué a casa de Edna, Rocco tenía a Nevra en las piernas y se estaban besando.

Sus ojos se llenaron de lágrimas e hizo una mueca.

—Ay, mi amor...

— Quiso explicarme, pero no lo dejé y como estaba insistiendo me salí de ahí. Después Martin me alcanzó en el auto porque Rocco lo mandó y me trajo a casa.

La abracé.

— A lo mejor las cosas no son como crees, tal vez fue solo un beso.

— No, no es solo un beso— dijo mirándome—. No hay que menospreciar el acto.

Para ese momento, mi defensa planeada antes Sebas se venía abajo. Tal vez para Sebastian aquel beso era tan importante como para Nicole.

— ¿Y qué quieres hacer? ¿No hablarás con él?

— No quiero hacerlo— negó—. Si para él no fue tan importante, para mí sí y... mejor así. Él que siga con lo suyo y yo con lo mío.

Asentí.

— Estoy segura de que va a buscarte al colegio o vendrá.

— Pues si viene le dices que no quiero verlo— dijo molesta.

Asentí.

— De acuerdo, si viene le pediré que se marche.

— Por favor.

— Pero eso sí, tendré que contarle a Sebas para que no piense que es más grave.

— Pues con tal de que no quiera golpearlo, está bien.

Sonreí.

— La única persona a la que ahorita quiere golpear está en España. Así que no te preocupes.

Sonrió y después suspiró.

— ¿Ya hablaron?

— No. Se suponía que me recogería en el aeropuerto, pero no fue.

Hizo una mueca.

— Él no nos ha dicho nada, pero yo lo he notado serio.

— No es para menos, la noticia salió en todos lados y me hacen quedar como una... puta.

— Cuando eso pasó, Rocco vino a verme y aunque la verdad, al principio

estaba como enojada contigo— se alzó en hombros—, Rocco me dijo que no debo creer lo que dicen los medios. Que ellos pueden distorsionar la realidad.  
— Así es y Sebas lo sabe, pero... supongo que, si hubiera sido al revés, yo habría reaccionado mal.

— Sebas es muy tranquilo, así que seguro van a poder hablar.

— Eso espero y si no, de todos modos, le diré lo de Rocco. Los temas referentes a ustedes, siempre son importantes. Sin importar que estemos enojados.

Suspiró.

— Gracias por escucharme, ma’.

— Sabes que puedes hablar conmigo siempre y de todo—sonrió—. Aunque a veces seas demasiado detallista.

Rio.

— Si supiera que eres una mamá que se asusta por escuchar la palabra: sexo. No te contaría al respecto.

— No me asusta, pero digamos que es extraño darte cuenta que tu pequeña, ya no es tan pequeña— sonrió—, pero gracias por la confianza.

— Te la has ganado.

— Ahora, hay algo que quiero saber.

— ¿Qué?

— ¿Te cuidas cuando tienes ... relaciones?

— Claro— sonrió—. Tampoco te hagas un mar de ideas pensando que tengo sexo a diestra y siniestra con quien sea— menos mal—. Solo he estado con... un par de personas y siempre me he cuidado.

Sonreí y acaricié su mejilla.

— Si en algún momento, por la razón que sea necesitas ir al ginecólogo o algo, quiero que me lo digas.

— Tenlo por seguro.

La abracé.

— Estaré abajo ayudando a Emiliano con la tarea. Cuando llegue Sebas te llamo para cenar.

Asentí.

— Gracias.

Me puse de pie.

— Deséame suerte.

Sonrió.

— Te quiero, ma ‘.

— Yo a ti, cariño— dije al salir de ahí.

Obviamente me sentía orgullosa de que Nicky me tuviera tanta confianza como para contarme todo aquello. Sin embargo, eso no quitaba que mi juventud se me viniera a la mente.

Ojalá Rocco no fuera un imbécil igual que Mauro, mi primer gran y estúpido amor.

## Sebastian

Cuando llegué a casa Dinna y Emiliano hacían tarea en la estancia.

— ¡Papi! — dijo Emiliano al ponerse de pie y abrazarme.

— ¿Cómo estás, campeón? — pregunté al ponerme a su altura.

— Bien. Mi mamá me está explicando sobre la revolución.

— Qué bueno — miré a Dinna —. Hola.

— Hola — fingió sonreír — ¿Cómo te fue?

— Bien — aclaré mi voz —. Voy a cambiarme.

— Sí, no tardes. Le diré a Yolanda que comience a servir.

— Gracias.

Subí a la habitación y me puse ropa deportiva. Todo el día había estado pensando en lo sucedido. En qué le diría a Dinna. Realmente aún no sabía qué era lo que me molestaba más, si el beso, el que fuera ese imbécil o el que todo mundo se enterara. En verdad que fue sumamente incómodo caminar por los pasillos de la agencia mientras era observado discreta e indiscretamente. Todo mundo sabía quién era mi esposa y ahora, todo mundo sabía sobre ese imbécil, al que de haber tenido cerca le habría roto la cara. Pero no toda la culpa era de él, no. Si Dinna, en primer lugar, no lo hubiera buscado para trabajar con él, no tendrían por qué haberse visto. Y lo más importante, si ella no le hubiera dado paso, el beso ni nada de lo que hubiera pasado, habría ocurrido.

Cuando salí de la habitación Nicole salía de la suya.

— Hola — dijo al darme un beso en la mejilla — ¿Cómo estás?

— Bien, ¿Y tú? ¿Qué tal la escuela?

— Bien, tengo un proyecto sobre la electricidad para la próxima semana — se alzó en hombros — ¿Y tú? ¿Qué tal el trabajo?

— Bien. Mucho y cansado.

— Es que trabajas mucho — dijo al abrazarme.

Bajamos y caminamos hacia el comedor. Dinna y Emiliano ya estaban sentados. Cuando Nicky tomó asiento yo me senté frente a ella, pues quería evitar la mirada de Dinna mientras cenábamos.

Emiliano nos contó sobre el colegio y Nicole se limitó a reír en repetidas

ocasiones. A ratos mi mirada y la de Dinna se encontraban, pero yo me limitaba a pasar de largo.

Cuando terminamos de cenar los niños se fueron a sus habitaciones, pues Emiliano tenía permiso de jugar videojuego una hora.

— ¿Qué haces? — preguntó Dinna cuando entró.

— Voy a nadar un rato.

Cerró la puerta.

— ¿Podemos hablar?

— ¿Sobre qué?

— Sabes bien sobre qué.

Asentí.

— De acuerdo.

Hizo una mueca y se sentó en la orilla de la cama.

— Entre Johan y yo no hay nada.

— Ok.

Hizo una mueca.

— Hablo en serio, Sebas.

— Sí. Ya te dije que sí.

Negó.

— No pasó nada entre nosotros— la miré—, más allá de un beso.

Tragué saliva.

— De acuerdo.

— ¡Por favor, Sebas!

— ¿Qué, Dinna? ¿Qué quieres?

— Que me digas algo.

— ¿Qué quieres que te diga?

— Que me crees.

— Te creo.

Negó.

— Que me crees en verdad.

Suspiré.

— Si me dices que no pasó nada entre ustedes, te creo. Si me dices que solo se besaron, te creo— negué—, pero eso no quita que esté molesto. Eso no quita que me sienta como un imbécil cuando camino por los pasillos de la agencia y todos murmuran — bajó la mirada—. Eso no quita el hecho de que tenía razón sobre que ese imbécil sigue detrás de ti— me miró—. Eso no quita

el que no sé qué voy a decirle a nuestro hijo cuando se entere y pregunte— miró sus manos—. No sé qué decirle sobre el hecho de que su gran ídolo y su madre salgan besándose en un par de fotos.

Las lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas.

— Fue una estupidez, solo eso.

— Sí, Dinna. Lo sé, fue una estupidez que tal vez para ti no tiene importancia, pero para mí sí.

Negó.

— Perdóname.

— Es que... — suspiré—. No tengo nada que perdonarte si dices que no hiciste nada.

Suspiró.

— Le pediré a Johan que deje su empleo.

— ¿Y eso en qué va a ayudar? ¿Cómo va a solucionar esto?

— ¡No lo sé! Solo... — suspiró nuevamente—. Solo quiero que estemos bien.

Que me perdones.

— No sé si vamos a estar bien, pero supongo que vamos a intentarlo.

Se puso de pie y me abrazó.

— Te amo, amor— hizo que la mirara—. En verdad te amo.

— Yo también te amo, Dinna— me aparté un poco—, pero eso no significa que no quiera mandar todo al carajo en este momento.

— ¿Lo harías?

Suspiré.

— No lo sé. Hoy me levanté convencido de hacerlo— tragó saliva demasiado fuerte como para haberla escuchado—. Después de cenar con los niños ya no estoy tan convencido. Los quiero demasiado. Disfruto y amo tanto a nuestra familia, pero... estoy molesto y, sobre todo, estoy decepcionado.

— Lo siento.

— Deja de discúlpate, solo... — me alcé en hombros—. Deja que pasen los días y veremos qué hacer— dije al entrar al baño.

La escuché seguirme.

— Nicky me pidió que, si Rocco viene a buscarla, le digamos que se vaya.

La miré.

— ¿Por qué? ¿Qué sucedió?

Negó.

— Lo encontró besándose con su ex novia...

Reí.

— Qué novedad— me miró molesta—. Yo me encargo de que se vaya.

— No vayas a...

— ¿A qué? ¿A pegarle? — pregunté molesto—. Por favor, Dinna, ¿quién carajos me crees?

— Yo solo lo decía porque estás enojado y...

— No estoy enojado con él, tal vez debería, pero no— hizo una mueca—.

Además, a la única persona a la que en verdad me gustaría romperle la cara está muy lejos y tampoco ganaría nada, ¿sabes por qué? — negó—. Porque quedaría como un imbécil— bajó la mirada—. Porque si tú no se lo hubieras permitido, nada de esto habría pasado.

Sin decir nada más salí de la habitación y caminé por el jardín hasta la piscina. Necesitaba nadar un rato para distraerme o morir ahogado. Lo que ocurriera primero.

## Nicole

Estaba acomodando la ropa que Yolanda recién me había lavado cuando escuché un auto estacionarse fuera de la casa. Era el auto de Rocco. Llevaba tres días viniendo a buscarme. Mismos tres días que mi madre lo había echado con éxito. La realidad es que no quería hablar con él. Nada de lo que me dijera iba a cambiar mi sentir.

Escuché a mi madre pedirle que se marchara, pero él aseguraba que no se iría hasta hablar conmigo.

Fue entonces que el auto de Sebas se detuvo delante del auto de Rocco.

« ¡Oh Dios!»

— ¿Pasa algo? — preguntó Sebas con ese tono sumamente varonil que tanto lo caracterizaba al bajar de su auto.

— Buenas noches, señor.

— Buenas noches, muchacho— se cruzó de brazos— ¿Puedo ayudarte en algo?

— Solo ... vine a buscar a Nicole.

— Ella no quiere hablar contigo.

— Quiero explicarle cómo fueron las cosas

— ¿No has pensado que tal vez no le interese saberlo?

— Sí, pero... — suspiró—. No voy a irme hasta no hablar con ella.

Sebas sonrió.

— Sí lo harás.

— Será mejor que te vayas, Rocco — le dijo mi madre—. Por favor.

— Lo siento, señora. Pero no me moveré de aquí.

— Lo harás— le dijo Sebas al acercarse—. No quiero tener que llamar a la policía y denunciarte por acoso.

— Puede llamarlos si quiere, pero no me iré.

«Demonios»

Sebas asintió.

— De acuerdo, nada de policías. Yo mismo te echaré de aquí a patadas— dijo

Sebas al quitarse el saco y remangarse la camisa.

— Sebas...

— Buenas suerte con eso, señor— dijo Rocco al pararse de manera desafiante frente a él.

En ese momento salí de la habitación corriendo y bajé de la misma manera.

— Esperen... — dije alzando la voz— ¡Esperen! — me miraron —. Voy a hablar con él.

—No tienes que hacerlo— dijo Sebas.

— Lo sé, pero...— miré a Rocco—. Voy a hacerlo.

Rocco asintió.

— ¿Estás segura? — preguntó Sebas—. Porque puedo hacer que se vaya.

— Lo sé— miré a Rocco—. Y estoy segura de que él también lo sabe.

Rocco se alzó en hombros.

— Vayamos adentro— le dijo mi madre a Sebas—. Dejemos que ella arregle esto.

Sebas en verdad era imponente.

— Llámame si necesitas que lo eche.

— Sí, pa'.

Rocco le sostuvo la mirada a mi padre hasta que este se metió a la casa.

Cuando la puerta se cerró me acerqué a Rocco.

— ¿Estás loco? ¿Cómo se te ocurre ponerte así con mi padre?

— Solo así te decidiste a salir.

Negué.

— ¿De qué quieres hablar? — pregunté al cruzarme de brazos.

— Entre Nevra y yo no hay nada.

— Ok... Gracias por el dato.

Suspiró.

— Estoy hablando en serio.

— Yo también. Te agradezco que me lo cuentes, pero no me interesa.

— Nicky, por favor— dijo al tomar mi mano—. Perdóname.

Me solté demostrándole mi desagrado ante la situación.

— No tengo nada que perdonarte, Rocco. No somos nada.

— No me digas eso.

— Es la verdad— me alcé en hombros—. Eres el hermano de mi amiga y nada más.

— ¿Solo el hermano de tu amiga?

— ¿Me equivoco?

Negó.

— Por favor...— tomó mi mano y de nuevo me solté—. Sé que me comporté como un idiota, pero te juro que no quería lastimarte.

Asentí.

— De acuerdo—miré mi reloj— ¿Es todo lo que querías decirme?

— Nicky...

— Rocco, hablo en serio. Si tienes algo más que decirme, dímelo rápido que tengo que terminar de arreglarme antes de que vengan por mí.

— ¿Quién va a venir por ti? ¿A dónde vas a ir?

— No es de tu incumbencia.

— Nicky, por favor...

— ¿Qué demonios esperas que diga? Ya te dije que está bien. Si dices que no tienes nada con Nevra está bien— me alcé en hombros—, pero igual estuvo de más que vinieras hasta acá a decírmelo porque no me interesa— miré mi reloj

—. Y ahora si no te molesta, tengo que apurarme. Ya casi vienen por mí.

— No seas infantil.

— ¿Infantil?

— Solo vas a salir con alguien para molestarme.

— El mundo no gira alrededor de ti, no seas ridículo. Y si no tienes nada más que decirme, me voy— dije al darme la vuelta.

— ¿Sabes qué? ¡Al carajo! — lo miré— ¡Yo no tengo porque estar soportando los juegos infantiles de una escuincla consentida como tú!

— ¡Ni yo a un tipo que no ha superado a su ex novia!

— Tal vez porque ella no era una niña ridícula con delirios de grandeza como tú.

Sus palabras me dolieron.

— ¡Vete al carajo!

— Espera— dijo al tomarme del brazo—, perdón. No quise...

Me solté y lo empujé.

— No quiero que vuelvas a buscarme— dije al señalarlo—. Porque te juro que disfrutaré mucho cuando mi papá te rompa la cara.

Sin más, entré a la casa y dejé que la puerta se azotara.

Sebas y mi madre me miraban.

— Estaré en mi habitación— dije antes de subir corriendo las escaleras hacia mi habitación.

Cuando cerré la puerta escuché que Rocco puso el auto en marcha y al asomarme por la ventana lo vi marcharse. Podía irse al carajo con su actitud

de niño grande.

## Dinna

La situación en casa era fatal. Odiaba ver a Nicky triste, a Sebas distante y a Emiliano enojado.

Días atrás sus compañeros del fútbol le hicieron burla diciéndole que Johan iba a ser su nuevo papá y le mostraron las fotos. Cuando yo fui por él al entrenamiento estaba enojado y al borde del llanto me dijo que me odiaba y que era la peor mamá del mundo. No tuve las agallas para siquiera abrir la boca e intentar defenderme y explicarle, solamente conduje a casa conteniendo las ganas de llorar. Ya ahí, Emiliano se encerró en su habitación y yo en la mía. Ambos lloramos.

Cuando Sebastián llegó me observó llorando y a pesar de su enojo pude ver la preocupación en su rostro cuando le conté lo sucedido.

Salió de la habitación para ir a hablar con él.

Escuché a Emiliano narrarle lo sucedido con los chicos del equipo y juro que me sentí la peor persona del mundo. Mis estupideces le estaban afectando a mi hijo, tal vez más que a mí. Sebas lo escuchó y lo consoló, incluso trató de hacer que se retractara cuando le dijo que ya no quería estar más en el equipo, pero al final, igual que siempre lo apoyó. Le aseguró que encontraríamos otro equipo en el cual pudiera jugar. Además, antes de marcharse de su habitación le dijo que no podía volver a hablarme de la manera en que lo hizo. Le dijo que ante todo yo era su madre y me debía respeto. Cuando Emiliano protestó, Sebas le hizo saber que nunca iba a permitir que me faltara al respeto y que lo que sucedía eran cosas de adultos en las que él no debía meterse. Algo que me dolió fue escucharlo asegurar que sin importar si estábamos juntos o no, seguíamos siendo sus padres.

¿En verdad se planteaba una separación?

Después, hizo que Emiliano me pidiera una disculpa, aunque sea a regañadientes. Obviamente le dije que no pasaba nada y que lo quería, pero cuando lo abracé noté su incomodidad. Cuando sebas entró a la habitación Emiliano le preguntó si podía marcharse ya. Sebas asintió y mi pequeño salió de ahí sin mirarme.

Los días siguientes pude notar que al igual que su padre, el enojo se le notaba hasta en la manera de caminar.

Por otro lado, los problemas con La Sagra iban en aumento. Varios jugadores presentaron una demanda por incumplimiento de contrato, mismos que eran totalmente irreales e iban a costarnos muchísimo dinero. Era una burla que Jonathan pudiera haberlos firmado con el tipo de cláusulas que contenían. Con Johan había hablado un par de veces, pero solo de temas laborales. La verdad es que por mi mente pasaba una y otra vez aquella idea de pedirle que renunciara.

Una de tantas noches estaba en cama leyendo pues Sebastian no había regresado aún. Me sentía realmente triste, había arruinado las cosas de una manera sumamente estúpida y mi familia tendía de un hilo. A penas si podía con el orgullo y la indiferencia de Sebastian. Y es que, aunque realmente no peleábamos ni nada por el estilo, el que pasara de mí me dolía mucho más. Poco antes de la media noche Sebas volvió a casa.

— Ya vine— dijo al darme un beso en la mejilla.

Realmenteapestaba a alcohol.

— Es casi media noche.

— Lo sé— dijo al sacarse los zapatos.

La cartera y el móvil los dejó sobre su buró.

— ¿En dónde estabas? — pregunté con una mueca en el rostro.

— Fui por unos tragos.

Arrastraba las palabras.

— ¿Con quién?

— Con Cesar y los demás— dijo al caminar hacia el baño.

Nunca antes Sebastian había vuelto tomado y menos, se había marchado a ningún lugar sin avisarme.

Estaba por volver a mi lectura cuando su móvil vibró un par de veces. Casi por instinto me acerqué y vi el nombre de Alena sobre la pantalla.

Dejó de sonar y un par de segundos después recibió un mensaje.

Alena: Dejaste tu bufanda en el sofá. Ahora voy a tener que ir a dejártela y me vas a tener que invitar a comer.

Tomé el teléfono entre mis manos y culpando a mi curiosidad lo desbloqueé y comencé a leer mensajes de ese día más temprano.

Alena: ¿Ya vienes? Quiero saber en qué momento pondré a calentar la cena.

< Estoy saliendo y estoy hambriento.>

Alena: Qué suerte que cociné mucho y que Cesar no vendrá.

< ¿Qué llevo? ¿Vino o cerveza? >

Alena: Whisky.

< El whisky no queda con pasta. >

Alena: Para la pasta tengo vino. Trae lo que quieras. Lo que te haga bailar.

< Ja, ja... Yo no bailo. >

Alena: Eso lo veremos más tarde, así que trae whisky o no entras.

— Oye...— dijo Sebas al salir del baño— ¿Qué haces?

Lo miré.

— Mejor dime tú qué haces.

— ¿Estás revisando mi teléfono? — preguntó al acercarse.

— ¿Quién es Alena?

— Dame mi móvil.

— ¿Quién es Alena? — pregunté al ponerme de pie.

Negó.

— Es una agente. Dame mi móvil.

— ¿Una agente?

— Dinna, dame mi teléfono por favor.

— ¡Dijiste que estabas con Cesar!

— ¡Dame mi móvil con un carajo!

Sin más, se lo aventé con todas mis fuerzas. Logró agacharse y el móvil terminó estrellándose contra la pared a su espalda.

— ¡¿Qué te pasa?! ¡¿Estás loca?!>

— Eres un maldito. Me has hecho sentir mal toda la jodida semana mientras tú te la pasas de lo lindo con esa tipa.

— No voy a pelear contigo— dijo al darme la espalda.

Molesta le aventé una caja de pastillas que tenía sobre mi buró, la cual le pegó en la espalda.

— ¡¿Qué demonios te pasa?! — gritó al voltear—. Deja de comportarte como una loca.

— ¿Es venganza? — pregunté al acercarme— ¿Eso es?

— ¿De qué demonios hablas?

— ¿Te estás vengando por lo que pasó con Johan?

Me miró confundido.

— No lo sé, tú dime— dijo al tomarme del brazo con fuerza— ¿Qué fue lo que pasó? —nunca antes lo había visto tan molesto— ¿Eh?

Me solté.

— Tal vez es mejor que no lo sepas.

Podía ver la furia en su mirada y me asustó un poco. Sin embargo, me dio la espalda y caminó hacia el armario. De la nada comenzó a vestirse con ropa deportiva.

— ¿Qué haces?

— No quiero seguir discutiendo.

— ¿Te vas a ir? — pregunté molesta— ¿Con ella?

Río.

— Ay, Dinna...

— Entonces llévate todo— dije al prácticamente aventarlo y comenzar a sacar su ropa—. No quiero que dejes nada— le aventé un par de camisas a la cara—. Toma todo y lárgate.

— Sí, sí me voy— dijo al arrancarme una chamarra de las manos—. Después vengo por mis cosas.

Sin más, se puso un par de tenis y salió de ahí dejando la puerta azotarse.

— ¿Qué sucede, Sebas? — escuché a Nicole preguntar fuera de la habitación.

No escuché que le respondiera y fue entonces que Nicky entró y miró a su alrededor sorprendida.

— ¿Qué sucedió?

— Déjame sola, Nicky.

— Pero...

— ¡Por favor! ¡Déjame sola!

Sin decir más la escuché cerrar la puerta.

De acuerdo, ella no tenía la culpa de nada, pero no quería tener que dar explicaciones. Solo quería... romper a llorar.

## Nicole

Cuando escuché que algo pegó en la pared me asusté. Aunque escuchaba música los gritos comenzaron a notarse. Mi madre y Sebas discutían en serio. Salí de la habitación y noté que Emiliano había hecho lo mismo.

— Vuelve adentro— le dije.

— Pero...

Negué, lo tomé de la mano y entramos a su habitación.

— Voy a ver qué sucede, pero quédate aquí.

— Están peleando.

— Las parejas a veces pelean.

— Pero ellos nunca peleaban.

— No, pero a veces pasa.

Hizo una mueca. Estaba asustado.

— Es porque mi mamá se besó con Johan, ¿no?

Suspiré.

— No lo sé.

En su rostro había cierta... decepción.

— Este Ángel dice que cuando los papás pelean es porque se van a divorciar.

— Todas las parejas pelean a veces, pero eso no quiere decir que se van a separar— acaricié su cabello—. No pienses en eso, mejor ponte a jugar videojuegos y yo iré a ver qué sucede.

Asintió no totalmente convencido.

— Cuando sea más grande le pegaré a Rocco por hacerte llorar.

Aquel comentario me hizo sonreír.

— Gracias.

Le di un beso en la mejilla, salí de su habitación y cerré le puerta. Entonces vi a Sebas salir molesto y con ropa deportiva.

— ¿Qué sucede, Sebas?

Negó.

— Ahorita no, pequeña— dijo con un tono de voz demasiado bajo que apenas pude escucharlo.

Después bajó las escaleras.

—¿Qué sucedió? — pregunté a mi mamá al ver el desorden en su habitación.

— Déjame sola, Nicky.

— Pero...

— ¡Por favor! ¡Déjame sola! — gritó al borde del llanto.

Asentí y sin decir nada más cerré la puerta.

Después la escuché llorar.

Estuve a nada de meterme a mi habitación, pero sabía que Emiliano quería saber qué sucedía al respecto.

— ¿Qué pasó? — preguntó— ¿Por qué se fue mi papá? Lo vi por la ventana.

Suspiré.

— Porque están molestos.

— ¿A dónde fue?

— No lo sé.

Hizo una mueca.

— ¿Se van a separar?

— No lo sé, pero... pasé lo que pasé, siempre puedes contar conmigo, ¿de acuerdo?

— ¿Somos un equipo?

— Somos un equipo— dije al acariciar su mejilla— ¿Quieres que te prepare un sándwich para cenar?

— ¿Y si mejor comemos un emparedado de *nutella* con leche?

Sonreí.

— Bueno, pero va a ser nuestro secreto, ¿ok?

— Ok.

— No tardo, sigue jugando.

Salí de su habitación y bajé a la cocina a preparar lo que cenaríamos, pues sabía bien que mi mamá no saldría de su habitación hasta el día siguiente.

## Sebastian

Salí lo bastante molesto de casa que lo primero que se me ocurrió fue ir a casa de Cesar. Sin embargo, él ahora tenía una familia y yo no podía importunar así nada más y solo para contarle sobre mis problemas.

— ¿Qué haces aquí? — preguntó Regina al abrir la puerta.

— Peleé con Dinna, ¿puedo pasar?

— Claro.

— Gracias— dije al pasar a su lado.

— ¿Estás tomado?

— Un poco.

— ¿Así condujiste?

— No estoy mareado ni mucho menos, pero soy consciente de que apesto a alcohol.

Negó.

— ¿Quieres un café?

— Por favor.

La vi caminar hacia la cocina para después volver con dos tazas de café recién preparado.

— ¿Qué sucedió?

Me senté en el sofá.

— Llegué un poco tomado y...

—Le reclamaste por lo de Johan.

— ¡No! — negué—. Me metí al baño y cuando salí estaba revisando mi móvil.

Encontró unos mensajes de Alena, comenzó a gritar y...

— Espera— parecía no comprender lo sucedido—, ¿de qué mensajes hablas?

Suspiré.

— Hoy fue el último día de Alena, así que me invitó a cenar a su casa. Bueno, invitó a varios, pero solo fui yo. Cesar quería llegar temprano a casa porque tuvo un caso y ya sabes cómo es eso.

— Supe que estuvo complicado.

Asentí.

— No había llegado a casa el día anterior, por eso rechazó la invitación. Yo sí fui, llevé whisky, pero además bebimos vino durante la cena...

— Solo a ti se te ocurre— dijo molesta.

— Como sea. Dinna se puso cómo loca a gritarme y a preguntar quién era Alena— negué—. Cuando llegué le dije que estaba con Cesar, pero se dio cuenta que no era así por los mensajes.

— ¿Qué demonios te traes con Alena?

— ¡Nada! — dije casi ofendido—. Por Dios, Regina. Pareciera que no me conoces.

— ¿Entonces por qué no le dijiste la verdad?

— Porque prácticamente no hablamos— negó—. Se puso como loca a gritar y a aventarme cosas, entre ellas mi móvil— suspiré—. Después me preguntó si era venganza por lo que pasó con Johan, me molesté y le pregunté qué había pasado— pasé mis manos por mi cabeza—. Dijo que era mejor que no me enterara— hizo una mueca—. Así que solo me vestí y me salí de ahí. Era eso o decirle un montón de cosas de las que después podía arrepentirme.

— Ay, hermanito... — acarició mi mano—. Cuando yo hablé con ella, me aseguró que nada pasó con Johan. Además del beso, claro.

— Por favor, ¿qué esperabas? ¿Que te dijera que había se había costado con Johan siendo mi hermana?

— ¿En verdad crees que se acostó con él?

— ¡No lo sé! — negué—. Ya no sé qué creer. Un día asegura que no pasó nada y al otro me planta la duda. ¿Qué se supone que piense?

Hizo una mueca.

— Estaba molesta y celosa, a lo mejor solo quería hacer que tú te sintieras igual.

— Por favor, me he sentido así desde que supe que volvería a trabajar con ese imbécil.

Negó.

— Tú nunca has sido un tipo inseguro. Un poco celoso sí, pero inseguro...

Suspiré.

— Estoy a un par de años de cumplir sesenta.

— ¿Y qué? ¡Por Dios, Sebas! Luces como de cuarenta.

— Pero no los tengo y... — negué—. Ese imbécil no sé qué edad tiene, pero es menor que Dinna. Todo mundo habla de lo guapo y encantador que es— dije fingiendo voz de mujer— ¡Menudo marica!

Regina rio.

— Pues no puedo negar que está muy guapo, pero vamos... Dinna te ama.

— Y aun así... — negué—. No sé si puedo perdonarla.

— Fue un beso.

— No se trata solo del beso. Eso también me dolió— hizo una mueca—, pero lo que en verdad me hizo mierda es que todo mundo supiera.

Asintió.

— Te entiendo, debe ser fatal.

— Lo es. Desde que se publicaron las fotos todo mundo me mira y cuchichea cuando paso ¡No lo soporto!

— ¿Entonces? ¿Qué vas a hacer?

— No lo sé...— me llevé las manos a la cabeza—. En verdad me gustaría poder estar bien con ella, pero no puedo. Y tampoco quiero dejarla.

—No quiero justificarla ni mucho menos, pero ahora que hablamos me di cuenta de que, los dos pasan por el mismo conflicto— la miré— ¿Leíste lo que dijeron de ella cuando llevaba el mismo vestido que la ex de Johan?

— Sí, claro. Un montón de estupideces.

— Pues para ella no fueron solo estupideces— aseguró—. Le afectó y mucho. No es fácil ser siempre una mujer preciosa a la que los medios halagan por su belleza y que después te digan vieja y toda la sarta de tonterías que dijeron.

— Ella es preciosa hoy y siempre.

— ¿Y se lo has dicho?

— Claro que se lo he dicho.

— ¿Se lo dijiste ahora que pasó todo eso?

«¡Demonios!»

— No.

— Pues Johan sí. Y vamos, el tipo no es estúpido—hice una mueca—. Los dos sabemos bien que siempre ha estado encima de Dinna— la miré—. No hablaba literalmente— rodé la mirada—. Ok, olvida eso— negué—. A lo que me refería es que obviamente vio la oportunidad y la aprovechó, pero a Dinna no le interesa. Escogió a Nick antes que a él y después te escogió a ti.

Suspiré.

— Sabes bien lo difícil que fue llegar a hacer algo con ella. El fantasma de Nick me atormentó por mucho tiempo—negué—¿Sabes qué hubiera hecho él si hubiera visto esas fotos?

— Sí, probablemente ya habrían encontrado el cuerpo de Johan en un río o algo por el estilo.

— O tal vez ni siquiera se habría atrevido a acercársele. Pero conmigo... — negué—. El imbécil seguro me cree un idiota que no puede partirle la cara, pero lo haría sin problema.

— Eso lo sabemos todos, pero también sabemos que no eres así— tomó mi mano—. No eres Nicholas. Ni Dinna y muchos menos Nicole, necesitan que lo seas— hice una mueca—. Tú no eres un matón.

— Me siento como un imbécil. En verdad la quiero, pero... me duele.

— Pues díselo. Hazle saber que te lastimó— la miré— ¿Se lo has dicho?

— No precisamente, solo le dije que estaba molesto y ... ya.

Suspiró.

— Dense unos días y cuando estén más tranquilos hablen. Dile todo lo que me has dicho y deja de sentirte menos a lado de Johan o de Nick.

— No quiero ser el imbécil que fui después de lo que pasó con Susana y Dalia.

— No lo seas. Sé ese tipo encantador que eres, pero no reprimas tus sentimientos. Hazle saber todo esto— asentí—. Y descuida, que cuando les llame a Robert y Miranda seguro la ponen derechita también.

Reí.

— Te quiero mucho, tonta.

— Yo a ti— dijo al darme un beso en la mejilla—. Llama a mis padres.

Cuéntale a papá, seguro que él tendrá un buen consejo para ti.

— No lo sé, Johan es su ídolo.

Sonrió.

— En serio, deberías llamarlo.

Asentí.

— Prometo que mañana lo haré.

— De acuerdo— dijo al ponerse de pie—. Ya sabes dónde está el cuarto de visitas y todo lo demás.

— Gracias.

— Descansa y date un baño en la mañana porque en verdad apestas a alcohol

— dijo al darme un beso en la mejilla.

Sin más la vi entrar a su habitación.

## Nicole

Estaba terminando de arreglarme cuando mi mamá llamó a la puerta.

—¿Vas a salir?

— Sí. Te dije anteayer de la fiesta en casa de Dinora.

Se llevó una mano a la frente.

—Cierto —suspiró—. Tengo tantas cosas en la cabeza que lo había olvidado por completo.

Las ojeras debajo de sus ojos lucían extravagantes.

—No te preocupes —hice una mueca—¿Quieres que me quede?

—¿Qué? ¡No! Solo te preguntaba porque hace rato vine y supuse te estabas bañando.

—No quería que se me hiciera tarde.

—¿Va a venir alguien por ti?

—Sí. Martín con Mariana.

—¿Y para el regreso?

—Yo creo que también, si no pues tomaré un taxi.

—Nada de taxis, me llamas y voy por ti. De por si las cosas con Sebastián no están nada bien, si se entera que te dejé venir en taxi me va a asesinar.

Sonreí.

— Te llamo cuando salga de ahí. Lo prometo.

— No te vayas muy guapa, recuerda que no va Rocco—dijo al salir de mi habitación.

Sonreí y cerró la puerta.

Rocco había parado de llamar y buscarme. Aunque yo le había pedido que lo hiciera, una parte de mí quería que me siguiera buscando. Que me mostrara interés.

Martín y Mariana llegaron a buena hora por mí. Durante el camino estuvimos platicando sobre lo complicado de los proyectos que nos estaban dejando, pues eran los últimos y de ellos dependía gran parte de nuestra calificación. También hablamos sobre las opciones que teníamos en cuanto a la universidad. Cuando llegamos a la casa de Dinora vimos que aquella pequeña fiesta, en

realidad no era tan pequeña como había prometido. Había un mar de gente dentro y fuera de la casa. Además, apestaba a cigarro, alcohol y tal vez hierba. Cruzamos la puerta buscando y preguntando por Dinora, pero al parecer más de la mitad de los que estaban ahí no conocían a la anfitriona.

— ¿Qué van a querer tomar? —preguntó Martin—. Aquí a un par de calles hay una vinatería.

— Cerveza— dije —. Y solo un par.

— Pues cerveza entonces — dijo Mariana.

Martin asintió.

— No tardo entonces — dijo — ¿Quieren algo más?

— Pues no. Cuando llegue Edna que vaya con Donald.

— ¿Va a venir con Donald? —pregunté.

— Sí. Es una de las ventajas de que no sigas saliendo con Rocco.

— Una de tantas — aseguré.

Martin le dijo algo al oído y después de marchó.

— ¿Ta ha llamado? — me preguntó Mariana.

— No.

Hizo una mueca y estoy segura que iba a decir algo más, pero guardó silencio.

— Mira, ahí está Alonso. Viene con la chica esa con la que sale.

Miré en la misma dirección que ella.

— Al parecer me gustan puros idiotas.

Rio.

— ¿Con él has hablado?

— No, tampoco. Ha querido que hablemos, pero lo he evitado.

— ¿Por qué?

— No lo sé, supongo que... no creo que sea necesario hablar.

En ese momento vimos a Edna cruzar de la mano de Donald. Se le veía súper contenta. La verdad es que Donald era muy guapo, aunque si se notaba bastante la diferencia de edad entre ambos.

## Rocco

Odiaba los fines de semana que caían en quincena. El bar era un total desastre. Un mar de gente entraba y salía del local, aunque no podía quejarme de las muy buenas propinas que me llevaba. Sin embargo, el trabajo era desgastante.

— ¿A dónde te vas a ir de fiesta? — preguntó Evelin cuando por casualidad nos encontramos en la bodega.

— A ningún lado. Voy a dormir de aquí al lunes.

Rio.

— ¿Solo o acompañado?

— Solo. A menos que me hagas una muy buena propuesta.

Sonrió y pude notar lo sonrojada que estaba.

Evelin y yo asistimos al mismo colegio durante la secundaria. La realidad es que siempre fue una niña muy bonita y tierna, pero decía mi madre que a mí me gustaban bien locas y vulgares. Por eso nuestra relación fue efímera.

Evelin estaba por terminar su carrera. De hecho, había sido ella quien después de encontrarlos, atendió a los perritos que rescaté. Mi madre había mencionado que ella no solo lo había hecho por el amor que les tenía a los animales o porque fuera veterinaria. Más bien, decía que era solo un pretexto para poder estar cerca de mí.

Era poco después de la una de la mañana cuando mi móvil comenzó a sonar.

Era Edna.

Dudé bastante en contestarle, pero al final atendí.

— ¿Si?

— ¿Rocco?

— ¿Qué pasó? Estoy trabajando.

— Es sobre Nicky...— sonaba preocupada—. La llevaron a un hospital.

— ¿Por qué? ¿Qué sucedió?

— No lo sé.

— ¿Cómo qué no lo sabes? ¿No estabas con ella?

— No. Me llamó Dinora para decirme que ...

— ¿En dónde estabas tú?

La escuché tragar saliva.

— ¿Vas a venir o no?

— ¿En dónde estás?

— Voy para el hospital.

— Mándame la dirección, voy para allá.

Apenas colgué salí de ahí con prisa.

— Tengo que irme — le dije al dueño del lugar.

— Es la una de la mañana.

— Una ambulancia acaba de llevar a mi chica al hospital. No sé qué pasó.

Hizo una mueca.

— Yo lo cubro— dijo Evelin a mi espalda.

Juan Carlos hizo una mueca y suspiró.

— Anda, vete ya.

Asentí y prácticamente corrí hacia los vestidores mientras me quitaba la camisa del uniforme. Después tomé mi chamarra y salí de ahí casi corriendo mientras revisaba la dirección en el móvil.

Después le agradecería a Evelin.

Cuando llegué al hospital Edna hablaba por teléfono.

— De acuerdo— dijo al colgar.

—¿Qué sucedió?

— No lo sé. Estábamos en la fiesta, después... yo me fui. Me llamó Dinora para decirme que Nicole estaba inconsciente y que se la había llevado una ambulancia.

— ¿Dónde carajos estabas tú?

Hizo una mueca.

— Fui con Donald a otro lado.

Negué.

— De eso vamos a hablar después — dije al señalarla— ¿Le hablaste a su mamá?

— Sí, ya no debe tardar. Mi mamá dijo que en cuanto supiera algo, vendría a decirnos.

Asentí.

Su móvil comenzó a sonar y se alejó un poco. Casi inmediatamente Dinna llegó bastante apurada.

— ¿Qué sucedió? — preguntó apenas se acercó a mí.

— No lo sé— dije—. Voy llegando también.

Caminó hacia el área de recepción y yo la seguí. Estaba vacía.

Cuando Edna terminó de hablar se acercó a nosotros.

— ¿Qué sucedió? — le preguntó Dinna.

— No lo sé. Dinora me llamó para decirme que estaba inconsciente y que se la iba a llevar una ambulancia.

— ¿No estaban juntas?

— No...

Negó.

—¿Ya les dijo algún médico algo?

— No— dije —. Mi mamá es enfermera aquí, dijo que en cuando supiera algo nos informaría.

Asintió, pero se le veía muy estresada.

No pasó mucho tiempo cuando su padre cruzó la entrada principal.

— ¿Qué fue lo que sucedió? — preguntó angustiado.

— No lo sabemos — dijo la madre de Nicole.

Me miró.

— ¿Estabas con ella? ¿Qué le hiciste? — preguntó al casi tomarme por el cuello.

— Él ni siquiera estaba con ella — dijo la madre de Nicole al separarnos—.

Vino a penas se enteró.

Negó.

— ¿En dónde estaba?

— Fue a una fiesta.

— ¿Y luego?

— ¡No lo sé!

Escuchamos las pisadas de alguien que se acercaba y dirigimos la mirada en esa dirección. Era mi madre.

— ¿Cómo está? — pregunté sumamente preocupado.

— Somos sus padres — dijo su madre cuando nos acercamos a ella.

— Está mejor. Le hicieron un lavado de estómago y le han administrado carbón activado.

— ¿Qué fue lo que sucedió?

Antes de que mi madre pudiera decir algo el médico se acercó a nosotros.

— ¿Familiares de la señorita Nicole Wesner?

— Aquí — dijimos casi a coro.

Asintió.

— Acabamos de realizarle un lavado de estómago y le administramos carbón activado. Está estable, pero la tendremos en observación para revisar sus funciones cardiorrespiratorias.

— ¿Qué fue lo que sucedió? — preguntó su padre.

— Antes de llegar a eso, quisiera hacerles algunas preguntas.

— Hágalas — dijo Sebastián.

El médico aclaró su voz.

— Su hija, ¿consume drogas?

— ¡No! — dijimos prácticamente a coro.

El médico asintió.

— Es lo que supuse — hizo su mueca —. Su hija tuvo una sobredosis.

— ¿Sobredosis? — preguntó su madre.

El médico asintió.

— Todo parece indicar que fue una sobredosis con Rohypnol — Sebastián negó

—. Además, solo venía en ropa interior.

— El Rohypnol es la droga de la violación — dijo Sebastián.

El médico asintió y su madre se llevó la mano a la boca.

— Intenta decirme que ...

— Le haremos un examen de agresión sexual para descartar o confirmar una violación.

— Oh, Dios ...

— Esperaremos a que despierte para hacerlo, pues debemos tener su consentimiento. Además, llamaremos a las autoridades— todo mundo había quedado en shock ante aquella noticia—. Con su permiso— dijo antes de retirarse.

— Llamaré a Regina — dijo su padre al alejarse.

¿Violación? ¿En serio?

¿Cómo podrías alguien hacer algo así? En verdad se necesitaba ser un completo bastardo para recurrir a tal acción. Nicole era una niña preciosa que no se merecía nada de lo que estaba pasando.

— ¿Estás bien? — preguntó Edna al acercarse.

La miré.

— ¡No! ¿Escuchaste lo que dijo el médico? — grité—. Nicole pudo haber sido abusada. ¡Claro que no estoy bien!

Su padre me miró.

— Debes calmarte.

—¿Dónde demonios estabas? — le pregunté a Edna—. Se supone que estaban juntas.

Bajó la mirada.

—Debes calmarte—me dijo la madre de Nicole al acercarse—. Esto no es culpa de nadie.

—No debió haber estado sola en esa fiesta.

— Trata de calmarte —me dijo su padre al acercarse—. Ponerte así no ayuda en nada.

—Es que ... —negué—. No debió estar sola. Si yo hubiera estado con ella ...

— Todos nos sentimos culpables en este momento —dijo su padre—, pero de nadie es la culpa. Solo del imbécil que ... lo hizo.

Negué y fue entonces que Edna me abrazó.

Tenía tanta rabia.

Casi de inmediato me llamó Martin por teléfono y salí para atender y contarle lo sucedido.

## Nicole

Cuando abrí los ojos pensé que la cabeza iba a estallarme.  
¿En dónde estaba? ¿Qué había pasado?  
Tenía un desagradable sabor en mi boca y me dolía todo.  
—Ha despertado —dijo una enfermera—. Llamaré al médico.  
Sin esperar salió de ahí.  
¿Médico? ¿Estoy en un hospital!  
Me acomodé sobre la cama y vi el catéter en mi mano.  
—¿Cómo te sientes? —preguntó el médico que recién cruzaba la puerta.  
—¿Qué me pasó? ¿Por qué estoy aquí? ¿Llamaron a mis padres?  
—Debes calmarte —dijo al poner su mano sobre mi mano—¿Cómo te sientes? ¿Te duele la cabeza o algo?  
—Siento que mi cabeza va a estallar en cualquier momento.  
Asintió.  
—Te daremos algo para el dolor.  
En ese momento vi a mi tía Regina cruzar la puerta.  
—Buenas noches...—mostró su placa—, vengó a tomar su declaración.  
El médico asintió.  
¿Declaración? ¿Qué demonios?  
—Debe permanecer con ustedes una enfermera— dijo el médico—. Es en caso de una crisis.  
—Claro, no hay ningún problema.  
«¿Crisis?»  
—Llamaré a una enfermera. Por favor no empiece hasta que esté aquí.  
Mi tía asintió y el médico salió de ahí.  
—¿Qué sucedió? — le pregunté.  
Mi tía hizo una mueca.  
—¿Te sientes mejor?  
— Por favor, dime qué sucedió. Me están asustando.  
En ese momento fue la madre de Rocco quien entró.

— Buenas noches—dijo.

—Señora...

Mi tía nos miró.

—¿Se conocen?

—Sí, es la madre de ... una amiga.

Carlota asintió.

—Nicole, necesito que te mantengas lo más calmada posible — dijo mi tía —. Sé que lo que escucharás tal vez no sea fácil, pero ... —suspiró—. Tuviste una sobredosis por Rohypnol.

—¿Qué?

— Necesito saber si consumes alguna droga o ...

—¡Por supuesto que no!

Asintió.

— Al Rohypnol se le conoce como ...—tragó saliva— la droga de la violación — «¿Qué?» —. Es un ...

—¡No me acuerdo de nada! —grité con desesperación.

Inmediatamente comencé a llorar.

—Debes calmarte —dijo la madre de Rocco al prácticamente abrazarme —. Si te alteras te darán calmantes, pequeña.

—Es que ... no me acuerdo de nada—dije al mirarla—. De nada.

— Es uno de los efectos del Rohypnol —dijo mi tía.

—¿Me violaron? —le pregunté exigiendo una respuesta.

—No lo sabemos — dijo con una mueca de lástima en su rostro—. Te trajeron solo en ropa interior.

Nuevamente comencé a llorar.

¡No podía estar pasándome aquello!

— Cálmate, pequeña —dijo la madre de Rocco —. Debes calmarte.

— Los médicos te realizarán un examen para descartar o comprobar una agresión sexual —dijo mi tía —. Es importante que se haga cuanto antes, pero no la harán si no estás calmada y sin tu autorización.

—¿Mis papás lo saben?

Asintió.

—Están afuera.

¿Cómo podía estar pasándome algo así?

— Un médico vendrá para hacerte el examen— dijo la madre de Rocco—. Yo voy a asistirlo y estaré totalmente al pendiente tuyo. Tu tía va a estar esperando afuera.

— Sí fui abusada ... —me costó mucho trabajo tragar el nudo en mi garganta  
— ¿Qué sucederá?

Mi tía hizo una mueca.

—Sí el examen da positivo para agresión sexual, se te harán una serie de exámenes y se te darán medicamentos para tratar alguna infección de transmisión sexual que pudieran transmitirte—negué—. De igual forma, se te dará un anticonceptivo de emergencia pues... —suspiró—. Podrías quedar embarazada por ... la violación.

Negué.

—¿Cuándo sabré si fui violada?

—A penas terminemos el examen— dijo la madre de Rocco.

Negué.

— No recuerdo nada. Trato de hacerlo, pero no puedo.

— Debes relajarte — dijo la madre de Rocco—. A veces eso ayuda.

— Es que...

— Nicole, es importante que te hagas el examen para saber qué sucedió— dijo mi tía.

— Tal vez no quiera saber qué sucedió.

Negó.

— Debes hacerlo, pequeña— me dijo la madre de Rocco—. Es importante para tu salud física y mental— hizo una mueca—. Es importante para todos los que te rodean.

— Es que...

— Sé que te da miedo, pero... es lo mejor— tomó mi mano—. Te prometo que no te dejaré sola un solo momento.

Mi tía me miraba casi suplicante.

— De acuerdo ...—suspiré—. Creo que lo mejor es saberlo lo antes posible.

Mi tía asintió.

— Llamaré al médico —dijo la madre de Rocco al salir de ahí.

El rostro de mi tía estaba lleno de preocupación pura. No imaginaba el rostro de mis padres al saber lo que pudo haberme pasado.

—¿Recuerdas algo? Cualquier cosa.

Negué.

— Traté de hacerlo, pero es como ... un espacio en negro en mi cabeza.

—No te preocupes—tomó mi mano—. Todo va a salir bien.

No creí realmente en sus palabras.

Cuando el médico entró me explicó el proceso y qué esperaba encontrar o no. Estando recostada en ese frío sitio sentí como si el mundo estuviera por venirse encima mío.

¿Qué iba a pasar si resultaba que fui víctima de una violación? ¿Cómo se supone que seguiría mi vida? No solo se trataba del hecho de haber sido violada o de no recordar nada. También se trataba de la posibilidad de haber quedado embarazada o de poder ser portadora de una enfermedad de transmisión sexual con la que tendría que vivir de por vida. Se trataba de lo destrozados que estarían mis padres. De ... un trauma en vida.

— Muy bien— dijo el médico—. Vamos a comenzar.

## Dinna

Nunca antes me había sentido tan desesperada ni tan impotente como al saber sobre el posible abuso sexual por el que Nicole pudo haber pasado.

Recordaba momentos complicados en mi vida en donde la desesperanza me invadió, pero nada se comparaba. El sentimiento de aquella vez que fui secuestrada por los hombres de Abraham no se comparaba en nada a lo que sentía en ese momento.

¿Cómo pudo haber pasado? ¿Por qué? ¿Por qué a mi pequeña?

No éramos malas personas y ella menos que nadie merecía tal cosa. Era una buena niña, no se lo merecía. Nadie merecía pasar por algo así.

A mi mente llegó Nick.

¿Podría haber sido diferente si él hubiera estado con nosotras? Tal vez no, pero estaba segura de que él no habría reaccionado como Sebastián, quien intentaba mantener la cordura a pesar de la desesperación que su rostro reflejaba.

Si el examen de asalto sexual resultaba positivo no sabía qué iba a pasar. Iba derrumbarme. Estaba segura de eso.

No pude seguir conteniéndome al imaginar la vida de nuestra pequeña con algo así y rompí a llorar.

—No llores —dijo Sebas al abrazarme—. No llores

—Es que ... —negué—. Nicole no se merece esto.

—Ninguna mujer lo merece —hizo que lo mirara—, pero tenemos que estar bien. Si ... el examen da positivo, Nicole va a necesitarnos más que nunca.

Con mucho trabajo tragué el nudo en mi garganta.

— No sé si voy a poder.

— Lo harás, amor— dijo al abrazarme con fuerza.

Era increíble que entre sus brazos me sintiera totalmente protegida.

— Te juro que nada pasó con Johan — me miró confundido —. Te amo, Sebas.

Jamás haría nada tan estúpido como para perderte a ti o a nuestra familia.

Negó.

— Dinna...

— Yo sé que tal vez no me crees y que tampoco es el momento adecuado para hablarlo, pero te amo y te elegí a ti porque no hay nadie mejor — las lágrimas comenzaron a recorrer mis mejillas —. Eres un esposo increíble, un hombre excepcional —acaricié su mejilla —. Nicky y Emiliano no podrían tener un mejor padre— lo miré directamente a los ojos—. Te habría elegido a ti incluso por sobre Nick. No tengas duda de eso.

Jamás le había dicho algo así, pero era verdad. Mi vida y la vida Nicole no habría podido ser tan buena con Nick como con él.

Mi vida sin él, probablemente hubiera sido nada.

—Alena es solo una compañera—hizo que lo mirara—. Nunca haría nada con nadie, porque ninguna mujer es tú—pasó un mechón de cabello detrás de mi oído —. Me costó mucho trabajo lograr que estuviéramos juntos como para dejarte ir tan fácil.

Me recargué en su pecho.

— No quiero que vuelva a cruzar por tu mente el que puedes dejarme así nada más.

Me miró.

— Tú tampoco creas que puedes echarme así nada más.

Lo abracé nuevamente.

¿En verdad teníamos que pasar por algo tan malo como para darnos cuenta que nos amábamos?

Permanecí abrazada a él un buen rato. Necesitaba de su fortaleza y su cariño en ese momento más que nunca.

Regina, la madre de Rocco y el médico cruzaron la puerta exclusiva para el personal del hospital y caminaron hacia nosotros.

—¿Cómo está? — preguntó Sebas inmediatamente.

Rocco se acercó también. No se había marchado a casa y tampoco tenía intenciones de hacerlo.

— Ya se ha realizado el examen y dio negativo para un abuso.

Un suspiro colectivo se hizo presente.

— ¿Están seguros? —pregunté.

—Totalmente. No hay lesiones ni fluidos ajenos a ella.

— ¿Podemos verla? — pregunté.

— Aún no. Ella se encuentra bien, pero tiene una jaqueca terrible a causa del Rohypnol. Ya le hemos administrado algo para ello, pero necesita descansar—

asentí—. Les aconsejo que vayan a comer, darse un baño... descansar. Podrán verla mañana a la hora de la visita.

Miré a Sebastian y éste asintió.

— ¿Necesita quedarse alguien? — preguntó.

— No — dijo la madre de Rocco—. Yo estaré cubriendo el turno de la noche y me encargaré personalmente de que está cómoda y que esté bien. Es mejor que vayan a casa para que mañana, si se necesita algo, tengan energía.

Hice una mueca.

— Lo mejor es que descansen— dijo Regina—. Vayan a casa.

Sebas asintió.

— ¿A qué hora comienza la hora de la visita?

— A las once— respondió la madre de Rocco—. Yo me quedaré hasta que lleguen, no se preocupen.

— Gracias— le dijo Sebastian—. En verdad le agradezco.

— No lo haga. Nicole es una niña preciosa.

Sonreí.

— Estaremos aquí a las diez o antes— aseguré.

— Sin problema.

El médico asintió.

— Que pasen una buena noche, pueden quedarse tranquilos.

— Gracias.

Sin más, el médico se marchó.

— Tú también debes irte a casa — le dijo su madre a Rocco.

— Estoy bien.

— Rocco, trabajaste toda la tarde. Luces cansado.

— Me tomaré un café y con eso tendré.

Sebas se acercó a él.

— Debes descansar — le dijo—. Si Nicky te ve mañana así, se molestará.

Rocco suspiró.

—Ni siquiera estoy seguro de que quiera verme.

— Lo hará cuando sepa que no te moviste de aquí.

— Ve a casa— le dije—. Te prometo que mañana intercederé por ti.

Sonrió.

— Estaré aquí a la misma hora que ustedes.

Sebastian asintió.

— Gracias.

Rocco asintió y miró a su mamá.

— Por favor, cuídala mucho.

Su madre asintió.

— Como a una hija.

Rocco la abrazó.

— Gracias.

— Vuelve con cuidado, por favor.

— Te mando un mensaje cuando esté en casa, lo prometo.

La mujer asintió. Después, Rocco se marchó de ahí.

— Nos vamos entonces — le dijo Sebas a Carlota—. Cualquiera cosa, le agradecería que nos llamara.

— No tenga cuidado, yo estaré al pendiente.

— Gracias de nuevo.

Sin más, Sebastian tomó mi mano y junto con Regina salimos de ahí.

## Nicole

Cuando el médico me aseguró que el examen había salido negativo, juro que sentí que me regresó el alma al cuerpo. La verdad es que no sabía cómo hubiera reaccionado de haber sido abusada.

Después de darme algunas indicaciones para días posteriores se marchó de ahí, no sin antes hacerme saber que no recibiría ninguna visita hasta el día siguiente, pues me administraría medicamento para el terrible dolor de cabeza que tenía y dijo que lo mejor era que descansara.

No puedo decir que descansé, pero al menos pude dormir un poco más tranquila. Aunque debo admitir que intentaba recordar cualquier cosa. Sin embargo, el último recuerdo que tenía era el de Edna irse con Donald. Después todo era un espacio en blanco hasta que desperté en el hospital.

— Mi niña...— dijo mi madre al cruzar la puerta muy temprano al día siguiente.

Me abrazó con fuerza.

— Te quiero, mami.

Me miró.

— ¿Cómo te sientes?

— Como si me hubieran dado una paliza.

Negó.

— Nos diste un susto terrible.

— Me imagino. Lo siento mucho.

Acarició mi mejilla.

— Estás bien y eso es lo que importa.

Suspiré.

— Mi tía se veía preocupada, no me imagino a Sebas.

— Estaba casi tan angustiado como Rocco.

— ¿Rocco?

Asintió.

— Cuando nosotros llegamos él ya estaba aquí y no se movió hasta que prácticamente entre su mamá y nosotros lo obligamos— no pude evitar sonreír—.

Hoy también ya estaba aquí cuando llegamos.

— No pensé que... viniera.

— Es un gran chico— hice una mueca—. Y si a mí, cuyo beso lo vio medio planeta me han perdonado, seguro que a él también.

— ¿Hablaron Sebas y tú?

Asentí.

— Le hice saber que me arrepentía muchísimo por lo de Johan y él me dejó en claro que nada pasó con ... la tipa esa— sonrió—. Estaremos bien.

— Al menos esto sirvió para que arreglaran las cosas— suspiró—. Creo que ya no me siento tan idiota al final de cuentas.

— Cariño, no fue tu culpa.

— Es que...— negué—¿Cuántas veces hablamos al respecto? — pregunté con desesperación—. No debes dejar tu trago descuidado. No aceptes tragos destapados...

— Esas cosas pasan— aseguró al tomar mi mano—. Nos sirven para aprender. Estoy segura que la próxima vez que salgas, tendrás más cuidado.

— No estoy muy segura de que Sebas quiera dejarme salir de nuevo.

Sonrió.

— Tal vez si es con Rocco no se oponga.

Sonreí.

— Al parecer te agrada demasiado...

Sonrió.

— Vamos, hay situaciones que demuestran cuando a alguien le importas en serio — asentí—. A ese chico le encantas.

No pude evitar sonreír de nuevo.

— Entonces será mejor que me ayudes a lucir un poco mejor. No quiero que me vea así.

## Sebastian

Desde años atrás no había sido sometido a tanto estrés. Si bien, la situación con Dinna me estresaba, nada se comparaba con la impotencia que sentí al saber que mi pequeñita pudo haber sido víctima de un imbécil enfermo. Uno que debía agradecer el que Nicky no recordara nada, porque de lo contrario me encargaría primero de mantenerlo a salvo de Rocco para después hundirlo en la cárcel el resto de su vida. Y es que, aunque no me agradara del todo la diferencia de edad entre Nicole y Rocco, no podía negar que éste se preocupaba por ella. La noche anterior había insistido en quedarse y ese día había llegado al hospital antes que nosotros.

El pobre se veía angustiado.

— Con esa cara harás sentir mal a Nicky— le dije.

Me miró.

— ¿Cómo?

— Que no te angusties, ella está bien.

— Lo sé, es solo que...—negó—. Si yo no me hubiera comportado como un idiota la otra vez, seguro que la habría acompañado y nada de esto habría pasado.

— No es tu culpa, ni de nadie aquí— toqué sus hombros—. Así que quita esa cara o no te dejaré entrar a verla.

Sonrió.

— Ni siquiera sé si quiere verme.

— Por favor, muchacho— me crucé de brazos—. He arreglado las cosas con su madre, seguro que Nicky puede dejar pasar lo de tu ex — rio—. Pero eso sí, la vuelves a hacer llorar y te golpeo.

Asintió.

— Nunca fue mi intención hacerla sentir mal ni mucho menos, solo...

— Somos humanos. Nos equivocamos.

— Espero que ella piense eso.

— Te puso bastante atención cuando le dijiste que no debía juzgar a su madre

porque todos cometemos errores.

— Espero que aplique también aquí.

Sonreí.

— Gracias por estar aquí al pendiente y por ... el apoyo con su madre y el trato hacia Emiliano.

— Yo pasé por algo así. Me hubiera gustado que mi hermano mayor me mostrara ese apoyo.

— Tal vez tu carácter no sería el mismo.

— Tal vez solamente hubiera sido más fácil.

Asentí.

En ese momento vimos a Dinna caminar hacia nosotros.

— ¿Cómo está? — preguntó Rocco inmediatamente.

— Cansada, pero bien— asintió—. Ve y no te tardes— me dijo—. Para que le dé tiempo a Rocco de verla.

— No sé si quiera verme.

— Claro que quiere.

— ¿En serio?

— Ya me encargué de eso.

Sonrió.

— Gracias.

— Bueno, no tardo— dije al caminar hacia la habitación de mi pequeña.

Dinna y Rocco comenzaron a platicar.

Al cruzar la puerta Nicky me sonrió.

— Hola, Migo.

Sin más, la abracé.

— Mi pequeña hermosa...— besé su frente—, me tenías muy preocupado.

— Perdón, fui muy tonta.

— Para nada — acaricié su mejilla—. Esas cosas pasan y nos enseñan a ser más cuidadosos después.

— Eso suena a que sí me dejarás seguir saliendo a fiestas.

— No quisiera, pero leí que es ilegal encerrar a una chica en casa.

Rio y acarició mi mano.

— Me dijo mamá que ya están bien.

Asentí.

— Estaremos mejor— suspiró—. La verdad es que no es fácil estar con tu madre.

— Ni que lo digas, ella lo sabe también.

— Pero la amo y ella me ama a mí. Creo que eso es lo importante, ¿no?

Asentí.

— Te quiero, papá.

Sonreí.

— Yo a ti, mi niña.

Me abrazó con fuerza.

— Gracias por estar siempre a mi lado, por amar a mi mamá y haberme criado

— la miré—. No creo que pudiera tener mejor padre que tú.

La abracé con más fuerza.

Supongo que todo se resumía a ese bello momento.

## Rocco

Cuando el padre de Nicole volvió, lo hizo con una enorme sonrisa.

— Te toca— me dijo—, así que quita esa cara.

Sonreí.

— Gracias.

Sin más, caminé hacia la habitación que me indicaron. Mi madre había vuelto a casa cuando nosotros llegamos. Aunque decía que podía quedarse esa tarde para estar al pendiente de ella, le insistimos en que fuera a descansar pues bastante había ayudado la noche anterior. Cuando crucé la puerta nuestras miradas se cruzaron.

— Hola...— dije al cerrar la puerta.

— Hola.

— ¿Cómo te sientes?

— Como si hubiera tenido una sobredosis.

Sonreí.

— De acuerdo, fue una pregunta estúpida.

Sonrió y asintió.

— ¿Qué haces aquí? — la miré—. Te dije que no quería verte...

Negué.

— Lo siento...— dije al darle la espalda y caminar hacia la puerta.

— ¿Qué haces? — la miré—¿Por qué te vas?

—Pues me dijiste que ...

Negó.

— Perdón, no era la intención — suspiró—. Me refería a que, si alguien me dice que no quiere verme, no voy al hospital a verla. Y menos me quedo ahí toda la noche.

Sonreí y me acerqué.

— Lo haces si te importa— dije al tomar su mano.

— ¿Tanto te importo?

Acaricié su mejilla.

— Tanto como para molestarme porque saldrías con otro y decirte cosas muy estúpidas.

Sonrió.

— No salí con nadie. Solo quería molestarte.

— Lo hiciste y bien.

Negó.

— ¿Acaso crees que fue divertido verte con ... Nevra?

— No. Yo sé que no— nuevamente acaricié su mejilla—. Fue una estupidez, pero te juro que no hay nada con ella. No me interesa hacer nada con ella ni con nadie que no seas tú. Hizo una mueca y bajó la mirada.

— Yo no quiero que solamente ...

— Escucha— dije al hacer que me mirara—, Nevra ha sido muy importante en mi vida. Podría decirte que fue mi primer amor— hizo una mueca—, pero yo no era tan importante para ella, por eso se casó. Y no te voy a negar que me dolió mucho y que después de eso dije que no volvería a andar con alguien nunca más— pasé un mechón de cabello detrás de su oído—. Y después llegaste tú con tu cara toda bonita y vas a hacer que me trague mis palabras.

— Yo no quiero ser un remplazo de Nevra.

— Nunca me acerqué a ti con esa intención. De hecho, nunca me acerqué a ti con la intención de algo. Solamente eras la amiga de mi hermana menor. Una muy bonita, pero nada más.

Sonrió.

— Hasta que descubriste que soy increíblemente encantadora.

— Así es— dije sonriendo.

— No te culpo, yo también me hubiese vuelto loca por mí.

Reí.

— ¿Entonces? ¿Me perdonas por hacerte sentir mal?

Asintió.

— Te perdono por ser un tarado, pero eso sí— lo señalé—: si vuelves a hacerlo te acuso con mi papá.

Reí.

— Estaba dispuesto a golpear a tu papá si se ponía agresivo cuando fui a buscarte.

Río.

— Qué buena autoestima tienes— sonreí—. No le harías ni cosquillas.

— Cosquillas sí— sonrió—, pero no será necesario porque me adora— acaricié su mejilla—. Le gusta saber que alguien puede querer a su monstruito berrinchudo.

— Oye...

Sin más, me acerqué a ella y la besé. Deseaba hacerlo desde que entré.

— Perdón... — dijo su madre al cruzar la puerta.

Me aparté de ella sonriendo.

— Lo siento— dije.

Nicky sonrió.

— Perdón por interrumpir, pero te ayudaré a cambiar para poder irnos a casa.

Te dieron el alta.

— ¡Genial! — dijo —. Eso es genial.

— Sí. Dijeron que reaccionaste bien al medicamento y al alimento que te dieron. Así que puedes irte a casa.

— Fantástico. Estar aquí es deprimente y cansado.

Asentí.

— Estaré afuera para que puedas cambiarte— le dije.

— Te veo en un ratito.

Sin más, salí de ahí.

Afuera su padre esperaba a la expectativa.

— ¿Y? ¿Qué dijo?

— Que me perdona.

— Te lo dije.

— Y también dijo que si la lastimo me acusará con usted para que me rompa la cara.

— ¡Esa es mi hija!

Sonreí.

— Me salí para que su mamá la ayudara a cambiarse.

Asintió.

— ¿Traes auto o te vienes con nosotros?

— Traigo auto. Gracias.

Su móvil comenzó a sonar y disculpándose se apartó para atender.

Cuando Nicole y su madre salieron los acompañé a su auto y los seguí en el mío. Al llegar a su casa su hermano la abrazó fuertemente.

Después nos dejaron a solas en la estancia.

— Me iré a casa para que te puedas bañar y descanses.

— ¿Insinúas que apesto?

Reí.

— No.

— Demuéstralo y abrázame.

La abracé.

— Gracias por ser lindo conmigo.

— Tú provocas que sea lindo— dije al besar su frente—. Y que quiera protegerte para que nada te pase— me miró—. No volverás a ir a una fiesta sola.

Sonrió.

— Anda, ve a descansar que tienes ojeras.

— Tú también — le di un pequeño beso—. Te llamo en la noche.

— Vale.

— Despídeme de tus papás— dije al salir de ahí.

# SEGUNDA PARTE

## Devoción

# 1

## Rocco

Volverse loco por Nicole fue muy fácil. Solo tuve que aprender a perderme en su mirada. Juro que no había nada que despertara tantas cosas en mí como su encantadora manera de mirar. Me tenía completamente en sus manos y podía hacer de mí lo que quisiera. Por fortuna había decidido hacerme feliz.

Iba regresando de la universidad. Apenas abrí la puerta y escuché las carcajadas desde la cocina.

— Pude escucharlas desde reforma—dije.

Edna rodó la mirada.

— Serás payaso.

Me acerqué a donde estaba Nicky y le di un beso.

— Hola, preciosa.

— Hola, salvaje— dijo al rodear mi cuello y besarme de nuevo.

— ¡Eugh! — dijo Edna—. Consíganse una habitación.

Nicky rio.

— Tengo una — le dije al abrazarla—, ¿quieres verla?

— ¿Me llevarás ahí para hacer algo indebido?

— No.

— Entonces no quiero.

Sonreí.

— Puedo enseñarte a mi perrito...

Reímos.

— Bájalo, anda.

— ¿Prefieres que vaya por Baxter para que lo cargues en lugar de darme muchos besos?

— ¿Sabes mover la colita tiernamente?

Sonreí, le di un beso y subí a mi habitación para dejar mis cosas y bajar a Baxter. A penas cruzamos la cocina y la vio comenzó a retorcerse.

— Ven aquí, precioso— dijo al cargarlo.

Baxter movía su colita emocionado.

— ¿Entonces? — preguntó Edna— ¿Compramos los boletos o no?  
— Pues yo solo voy si ustedes van— dijo Nicky.  
— ¿Boletos para qué? —pregunté.  
— Vive latino— dijo Mariana.  
— ¿Para ir quién? ¿Ustedes tres?  
— Y Martin — dijo Mariana.  
— Y tú— me dijo Nicky—, si es que quieres ir.  
— ¿A quién quieren ver?  
— Panteón rococó, Caligaris...  
— La verdad preferiría que no fueran. Se avientan mucho, hay muchos robos de celulares y ni hablar del pésimo estado de los baños— acaricié la mejilla de Nicky—. Mejor cuando estén en el auditorio nacional te llevo.  
— Bueno— dijo al sonreírme y besarme de nuevo.  
— Ay, a este paso voy a tener que hacerme de un novio rápido— aseguró Edna.  
— Con ese genio dudo que alguien te vaya a querer.  
Nicky y Mariana rieron. Edna me hizo una seña obscena con la mano. Prácticamente al mismo tiempo, recibí un mensaje de Donald avisándome que estarían en el billar.  
— Hablando del rey de Roma... — miré a Nicky— ¿Qué van a hacer?  
— Supongo que ver televisión.  
— ¿Quieres ir al billar?  
— ¿Ahorita?  
Asentí.  
— Era Donald. Él y los chicos van para allá.  
— Sí, vamos.  
Asentí.  
— Vamos a ir al billar, ¿quieren ir?  
Mariana negó.  
— Estoy esperando a Martin para ir a buscar una camisa para el fin de semana. Me acompañará a la boda de una prima.  
—Cierto, algo me había comentado— miré a Edna— ¿Tú vas?  
— ¿Va Donald?  
Rodé la mirada y Nicky asintió.  
— Ya te dije lo que opino sobre eso.  
— Y ya te dije que no me importa. Eres mi hermano, no mi dueño— dijo al ponerse de pie—, pero si voy. Voy a cambiarme.

Cuando escuchamos la puerta de su habitación cerrarse, Mariana nos miró.

— ¿Ya le contaste lo de Laura?

Nicky negó y yo la miré.

— ¿Qué sucedió?

— Peleamos.

— ¿Por qué?

— Porque está loca—negó—. Hoy tuvimos el ensayo general y comenzó a gritarme. Me fastidió y le grité también.

Sonrió.

— ¿Te regañaron?

— A las dos, pero ya me había fastidiado.

— Seguro que con eso se calma.

Asentí.

— ¿Le contaste de las flores? — preguntó Mariana.

Nicky la miró.

— ¿Flores? — pregunté.

Nicole suspiró.

— Un chico de la obra me envió flores por lo del hospital.

— Dile que yo lo enviaré al hospital primero, para después enviarle flores si sigue fastidiando.

Rieron.

— Uy, qué rudo...— dijo Mariana riendo.

— ¿Y luego? —le pregunté— ¿Qué hiciste?

— Nada. Le dije que le agradecía, pero le dejé claro que tenía novio.

Suspiré.

— ¿Quieres que le ponga un alto?

— No.

Mariana rio.

— Pero puedes orinarla— dijo—, tal vez provoque el mismo efecto.

Reí.

Me senté a su lado a esperar a mi hermana mientras nos comíamos a besos.

— Listo— dijo Edna al bajar metida en un diminuto short.

— No te voy a llevar así.

Nicky rio y se puso de pie.

— Déjala— dijo al tomar mi mano—. Si tuvieras esas piernas, también quisieras mostrarlas.

Negué.

— ¿Quieres que nos esperemos contigo hasta que llegue Martin? — le preguntó Nicky a Mariana.

— No, aquí me quedo viendo videos. Vayan y diviértanse.

— De acuerdo.

Se despidieron las tres con un beso en la mejilla.

— Si regresan pronto dile a Martin que me llame. Igual y nos alcanzan.

— Vale.

Le di un abrazo y un beso.

Después nos marchamos de ahí.

## Nicole

Cualquier chica se habría vuelto loca por Rocco. Y no lo digo solo por lo guapo que era, más bien porque era un total encanto.

Casi siempre nos veíamos en su casa pues después del colegio, generalmente me iba para allá junto con Edna y Mariana. No era que siempre tuviéramos proyectos juntas, había veces que simplemente nos juntábamos para comer porquerías y reírnos como focas con epilepsia. Cuando Rocco llegaba se unía a la plática, aunque la mayoría de las veces solo escuchaba y reía de repente. Otras veces se sentaba junto a mí en el sofá y se ponía a hacerme arrumacos y decirme lo bonita que le parecía. Era algo que me encantaba.

Cuando salíamos a algún sitio no dejaba de presumirme con quien se dejara, lo cual me parecía hermoso. Sus amigos siempre me decían que lo tenía embrujado o algo y sus amigas, me decían que era muy afortunada. Algunas eran sinceras y podías notarlo. Sin embargo, otras me saludaban de manera hipócrita y con supuesta discreción me miraban de pies a cabeza. No las culpaba, yo también me habría tenido envidia de tener un novio tan maravilloso.

— Creo que no hay nadie — dije cuando entramos a mi casa.

Me quité los zapatos y caminé hacia la cocina nombrando a Yolanda.

— Dígame, niña.

— ¿Y mi mamá?

— Salió con la señorita Regina. Emiliano no quiso ir, está en su habitación.

— Ah, gracias

Asintió.

— ¿Quiere que les prepare algo?

— Tal vez más tarde. Vamos a estar en la estancia, Rocco me ayudará con un trabajo que tengo que entregar.

— Cualquier cosa que necesite me echa un grito. Estaré arriba planchando.

— Gracias.

Rocco le sonrió a Yola y después ésta se retiró.

— Voy a decirle a Emiliano que estoy en casa y a cambiarme. No tardo.  
Asintió.

Aunque no estaba acostumbrada a convivir tanto con Emiliano, supongo que, por la diferencia de edad, desde que mis padres comenzaron a tener problemas Rocco me aconsejó lo buscara, le demostrara mi cariño y sobre todo mi apoyo. Decía que él ya había pasado por pleitos entre sus padres y le hubiera gustado que, en ese momento, su hermano mayor le hubiera mostrado apoyo. Y aunque las cosas entre mis padres estaban bien, ese lazo que había construido con Emiliano era fuerte y seguía presente.

—Hola, greñado— le dije desde la entrada— ¿Qué haces?

— Nada. Acabo de terminar mi tarea.

Asentí.

— ¿Estás bien? ¿No tienes hambre?

— No, comí cuando llegué del colegio. Mi mamá salió con mi tía, pero yo quise quedarme.

— Qué bueno, te hubieras aburrido— asintió—. Voy a estar abajo con Rocco.

— ¿Vino? ¿Qué van a hacer?

— Tarea— dije al salir de ahí y meterme a mi habitación.

Estaba terminando de cambiarme cuando los escuché reír a carcajadas.

Cuando bajé, Rocco traía audífonos y Emiliano le mostraba un video.

— Está muy bueno— le dijo cuando terminó—. Al rato se lo enseñaré a mi hermano el mayor.

Emiliano sonrió.

— ¿A qué quieres que te ayude, pequeña? — me preguntó.

— Ahorita a nada.

— ¿Entonces podemos jugar una partida de *FIFA*? — preguntó Emiliano.

Rocco me miró sonriente y suplicante.

— ¿Sí? ¿Podemos?

Rodé la mirada.

— Dale, pero sin hacer mucho ruido.

— Voy por el juego— dijo Emiliano al subir las escaleras corriendo.

Rocco me tomó por la cintura y me besó.

— Prometo que voy a compensarte.

— Lo harás. El fin de semana me vas a llevar a una exposición de fotografía.

— A donde quieras, preciosa.

Le di un beso más.

Emiliano bajó, puso el juego y los perdí para el resto de la tarde igual que otras tardes.

### 3

## Dinna

Cuando me acerqué a la puerta escuché a Emiliano maldecir.

— Vas a tener que suplicar...— le dijo Rocco cuando abrí la puerta.

Los tres me miraron. Rocco y Emiliano jugaban frente a la consola.

— Ya volvimos — dije al dejar mi bolso sobre el sofá.

— Buenas noches— dijo Rocco al pausar el juego.

— Hola — le sonreí y me acerqué a darle un beso a Nicole— ¿Qué hacen?

— Yo tarea— dijo Nicky.

Asentí.

— Perdón, tenía que atender— dijo Regina al entrar detrás de mí y cerrar la puerta—. Buenas noches.

Rocco se puso de pie.

— Buenas noches.

— Mi cuñada —le dije.

— Mucho gusto, Roderick— dijo al estrechar su mano.

— Regina. Nos conocimos en el hospital.

Nicole se acercó y la abrazó.

— ¿Cómo estás, tía?

— Bien, ¿y tú?

— Bien.

— Les traje un sándwich — dije al caminar hacia la cocina—, pero no sabía que estarías aquí, Roderick.

— No se preocupe, señora. No tardaré mucho en irme.

— Primero me tienes que ayudar con el dibujo— escuché que le dijo Nicky.

Abrí el refrigerador y metí los emparedados.

— ¿No es el chico de la ex? —preguntó Regina al entrar a la cocina.

— Sí. Es lindo, ¿verdad?

— Sí, bastante. Cuando Sebas me dijo que no le agradaba del todo porque era mayor, yo me imaginé a un tipo como de treinta.

Reí y me senté sobre la barra.

— Después de lo sucedido ya le agrada.

— Se portó muy lindo.

Asentí.

— ¿Quieres un té?

— No— miró su reloj—. De hecho, es hora de irme.

Asentí.

— Gracias por haber venido.

— Sabes que estaré al pendiente por si Nicky recuerda algo o por si alguien la molesta.

—La verdad dudo que suceda, pero gracias de igual forma.

Sonrió.

— Me alegra que las cosas estén bien entre mi hermano y tú. Lo amo con todo mi corazón y no me molesta tenerlo en casa, pero no me gusta verlo mal— sonreí—. Además, hacen una muy bonita pareja.

— Lo amo mucho.

Sonrió.

— Y él te ama a ti. Además, no lo digo solo porque sea mi hermano, pero te aseguro que nada pasó entre Alena y él. Él no es así.

Asentí.

— No voy a negarte que me dan celos cuando sé que la verá, pero debo confiar en él.

— Alena es una chica encantadora, seguro que te caería bien.

— No lo creo...

Reímos.

— Bueno, me voy.

— Te acompaño a la puerta.

— No te preocupes, yo conozco el camino— me dio un beso en la mejilla—.

Salúdame a mi hermanito.

— Con gusto.

La escuché despedirse de los chicos y marcharse.

Las cosas con Sebastian estaban mucho mejor. Íbamos a estar bien, nos lo prometimos. Nos amábamos y lo sucedido era solamente un bache sin importancia.

## Rocco

El fin de semana llegó y con él una exposición de fotografía a la que Nicole quería asistir.

Para ser sinceros, todo ese rollo del arte, incluyendo la fotografía, no era precisamente mi fuerte. Podía asistir, mirar y demás, pero no me apasionaba. Sin embargo, me gustaba ver la pasión que despertaban en Nicky un montón de fotografías, muchas de ellas demasiado simples para mí.

Llevaba varios minutos viendo una fotografía de una... casa. La verdad es que no tenía ni idea de qué estaba mirando, por qué estaba ahí exhibida ni nada por el estilo.

— ¿Esa te gusta? —preguntó Nicky al pararse a mi lado.

— No lo sé...

Me miró y sonrió.

— No tienes ni idea, ¿verdad?

— No.

Sonrió.

— La fotografía se llama "*Barcelona Pavilion*" es de Thomas Ruff.

— Ok...

— ¿No sabes quién es Thomas Ruff?

— No.

Sonrió.

— Es un fotógrafo alemán que basa su trabajo sobre todo en series y...

En ese momento dejé de escucharla pues frente a mí apareció Nevra metida en un vestido totalmente ceñido que dejaba ver su cuerpo curvilíneo. A duras penas miraba las fotografías y en su rostro era evidente el aburrimiento.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, parecía desconcertada.

— Por eso es importante— dijo Nicole.

La miré.

— Ya...— dije sonriendo.

Miró en la misma dirección que yo y se dio cuenta que Nevra la miraba de pies a cabeza despectiva.

— ¿Todo bien? — preguntó Nicky con una mueca en el rostro cuando volvió la mirada hacia mí.

— Sí—volví mi mirada hacia la fotografía—. La verdad, yo solo veo una casa desenfocada.

— Supongo.

Miré discretamente a su espalda y noté Nevra se había marchado.

— ¿Y tiene otro tipo de fotografías o solo fotografiaba casas?

— Aún no muere.

— ¿No?

Sonrió.

— No. Y tiene fotografías sobre edificios, retratos... incluso desnudos.

— Eso me interesa más.

Sonrió.

— Sigamos avanzando entonces— dijo al tomar mi mano—. A menos que quieras ir detrás de tu amiga.

Sonreí.

— Cuando te pones celosa te ves muy bonita— dije al acariciar su mejilla.

—Estuve a nada de ponerme preciosa.

Reí.

— Dale, sigamos viendo fotografías que después nos iremos por un par de hamburguesas.

Negó.

— Si seguimos comiendo así voy a subir de peso.

— ¿Y? ¿Cuál es el problema?

— Que no me van a querer para la campaña.

Hice una mueca.

— Pues mejor. Sirve que no andas exhibida en quién sabe dónde y te andan viendo extraños.

Sonrió.

— Vas a ser el novio de una modelo— dijo al colgarse a mi cuello.

— Uy, mi sueño hecho realidad...

— Ash, eres un feo. Yo estoy emocionada por la campaña y a ti te da igual.

La rodeé con mis brazos.

— No me da igual. De hecho, estoy muy preocupado al respecto.

— ¿Por qué?

— Porque te irá genial, te verás hermosa, seguro que te buscan para otra campaña y cuando menos lo espere , serás una modelo famosa y me vas a

dejar por un tipo con cara de niña.

Sonrió y me dio un pequeño beso.

— Tú también te ves muy guapo cuando te pones celoso.

Sonreí.

— Ajá, pero no me negaste nada de lo que te dije.

Rio.

— Por favor, ¿cómo podría dejarte por algún tipo de esos tipos? — me alcé en hombros—. Son demasiado lindos y perfectos— sonrió—. A mí me gustan bien feos y salvajes.

— Sí, eso me queda claro— dije al besar su nariz—. No sé cómo es que te gusté yo.

Rio.

— Ya, payaso. Sigamos viendo para que terminemos pronto y vayamos a comer.

Asentí, la tomé de la mano y caminamos hacia la puerta que daba a otra sala.

Fue entonces que nos topamos de frente con Nevra ahora de la mano de su esposo. Aaron me miró y después miró a Nicole, pero no le di importancia. Le cedí el paso a mi chica sin soltar su mano y sin mirar a ninguno de los dos pasé a su lado.

Cuando llegamos a la sala de los retratos, dejé que Nicky me explicara al respecto.

## Nicole

La verdad era que me parecía increíble la velocidad con la que el semestre terminó. Un día estaba odiando el nuevo colegio y compañeros. Y al otro estaba emocionada buscando "el vestido perfecto" para mi fiesta de graduación junto a mis mejores amigas.

El fin de semana anterior había presentado finalmente la obra en la que llevaba meses ensayando y para fortuna de todos, había sido todo un éxito. Me había puesto un poco nerviosa al saber que mucha gente nos vería, pero al salir busqué la mirada de Rocco entre todos los asistentes. Al encontrarme con ella y su hermosa sonrisa me sentí relajada, pues casi podía palpar su apoyo. Días atrás había estado ensayando conmigo en casa las partes que se me dificultaban y la verdad es que nos divertimos mucho.

Al final de la obra y después de aplaudir como loco desde su lugar, fue a buscarme a los camerinos improvisados con un ramo de flores, lo cual me pareció un detalle increíble. Así que lo comí a besos sin importar que entre las personas que nos miraban estuviera Laura. ¡Me volvía loca!

Mariana y Edna estaba igual de emocionadas que yo por el rollo de la fiesta de graduación, a pesar de que habíamos pasado una semana entera visitando boutiques y midiéndonos cuanto vestido teníamos enfrente. Aunque mi madre me había dado la opción de que mi vestido fuera diseñado a mi gusto, no quería dejar pasar la oportunidad de vivir aquella experiencia llena de estrés de ir recorriendo prácticamente toda la ciudad junto con mis dos mejores amigas. Para Martin y Rocco aquello era una exageración. Ambos decían que nos veíamos preciosas con todo lo que usábamos, pero obviamente lo decían porque eran hombre y no comprendían la enorme responsabilidad que era encontrar el atuendo perfecto para un momento tan importante. Y porque no querían pasar sus tardes en boutiques. La verdad es que no éramos tan malas como para pedirles que nos acompañaran y es que, aunque sabíamos que lo hubieran hecho de habérselos pedido, preferimos llevar la fiesta en paz e irnos solas.

— ¿Qué opinan de este? — pregunté al pararme frente a ambas.

— ¡Me encanta! — dijo Mariana sonriendo.

Edna hizo una mueca.

— ¿No es demasiado serio? — preguntó.

Me miré en el espejo.

— ¿Lo crees?

— Estoy segura que mi madre escogería algo así— dijo riendo.

Hice una mueca.

— Tampoco es requisito llegar vestida como si fueras a un cabaret— dijo Mariana.

Reí.

— Pues no, pero ¡Vamos! No te gradúas cada ocho días.

Asentí.

— Pues a mí me gusta cómo te ves— aseguró Mariana.

Edna rodó la mirada.

— El de dos piezas te resalta la cinturita y te hace una cadera increíble— dijo Edna—. A mi hermano se le va a caer la baba al verte.

Sonreí.

— ¿Crees?

— Bueno, en eso tiene razón— dijo Mariana—. Con el otro se te ve un cuerpazo.

— ¿No creen que luciré muy... fuera de lugar? ¿Cómo una zorra?

— No me jodas— dijo Edna—. Lo único descubierto son los hombros y apenas si se te verá el ombligo.

— Malo que tuviera la espalda descubierta— dijo Mariana refiriéndose al vestido que Edna había escogido.

Reímos y Edna le aventó un cojín que tenía a su lado.

— Bueno, entonces me llevaré el otro— dije sonriente.

— ¡Genial! — dijo Mariana emocionada.

— Ya tenemos nuestros vestidos, solo nos faltan los zapatos— dijo Edna.

— Y el bolso y los accesorios— completó Mariana.

— Y la ropa interior — dije.

Ambas me miraron.

— A eso debería ayudarte mi hermano— dijo Edna—. Seguro que ya debe saber bien tus medidas.

Hice una mueca.

— No ha pasado nada... aún.

— ¿No? — preguntaron sorprendidas.

— No.

— ¡Uy! O mi hermano está perdiendo el toque o en verdad lo tienes encantado...

Reí.

— Pobrecito, ya los debe tener azules— dijo Mariana.

Reímos.

— Ya. Dejen de reírse o no les vuelvo a contar nada.

— Es que pensamos que ... se la vivían encamados— dijo Edna—. Como Mariana y Martin.

Mariana rio.

—No nos la vivimos encamados, envidiosa— aseguró—. Solo lo necesario.

— ¡Más duro...! — dijo Edna fingiendo gemir—. Así...

Reímos de nuevo y Mariana le aventó un cojín.

— Yo no hago ruidos.

— Tú no, pero mi hermano... El pobre parece que va a morir de algo.

Nuevamente nos carcajamos.

— Ya, tonta— le dijo Mariana a Edna—, deja de reírte. Estábamos hablando de Nicky y Rocco.

— Cierto— Edna me miró— ¿En serio no ha pasado nada?

— No.

— ¿Entonces que hacen cuando se encierran en su cuarto a ver películas?

— Pues vemos películas.

Rodó la mirada.

— Qué aburridos...

Negué.

— O sea, si nos besamos y así, pero nada más.

Mariana parecía fascinada con la plática.

— Qué romántico...— dijo.

Edna rodó la mirada.

— Qué ñoños.

Reí.

— El que no me presione ni nada me parece genial, pero ... ¡Oye! ¡Tengo necesidades!

Reímos.

— Pobrecita...

— Ya en serio— dije —. Quiero que pase el día de la fiesta de graduación.  
Mariana sonrió.

— Entonces tendremos que buscar lencería muy sexy...

— Podrían decirles a sus mamás que vamos a quedarnos las tres en mi casa...

— dijo Edna.

Nos miramos y sonreímos fascinadas con la idea.

— Voy a pagar mi vestido y después iremos a buscar algo sexy— dije al volver al probador.

## 6

### Rocco

La fiesta de graduación nunca fue algo tan importante para mí como para mi acompañante o como para Nicole, Edna y Mariana.

Pasaron muchos días buscando qué usarían mientras Martin y yo esperábamos en casa o en el billar. La verdad era que agradecí el no tener que acompañarla pues, aunque lo hubiera hecho de todas maneras si me lo hubiese pedido, eso de las compras no era lo mío. Además, seguramente yo la habría visto preciosa con cualquier cosa que usara y no iba a ser de mucha ayuda.

El esperado día llegó.

Edna comenzó a arreglarse desde muy temprano y supuse que Nicole y Mariana también. En cambio, Martin y yo nos pusimos a jugar fútbol en la consola en videojuegos y justo media hora antes de la hora en que habíamos quedado de recogerlas, nos organizamos para meternos a bañar.

Conduje a casa de Nicole con cuidado y con la música a todo lo que daba pues era viernes y al parecer media ciudad se iba a graduar, pues el tránsito estaba de locos.

Cuando llegué a casa de Nicky vi que el auto de su madre iba entrando.

— Roderick— me dijo su madre al abrir la puerta—, pásate.

— Gracias.

Miré a su padre y hermano en la estancia.

— Buenas noches.

— Buenas noches— dijo su padre al apartar la mirada de un cuaderno.

— ¿Ya se van a ir a su fiesta? — preguntó Emiliano.

— Ya. Estuve a punto de venirme antes para jugar.

— Lo hubieras hecho.

Sonreí.

— Ya no debe tardar— me dijo su madre—. Siéntate.

— Gracias.

— Voy a avisarle.

Asentí y tomé asiento.

— Me dijo Nicole que se quedará en tu casa junto con Mariana— dijo su padre.

«¿Si?»

— ¿Quiere que le sea sincero? — asintió—. Ellas han hecho sus planes de ir a ver vestidos y todo eso. A mí solamente me dijo que tenía que recogerla a las ocho con smoking.

Sonrió.

— Sé lo que es eso.

— Pero no se preocupe. Si prefiere que la traiga a casa a una hora en específico, lo hago.

Negó.

— No te preocupes, será como ella decida.

Asentí.

En ese momento la escuché reír y vi a su madre bajar primero. Detrás venía Nicole y se veía increíble. Cuando me había hablado sobre encontrar el vestido perfecto, jamás imaginé que hablara literalmente.

— ¡Wow! — dijo su padre a mi espalda.

Se sonrojó.

— Te ves preciosa— le dije.

— Gracias— dijo sonriendo.

No pude evitar mirarla de arriba para abajo una y otra vez. En verdad lucía espectacular. Llevaba un top de manga larga y hombros descubiertos en color negro que dejaba ver su diminuta cintura y su ombligo. La parte posterior era de color rojo con flores negras y se ceñía a sus caderas de manera increíble para después terminar en algo así como una cola de sirena. En verdad que lucía preciosa y sumamente sexy, tanto que un cosquilleo comenzó a invadir mi entrepierna.

— ¿Nos vamos ya? — preguntó.

— Claro— me puse de pie esperando que nadie notara mi erección— ¿Puedo pasar a su baño antes?

— Por supuesto— dijo su madre.

— Gracias.

Su padre me miró como si pudiera leer mi mente y yo caminé lo más normal y tranquilo posible para acomodarme la ropa y a mi amiguito. La realidad es que nada había pasado entre Nicky y yo. Y aunque mucho trabajo me había costado no saltarle encima en más de una ocasión, no estaba seguro de poder

contenerme esa noche.

Cuando salí del baño Nicky y su padre hablaban.

— ¿Ya? — me preguntó sonriendo.

— Cuando digas.

Se puso de puntillas y besó en la mejilla a su padre.

— Te quiero mucho, Migo.

Su padre sonrió.

— Yo te quiero más, preciosa— sonrió—. Cualquier cosa, me llamas.

— Claro, no te preocupes.

Caminó hacia donde estaba su madre y la abrazó.

— Te llamo cuando estemos en casa de Edna y todo eso.

— Sí, amor. Diviértete mucho.

Nicole asintió.

— ¿Me ayudas con mi pijama y eso?

— Claro— dije al acercarme y tomar la pequeña maleta que había dejado sobre el sofá.

Junto con sus padres y hermano caminamos hacia la entrada.

— Nos vemos entonces — les dije.

— Maneja con cuidado— me dijo su padre

— No se preocupe.

Le cedí el paso a Nicole y caminamos hacia el auto. Le ayudé a subir, rodeé el mismo, metí la maleta a la cajuela y una vez dentro me ajusté el cinturón de seguridad. Cuando puse el auto en marcha la música inundó el auto.

Con señas Nicole se despidió de sus padres.

— ¿Cómo es que no sabía que te quedarías en mi casa?

No quise esperar más y preguntar.

— Era una sorpresa— dijo.

— Me encantan las sorpresas.

Aclaró su voz.

— Claro que, no es necesario que durmamos en tu casa...— la miré—.

Podemos quedarnos ... en un hotel— se alzó en hombros— ¿No?

Sonreí.

— Por supuesto. Donde tú quieras— dije al detenerme ante el semáforo en rojo.

Sonrió.

— Hasta entonces, vamos a divertirnos.

— Claro que sí, cariño.

Me acerqué a ella y nos besamos.

## Nicole

Comencé a arreglarme desde muy temprano pues quería que todo saliera perfecto. En verdad quería lucir bonita y atractiva para Rocco.

Aunque había estado en la intimidad con tres chicos antes, me sentía tal vez más nerviosa que cuando supe que sería mi primera vez. Supongo que mi mayor preocupación era la experiencia. No era un secreto que Rocco había estado con un montón de chicas y que, además, muchas de ellas eran mayores que él. Como Nevra. Así que, por consiguiente, probablemente todas ellas eran mejores que yo en la cama. No quería decepcionarlo. Y es que, aunque sonara estúpido, en verdad quería que todo saliera bien.

Aunque Rocco me había demostrado muchas veces que no estaba conmigo solo por eso, sabía bien que era un tipo bastante sexual y que seguramente, si por él hubiera sido, probablemente se me habría lanzado encima desde el primer día.

Hubo muchas veces en que pudo pasar, pero al final todo quedó en besos y una humedad increíble entre mis piernas. Y es que no era que no quisiera, pero... algo pasaba y solo quedaba en ello.

Supongo que mi madre supuso muchas cosas cuando vio la lencería que usaría, pues casi automáticamente me recordó sobre la importancia del preservativo. Eso era algo que me gustaba de la relación con mi mamá. Podíamos hablar como amigas gracias a la confianza que le tenía.

Durante la fiesta la pasé de maravilla pues, aunque a Rocco no le gustaba el reggaetón o la música latina, se paró a bailar conmigo cuando se lo pedí y la verdad es que creo que lo disfrutó.

Algo que no pudo evitar fue poner mala cara cuando algunos compañeros me miraron de pies a cabeza, sobre todo al llegar. La verdad es que sus miradas me pusieron incómodas pues me sentía como un pedazo de bistec al que miraban un grupito de perros hambrientos.

Poco antes de la media noche Mariana y Martin se despidieron. Ellos tampoco irían a casa de él.

Edna había llevado como pareja a un chico del equipo de futbol que a Martin y Rocco no les agradaba tanto, pero tampoco se lo dijeron directamente. La verdad es que Edna hubiera preferido llegar de la mano de Donald, pero él se detenía bastante ante Rocco.

— ¿No te has cansado? — le pregunté.

— No, ¿y tú?

— Un poco.

— A la hora que quieras nos vamos.

Asentí.

— Voy a despedirme de unos amigos, ¿va?

— Sí, está bien.

— No tardo.

La realidad es que me hubiese podido ir sin despedirme, pero estaba un poco nerviosa y necesitaba espacio para respirar.

Cuando volví hacia donde estaba Rocco, éste platicaba con Edna.

— Ya— le dije sonriendo.

Asintió.

— ¿Entonces? — le preguntó a su hermana.

— No te preocupes, me va a llegar Mike.

— ¿Segura?

— Que sí— le dio un beso en la mejilla—. Anda, ya vete.

— Cualquiere cosa me llamas.

— Sí— me miró—. Pásenla bien.

Sonreí.

— Tú igual.

Nos despedimos con un beso en la mejilla y caminamos hacia la salida.

Afuera, el aire era frío.

— ¿Trajiste abrigo? — me preguntó Rocco.

— No.

Sin más, se quitó el saco y lo puso sobre mis hombros.

— ¿Mejor?

— Mejor.

Me sonrió y casi abrazándome caminamos hacia el auto.

## Rocco

De camino al hotel me sentía un poco nervioso. También un poco estúpido, pero la verdad es que no quería arruinar las cosas con Nicole. No quería que pensara que solo me importaba el sexo y aunque estaba deseoso por estar dentro de ella, no iba a obligarla a hacer algo que no quisiera.

Cuando llegamos al hotel le pedí me espera en el auto mientras yo pedía una habitación y ella asintió aliviada. Supongo que a ninguna mujer le gustan las miradas que a veces los empleados de un hotel te brindan al registrarte.

Corrimos con suerte. El chico me dijo que era la última habitación disponible. Al parecer la época de graduaciones era buena para el negocio.

Volví al auto por ella y saqué la maleta de la cajuela. Yo no llevaba ropa para el día siguiente, pero igual no me importó. No sería la primera vez que me pondría la misma ropa de la noche anterior después de un baño en la mañana. Fue una suerte que el elevador estuviese desocupado, y es que conocía aquel hotel como la palma de mi mano y era raro que estuviese tan despejada la recepción.

Cuando llegamos a la habitación lo primero que hizo fue quitarse los zapatos.

— Me cansé— dijo con cierto nerviosismo.

— Parecías trompo, ¿cómo no ibas a cansarte?

Sonrió.

— Voy a ... entrar al baño.

— Claro.

Sonrió y caminó hacia él descalza. Cuando pisó fuera de la alfombra, retrocedió.

— Toma— le entregué unas pantuflas desechables.

— Gracias.

Cuando cerró la puerta del baño suspiré.

¿Por qué carajos estaba tan nervioso?

Caminé hacia el espejo y comencé a quitarme el moño y el cinturón. Estuve a nada de despojarme del pantalón y la camisa para quedarme únicamente en bóxer, pero pensé que podía interpretarse como presión. Así que me contuve.

Cuando Nicole salió del baño me sonrió.

—¿Vas a entrar?

— Sí. No tardo.

Asintió.

Cuando salí del baño y luego de asearme un poco, vi a Nicole deshacerse el peinado que llevaba frente al espejo.

— ¿Necesitas ayuda? — le pregunté.

« ¿En serio, Rocco? »

— No. Ya pude...

Asentí.

— ¿Qué te parece la habitación?

Me miró confundida mientras yo maldecía a mi bocota.

— Bonita. Y... cálida.

Asentí y sin esperar más me acerqué a ella, la tomé entre mis brazos y la besé. Fue casi en automático que me rodeó el cuello con sus brazos y yo aproveché para pegarla más a mi cuerpo.

¡Por dios! ¡Me estaba matando!

Entre besos y caricias comenzó a desabrochar mi camisa, pero casi al llegar al último botón éste se atoró y tuve que ayudarla.

Me aparté un poco y me deshice de la camisa.

— ¿Me ayudas con el cierre? — preguntó al darse media vuelta y jalar su cabello hacia el frente.

— Por supuesto.

Cuando bajé el cierre de su falda pude ver la diminuta tanga de encaje negro que llevaba junto con un sexy ligero también de encaje y medias negras.

Cuando bajó la falda se inclinó un poco hacia el frente y juro que quise lanzármele encima en ese mismo instante.

Se giró y se deshizo del top.

— ¿Te gusta? — preguntó al acomodarse el sostén negro que llevaba.

— Me encanta— dije al besarla de nuevo.

Entre besos y caricias la llevé a hasta la cama. Me puse sobre ella y no paré de besarla hasta que ella me empujó.

— ¿Por qué aún traes pantalón? — preguntó sonriendo.

Me aparté y me deshice del pantalón. Ella se sentó sobre la cama con las piernas en mariposa. Cuando volví a la cama, no sé cómo lo hice, pero terminé sentado frente a ella con mis piernas sobre las suyas.

La tomé de su bello rostro y la besé de nuevo. Después bajé las manos a sus

senos y ella colocó sus manos sobre mi pecho. Desabroché su sostén y una vez que lo boté por un lado puse ambas manos sobre sus senos y los acaricié con delicadeza. Sonrió y me besó de nuevo. Me encantaban sus labios, el sabor de su saliva y todo lo que despertaba en mí. Comencé a acariciarla con más intensidad y después prácticamente la empujé para que se recostara.

Inmediatamente me deshice de la preciosa tanga y después de olerla, la aventé hacia atrás. Sonrió con cierta... picardía.

Acaricié sus piernas y su abdomen. Después sus senos y la besé de nuevo.

Tenerla completamente desnuda ante mí era excitante.

Me deshice del bóxer y me puse entre sus piernas para poder besarla.

Después, bajé a sus senos y lentamente a su vientre.

Me encantaba la manera en que se retorcía, pero si hubo algo que me volvió loco fue sentir su humedad en mis labios. Cuando pasé mi lengua por su monte de Venus gimió y no pude contenerme más. Tomé un preservativo de encima del buró, me lo puse rápidamente y con cierta delicadeza me hundí en ella.

Fue... maravilloso.

La escuché gemir. No pude evitar clavar mi mirada en la suya y darme cuenta que la mirada inocente que tanto me gustaba había desaparecido para darle paso a un par de ardientes ojos que me miraban con deseo mientras me hundía en ella. Comencé a moverme más y más fuerte. Era inevitable no hacerlo.

Cuando subió su pierna derecha a mi hombro no pude evitar besarla y hundirme con más fuerza. Ella no evitó clavarme las uñas a la espalda.

Aquello fue totalmente excitante y tuve que detenerme o me correría en ese mismo momento.

Me recosté sobre la cama y la hice quedar encima mío.

Sonrió encantada y me besó.

— Mi turno— dijo con demasiada sensualidad antes de hundirse lentamente en mí.

No pude evitar gemir y mirarla. Se mordió el labio y comenzó a moverse lentamente hacia adelante y hacía atrás exquisitamente.

Verla ahí, encima mío y disfrutando tanto como lo hacía era casi divino. No podía creer que aquella niña de mirada de princesa que tanto me había enternecido, fuera la misma que ahora se hundía en mí con perfecta sincronía mientras al mismo tiempo enterraba sus uñas en mi pecho y me hacía sentir que podía tocar el cielo.

La escuché gemir y se detuvo para echar la cabeza hacia atrás y mirarme con la boca abierta. Había llegado a donde quería que lo hiciera, pero no era

suficiente. Aún no. Puse mis manos sobre su cadera y la hice hundirse de nuevo lentamente. Echó el cuerpo hacia delante para poder besarme, pero no quité las manos de su cadera y tampoco dejé de hundirme en ella. En algún momento sus senos quedaron a la altura de mi rostro y no perdí tiempo para llevar mi boca a ellos. Ella había curveado su cuerpo de tal manera que me permitía obligarla a hundirse en mí con más fuerza cada vez mientras al mismo tiempo la besaba.

Pegó su frente contra la mía y abrió la boca extasiada. Después empujó el cuerpo hacia atrás y logró curvar la cadera de forma tan exquisita que el roce se volvió insoportable. Me abracé a su cuerpo y me volví brusco mientras ella no paraba de gemir.

De pronto se detuvo en seco y sentí como su pelvis se contrajo conmigo dentro. Sinceramente no sé cómo le hice para no correrme en ese mismo instante.

Se quitó de encima mío y sin decirme nada se hincó frente a mí. No pude evitar sonreír como un idiota cuando se llevó los dedos a la boca, los lamió con sensualidad y después humectó su sexo y el mío. Rápidamente me puse detrás de ella, abrí sus piernas y después de acariciar su hermoso trasero me hundi en ella lentamente. Cuando soltó un gemido le clavé las uñas y me hundi con fuerza.

Mis embestidas eran cada vez más fuertes. La imagen de la tierna y tímida Nicky había desaparecido por completo cuando comencé a darle un par de golpes en su enrojecido y lindo culo. Tomé sus manos e hice que las pusiera sobre su cadera mientras yo seguía hundiéndome en ella y la cabecera de la cama rebotaba contra la pared con fuerza. Puse mi mano sobre su cabeza y la hice poner su mejilla sobre la almohada, pero sin permitirle bajar la cadera. Ante mí la vista era espectacular. Sus gemidos eran imposibles de ignorar y la sensación de sus caderas rebotando sobre mi pelvis era incomparable. Así que no quise ni pude esperar más y me corrí dentro de ella de una manera inimaginable.

## Nicole

Cuando lo escuché quejarse supe que había terminado. Después me dio un golpe suave que casi fue como una caricia y salió de mí.

— No me jodas...

Me giré para mirarlo y sonreírle.

— ¿Todo bien?

— Todo jodidamente bien.

Sonreí.

Nos pusimos de pie y caminamos hacia el sanitario. Después de asearnos un poco volvimos a la cama y nos metimos en ella.

Me abrazó por la espalda.

— Eres increíble — me dijo al oído.

— ¿Lo soy?

— ¿En serio me estás preguntando? — lo miré—. Te juro que ha sido espectacular.

Sonreí.

— Tenía miedo de decepcionarte.

— ¿Por qué lo harías?

— Bueno, seguro que has estado con chicas más experimentadas.

— Mi amor, ¡por favor!

— Es la verdad. No tiene nada de malo si es así.

Me miró.

— ¿Te gustó?

— Claro que me gustó.

Hizo una mueca.

— ¿Y... yo?

— ¿Tú qué? — pregunté confundida.

— ¿Soy el más experimentado?

— No voy a responder a eso y alimentar tu ego.

Río.

— Me encantas.

Sonreí.

— ¿Quieres que te diga la verdad?

— Por favor.

Le di un beso pequeño.

— Fue... totalmente diferente.

— ¿Diferente bueno o diferente malo?

— ¡Por Dios, Rocco!

— Solo quiero saber. A lo mejor puedo mejorar.

Sonreí.

— Eres un egocéntrico— acarició mi mejilla—. Nunca había sido tan bueno, te lo aseguro.

— Nunca había sido tan ardiente.

Sonreí y lo besé de nuevo.

Cuando mi móvil comenzó a sonar me aparté de él.

— ¿Qué hora es? — pregunté al caminar hacia donde había dejado mi cartera.

— No lo sé.

— Las cuatro— dije al mirar la pantalla de mi móvil—. Guarda silencio, es mi mamá.

Después de hablar con mi mamá y mentirle sobre dónde estábamos, colgué.

Cuando me giré, Rocco tenía los ojos cerrados.

— Voy a desaquellarme y ponerme mi pijama.

— ¿En totalmente necesario?

— Sí— le di un beso—. No tardo.

— Me despiertas cuando regreses.

Y así fue, cuando me metí a la cama lo desperté sin querer y sin decir nada me abrazó por atrás y volvió a dormirse.

Aquella fue la primera noche que compartimos.

Sin duda alguna, una de las mejores.

## Dinna

La graduación de Nicky fue, sin duda, uno de esos momentos que te llenan de alegría y que, a su vez, te ponen melancólica. Mi pequeña daba pasos agigantados y se convertía en una mujer.

Aunque me hubiese gustado acompañarla a buscar un vestido para su graduación, dejé que lo hiciera a lado de sus mejores amigas y sin duda, había hecho una excelente elección. Esa noche había bajado por las escaleras con un vestido de dos piezas con el que lucía encantadora. El rostro de Sebastian y de Roderick no me dejaban mentir. Además, debajo del encantador vestido llevaba lencería bastante provocativa. No era un secreto que aquello de dormir en casa de Edna era una vil mentira. Sebas y yo lo sabíamos mejor que nadie, pero tampoco íbamos a prohibírselo. Rocco era un chico amable y respetuoso que la trataba como una verdadera princesa.

Verla salir de casa en aquel vestido tan espectacular me hizo pensar en Nick. ¿Qué hubiera pensado al respecto? Seguramente habría llorado de emoción. ¿Qué habría pensado de que durmiera fuera de casa? ¿Qué habría pensado de Rocco?

Seguramente no le habría agradado la idea de que saliera con él. Seguramente pensaría que era demasiado grande para su pequeña y ni hablar sobre lo de dormir fuera. Además, seguramente hubiera hecho "algo" para alejar a Rocco de Nicky.

En cambio, Sebastian parecía ya más conforme con aquella relación, pues realmente Rocco se había ganado su confianza.

Al día siguiente Sebastian había tenido que ir al trabajo. Sin embargo, llamó un par de veces antes de que dieran las once del día, pues Nicole aún no regresaba. Yo no quería ser una mamá que todo el tiempo está sobre su hija, pero la verdad era que me preocupaba no saber de ella en varias horas. Cuando la llamé me dijo que ya estaban de camino a casa.

— Ya vine — dijo al entrar junto con Rocco.

Se acercó y me dio un beso en la mejilla.

— Perdón — dijo él—, fuimos a desayunar y se nos hizo un poco tarde.

— No te preocupes, es solo que Sebas ha llamado ya varias veces.

— Ahorita lo llamo— dijo Nicky al dejar sus cosas sobre el sofá.

Asentí.

— Bueno, preciosa— le dijo Rocco al besar su frente— me voy.

Nicky asintió.

— ¿Me avisas cuando llegues?

— Claro.

Le dio un beso.

— Nos vemos pasado mañana.

Rocco asintió.

— Nos vemos, señora.

— Cuídate.

Sin más, se marchó.

— ¿No lo verás mañana?

— No. Pidió permiso para faltar ayer al trabajo, así que hoy trabajará el turno de tarde y de la noche. Mañana dormirá un rato y después otra vez trabajará en la noche.

Asentí.

— Un gesto muy lindo el acompañarte, ¿no?

Sonrió.

— Es un amor.

— Te mereces algo así de bonito, nunca menos.

Sonrió encantada.

El teléfono comenzó a sonar.

— Debe ser Sebas — le dije—. Será mejor que seas tú quien tome la llamada.

— Vale— caminó hacia donde estaba—¿Sí? — me senté frente a ella y quise observarla—. Perdón, es que fuimos a desayunar y se nos hizo tarde— asintió

—. Lo siento, Migo— sabía muy bien cómo ablandarlo—. Muy bien, cuando vengas te mostraré las fotos que tomé— hice una mueca—. Vale. Te quiero mucho— me miró—. Adiós.

— ¿Qué dijo?

— Que estaba preocupado.

— Llamó varias veces y quería llamarte al móvil, pero le dije que te diera tiempo. Que seguramente habían vuelto a casa tarde.

— Gracias.

— ¿Y cómo te fue? ¡Cuéntamelo todo!

Sin más, se sentó sobre el sofá para comenzar a hablar.

## Sebastian

El tiempo pasaba increíblemente rápido. Parecía que fue ayer cuando jugaba con Nicky al caballo. Sin embargo, al verla bajar por las escaleras con aquel vestido, me hizo sentir inmensamente feliz y a la vez, completamente asustado. Nuestra pequeña se había convertido en una hermosa mujer.

Las cosas con Dinna estaban bien. Aunque había estado a nada de mandarlo todo al carajo y terminar con la relación, tuvo que pasar lo de Nicole para darnos cuenta que en verdad nos queríamos.

No voy a negar que había veces que me molestaba saber que hablaba por teléfono con Johan. Y es que, aunque hablaban exclusivamente por cosas del equipo, yo sabía bien que ese imbécil seguía encantado con mi mujer. No lo culpaba, Dinna era hermosa.

Nicole había firmado para participar en la campaña de otoño de Luxury, una casa de modas de lujo. Dinna en un principio se había negado a darle permiso, pero yo había intervenido por mi pequeña. Además, sabía bien que sus tíos jamás la expondrían. Si le habían conseguido la campaña, era por algo.

Saber que dicha campaña se realizaría en Londres, Italia y Barcelona no me hizo nada feliz, pero no por Nicky. Sabía que el hecho de que Dinna fuera a España, significaba que posiblemente se encontraría con el idiota de Johan. Y es que, aunque confiaba en ella, no me gustaba imaginar a ese tipo cerca de mi mujer.

Dinna conocía bien mi sentir. De hecho, me incitó a pedir un permiso e irnos los cuatro, pero Emiliano estaba en medio de un proyecto súper importante en el colegio y no podía faltar. Así que me quedé con él y mis dos chicas viajaron.

Aquél día Rocco nos acompañó al aeropuerto. A él tampoco le hacía muy feliz saber que Nicky viajaría lejos y, sobre todo, que estaría rodeada de guapos modelos. Sin embargo, la apoyaba en todo lo que quería hacer y la campaña no fue la excepción.

Debo admitir que en un principio no me gustaba nada su relación, pues Rocco

era cinco años más grande y obviamente lo primero que venía a mi mente era que se aprovecharía de mi pequeña. Sin embargo, conforme pasaba el tiempo él demostraba ser un chico bastante centrado y, sobre todo, se notaba que estaba encantado por Nicole. Supongo que eso ayudaba a que me agradara un poco más.

— Bueno, es hora ... — dijo Dinna.

Nos habíamos apartado un poco de Nicky, Emiliano y Rocco.

— Cúidense mucho.

— Ustedes también — sonrió—. Extráñame mucho.

Asentí.

— Pórtate bien.

Me abrazó.

— Confía en mí.

— Lo hago, solo... no quiero tener que ir y partirle la cara a ... alguien.

Sonrió.

— Te amo.

— Yo también te amo.

Nos besamos y después nos acercamos para poder despedirme de Nicky.

Las vimos subir al avión y nos alejamos de ahí.

Vimos el avión partir desde una sala privada.

— Bueno, serán dos semanas largas— le dije a Rocco.

Asintió.

— Muy largas.

Lo miré.

— ¿Quieres acompañarnos a comer?

— Claro. Sería un placer.

Sin más, salimos de ahí y fuimos a comer a un restaurante bastante bueno. La tensión entre Rocco y yo había desaparecido casi por completo. Supongo que el hecho de que Emiliano y él se llevaran bien ayudaba muchísimo.

## Nicole

Ser el rostro de la campaña Luxury era algo muy bueno y para muchas chicas su mayor aspiración. La verdad es que me sentía muy afortunada. Realmente no era algo que yo buscaba, simplemente se me dio la oportunidad y quise tomarla.

Como obviamente no tenía ni idea de lo que debía hacer o no, mis tíos nos recomendaron a mi madre y a mí viajar antes de la fecha a Londres para "prepararme".

A Rocco dicho viaje no le hizo completamente feliz. Aunque se dijo contento de que tuviera dicha oportunidad y de ser el novio de la modelo más hermosa del mundo, me hizo saber que me extrañaría muchísimo.

Sería un viaje de dos semanas. Primero viajaríamos a Londres. Ahí con ayuda de mis tíos se iniciaría la campaña. Después viajaríamos a Italia y finalmente viajaríamos a España. Cuando los socios de mi madre supieron que viajaría a España, inmediatamente planearon un par de reuniones con ella. Mismas que se realizarían mientras yo posaba frente a una cámara.

El primer día fue fatal.

A penas había llegado a la zona de vestidores, todos comenzaron a murmurar sobre mí. Querían y necesitaban saber con quién me había acostado para conseguir la campaña. Algo que me molestó muchísimo. Después, cuando se enteraron de quién era mi madre y mis tíos, demeritaron "mi belleza". Incluso me llamaron gorda.

Pasamos tres largas horas frente a una cámara en una avenida de Londres, pues la idea de la campaña era mostrar que la marca hacía prendas cuyo estilo podía adaptarse tanto a la cultura de Londres como a la de Italia o España.

Si aquello fuera poco, tuve que pasar prácticamente todo el día con un maquillaje lo bastante cargado como para poder sentir que traía una máscara encima. Y es que, solo porque mis tíos me aseguraron que no me vería como un payaso en dichas fotos, no protesté a la hora en que la chica me resanaba el rostro.

— ¿Cómo va todo, preciosa? — preguntó Rocco del otro lado de la línea.  
— No sé en qué momento pasó por mi cabeza que esto sería buena idea.  
— ¿Tan mal está?  
— ¡Terrible! Todo mundo aseguró que me acosté con alguien importante para haber obtenido la campaña porque no soy tan linda ni tengo el cuerpo de una verdadera modelo. Soy gorda.  
— Por favor, ni siquiera vayas a creer semejante estupidez. Estás preciosa. Sonreí encantada.  
— Hoy terminamos con las fotos aquí en Londres, así que mañana viajaremos a Italia. Ahí estaremos solo dos días y después viajaremos a Barcelona.  
— Trata de llevar las cosas con calma y toma todo como un aprendizaje.  
— Trato de hacerlo, pero en verdad es difícil tratar a todos. Están demasiado adentro de su burbuja de cuerpos y rostros perfectos.  
Lo escuché reír.  
— Muchos de ellos esperan años por una campaña así y tú la obtuviste aun sin quererla. Es normal que te detesten.  
Hice una mueca.  
— Como sea. Debut y despedida.  
Lo escuché reír.  
— Te extraño demasiado, pelirroja.  
— ¿Qué tanto?  
— Trabajaré estos días en la tarde para quedarme todo el día contigo cuando vuelvas.  
Sonreí.  
— Eres un encanto.  
— Lo sé.  
Reí.  
— ¿Y tú qué has hecho? ¿Qué ha pasado?  
— Pues... en la uni todo va bien. Tengo un proyecto para fin de mes, pero trataré de hacerlo ahora que no estás. Me distraes mucho.  
— ¿Yo?  
— Sí. No puedo concentrarme en otra cosa que no sea tu carita toda preciosa.  
«¡Dios! ¡Lo amo!»  
— No te culpo, soy preciosa. Gorda, pero preciosa.  
— Por favor, no estás gorda. Eres un palo.  
— ¡¿Un palo!?!

— Un hermoso palo.

Reí.

— Lo sé. La verdad es que no entiendo cómo pueden llamar gorda a una chica talla tres. Es... estúpido.

— Lo es. Además, bueno fuera que todo se resumiera a una talla.

— Me alegro de tener un novio que todo el tiempo me dice que soy preciosa. De no ser así, habrían hecho trizas mi autoestima.

Río.

— Yo digo que dejes todo botado y regreses mañana mismo.

— Me encantaría, créeme que me encantaría, pero debo terminar con la campaña. Eso sí, te aseguro que no volveré a hacer algo similar.

— Y si lo hicieras, yo te apoyaría y te esperaría en casa impaciente por volver a ver tu carita toda preciosa.

Sonreí.

— Te adoro.

— Yo a ti, preciosa.

Miré mi reloj.

— Bueno, es hora de que cuelgue. Allá son las... ¿once?

— En realidad son las doce, pero no importa. Me moría de ganas de escuchar tu voz y saber que está bien.

— Lo siento, pensé que era más temprano.

— No te preocupes. Te adoro.

— Yo también. Descansa.

— Tú también, cariño.

Sin más, colgué.

## Dinna

Londres e Italia fueron una decepción para Nicky. Y no me refiero al país como tal, no. Nicole había viajado con la ilusión de que la campaña fuera genial, pero no fue así. Todos ahí la detestaban y no los culpaba, pues la mayoría había tardado años en llegar a una campaña así. Ella solo tuvo que convencerme para que firmara.

Después de todo aquello, estaba convencida de no volver a hacer nada parecido, lo cual a sus tíos les causaba una enorme decepción. Además, era evidente que extrañaba demasiado a Rocco.

Después de Italia viajamos a Barcelona, todo esto en un vuelo privado, lo cual no ayudaba en nada a las relaciones con modelos. A penas pusimos un pie allá mi móvil no paró de sonar ni un momento.

Las cosas con el equipo iban un poco mejor. La Sagra había empezado a ganar partidos y eso era bueno. Además, los problemas con ciertos jugadores respecto a cláusulas en sus contratos se habían terminado. Aunque eso trajo muchas pérdidas económicas al equipo.

Henry Abreu quien era una gran promesa del balompié era uno de los involucrados con el asunto de los contratos. Una cláusula del mismo indicaba que si el dueño, en ese entonces Jonathan, dejaba el equipo, Henry recibiría diez millones de euros, lo cual era una completa estupidez.

Desafortunadamente el contrato era legítimo y no hubo manera de echarse para atrás. Así que se le pagó su dinero.

Sin embargo, para esa fecha el contrato de Henry había terminado y se debía tomar una decisión: renovarlo o no.

— ¿Y cuánto vale? — pregunté en la que fue la primera reunión que tuve con mis socios, los cuales viajaron a Barcelona para reunirse conmigo mientras Nicole estaba con el asunto de la campaña.

— Treinta millones.

— ¿De dólares?

— Euros.

— ¡Oh, no! ¡Está loco! — dije al ponerme de pie—. Recién le dimos diez millones. No vamos a darle treinta más.

— Es lo que su agente pide para poder firmarlo de nuevo. Dice que hay otros equipos interesados en él, pero que antes de reunirse con ellos quería ver si nosotros estábamos interesados en firmarlo nuevamente.

— ¿Nos está haciendo el enorme favor de ver si le queremos dar nuestro dinero primero? ¡Gracias, es muy lindo de su parte!

— Dinna...

— No, nada de Dinna — le dije a Josué Casanova—. La cláusula del contrato fue una completa burla y lo que pide lo es aún más. Así que no—miré a Miguel Ángel—. Prepara la carta de agradecimiento y buenos deseos para con cualquier otro club.

— Claro.

Suspiré.

— ¿Sobre qué otra cosa debemos hablar?

Cuando el anuncio oficial se dio, la prensa y los aficionados se fueron contra mí. Todo mundo decía que el equipo lo necesitaba, que era un muy buen jugador. Además, se cuestionaba sobre mi buen juicio para tomar decisiones así. La verdad es que todo eso hubiera pasado inadvertido si Henry no hubiese abierto su gran bocota.

— Mamá...

— Pasa, cariño.

— Hay algo que deberías ver...— dijo Nicole al mostrarme la noticia en su móvil.

**“ Henry Abreu habla sobre el término de su contrato.**

**Debo decir que me siento muy triste y hasta cierto punto decepcionado. La Sagra es un gran equipo y podría ser, sin duda alguna, el mejor del mundo. Sin embargo, su actual dueña, que al parecer no sabe mucho sobre futbol, ha decidido no firmarme para la siguiente temporada. Es una lástima, pero así son las cosas. Como deben saber hay otros clubs interesados en mí y yo estoy ansioso por demostrar de que estoy hecho”.**

## Sebastian

Cuando leí sobre las declaraciones de aquél tipo, me imaginé el tremendo lío que acababa de desatarse. Conocía a mi mujer y sabía bien que no iba a quedarse callada ni cruzada de brazos.

Al día siguiente de dichas declaraciones, los medios deportivos no hablaban de otra cosa. Fue entonces que se anunció una conferencia de prensa por parte de La Sagra.

A eso de las dos de la tarde, mi encantadora mujer apareció sentada detrás de la típica mesa que se ponía en dichos eventos. A su lado estaban Alfredo Mora, Romero Quintero y Emanuel torres quienes eran el director técnico y el presidente operativo y deportivo respectivamente.

— Agradezco el que estén aquí— aclaró su voz—. Como saben, se tomó la decisión de no firmar de nuevo al señor Henry Abreu, lo cual ha desatado un montón de declaraciones, afirmaciones y chismerío en general— miró a su alrededor—. Como equipo no tendríamos por qué dar explicación alguna a los medios— «demonios»—, pero sí a nuestros aficionados— sonrió—. La situación del equipo no nos permite firmar al señor Abreu para esta temporada pues no tenemos los treinta millones de euros que pide— «¿Treinta?»—. Como sabrán, cuando Jonathan Caribe aún era dueño de La Sagra, firmó al señor Abreu. En dicho contrato había una cláusula que estipulaba que, si el señor Caribe abandonaba el club, el señor Abreu recibiría diez millones de Euros, los cuales le fueron entregados— el asombró de todos ahí se hizo presente—. Desembolsar cuarenta millones en un jugador no es algo que podamos permitirnos. No los tenemos. La Sagra no es aquella máquina de dinero que ustedes creen. Los últimos años no se ha ganado nada importante, ni siquiera teniendo en sus filas al señor Abreu— «golpe bajo, nena»—. De todo corazón agradecemos lo mucho o poco que nos brindó el señor Abreu y le deseamos lo mejor con su siguiente club, cualquiera que sea. Seguro que habrá muchísimos que estarán dispuestos a pagar dicha cantidad por una PROMESA— hizo hincapié— del balompié. Buenas noches.

¡Esa es mi chica!

— Hola, cariño— dijo del otro lado de la línea.

— ¿Cómo está mi encantadora y enérgica mujer?

La escuché reír.

— Creo que bien, ¿y tú?

— Pues... bien. Hoy fui la sensación en la agencia.

— ¿Por qué?

— Bueno, tengo una mujer con los pantalones bien puestos...— la escuché reír

— o eso dijeron en la agencia. Bueno, en realidad nano usaron la palabra "pantalones", pero admiraron tu coraje.

— ¿Crees que fue demasiado?

— Creo que lo merecía. Nadie se mete con mi chica y sale bien parado.

— No sabes lo mucho que me molesté cuando dijo que no sabía nada de futbol

— se mofó—. Por dios, yo estaba al frente del mejor equipo de España mientras él aún comía plastilina en el jardín de niños

Reí.

— ¿Qué edad tiene?

— ¡Veintitrés!

— ¡Joder! Veintitrés años y dice valer treinta millones. El futbol realmente apesta.

— Perdón, señor "pitcher que vale trecientos millones".

Reí.

— De acuerdo, son solo celos. Me gustaría valer, aunque sea cinco.

— Vales mucho más. Eres el esposo de la increíble empresaria Dinna Marshall.

Reí.

— Eres increíble, te echo de menos.

— Yo también — dijo al suspirar—. Hoy Nicole ha ido a la fiesta que ofreció la marca y Mónica me pidió la noche libre. Así que estaré sola.

— ¿Cuándo volverán?

— Mañana mismo.

— Iré por ti.

— Estaré encantada.

— Le diré a Rocco, seguro que también quiere ir.

— ¿Rocco? — preguntó divertida— ¿Ya no es "ese tipo"?

— El viernes pasado volví más tarde porque tenía una reunión. Así que solo pasé a recoger a Emiliano y lo traje a casa. Estuvo jugando en línea con Rocco y cuando le dijo que estaba solo, éste pasó por él y lo llevó a comer pizza.

— Fue un gran detalle...

— Lo sé. Así que lo invitamos el domingo a comer y la pasamos bien. ¡Adora a Nicky!

— Y ella lo adora a él. Solo porque hoy tenía que ir a la dichosa fiesta, si no estoy segura de que estaríamos viajando para allá. Cuenta las horas para verlo.

Sonreí.

— Yo hago lo mismo. Ya quiero que vuelvas.

— Te amo.

— Yo a ti, preciosa.

Después de decirnos mil y un cosas demasiado lindas colgué.

En verdad la extrañaba.

## Dinna

Cuando colgué con Sebastian acomodé la sala de estar y me preparé para subir a mi habitación. Sin embargo, llamaron a la puerta y al no estar Mónica fui yo misma a abrir.

— Johan..., ¿qué haces aquí?

— ¿Puedo pasar?

Aclaré mi voz.

— Claro.

Entró, cerré la puerta y se deshizo del abrigo.

— Siento venir a esta hora, pero... tenía que hablar contigo.

— ¿Sobre qué?

— Sobre todo— negó—. Lamento lo que provoqué con el beso del otro día.

Sé que te causé problemas y ... — suspiró—. Amo lo que estoy haciendo, pero si te causo problemas... creo que lo mejor es que renuncie.

— Johan...

— Sé que no me pedirías tal cosa, por eso mismo yo vengo a ofrecértelo. Solo debes decir que sí y listo.

Negué.

— Escúchame...— suspiré—. Sí, la verdad es que me trajo problemas lo que sucedió, pero ya está. Las cosas con Sebastian de nuevo están bien.

— ¿Lo están?

— Sí. Él está ansioso por verme y yo también. Nos amamos.

Asintió.

— Supongo que no le hace feliz que trabajemos juntos.

— Tal vez no, pero es un tipo demasiado maduro. Y, sobre todo, confía en mí

— suspiré—. Agradezco el que vinieras hasta acá para ofrecerme tu renuncia, pero no es necesario.

— Yo lo único que quiero es verte bien y verte feliz. Siempre he querido eso.

— Lo sé y te lo agradezco.

— Cuando supe que vendrías...— suspiró—. Necesitaba decírtelo.

Sin más, lo abracé.

— Eres un gran amigo— sonrió— ¿Quieres café o algo?

— Café estaría perfecto.

## Nicole

La fiesta de la marca fue un asco. Fui ignorada prácticamente toda la noche.

— Ya vine...—dije del otro lado de la puerta de la habitación de mi mamá—

¿Puedo pasar?

— Adelante.

Mi madre ya estaba dentro de la cama.

— Volví tan pronto como pude.

— ¿Cómo estuvo todo?

— La fiesta estuvo bien, solo que nadie ahí quiso prestarme atención siquiera un momento.

Negó.

— Descuida, son unos idiotas.

— Lo son. — suspiré— ¿A qué hora volamos mañana?

— A la una.

— Genial, prepararé mis cosas de una vez. No tengo nada de sueño.

— Descansa. Te quiero.

— Yo a ti— dije al besar su mejilla.

Una vez en mi habitación le llamé a Rocco para ponerlo al tanto y avisarle a qué hora volaríamos. Después me puse a alzar la mayoría de mis cosas.

Al día siguiente cuando bajé a desayunar, mi madre estaba sentada frente a la barra leyendo el periódico mientras movía la cabeza en forma de rechazo

— ¿Qué pasa?

Sin más, me entregó el ejemplar.

En él había una foto de Johan fuera de nuestra casa. En la siguiente mi mamá estaba parada en la puerta frente a él y le sonreía. En la tercera se le veía entrar a la casa. En la última, a Johan se le veía salir y abordar su auto.

**“ Y al parecer las cosas entre la empresaria Dinna Marshall y el ex jugador de La Sagra, Johan Cissé están que arden. Ayer, mientras la hija de la empresaria asistía a la fiesta que la marca para quien posó, el ex**

**jugador visitó a su actual jefa. Una fuente cercana nos contó que el ama de llaves de la empresaria tampoco se encontraba, por lo que los tortolitos tuvieron la casa para ellos solos. El jugador abandonó la casa una hora y media después.**

**Además, el divorcio entre la empresaria y su actual pareja parece eminente después de las fotos publicadas por los medios. Otra fuente cercana, asegura que, su todavía esposo se ha mudado...”**

— ¿Qué demonios? —le pregunté.

— Ayer vino Johan a platicar y ... —negó— ¿Yo cómo iba a saber que un periodista merodeaba?

— ¿Lo sabe Sebastian?

— Allá es medianoche aún.

Después de desayunar subimos a nuestras respectivas habitaciones. Mi madre no veía la hora en que en México amaneciera para llamarle a Sebas.

## Sebastian

Lo primero que vi mientras desayunaba fue la noticia.

Nuevamente Johan.

¿Qué demonios le sucedía a Dinna?

Estaba por vaciar mi café sobre el fregadero cuando el teléfono fijó comenzó a sonar.

— ¿Si?

— ¿Sebas?

Era Dinna.

— ¿Qué sucede?

— ¿Podemos hablar?

— ¿Sobre qué? ¿Sobre la visita de Johan de anoche?

— Lo leíste ya...

— Sí, lo hice.

— No es lo que los medios dicen. Johan solo vino a ...

— Dinna, por favor.

— ¡Tienes que escucharme! — negué—. No hay nada entre él y yo— suspiré

—. Debes creerme.

— Dinna...

— ¡Dime que me crees!

Miré hacia el periódico una vez más.

— La verdad no— suspiré—. No puedo creer que entre ustedes no haya nada.

Un silencio se formó entre nosotros.

— Sebas...

— Creo que lo mejor es que nos separemos un tiempo.

— ¿Qué?

— Me mudaré, Dinna.

Escuché tragar el nudo en su garganta.

— ¿Estás seguro?

— Me llevaré solo mi ropa y hablaré con Emiliano— suspiré—. Debo colgar.

Y sin esperar a que dijera más terminé la llamada.

Era lo mejor.

No pude desayunar, no tenía apetito. Subí a la habitación y comencé a meter mi ropa en una maleta.

— Papá, ¿qué te parece si...? — miró a su alrededor— ¿Qué sucede?

«Demonios, campeón.»

— Pasa, siéntate. Tenemos que hablar.

Con algo de dudas hizo lo que le pedí.

—¿A dónde vamos?

Negué.

— Iré a casa de tu tía Regina un tiempo— suspiré—. Tu mamá y yo vamos a separarnos.

— ¿Qué? ¡No!

— Hijo...

— ¡Ya estaban bien! ¡Dijeron que seríamos una familia!

—Somos una familia. Yo siempre seré tu padre, Dinna tu madre y Nicole tu hermana, pero mamá y yo ya no seremos esposos.

— ¿Es por lo que pasó con Johan?

Negué.

— Es porque necesitamos darnos un tiempo.

— ¿Ya no se quieren?

— Yo adoro a tu madre y estoy seguro que ella a mí. Solo que... las parejas a veces necesitan separarse.

Bajó la mirada.

— No quiero que te vayas— dijo antes de romper a llorar.

—No llores, campeón.

Lo abracé fuertemente y dejé que llorara entre mis brazos. Si el perder a Dinna me dolía, el ver sufrir a Emiliano por dicha decisión me mataba.

## Rocco

El viaje de Nicole me hacía sentir como un adolescente. Todos los días contaba las horas para recibir su llamada y saber sobre su día. Para poder escuchar cuanto es que me extrañaba. Y es que, a decir verdad, mis días sin ella cerca eran totalmente diferentes. Eran... aburridos. Ansiaba ver y abrazar a mi pequeña. Aspirar su preciado aroma.

— ¡Wow! — dijo mi padre al cruzar la puerta—. Domingo, siete de la mañana... ¿acabas de llegar?

— No — dije al beber un poco de leche—. Hoy regresa Nicky e iré a verla.

— Con razón estás tan contento — dijo mi madre que venía detrás de él—. Pensé que en cualquier momento enloquecerías.

Sonreí.

— A decir verdad, no me gusta mucho esa niña — dijo mi padre.

— ¿Por qué no? — preguntamos sorprendidos.

— No lo sé. Me parece demasiado... superficial. Ella y su familia.

— Es que no la conoces — aseguré—. Nunca estás en casa. No has podido tratarla — dije molesto—. Es encantadora.

Rodó la mirada.

— Si no la veo, salúdala de mi parte — dijo mi madre.

— Lo haré. Aunque lo más seguro es que vengamos en la tarde. Las cosas en su casa no están de la mejor manera.

— ¿Por las fotos? Leí que se van a separar — dijo —. Un divorcio es muy difícil de llevar, sin importar la edad.

Asentí.

— No he hablado bien con Nicky al respecto, pero sé que todo es complicado.

Negó.

— Apóyala tanto como puedas.

Asentí.

— Te espero arriba — le dijo mi padre—. Me daré un baño, porque dudo mucho que tu hijo quiera saber que opino al respecto.

— Claro, te alcanzo enseguida— dijo mi madre.

Sin más, mi padre subió.

— No le hagas caso. Ya sabes cómo es.

— Exactamente por eso me molesta, porque lo conozco— negué—. Nunca está en casa y no la conoce. No debería juzgarla.

— Olvídalo, ¿sí? Tiene demasiado trabajo.

— Sí, pareciera que esto es solo un hotel a donde llega a dormir a veces.

Negó.

— Anda ya, sigue desayunando y luego ve por Nicky. Seguro que está igual de ansiosa por verte.

Sonreí y le di un beso en la mejilla.

— Descansa.

Sin más se marchó a su habitación.

La verdad es que no entendía cómo era posible que mi madre no dijera nada respecto a las pocas horas que mi padre nos dedicaba como familia. Ni siquiera a ella le dedicaba tiempo. No era un secreto que mi padre solía “socializar” con otras mujeres, en su mayoría enfermeras. Sin embargo, mi madre así lo quería y lo aceptaba. El resto no podíamos opinar.

Nicole me mandó un mensaje poco antes de las nueve de la mañana para avisarme que estaba en casa y yo le respondí que iba de camino.

Cuando llegué ahí fue su madre quien me abrió la puerta.

— Señora— besé su mejilla—, ¿cómo está?

— Pues... creo que bien— hice una mueca y me dejó pasar. —. Gracias por lo de la pizza.

— Sin problema, Emiliano me cae bien y nos divertimos juntos.

Sonrió.

— Rocco, ¿eres tú? — preguntó Nicky mientras bajaba las escaleras con prisa y yo me acercaba.

Sin más, tres escalones antes del final, se lanzó hacia mí y yo la cargué para después dar vueltas con ella en brazos.

— ¡Te extrañé tanto! — dijo al abrazarme.

— Yo a ti, preciosa.

Sin más, nos besamos. Después fuimos conscientes de que su mamá nos veía.

— Lo siento— dije al apartarme un poco de ella—. Fue la emoción.

Su madre sonrió.

— Por mí no se detengan — dijo al alzar ambas manos—. Estaré en mi

habitación deshaciendo mi maleta.

— ¿No almorzaremos? — preguntó Nicky.

— Cierto— miró su reloj— ¿Nos acompañas, Rocco?

— Claro.

Asintió.

— Iré a cambiarme y a apresurar a Emiliano.

Nicole asintió.

Una vez que escuchamos la puerta de su habitación cerrarse, Nicky se colgó de nuevo a mi cuello y nos besamos.

— Extrañaba tus besos.

— Yo extrañaba todo de ti.

Sonrió encantada.

— Nosotros beso y beso y tu mamá ahí.

— Por favor, no me digas que te da pena.

— No, pero me refería a... tu papá.

Suspiró.

— No fue al aeropuerto por nosotros como había quedado—negó—. Se van a separar.

— ¿Tanto así?

Asintió.

— La llamó para decirle que lo mejor era que se separaran un tiempo porque no confiaba del todo en ella.

— Uy, ¿y tú mamá cómo lo tomó?

— De la única manera en que podía tomarlo, le dijo que estaba bien.

Asentí.

— ¿Y tú? ¿Cómo te sientes al respecto?

— Triste—se alzó en hombros—, pero no puedo hacer nada.

— Solo apoyar a tu hermano. Lo va a necesitar.

— Sebas habló con él y le dijo que se separarían. Emiliano estaba como enojado con mi mamá porque cree que es por lo de Johan. Y sí, pero... las cosas ya de por sí son complicadas para mi mamá como para que además deba agregarle el mal humor de Emiliano.

— Si puedo, al rato hablo con él.

— ¿Lo harías?

— Claro, ¿por qué no?

Se abrazó a mi cuello.

— Eres el mejor novio del mundo.

— Lo sé— dije al besar su nariz—. Y tú eres muy afortunada de tenerme.  
Sonrió y me besó de nuevo.

— Me muero de ganas por hacerlo— dijo con un tono de voz más bajo y  
mordiéndose el labio.

Sonreí.

— ¿Intentas seducirme?

— ¿Está funcionando?

— Totalmente.

Nos besamos de nuevo.

— ¡Eugh! — dijo Emiliano al bajar.

Sonreímos y nos apartamos

— ¿Ya estás listo, feo? — le preguntó Nicole.

— Ya.

— Voy por algo para taparme— dijo Nicky—. No tardo.

Cuando ella subió yo me quedé a solas con Emiliano.

Nos miramos.

— ¿Cómo vas con lo de tus padres? ¿Cómo te sientes?

Se alzó en hombros.

— Se van a divorciar — dijo.

— Eso sucede a veces.

— ¿Tus papás están divorciados?

— Ahora no, pero hubo un tiempo en que se separaron— hice una mueca—.

Es complicado, pero son cosas que hacen los adultos.

Asintió.

— Mi mamá tiene la culpa.

— No es así— me miró—. La culpa es de ambos, así funcionan los  
matrimonios— hizo una mueca—. Tú no debes ponerte del lado de nadie.

— ¿No?

— No. Los dos son tus papás y seguro que prefieren separarse a que los veas  
pelear. ¿Preferirías que se quedaran juntos y no se llevaran bien?

— No...

— Solo... piensa en que nunca dejarán de ser tus papás.

Asintió.

— Además, te irá bien— añadí—. Son dos regalos de cumpleaños, de  
navidad...— sonrió—. Será divertido.

— Supongo que sí.

Sonreí.

— Tu hermana y yo estaremos para apoyarte. Sobre todo, Nicky pues vive aquí.

— Gracias.

Le guiñé.

Segundos después escuchamos a su mamá y a Nicky bajar.

Nos marchamos a almorzar.

## Nicole

## Un mes después ...

Ver mi rostro en algunos promocionales en los centros comerciales era algo a lo que no iba a acostumbrarme fácilmente.

Pasaron un par de semanas cuando se hizo la presentación de la campaña y con ello una fiesta por lanzamiento. A la cual fui con Rocco y mis padres.

A pesar de que Sebas llevaba tres semanas viviendo en casa de mi tía Regina, cuando les pedí me acompañaran a la dichosa fiesta no tuvieron problema en hacerlo juntos.

Emiliano era enemigo de todo eso, así que ese día prefirió quedarse en casa a jugar videojuegos mientras comía pizza. Estaba segura de que Rocco hubiese preferido hacer lo mismo, pero terminó acompañándome.

Apenas llegamos fuimos fotografiados. Instantes después mi madre fue abordada por bastante gente mientras Sebastian se concentraba en el banquete y evitaba a toda costa a las personas. Él era así, totalmente ajeno a las cámaras.

Aunque Rocco estuvo a mi lado casi todo el tiempo, cada que podía, aprovechaba para librarse y alcanzar a mi padre. En más de una ocasión los observé platicando y riendo. Definitivamente nada de eso era lo suyo.

— Ahí estás...— dijo Rocco al pararse a mi lado—. Pensé que había perdido a mi encantadora novia.

Sonreí.

— Estaba por ahí, perdida con un modelo.

— ¿Le ayudabas a retocarse el maquillaje? Porque evidentemente todos aquí son gay.

Reí.

— No seas mentiroso.

— Cariño, no se necesita ser un experto para saber eso.

— Claro que no son gay.

— Vamos a observarlos para que te des cuenta.

Me crucé de brazos y comencé a mirar.

— El chico de azul busca desesperadamente llamar la atención del chico de café.

— El de café estuvo en Italia conmigo. Es una diva.

Sonrió.

— El de gris lleva horas hablando con el “señor pantaloncillos cortos” y aprovecha cada oportunidad para tocarlo.

Río.

— Señor pantaloncillos cortos... Solo a ti se te ocurren esas cosas.

— Ve.

Hice lo que pidió y observé demasiada complicidad.

— Ok, tal vez con ellos tengas razón.

— Allá sobre la barra hay otros.

Miré hacia la barra y mientras uno de los chicos le entregaba una copa al otro... recordé.

— Alonso...

— ¿Cómo?

Lo miré.

— Fue Alonso.

— ¿De qué hablas?

Negué.

— Él fue quien puso algo en mi bebida.

— ¿Estás segura?

Asentí.

— Yo estaba parada junto a la barra con mi vaso cerca y... estaba distraída platicando con su amigo. Me preguntó algo sobre La Sagra y sentí como un empujón a mi lado. Cuando volteé, Alonso tenía mi vaso en la mano...—negué

—. Inmediatamente me preguntó si era mi cerveza y le dije que sí. Él dijo que había perdido la suya y se apartó dejándolo ahí ... — ¿cómo pude haber sido tan tonta? —. No le dije nada. Seguí tomando mi cerveza y hablando con su amigo, pero después comencé a sentirme mareada y quise ir al baño...

— Cariño, ¿estás segura?

Asentí.

— Cuando salí del baño me sentía muy mareada y Alonso estaba ahí. Me preguntó si me sentía mal y le dije que sí. Le dije que quería irme a casa ...—

negué—. Me dijo que me recostara un momento y ... entramos a la habitación — intentaba recordar—. Había una chica ahí, estaba esperando el baño y se acercó a verme...— lo miré—. No recuerdo nada más hasta que desperté en la habitación del hospital.

— Le hablaré a tu padre — dijo al apartarse con prisa.

¿Cómo había sido tan estúpida? ¿Por qué había olvidado todo?

Busqué a mi madre con la mirada y la encontré al fondo hablando con Rocco y mi padre. Después, vi a Rocco salir con prisa mientras mis padres se acercaban a donde yo estaba.

— ¿A dónde va Rocco? — pregunté angustiada.

Ambos se giraron.

— No sé...

— Va por Alonso— le dije a mi papá—. Tienes que detenerlo.

Sin decir nada más, lo vi salir corriendo de ahí.

— Vámonos de aquí— dijo mi mamá—. Debemos llamar a tu tía Regina.

## Rocco

¡Claro que fue ese imbécil! ¿Cómo carajos no se me vino antes a la mente? El idiota ya había intentado aprovecharse de ella una vez, pero ponerle algo en la bebida era enfermizo.

— ¡Rocco! — gritó el padre de Nicole a mi espalda— ¡Rocco!  
Cuando me giré lo vi correr hacia mí.

— ¿Qué?

— ¿A dónde vas?

— A romperle la cara a ese imbécil.

Negó.

— No puedes hacerlo.

— ¡Claro que puedo!

Puso su mano sobre mi hombro.

— No puedo permitirlo— dijo alzando la voz— ¿Crees que no quiero hacer lo mismo? ¡Claro que quiero! pero necesitamos hacer las cosas bien para que puedan encerrarlo— negué—. Te juro que vamos a encerrarlo.

— Sé que lo hará, pero eso no impedirá que le parta la cara.

— No puedo permitir que lo hagas.

— Por eso va a llegar poco después de que empiece a golpearlo y antes de que lo mate— dije al subir a mi auto—. Estarán en un lote baldío a atrás del parque Lincoln.

Sin más, cerré la puerta y puse el auto en marcha.

Por el retrovisor lo vi correr hacia su auto mientras hablaba por teléfono. Por mi cuerpo recorría una energía que siempre trataba de dejar a un lado.

¡Me conocía!

Cuando llegué al lote a la primera persona que vi fue a Donald. Estaba con Edna.

— Rocco— dijo al apartarse de él—, ¿qué haces aquí?

— ¿Han visto a Alonso?

— Sí, está allá — dijo Edna al señalar— ¿Por qué?

— Guarda mis cosas— dije al entregarle mi cartera y mi móvil a mi hermana.

— ¿Por qué?

— Tú— señalé a Donald—. Cuida mi espalda.

Caminé hacia donde Alonso estaba y apenas me vio se apartó un poco del auto con cierta arrogancia. Sin decirle ni una sola palabra le di el primer golpe justo en el centro de su estúpida cara. Trató de regresarme el golpe, pero lo esquivé y logré impactar mi puño en su rostro dos veces más.

Después se fue al piso.

— ¡Rocco! — gritaba Edna a mis espaldas mientras tres tipos intentaban sujetarme. En verdad que esos tipos le estaban casi salvando la vida a aquel imbécil.

Cuando lograron separarme de él, Rony quien era el que organizaba las carreras, se interpuso entre ambos.

— ¿Qué demonios sucede? — preguntó.

— ¡No lo sé! — dijo Alonso al ponerse de pie y escupir sangre—. Ese imbécil llegó a golpearme.

— Tú fuiste quien le puso algo a la bebida de Nicole— le dije mientras intentaba zafarme—. Nicole se acuerda de todo.

Alonso negó y cuando pensé que estaba por decir algo se echó a correr.

Con fuerza me zafé de aquellos tipos y corrí detrás de él. Varios metros adelante alcancé a tomarlo de la camisa y jalarlo directo hacia el piso. Una vez ahí, me puse sobre él y le di un par de golpes más.

— ¡Basta! — gritó el padre de Nicole al jalarme y ponerse frente a mí—  
¡Basta!

Me puse de pie.

Había llegado en el momento indicado.

— Eres un maldito perdedor— le dije a Alonso mientras lo miraba sangrar en el piso.

Tres personas se acercaron y mostraron sus placas, fue entonces que todos los presentes comenzaron a correr.

— Están detenidos — me dijo un tipo—. Ambos.

Asentí.

— Yo no hice nada — dijo Alonso—. Ese imbécil me atacó.

Y justo cuando me señaló lo pateé de nuevo.

— ¡Basta, Rocco! — gritó el padre de Nicole.

Negué.

— Súbanlo a una patrulla — dijo el tipo que parecía a cargo.

Un chico más joven me puso las esposas y me hizo subir.

— Vas a pagar una multa por alterar el orden público.

— Sí, como sea.

Asintió y cerró la puerta.

Después pusieron el auto en marcha.

## Sebastian

El que Nicole recordara fue algo que nadie esperaba.

Cuando vi a Rocco poner el auto en marcha, inmediatamente llamé a Regina y le expliqué lo sucedido. En la mirada de Roderick podía ver la furia y sabía bien que no mentía. O llegaba a tiempo o iba a lamentarlo.

Conduje como un completo demente mientras pedía al cielo que cualquier cosa retrasara a Rocco. Que yo pudiera llegar a tiempo.

Cuando bajé del auto vi a un montón de gente reunida formando un círculo y después escuché asombro. Entre empujones y más logré llegar al centro y lo vi. Rocco estaba sobre él y no paraba de golpearlo.

—¡Basta! — gritó al acercarme y pararme frente a él — ¡Basta!

Se puso de pie

— Eres un maldito perdedor — le gritó.

Alonso permanecía sobre el piso sangrando.

Escuché a alguien acercarse, era el agente Bustamante y sus dos compañeros.

Cuando mostraron sus placas todos comenzaron a correr.

— Están detenidos — dijo Bustamante—. Ambos.

Rocco asintió y levantó las manos.

— Yo no hice nada — dijo Alonso al señalar a Rocco—. Ese imbécil me atacó.

Entonces Roderick lo pateó de nuevo

— ¡Basta, Rocco! — grité.

Negó.

— Súbanlo a una patrulla — dijo Bustamante.

Jason le puso las esposas y lo hizo subir al auto.

— A él también — dijo Eithan al señalar a Alonso.

— ¡Yo no hice nada!

Me acerqué a él.

— ¿No hiciste nada? — le pregunté furioso.

— Cálmate, Sebas — me dijo Eithan—. Vamos a hacer las cosas bien.

— Será mejor que las hagas bien, Bustamante — le dije—. Porque si lo veo

fuera, entonces me olvido para quién trabajo.

— ¡Me está amenazando! — gritó Alonso— ¿Lo escuchó? — le preguntó a Eithan.

— Cierra la maldita boca — le dijo Eithan—. Agradece que el agente Alcántara es demasiado recto— lo miró—. Yo en su lugar te habría partido la cara o habría dejado que lo hiciera el otro tipo.

— Yo no hice nada...

— ¡Llévatelo de aquí, Jason! — gritó.

Sin más, Jason se acercó, lo ayudó a levantarse y le puso las esposas.

Me acerqué a Eithan.

— Lo siento, no debí...

— ¡No! No debiste hablarme así— me señaló—. Tú mejor que nadie sabes que soy un buen agente. Que todos los somos— asentí—. Y sobre todo sabes que jamás dejaríamos ir a un tipo como ese. Aunque no hubiera sido tu hija a la que atacó.

— Lo siento.

Asintió.

— Vamos a trasladarlo y tomaremos una declaración. Será mejor que lleves a tu hija pronto. No quiero darle tiempo a su abogado.

— Su padre es abogado.

— Entonces espero llegar a la agencia al mismo tiempo que tú.

Sin más, caminó hacia su camioneta y la puso en marcha.

Edna y otro chico esperaban detrás de mí.

— ¿Qué va a pasar ahora? — preguntó ella.

— Tenemos que ir a la agencia y sacar a tu hermano de ahí— asintió—. Suban, los llevo.

Asintieron y no perdieron tiempo en hacer lo que les pedí.

Una vez que puse el auto en marcha le llamé a Dinna.

— ¿Sebas? — preguntó del otro lado de la línea— ¿Está todo bien?

— Necesito que lleves a Nicole a la agencia para que tomen su declaración.

— De acuerdo, vamos para allá.

Sin más, colgué y seguí conduciendo.

## Nicole

— Era Sebas — dijo mi madre al colgar—. Tenemos que ir a la agencia para que tomen tu declaración.

— ¿Te dijo algo de Rocco?

— No, pero seguro que está bien.

Asentí.

— Iré por algo para taparme— dije al subir a mi habitación.

Después de ponerme una chamarra y tenis bajé. Mi madre ya me esperaba en el auto junto con Emiliano.

De camino le llamé a Rocco.

Uno, dos, tres tonos...

— ¿Nicky? — preguntó una chica.

— ¿Quién habla?

— Edna.

— ¿Edna? ¿Qué haces con el teléfono de Rocco?

— Él me lo dio. Estamos en la agencia, tu papá nos trajo. Rocco está detenido.

— No me jodas.

— Ya llamamos a mi padre.

— Pero, ¿está bien? ¿le pasó algo?

— Nada, pero no puedo decir lo mismo de Alonso. Si tu padre no llega, seguro que Rocco lo mata a golpes.

— Voy en camino, cualquier cosa me llamas.

— Con cuidado.

Colgué y guardé el móvil.

— ¿Qué pasó?

— Rocco está detenido.

Negó.

— No te preocupes, tu papá no va a dejar que le pase nada.

— Es que...— suspiré—. Le puso una paliza a Alonso.

— No se merecía menos.

— Lo sé, pero no quiero que Rocco se meta en problemas con la policía o con

sus padres por mi culpa.

El teléfono de mi madre sonó y atendió. Yo me limité a mirar por la ventana.

Cuando llegamos a la agencia Edna, su mamá y Donald estaban ahí.

— Hola... — dije al acercarme.

Edna me abrazó.

— ¿Cómo estás? — me preguntó.

— Bien — miré a su mamá — ¿Ya les dijeron algo de Rocco?

— Tendrá que pagar una multa — dijo su mamá al abrazarme — ¿Cómo te encuentras?

— Bien...

— Me dijo Edna que recordaste lo que pasó.

— Sí y muy estúpidamente se lo dije a Rocco y... Bueno, ya saben.

— No te preocupes.

— Nicky — dijo mi madre a mi espalda —, tu papá necesita que vayas con él.

— Ve, cariño — me dijo la madre de Rocco —. Nosotros ponemos al tanto a mi hijo cuando salga.

— Gracias.

Caminé hacia donde estaba Sebas y mi madre.

— ¿Cómo estás, preciosa?

— Bien — negué —. Preocupada por Rocco.

— No te preocupes, solo pagará una multa. Ya me encargué de eso.

— Gracias.

— Van a tomar tu declaración, es importante que les digas todo.

— De acuerdo.

Asintió y con señas le llamó a otro agente.

— Por aquí — dijo al cederme el paso.

— ¿Ellos no entran?

— No. Ya eres mayor de edad y ... debo tomar tu declaración sola o en presencia de tu abogado.

— No es necesario — aseguré.

Asintió y me señaló donde tomar asiento.

Él se sentó frente a mí y encendió una grabadora.

— Soy el agente Eithan Bustamante y voy a tomar su declaración. Por favor, sea lo más clara posible y no me oculte nada.

— Claro.

Aclaró su voz

— ¿Cuál es su nombre?

— Nicole Wesner Marshall.

Anotó.

— ¿Edad?

— Dieciocho años.

El agente tomó mi declaración.

Me hizo muchas preguntas. Muchas de ellas repetidas, pero formuladas de diferente manera. Supuse que esperando me contradijera, pero no fue así.

Dijo que esa declaración se adjuntaría a la que me tomaron aquél día.

Cuando terminó de grabar, hizo pasar a mis padres.

— ¿Qué sucede?

Aclaró su voz.

— Escucha, Sebas— suspiró—. Hay un problema.

— ¿Cuál?

— Yo le creo a tu hija todo lo que me ha dicho, pero ante un juez...— hizo una mueca—. Jason tomó la declaración del tipo ese y no ha soltado nada.

— ¿Y?

— Mencionaste a una chica — me dijo—. Alguien que te vio entrar a la habitación con Alonso.

— Sí.

— Necesitamos que confirme esto.

Suspiré.

— Es que... no sé su nombre.

— ¡Vamos, Bustamante! ¡No me jodas!

— Vamos a hacer todo para retenerlo, pero su padre es abogado y sabes cómo es eso.

Sebas asintió.

— ¿Hay manera de dar con esa chica? — me preguntó.

— Supongo que Dinora debe saber quién es— dije—. Era su fiesta y su casa.

— Traíganme el nombre de esa chica. Yo veré cómo le hago para retenerlo más tiempo.

Sebas asintió.

— Vamos, te llevaré a casa de la chica— me dijo.

Asentí y junto con mi madre salimos de ahí.

## Rocco

Después de una breve declaración y pagar la multa me dejaron ir.

Mi madre, Edna, Donald y mi padre esperaban afuera.

— ¿Estás bien? — preguntó mi mamá.

Asentí.

— ¿Y Nicky? ¿Saben algo de ella?

— Su padre la llevó a casa de Dinora— dijo Edna—. Dice que había una chica que la vio entrar con Alonso a la habitación...

— ¿Y?

— La necesita como testigo.

Miré hacia el fondo del lugar y vi a Michael, el hermano de Alonso.

— Seguro que el padre de ese imbécil a ya está aquí.

— Sí, llegó hace un rato.

Negué.

— Váyanse a casa — le dije —. Yo esperaré aquí a Nicky.

— Pero...

— Por favor, mamá. Necesito quedarme.

— Tú no te mandas solo, Roderick— aseguró mi padre—. Bastante hemos hecho con venir a arreglar tus tonterías.

—Saúl...

— Es la verdad. Andar con esa niña solo le trae problemas.

— ¡Ni siquiera la conoces, papá!

— ¡Basta! — gritó mi madre —. Vámonos a casa para que descanses—le dijo a mi padre—. Deja que Rocco se quede.

Mi padre negó y se alejó molesto.

Hice una mueca.

— Yo las llevo — dijo Donald—. Después recojo mi auto.

— Gracias, Donald— le dijo mi madre y después me miró—. No te metas en problemas, Rocco.

— No — le di un beso en la mejilla—. Gracias, ma'. Te quiero.

Después de despedirnos se marcharon de ahí.

Pasé un par de horas sentado esperando a que Nicky llegara, pues mi móvil se había descargado y no había manera de comunicarnos. Cuando todo ocurría tenía la adrenalina a mil, pero ya me había relajado y ahora sentía la pesadez sobre mi espalda.

Cerré los ojos un rato y los abrí cuando escuché la voz de Nicky.

Inmediatamente me puse de pie y vi a su padre acompañar a una chica hacia una de las salas.

—Ahí estás — dijo al caminar hacia mí y abrazarme—. Estaba preocupada. Te llamé y no atendías.

— Mi móvil se descargó.

Negó.

— ¿Cómo estás? ¿No te lastimaron o algo?

— Estoy bien— acaricié su mejilla— ¿Y tú?

— También— me pegó en el hombro—. No vuelvas a irte así.

Sonreí.

— Te conozco y sabía que no me dejarías ir.

— Pues no, ¿qué tal que Alonso te pega?

— Por favor, ese imbécil ni siquiera sabe meter las manos.

— De todas formas— hizo una mueca—. No me gusta que te comportes como un salvaje.

Acaricié su mejilla de nuevo.

— Tenía que hacerlo.

Suspiró.

— Ya tomaron mi declaración, pero tuvimos que ir a buscar a una chica que...

— Me contó Edna — asintió—, pero quiero suponer que la encontraron.

— Sí. Primero fuimos a casa de Dinora y con ayuda de Facebook supo quién era y nos acompañó a su casa. Está declarando.

Asentí.

— Vas a ver que todo va a salir bien — la abracé y besé su cabello—. Me alegro que pudieras recordar.

— Yo también — negó—. Aunque me siento una tonta, ¿cómo no se me vino a la mente Alonso? si ya antes había pasado.

— Como sea, lo importante es que recordaste y que va a obtener castigo de una u otra forma.

En ese momento, su padre se acercó pues su madre hablaba por teléfono.

— ¿Qué le dijeron? — le preguntó Nicole.

— Están tomando su declaración, no creo que tarde mucho— Nicky asintió y

su padre me miró— ¿Qué tal tus nudillos?

Sonreí.

— Bien — los miré—. Inflamados.

Sonrió.

— Tienes un muy buen puño.

Reí.

— Gracias.

— ¡Papá! — reí nuevamente—. Yo lo estoy regañando por golpearlo y tú felicitándolo.

— Bueno, no puedo negar que tiene buen golpe.

— ¿Cómo para hacerte competencia?

Río.

— Ni un poco— dijo con arrogancia.

Reímos.

— Par de salvajes.

La abracé.

— Cuando acabe de dar su declaración hay que llevarla de regreso a su casa

— me miró— ¿Quieres que te llevemos a tu casa?

— De hecho, tengo que ir a recoger mi auto.

— Te pasamos a dejar, tengo que tomar reforma para la casa de esta chica.

— Se lo agradeceré.

Asintió.

— Iré a ver cómo van.

— Claro.

Se alejó de nosotros y un par de minutos después la chica salió acompañada del agente. Después de hablar con los padres de Nicky unos minutos, salimos todos juntos de ahí.

## Dinna

Era imposible no pensar en Nick en momentos así.

Con todo lo sucedido agradecía el que fuera Sebas quien estaba a nuestro lado, porque, aunque amaba Nicholas, una situación así hubiera sacado esa parte oscura que jamás me hubiera gustado que Nicky conociera. Y es que, si no le tembló la mano para ponerle una bala en la frente a un tipo que trató de hacerme daño y dos más a quien me puso una mano encima, no quería siquiera imaginarme lo que le habría hecho a Alonso al intentar algo contra su princesa.

El sonido del timbre me sacó de mis pensamientos y me hizo bajar a abrir la puerta. Sabía bien que Yolanda estaba planchando ropa y no me quitaba nada hacerlo.

— Hola— dijo Sebas con una mueca muy parecida a una sonrisa en el rostro.

— ¿Por qué tocaste? — lo dejé pasar— ¿Por qué no usas tu llave?

— No me parece correcto hacerlo si no vivo aquí.

Hice una mueca, pero me ahorré mis comentarios al respecto.

— Hablé con Bustamante.

— ¿Y? — pregunté al tomar asiento.

— Alonso confesó haberle puesto el Rohypnol en la bebida a Nicky, pero dejó bien claro que no abusó de ella.

— ¿Y? ¿Qué va a pasar al respecto?

Negó.

— Pues solo se intentaría abrir proceso por el delito de tentativa de violación, mas no por violación— se alzó en hombros—. Son dos años de prisión si se llega a probar algo, pero...su padre es abogado y dudo mucho que se llegue a tal cosa.

— ¡No puede salirse con la suya!

— Ya sé que no — dijo al llevarle ambas manos a la cabeza—. Te juró que no sé qué haré si ese imbécil no pisa la cárcel.

Hice una mueca y lo hice sentarse a mi lado.

— Relájate — dije al tomar su mano—. Ya veremos cómo se da todo.  
Negó y se puso de pie.

— Si ese imbécil se sale con la suya me voy a sentir culpable.

— Pero ¿por qué? Tú hiciste lo que tenías que hacer. Si las leyes no nos ayudan, veremos qué hacer.

— A lo mejor tenía que hacerle caso a Rocco y ...— negó—. Se pondrá furioso si ese maldito no va a prisión.

En eso tenía razón.

En ese momento escuchamos a Nicky bajar las escaleras.

— Hola, papi — dijo al darle un beso en la mejilla— ¿Cómo estás? — me miró— ¿todo bien?

Sebas negó.

— Le contaba a tu mamá que Alonso confesó haberte puesto algo en la bebida, pero debido a que no hubo violación, puede salir libre.

— No me jodas...

Asintió.

— Bustamante y los demás harán todo lo posible para conseguir, aunque sea dos años, pero se ve difícil. Su padre es un buen abogado.

Nicky asintió.

— Lo sé— hizo una mueca y lo abrazó—. No te preocupes, pasará lo que deba pasar.

— Me siento un completo inútil al no poder hacer nada.

— No es tu culpa.

— Pues se siente como si lo fuera.

Hizo una mueca.

— No quiero que te preocupes por eso—dijo al recargarse sobre su hombro.

— Rocco se enojará muchísimo.

Nicky asintió.

— Pues sí, pero no es culpa de nadie— suspiró— ¿Me prometes que vas a relajarte? No quiero que te haga daño.

Sonreí.

— Trataré.

— Debes prometerlo, Migo— le aseguró.

Sebas sonrió ligeramente y asintió.

— Te lo prometo.

Nicole le dio un beso en la mejilla.

— Te quiero mucho, papi.

— Yo a ti, princesa.

Nicky sonrió también.

— Estaré arriba. Será mejor que le cuente a Rocco de una vez.

— Cualquier cosa, te avisaré.

— Gracias.

Me dio un beso a mí también y después subió a su habitación de nuevo.

— Es toda una mujer— me dijo Sebas.

Asentí.

— Una muy sensata. Totalmente distinta a la madre.

Sonrió.

— Tú también lo eres...— lo miré—. No siempre, pero cuando se requiere.

Reí.

— ¿Hablaste con Regina?

— Sí. Se ha mantenido a tanto de todo. Confía completamente en Eithan.

— ¿Trabajan juntos?

— Ya no.

— Entonces supongo que es un buen agente como para que confíe plenamente en él.

— Es el mejor agente que conozco... y dormían juntos.

— Oh...

Sonreí y él negó.

— ¿Y Emiliano?

— Debe estar terminando de bañarse, fuimos al entrenamiento.

— ¿Qué te dijeron en el colegio? Hoy era cuando debías ir, ¿no?

— Sí. Me dijeron que últimamente está muy rebelde y les contesta a los profesores cuando le llaman la atención. Debes hablar con él.

Asintió.

— Ahorita subo.

En ese momento escuchamos a alguien bajar y pensamos que era Emiliano, pero era Nicky nuevamente.

— Ya hablé con Rocco.

— ¿Qué dijo? ¿Está molesto?

— Sí, un poco— hizo una mueca—, pero se le ha ocurrido una idea— se sentó en el sofá—: Él cree que esta no fue la primera vez que Alonso intentó algo así. Cree que lo ha hecho antes.

— Yo también — dijo Sebas—. Puedo asegurártelo.

— Él también. Así que cree que podríamos difundir los hechos en redes

sociales y tal vez encontremos a otra víctima.

— ¿Podemos hacer eso? — pregunté.

Sebas asintió.

— Claro que podemos — dijo con entusiasmo—. Llamaré a Regina y a Bustamante, pero me parece una muy buena idea.

— Si no encontramos a nadie ni modo, pero al menos lo intentaremos. Así Rocco y tú se quedarán más tranquilos.

Sebas asintió.

— Llamaré a tu tía. Por lo mientras quiero que busques un par de fotos de ese idiota en donde se le vea muy bien la cara.

Asentí.

— Iré por mi ordenador portátil.

## Sebastian

Lo que se le había ocurrido a Rocco me pareció excepcional. Si no encontrábamos a otra víctima, al menos la gente sabría lo que ese imbécil era capaz de hacer.

Después de hablar con Regina y con Eithan pusimos el plan en marcha. Ambos fueron muy claros: su abogado podría buscar que esas pruebas se desestimaran, pero al menos podíamos intentarlo.

Rocco fue a casa esa misma noche y juntos, logramos poner a circular la noticia.

La publicación estaba acompañada de tres fotos de Alonso y fue compartida inmediatamente por amigos de Nicole. Después por cientos de personas que no conocíamos, pero que no estaban de acuerdo en que "una basura así" anduviera libre.

Al día siguiente Dinna fue citada por los abogados del colegio, estos afirmaban que dicha publicación dañaba la imagen del colegio al ser mencionados, pero Dinna fiel a su manera de ser les dijo que le importaba un comino. Además, les dejó el nombre y teléfono de sus abogados para que discutieran legalmente cualquier asunto al respecto.

El buffet de abogados en el que trabajaba el padre de Alonso emitió una declaración también. En ella aseguraban desconocer los hechos y se deslindaron por completo del padre de Alonso asegurando que ya no trabajaba para la firma.

Además de muchas muestras de apoyo, la publicación trajo consigo a una chica que había sido drogada y violada en una fiesta. Ella tenía en su poder un par de fotos en las que aparecía Alonso y estaba segura que había sido él. Sin embargo, no tenía más pruebas.

Traté de conseguir todo el tiempo posible, pues sabía bien que, si Alonso era liberado, su padre lo sacaría del país y nada íbamos a poder hacer.

Fue entonces que apareció una chica.

Ella también había sido drogada y violada durante una fiesta. También había identificado a Alonso en el lugar pues la había estado molestando desde que había llegado, aun cuando ésta le había dicho que no estaba interesada en él. La única diferencia es que esta chica tenía una pequeña de año y medio, fruto de aquel suceso.

Al principio la chica no quería declarar pues para ese tiempo ella ya vivía con alguien que se hacía cargo de su pequeña y decía que dejar en el pasado aquello había sido muy difícil. Sin embargo, Nicole quiso hablar con ella y cuando lo hizo le preguntó si quería que su hija pasara por algo similar. Eso convenció a la chica de denunciar.

Para dicho proceso se necesitaban pruebas y una de ellas era una de paternidad. La chica había denunciado la violación y se tenía un registro, solo se necesitaba comprobar que Alonso era el padre de la pequeña para hundirlo. La chica no tenía dinero para dichos análisis y tampoco para un abogado que llevara el proceso, fue entonces que Dinna se ofreció a pagar todo lo que se necesitase.

Fue un proceso de varias semanas, mismas que Alonso pasó en detención preventiva.

Al final se demostró que esa pequeña era hija de Alonso y se pudo, finalmente, llevarlo a enfrentar una acusación por tentativa de violación y una más por violación.

Si todo salía conforme a lo esperado, Alonso pasaría en prisión de ocho a catorce años y su familia tendría que pagar una indemnización a la madre de la pequeña.

## Rocco

Fueron dos meses complicados, pero que valieron la pena. Estábamos a días de saber cuál sería la sentencia de Alonso.

Muchas veces me pregunté si no estaba buscando venganza más que justicia, pues debo aceptar que deseaba que Alonso se quedara preso muchos años. Y es que no podía perdonarle el que pretendiera dañar a Nicky.

Sus padres y los padres de la otra chica que fue víctima deseaban lo mismo, aunque hubiere comprendido si le deseaban la muerte.

Estaba en casa solo. Tenía poco que había regresado de la universidad. Martin andaba con Mariana y Edna había dejado una nota avisando que estaba de compras pues en dos semanas comenzaba la universidad. Mi madre estaba en el hospital al igual que mi padre y Samuel llevaba tres meses viviendo en provincia por trabajo. Esa tarde no vería a Nicole pues la pasaría en casa con su familia.

Acaba de entrar de nuevo a la casa después de fumarme un cigarrillo a pesar de que le había prometido a Nicole que dejaría de fumar, cuando llamaron a la puerta.

Me sorprendió ver ahí al padre de Alonso.

— ¿Qué quiere? — pregunté al entrecerrar la puerta.

— Debes detener todo —dijo con tono autoritario.

Sonreí.

— Eso no va a pasar.

— Por favor, no seas exagerado. Lo que Alonso hizo son cosas que hacen los chicos de su edad — negué— ¿Acaso nunca te ha gustado una muchacha demasiado como para...?

— ¿Para drogarla y violarla? No— hizo una mueca—. Y si usted es capaz de justificar lo que su hijo ha hecho, entonces tal vez usted también debería estar preso.

— A mí no me hables así, imbécil— dijo al señalarme.

— Yo le voy a hablar como me venga en gana— alcé la voz—. Si ha venido a pedir por su hijo, pierde su tiempo.

— No solo se trata de mi hijo, se trata de toda mi familia— dijo molesto— ¡He perdido mi trabajo por sus estupideces!

— Ha perdido su trabajo por intentar defender y encubrir a su hijo— dije en un tono bastante alto—. Y necesitaba encubrirlo por no poder educarlo.

— ¡A mí no me vas a decir cómo debo educar a mis hijos! — podía ver la furia en su mirada—. Mira que sé bien que la idea de hacer la estúpida publicación fue tuya.

— Sí, fue mi idea — al parecer no esperaba aquello—. No iba a permitir que su hijo se librara así nada más.

Negó.

— Un día te vas a arrepentir de todo esto.

— ¿Es una amenaza?

— Tómalo como quieras, pero te vas a acordar de mí.

— De acuerdo, pero mientras tanto quiero que se vaya de aquí— dije al erguirme frente a él—. No quiero tener que echarlo a la fuerza. Porque soy bueno para hacerlo, puede preguntarle a su hijo.

El tipo negó, me dio la espalda y abordó su auto. Después de mirarme con desprecio una vez más, se marchó.

Una vez que cerré la puerta pensé en llamarle al padre de Nicole y contarle lo sucedido para que estuviera al tanto. Sin embargo, el teléfono fijo comenzó a sonar.

— ¿Si?

— Rocco— era mi madre —, soy yo.

Se escuchaba alterada.

— ¿Qué sucede? ¿Qué tienes?

— Tienes que ir al hospital. Tu padre tuvo un paro cardiaco.

## Nicole

Fueron muchas semanas complicadas. Semanas de ir y venir. Semanas de recibir muestras de apoyo e insultos. Fueron muchos los días en que quise tirar la toalla y refugiarme en el castillo que mis padres me construirían si se los pidiera, pero todo estaba por llegar al final y eso me calmaba un poco. Era viernes y Sebas estaba en casa. Llevaba ya un par de meses viviendo con mi tía Regina, aunque lo veía prácticamente diario. Las cosas entre mis padres estaban cada vez mejor. Se les veía más tranquilos y eso me daba esperanza. Creía fielmente en que las cosas entre ellos terminarían arreglándose y estarían juntos de nuevo.

Estábamos jugando Hedbanz. Antes solíamos jugarlo mucho por parejas y era muy divertido. Sin embargo, mis intereses fueron cambiado y era raro que hiciéramos algo juntos. Llevábamos ya un par de horas jugando. Sebas y yo éramos equipo y les íbamos ganando a mi madre y a Emiliano, aunque debo decir que no se daban por vencidos tan fácilmente.

— Y... ¡Ganamos! —dijo Sebastian al anotar los puntos.

— No han ganado— dijo Emiliano—. Es trampa.

—Dijimos que era a cincuenta puntos.

— Ustedes hacen trampa—aseguró al cruzarse de brazos.

— G-a-n-a-m-o-s, hermanito.

Rodó la mirada.

— Hay que jugar de nuevo, pero hay que cambiar de parejas.

— ¡Ah! ¿Insinúas que yo soy la culpable? — le preguntó mi mamá.

— No..., pero para que sea más divertido deberíamos cambiar.

Reímos.

— Es un poco tarde— dijo Sebastian.

— Solo a diez puntos— insistió Emiliano.

Sebas hizo una mueca.

— Podemos pedir una pizza —dijo mi madre—. Así cenamos juntos.

Sonreí.

Sebas asintió.

— Bueno, pero solo a diez puntos.

— ¡Vale! — dijo Emiliano al comenzar a juntar las cartas—. Yo lo revuelvo.

— Y yo voy a pedir la pizza — dijo mi madre — ¿Mitad polinesia y mitad hawaiana?

Sebas y yo asentimos.

Jugamos una hora más.

A Emiliano y a mí nos tocó ser pareja y obviamente mi mamá y mi papá nos ganaron, algo que no dejó muy satisfecho a Emiliano. Sin embargo, nos divertimos mucho.

Después de una exquisita cena y una plática totalmente agradable, Rocco salió a tema y me di cuenta que eran casi las nueve de la noche y él no me había llamado desde la una de la tarde que había llegado a su casa. Supuse que había dormido toda la tarde pues en la noche iba a trabajar. De igual forma lo llamé. Uno, dos, tres, cuatro tonos...

— ¿Si?

— Hola, amor— le dije ante la mirada de mis padres — ¿Cómo estás? No he sabido nada de ti desde la una.

—Perdón, pequeña estoy en el hospital y no tenía cabeza para nada.

— ¿En el hospital? — mis padres me miraron— ¿Por qué? ¿Qué pasó?

— Mi papá tuvo un paro cardíaco. Estamos aquí desde las dos.

— ¿En qué hospital está?

— Torre medica del sur.

— Voy para allá.

— No vengas, pequeña. Te vas a aburrir.

— No vamos a discutirlo. Lo que tarde en llegar— dije al colgar.

Suspiré.

—¿Todo bien? — preguntó mi mamá.

— El padre de Rocco tuvo un paro cardíaco. Está en la torre medica del sur.

— Pero, ¿está bien?

— No lo sé— dije al ponerme de pie—. Voy a ir, están ahí desde las dos y estoy segura que Rocco no ha comido nada.

— No creo que tenga hambre— dijo mi madre—, pero no puede estar así.

Asentí.

— Te llevo y ahí te espero— dijo mi papá.

— Solo pasa a dejarme. Me quedaré con él.

— Pero, ¿cómo vas a regresarte?

— Con él.

— ¿Segura?

— Si no que me llame y yo voy— dijo mi mamá—. Tú trabajas mañana y no debes desvelarte.

Hizo una mueca.

— Bueno.

— Subiré a lavarme los dientes y ponerme zapatos.

— Mejor cámbiate de ropa— dijo mi mamá—. Llévate algo cómodo y tenis. También llévate suerte, cepillo de dientes...todo.

— Me llevaré una sudadera que Rocco dejó aquí. Estoy segura que no lleva suéter.

— Sí.

— No tardo— dije al subir las escaleras corriendo.

## Rocco

Estaba fumando fuera del hospital cuando vi el auto de Sebastian detenerse y a Nicole bajar de él. Rápidamente apagué el cigarro y caminé hacia ella.

Sin decir absolutamente nada, me abrazó.

— No tenías que venir, preciosa.

— Quería hacerlo— dijo al darme un beso.

Noté la mueca en su rostro cuando supuse notó el olor a cigarrillo.

— ¿Cómo está tu papá?

Suspiré.

— Tuvo un paro cardiaco como a medio día y lo internaron casi de inmediato pues estaba de turno. Supongo que fue algo grave porque está en coma inducido.

Hizo una mueca.

— ¿Les dijeron por qué sucedió o algo?

— Realmente no han dicho mucho— dije al sobar mis brazos.

Recién sentí el frío.

— Te traje una sudadera que dejaste en mi casa— dijo al sacarla de su mochila—. Póntela.

La tomé.

— Gracias, preciosa.

— ¿Comiste algo?

Negué.

— No tengo hambre.

— Son casi las diez, tienes que comer algo.

— No quiero.

— Debes hacerlo.

— ¡Que no quiero! — Nicky bajó la mirada—. Perdón— dije al hacer que me mirara—, no quise gritarte.

Negó.

—No te preocupes. Entiendo que estás alterado, pero debes alimentarte.

—No tengo hambre.

— No me importa, vas a comer— dijo antes de entrar al hospital y caminar directamente hacia la cafetería.

Cuando la vi alejarse, prendí otro cigarro.

Samuel me envió un mensaje para avisarme que venía en camino, pues vivía a seis horas en autobús de la ciudad.

— ¿Otro cigarro? — me preguntó Nicole al acercarse—. Toma, cómetelo— dijo al entregarme un emparedado.

Apagué el cigarro.

— ¿Vamos adentro? Hace frío aquí afuera.

Nicky asintió y entramos mientras le daba un par de mordidas a mi sándwich.

Mi estómago agradeció el alimento.

— Ya no te pregunté por tu mamá ni por Edna.

— Edna fue con Martin a la casa por unos documentos que se van a necesitar y mi mamá estaba adentro con un amigo de mi padre. Se puso mal hace rato. Se le bajó la presión.

— ¿Pero está bien?

— Sí. Gracias por preguntar.

— Mis papás están al pendiente por si necesitan algo.

— Gracias— dije al acariciar su mejilla—. Eres preciosa.

Sin más me abrazó.

Minutos después Edna y Martin llegaron. Martin salió nuevamente con el teléfono en mano. Inmediatamente Nicole fue a abrazar a Edna.

— Gracias por venir— le dijo mi hermana.

— Sabes que son importantes para mí.

Edna la abrazó de nuevo.

— Te quiero mucho.

— Yo a ti— Edna me sonrió— ¿Ya comiste algo?

— Sí, ahorita aprovechamos para comer algo— me miró—. Rocco es el que no ha comido.

— Ya comí — le dije —. Nicky me compró un sándwich.

—Ah, qué bueno.

Sin más, jalé a Nicky hacia mí y la abracé. Minutos después mi madre se acercó a donde estábamos.

— Señora ...— le dijo Nicky al acercarse y abrazarla.

—No te tenías que venir, cariño.

— Quería hacerlo— me sonrió—¿Necesita algo? ¿Comió?

Sonreí.

— Tú le quieres dar de comer a todo mundo.

—Pues sí...

— Comí como a las siete, pero ahorita no tengo hambre.

— Más tarde le compro algo.

— No te preocupes, cariño. Gracias.

Nicky asintió.

Una enfermera le llamó a mi madre con señas y ésta se alejó junto con Edna.

— Vamos, te llevo a casa— le dije—. Ya van a dar las once.

— Me quedaré contigo.

— No, pequeña. No es necesario.

— No vamos a pelear por eso. Ya te dije que me voy a quedar.

Sonreí y acaricié su mejilla.

— Te amo.

Sonrió.

— Yo también te amo— dijo al darme un pequeño beso.

Tal vez no era el mejor escenario para decirle "Te amo" por primera vez, pero era totalmente sincero.

— Vamos a sentarnos allá.

Asintió, me tomó de la mano y caminamos hacia la sala de espera.

## Nicole

Eran casi las doce cuando Samuel llegó. Llevaba un par de meses viviendo en el interior de la república por trabajo. Le habían avisado sobre el estado de padre a eso de las dos de la tarde, pero vivía a seis horas y tenía que esperar el horario de un autobús.

Rocco se paró apenas lo vio y se abrazaron.

— ¿Cómo está?

— En coma inducido.

Samuel hizo una mueca y me miró.

— Hola— me dio un beso en la mejilla—. Perdón, no te había visto. Vengo en modo *zombie*.

— No te preocupes.

— ¿Y mi mamá?

— La llamó una de las enfermeras.

— Voy a buscarla, ¿les puedo dejar mis cosas un momento?

— Claro.

Dejó una mochila sobre la silla y se marchó a buscar a su mamá.

— ¿Qué hora es?

Miré mi móvil.

— Doce treinta y siete.

Asintió.

— Voy a meter las cosas de mi hermano al auto y aprovecho para fumarme un cigarro.

Lo miré e hice una mueca.

— Solo uno. Lo prometo.

Sin que pudiera decirle nada, tomó la maleta de su hermano y lo vi caminar hacia la salida. Un par de minutos después su hermano volvió.

— Rocco llevó tus cosas al auto.

— Ah, gracias— me sonrió— ¿Desde qué hora estás aquí?

— Llegué como a las diez.

Asintió.

— A mí me avisaron a las dos, pero me salí del trabajo, fui a la casa por cosas y el autobús salía hasta casi las seis.

— Sí, me contó tu hermano que venías de camino. Supongo pediste permiso en tu trabajo.

— Mañana y el domingo descanso, si todo sale bien me regreso el domingo.

— Ya verás que sí.

Sonrió y después, un silencio incómodo se formó.

— Ya se tardó Rocco.

— Debe estar fumando.

Negó.

— De por sí fuma un montón, ahorita no me imagino.

— Según lo está dejando, pero no sé si creerle. Al menos cuando salimos no fuma.

— Ya es algo, antes parecía chimenea. Sobre todo, desde que Nevra...— sonrió— ¡Ups!

Reí.

— Sí, me dijeron tu hermana y tu mamá que desde que terminó con Nevra comenzó a fumar más.

— Pero si dices que no fuma cuando salen, espero que salgan diario.

En ese momento Edna se acercó a nosotros.

— Ahí estás, gordito.

Sin más, se abrazaron.

— ¿Cómo estás? — le preguntó.

— Pues... tan bien como puedo.

— Todo va a estar bien.

Edna asintió.

— ¿Comiste algo? — le preguntó ella.

— Sí, compré algo antes de subirme al autobús— me miró— ¿Tú ya comiste?

— Comí antes de llegar, gracias por preguntar.

— ¿Y tú? — le preguntó a Edna.

— Sí, comí cuando fui con Martin a la casa por unos documentos.

— Ahorita vi a Martin con mi mamá.

Rocco regresó y me abrazó.

— Afuera hace frío— me dijo.

— Apesta a cigarro— le dijo Edna.

Rocco rodó la mirada.

— Voy a ir por café— les dije— ¿Alguien quiere?

— Yo— me dijo Rocco—, por favor.

Asentí.

— ¿Ustedes?

— Si no es molestia— me dijo Samuel.

— No lo es— miré a Edna— ¿Tú?

— No, gracias.

— No tardo.

Sin más, fui a la cafetería y desde ahí aproveché para mandarle un mensaje a mi mamá para contarle cómo iba todo. Cuando regresé a la sala de espera, la madre de Rocco ya estaba ahí platicando con todos.

Les repartí sus cafés, pero Rocco le dio el suyo a su mamá y yo le compartí del mío. Estuve abrazada a él un buen rato pues la temperatura había bajado bastante.

Fue a eso de las dos de la mañana cuando uno de los médicos se acercó a donde estábamos.

Antes de pronunciar palabra aclaró su voz.

— Saúl tuvo otro paro cardíaco— la madre de Rocco se llevó las manos a la boca—. No pudimos hacer más por él —«¿Qué?»—. Lo siento mucho.

En ese momento Carlota y Edna rompieron a llorar mientras se abrazaban a Samuel y Martín. Rocco me abrazó fuertemente y dejó escapar un par de lágrimas. El único que se mantuvo tranquilo fue Samuel.

## Rocco

Si bien la relación con mi padre nunca fue la mejor, el perderlo fue doloroso. Desde años atrás no hacíamos otra cosa que pelear.

No es que no lo quisiera, pero había muchas cosas que no me gustaban de él, como la manera en que a veces trataba a mi madre.

Después de la noticia necesitaron llevar a mi madre adentro pues se puso mal y tenían que nivelar su presión. Nicole estuvo con Edna un buen rato abrazándola y dándole consuelo. Martin permanecía solo al fondo del lugar con la cabeza en otro lado mientras Samuel veía con los médicos el rollo de los trámites debidos.

Estaba afuera fumando cuando Nicole se acercó.

— ¿Otra vez estás fumando?

Suspiré.

— Sí.

— ¿Cuándo cigarro llevas?

— No lo sé.

— Dijiste que empezarías a fumar menos y...

— ¡¿Quieres dejarme en paz?!— me miró— ¡No sé cuántos cigarros llevo, pero sí sé que me voy a acabar toda la maldita cajetilla!

Negó y después volvió adentro.

«¡Demonios!»

Apagué el cigarrillo y prácticamente corrí detrás de ella.

— Espérate— dije al tomarla del brazo—. Espera, amor.

Se soltó y me miró.

— ¿Qué quieres?

— Perdóname, no debí hablarte así.

— No, no debiste— dijo alzando un poco la voz—. Si te molestó con lo del cigarro es porque me importas, pero si quieres fumarte toda la maldita cajetilla, no me voy a quedar para verlo.

— Perdóname —dije al abrazarla a la fuerza—. Soy un imbécil.

— Sí, lo eres.

— Lo siento, no volverá a pasar.

Hizo una mueca y me abrazó con fuerza. Después comencé a llorar.

— Ay, amor...— limpió mis lagrimas—. No llores.

Negué.

— Me siento ... mal.

— Claro que te sientes mal— hizo una mueca—, pero debes ser fuerte.

— Te juro que me siento abatido, pero no entiendo por qué. No es que lleváramos la mejor relación, pero me duele.

— Era tu papá, es completamente normal.

Asentí y después el sentimiento me invadió nuevamente.

Me abrazó con fuerza y me dejó llorar entre sus brazos.

## Nicole

Cuando Rocco se tranquilizó un poco y Martin se acercó a hablar con él, aproveché para ir al baño y avisarle a mi mamá. Inmediatamente me pidió que les hiciera saber que, si necesitaban algo, solo tenían que pedirlo.

Cuando salí del baño vi a Samuel recargado escribiendo en el teléfono.

Cuando lo guardó me acerqué.

— ¿Todo bien?

Me miró.

— Sí, todo bien — dijo con una mueca en el rostro.

Asentí.

— Acabo de hablar con mi mamá, me dijo que cualquier cosa que necesiten solo tienen que pedirla.

— Muchas gracias— aclaró su voz—. No conozco a tu mamá, pero agrádecele de mi parte.

— Claro. Pero en verdad, tómalo en cuenta.

— Gracias, pero hasta ahorita estamos bien. Ya hablé con la funeraria y apenas nos lo den, lo van a preparar para poder velarlo antes de mediodía.

— ¿En su casa o en una funeraria?

— En una funeraria. En casa sería un gran lío.

Asentí.

— Lo siento mucho— dije al abrazarlo.

— ¿Quieres que te diga la verdad?

— Claro.

— No me siento abatido como mis hermanos o mi mamá. No es que no quisiera a mi padre, pero fueron muchas acciones las que me hicieron alejarme de toda la familia en general— hice una mueca—. Durante años fueron infidelidades. De pronto peleaban, él agarraba sus cosas y se iba de la casa. Después volvía como si nada— negó—. A mi mamá de pronto la veías cabizbaja. A veces la escuchaba llorar por sus malos tratos— suspiró—. Supongo que tú viste que desde un año o poco más nunca estaba en casa y ese tipo de cosas me molestaban mucho. Y quiero pensar que es eso mismo lo que

no me deja sentirme triste.

— Bueno, todo mundo reacciona de diferente manera. Por decir, yo me siento triste a pesar de ser consciente de que a él no le agradaba y nos creía a mi familia y a mí superficiales.

— ¿Ves? A eso me refiero— negó—. Él sí, con la mano en la cintura se ponía a juzgar a medio mundo, pero no podías siquiera insinuarle uno de sus defectos porque explotaba.

Tomé su mano para intentar calmarlo.

— Déjalo pasar. Cada quien sobrelleva la pérdida de un familiar de diferente manera y ninguna de ellas está mal. Además, en estos momentos tú eres el fuerte de la familia. Alguien debe serlo.

Asintió.

— Gracias por escucharme y, sobre todo, por estar aquí apoyándonos.

— Amo a Rocco y tus hermanos son mis mejores amigos.

— ¿Y yo no?

— Tú nunca estabas en casa.

Sonrió.

— Rocco salió *rayado* contigo— sonreí—. Algo debió hacer bien para ganarse una novia como tú.

Sonreí y después, juntos volvimos a la sala de espera.

## Rocco

Nicole, Samuel y yo llegamos a la funeraria a eso de las cinco de la mañana. Mi madre, Martin y Edna habían ido a la casa para asearse un poco y cambiarse la ropa. El cuerpo de mi padre arribaría a eso de las seis con treinta.

A decir verdad, me sentía realmente triste, pues estaba seguro de que pude haber tenido una mejor relación con mi padre. Que nada me costaba sobrellevar muchas de sus acciones para estar bien.

También me sentía un poco inútil pues Samuel se había encargado de todos los trámites tanto en el hospital como con la funeraria, por eso fue que apenas llegamos allá, le di las llaves de mi auto para que pudiera irse a casa a cambiarse. Al principio se negó y me aseguró que era mejor que yo fuera primero, pero le dije que tardaría un poco más pues tenía que llevar a Nicole a su casa también.

— Era mi mamá — dijo Nicole al entrar —. Dijo que no cree que pueda venir porque Emiliano se enfermó del estómago ayer, pero ha pedido bocadillos. Solo tenemos que pasar por ellos.

— No tenía que molestarse.

— Pues ya lo hizo y no puedes hacer nada más que agradecerle.

— Lo haré— acaricié su mejilla—. Gracias por estar conmigo. Me abrazó.

— Te amo mucho, ¿cómo podría no hacerlo?

Hizo una mueca.

— ¿Segura que no estás cansada?

— Un poquito, pero no te preocupes.

Besé su frente.

Cuando Martin, Edna y mi madre volvieron, Nicole y yo aprovechamos para ir primero a su casa. Ahí, su madre me dio el pésame y me dio los datos que me pedirían en la panadería para recoger los bocadillos que amablemente había

encargado. Nicole se dio un baño realmente rápido y bajó vestida toda de negro con el cabello aún mojado.

— Ya.

Su madre la miró.

— Cualquiera cosa que se necesite, usas la tarjeta— le dijo su madre.

— No será necesario— le dije—. Gracias por los bocadillos.

— Por favor, dale mis condolencias a tu mamá y tus hermanos.

— Claro.

Después de que Nicole agarró su bolso salimos de ahí.

— Te ves preciosa sin maquillaje— me miró—. Me encantas así.

— Solo lo dices por decir.

— Claro que no— le dije al ayudarla a subir.

Rodeé el auto y tomé asiento.

— Me bañé tan rápido como pude, pero si me ponía a maquillarme me iba a tardar mucho.

— Ni siquiera sé para qué te maquillas si así te ves preciosa— sonrió—.

Toda pecosa.

— Odio mis pecas.

— Yo las amo— dije al tomar su mano—. Te amo, así como eres.

Se recargó en mi hombro y seguí conduciendo.

Cuando llegamos a mi casa Samuel estaba yéndose. Le di la nota de los bocadillos y quedó en recogerlos.

Me di un baño extremadamente rápido y me vestí para la ocasión.

Después volvimos a la funeraria.

Cuando llegamos, el cuerpo de mi padre ya estaba ahí, al igual que mucha gente que en su mayoría yo no conocía.

Quise acercarme al ataúd para mirar a mi padre. Nicole dijo que prefería recordarlo cómo lo conocía y no así.

Mi madre estuvo parada frente al ataúd un buen rato, después Edna la convenció de tomar asiento.

Estaba sentado junto a Nicole cuando vi a Nevra aparecer.

¿Qué demonios hacía ella ahí?

Cuando me vio, se acercó a donde yo estaba.

— ¿Qué haces aquí? — le pregunté al ponerme de pie.

— Me enteré lo que sucedió y quería darte el pésame.

— No era necesario.

Nicole esperaba sentada a mi lado.

Nevra negó.

— No te pongas así. He venido de todo corazón— negué—. Le daré el pésame a tu madre y me iré.

— Sí, es lo mejor que puedes hacer.

Miró a Nicole.

— Con permiso— dijo antes de caminar hacia donde se encontraba mi mamá. No sé qué se dijeron, pero Nevra la abrazó. Después le dijo algo a Martin y a Samuel y los abrazó. Sin embargo, cuando quiso hacer lo mismo con Edna, ésta negó y se apartó.

Nevra le dijo algo a mi madre nuevamente y me miró.

Después se marchó.

— No sé a qué vino— le dije a Nicole al sentarme a su lado.

Tomó mi mano.

— Conocía a tu padre y a él le agradaba.

Negué, pero no quise decir nada más.

Permanecimos en silencio durante un rato. A momentos Nicole junto con Edna les ofrecían café y pan a los asistentes.

Estaba afuera terminando de fumar cuando vi a una mujer acompañada de dos hombres llegar. No sé por qué llamaron mi atención, pero entré detrás de ellos.

Cuando mi madre nos vio entrar se puso de pie y caminó rápidamente hacia la mujer y sus acompañantes.

— ¿Qué hacen aquí? — les preguntó mi madre.

— Sabes bien qué hacemos— le dijo la mujer—. Tenemos más derecho de estar aquí que tú.

— Mamá...— le dijo uno de sus acompañantes—. Por favor.

— Es la verdad, Reynaldo.

— No vamos a hacer un escándalo aquí.

— ¿Por qué no? — preguntó la mujer alzando la voz— ¿Por respeto?

— Mamá...

— ¿Pasa algo? — pregunté al acercarme más.

Samuel había hecho lo mismo.

— Lo siento— dijo uno de los chicos—. No queremos causar ningún problema. Solo queremos despedirnos de mi papá.

## TERCERA PARTE

Llueve sobre mojado

# 1

## Nicole

El velorio del padre de Rocco fue un verdadero desastre.

Carlota se acercó a hablar con una mujer que había llegado acompañada de dos hombres. Sin saber los motivos, la mujer comenzó a alzar la voz mientras, los que hasta ese momento supe eran sus hijos, intentaban calmarla. Ante tal suceso Samuel y Rocco se acercaron a ver qué sucedía. No supe en ese momento qué demonios había dicho uno de los acompañantes, pero Rocco salió de ahí hecho una furia y yo prácticamente corrí detrás de él.

— ¡Rocco! — caminaba con prisa hacia un pequeño jardín — ¡Rocco!

Cuando se detuvo me miró. Tenía los ojos rojos y podía notar la furia en su rostro.

— ¿Qué sucede? — negó — ¿Quiénes son?

— La esposa y los hijos de mi padre.

Oh, Dios...

Si aquella noticia hizo trizas a Rocco tanto como para no querer volver a entrar, el saber que en realidad su madre y su padre jamás estuvieron casados, nos obligó a marcharnos.

Durante todo el camino el permaneció callado, pero hundido en sus pensamientos. Cuando llegamos a casa azotó la puerta de la entrada y subió a su habitación. Baxter parecía confundido y asustado al mismo tiempo por tal acción y por haber sido completamente ignorado por Rocco. Después de darle un poquito de amor y ponerle más croquetas y agua en su plato, subí.

Rocco estaba en el baño con la puerta abierta. Cuando me asomé lo vi a través del espejo. Se lavaba la cara frente al lavabo. No quise preguntarle si estaba bien, porque evidentemente no lo estaba.

Una vez que cerró la llave y se secó la cara me miró. Sin decir nada me tomó de la cintura, me pegó a su cuerpo y comenzó a besarme.

Me tomó de las caderas para cargarme y yo, por instinto, le rodeé la cintura con mis piernas. Caminó conmigo en brazos a su habitación y cerró la puerta. Después me depositó en la cama y se puso sobre mí.

Me besó de una manera que no puedo asegurar fuera llena de pasión, pues se sentía diferente a otras veces. Era más bien con rabia.

Después nos deshicimos de nuestra ropa para finalmente acabar teniendo sexo sin decirnos mucho, algo que sorprendentemente me excitó tanto o más que las fuertes embestidas y los quejidos que las acompañaban.

Quisiera mentir y decir que no lo disfruté. Que todo aquello lo hice solamente para que él se liberara de toda esa presión, pero no fue así. Lo disfruté demasiado. Me hizo llegar a donde debía en más de una ocasión. Él también lo hizo pues lo sentí derramarse dentro de mí.

Después del sexo Rocco había llorado y maldecido a su padre. Yo me limité a abrazarlo y consolarlo hasta que se quedó dormido entre mis brazos. Con mucho cuidado lo giré para poder zafarme y entrar al baño a asearme un poco. En ese momento decidí ignorar por completo el hecho de que no nos habíamos cuidado. Después podía angustiarme por ello.

Cuando salí del baño bajé a la estancia por mi bolsa y le escribí a mi mamá para contarle a grandes rasgos lo que había pasado. Le dije que estábamos en su casa y que ahí me quedaría pues Rocco estaba mal. Me dijo que era lo mejor que podía hacer.

Cuando volví a la cama lo observé dormir. Pobrecito de mi amor, eran demasiadas cosas para un solo día.

A eso de las tres de la tarde mi estómago comenzó a protestar y decidí salirme de la cama. Me vestí y bajé a la cocina para prepararme un emparedado y uno más para Rocco. Era una suerte que hubiera pasado la mitad del ciclo escolar ahí y supiera en dónde estaba todo.

Rocco bajó casi a las cuatro.

— No te escuché— me dijo.

—No quise despertarte— le acerqué el plato con el emparedado—. Come, es tarde.

Sin protestar se sentó frente a la barra y comenzó a comer mientras revisaba su móvil, el cual había apagado apenas salimos de la funeraria.

— Es buena hora para que te lleve a casa— me dijo.

— Amor...

— Escucha, pequeña— dijo al acercarse a mí—. Agradezco inmensamente el que quieras estar conmigo, pero quiero estar solo— hice una mueca—. Todo esto me pone mal y no quiero hablarte o tratarte mal por algo ajeno a nosotros

— acarició mi mejilla—. Te amo mucho como para arrastrarte a todo esto junto conmigo.

— No quiero verte mal.

— Lo sé. Yo tampoco quiero que me veas mal, por eso es que quiero estar solo lo que queda del día y tal vez mañana— asentí—. No quiero que pienses que no te amo, porque te amo muchísimo y cada día un poco más— sonreí—, pero necesito estar solo.

Asentí.

— Si me necesitas vendré corriendo, ¿de acuerdo?

— Claro que sí, amor— dijo al abrazarme fuertemente.

Nos quedamos así durante varios minutos.

Después me llevó a mi casa.

## Rocco

Saber que mi padre tenía otros dos hijos fue un fuerte golpe a mi cordura. Saber que mi padre y mi madre nunca estuvieron casados me volvió loco, pero tal vez no tanto como saber que cuando Samuel y yo nacimos, mi padre estaba casado con aquella mujer.

Uno de sus hijos era mayor que Samuel y el otro tenía mi edad. Cuando su mujer se enteró de la relación que tenía con mi madre lo echó de su casa y de su vida. Fue entonces que él se mudó definitivamente con mi madre.

Después nació Martín. Y aunque tuvieron problemas principalmente económicos pues mi padre tenía que pagar una pensión para sus hijos, finalmente cuando nació Edna todo parecía ir bien.

Se separaron un par de años después cuando mi madre descubrió que mi papá había tenido un hijo con una enfermera que trabajaba con ella y se decía su amiga.

Un par de años más tarde, mi madre decidió aceptarlo de regreso.

Al jodido velorio también se presentó la más reciente conquista de mi padre.

Una enfermera un par de años mayor que yo, que además tenía tres meses de embarazo.

Después de saber todo aquello até muchos cabos. Las ausencias, sus peleas y su poco interés por todo, ya no era tan extraño. El llanto de mi madre por algunas noches estaba justificado.

Obviamente nadie sabía nada al respecto, solo mi madre. Ni siquiera Samuel tenía idea de aquella historia tan jodidamente humillante.

Todos la pasamos mal al enterarnos, pero la pasamos mucho peor cuando un día al volver a casa encontramos todas nuestras cosas en la calle, pues aquella mujer que se había presentado, era oficialmente la esposa de mi padre y con ello, era dueña de todo lo que él había dejado pues jamás se divorciaron y él jamás hizo un testamento.

Creo que jamás me sentí tan humillado como aquél día cuando los vecinos nos miraron con lástima y murmuraron a nuestras espaldas.

Ese día tuvimos que llamar a Samuel, pues él había tenido que regresar a

trabajar dos días después del velorio. Cuando supo no podía creerlo y estaba furioso, pero no tanto como yo.

Ese día tuve que llamar a Donald y pedirle que, por favor, me rentara una bodega para poder guardar ahí los muebles y las cosas que habían echado a la calle sin consideración alguna. Su padre tenía algunas bodegas para guardar mercancía que llegaba a comprar en la aduana. Ese día tuve que tragarme la vergüenza y llamarle a Nicky para contarle que no podría verla y explicarle los motivos.

Obviamente Nicole fue corriendo para allá y con la ayuda de su padre, Donald y otros amigos, pudimos trasladar las cosas a la bodega.

Prácticamente no hablé con mi madre, pues estaba furioso y no quería decir algo de lo que después pudiera arrepentirme. No debía juzgarla. Todo eso que le había dicho a Nicole sobre que no podía reclamarles nada a sus padres y menos juzgarlos, tuve que aplicarlo en mí. No quería reclamarle. No era nadie para hacerlo. Simplemente me limité a conseguir dos habitaciones en el hotel más decente que encontré a buen precio, para ahí poder pasar la noche y los siguientes días.

Había leído algo que me llegó muy profundamente cuando sucedió lo de Nevra. Era sobre aquellas mujeres que están contigo en todo momento. En las buenas, pero sobre todo en las malas. Había leído que a esas mujeres son a las que debes entregar el corazón, amar sin medida. Y Nicole era una de esas mujeres. A pesar de dejarme solo cuando se lo pedí, siempre estuvo al pendiente y me brindó su ayuda cuando no se lo pedí, pero lo necesitaba. Todos los días me aseguraba que las cosas iban a mejorar y que, si no era así, ella estaría a mi lado.

No mentía.

Nos veíamos a los mucho dos veces a la semana y obviamente a falta de dinero no salíamos a ningún sitio, pero a ella parecía no importarle.

Seguía alegrándome la vida cada que nos veíamos. Solía abrazarme y decirme que me amaba. Demostrármelo. Ella era una pequeña luz entre todo lo que nublaba mis días.

— ¿Cómo estuvo hoy tu día? — le pregunté — ¿Ya detestas la universidad?  
Sonrió.

— Casi — se acomodó sobre la cama —. Aún estoy en la época en la que creo que valdrá la pena tanto estrés.

Reí y después tragué saliva.

— Yo... voy a dejar la universidad.

— ¿Qué? ¿Por qué?

— Tengo que hacerlo. Si no te has dado cuenta, llevo un mes viviendo en un hotel.

— Pero... te falta muy poco.

— Pues sí, pero debo pagar ese poco tiempo que me falta y con todo esto, no podré hacerlo. Además, debo conseguir un empleo de verdad para poder ayudar a mi mamá con la renta. La mudanza, los gastos...

Hizo una mueca.

— Yo puedo ayudarte— dijo al ponerse de pie y acercarse a donde estaba—.

Mi padre hizo un fidecomiso a mi nombre y...

— Nicky— me miró—, no.

— Pero quiero ayudarte.

— Me ayudas mucho.

— Pero económicamente.

— No, pequeña.

— ¿Por qué no?

— Porque no es correcto—hizo una mueca—¿Qué crees tú que diría tu mamá si se entera que le estás dando dinero a tu novio?

— No tendría que decir nada, porque es mi dinero.

Sonreí.

— Agradezco el que quieras ayudarme, pero no va a suceder— acaricié su mejilla—. Me ayudas de muchas otras maneras, como estando a mi lado y dándome cariño...— le di un pequeño beso—. Te amo mucho.

Suspiró.

— Bueno, pero prométeme que volverás a penas te sea posible.

— Te lo juro.

— Y que si necesitas ayuda, me lo dirás.

— De acuerdo.

— Y también prométeme que vas a intentar dejar de fumar otra vez.

— Amor...

— ¡Promételo!

Sonreí.

— Te lo prometo.

Me dio un pequeño beso.

— Te amo.

— Yo a ti, pelirroja.

### 3

## Dinna

Por medio de Nicky estaba al tanto de lo mal que la estaban pasando Rocco y su familia. De hecho, me parecía un tanto desalmado la actitud de la esposa de su padre. De acuerdo, tal vez si yo hubiera sido la mujer podría haber actuado igual, pero ya no solo se trataba de joderle la vida a "la amante" de su marido, también a los hijos del mismo. Y es que según sabía, también había sacado a la madre del otro pequeño hijo.

Por otro lado, me preguntaba qué pensaba la madre de Rocco al respecto, pues a final de cuentas una mujer no tiene cuatro hijos con un hombre al que no ama. De hecho, creo que se necesita amar demasiado a una persona como para aceptar toda aquella situación.

Definitivamente iba a ser la peor época decembrina que pasarían.

Con Sebastian las cosas eran realmente complicadas. Había veces que era increíblemente lindo. Que la pasábamos bien juntos. Que nos divertíamos en verdad. Y eran esas ocasiones en las que pensaba que la separación era solo un bache, uno del que íbamos a poder salir y que estaríamos juntos de nuevo. Pero otras veces era tan... seco. Odiaba cuando se comportaba distante, cuando parecía que le daba igual estar conmigo o no. Incluso me daban ganas de patearlo cuando adoptaba esa actitud de macho o cuando le respondía el teléfono a la tal Alena en mi presencia y se mostraba demasiado atento con ella. ¡Juro que no lo soportaba!

Con Emiliano las cosas no iban mal y debo decir que era gracias a Sebas, pues sin saber exactamente qué le había dicho, mi pequeño aceptaba el hecho de que no estuviésemos juntos. Incluso había dejado a un lado eso de culparme. Algo de lo que me sentía orgullosa era de Nicole. Mi pequeña era toda una mujer. Una bastante madura. La verdad es que podía apostar que yo no lo era a su edad y me hacía sentir bien saberla enamorada. Y es que, cualquiera podía ver el inmenso amor que le tenía a Rocco pues estaba con él al pie del cañón siempre que se necesitaba. Se la pasaba *echándole porras* (1) y asegurándole que

las cosas mejorarían.

El asunto con La Sagra parecía ir de maravilla pues llevaban ya varios partidos sin perder en la liga española, posicionándolos en un muy buen sitio y dándoles la posibilidad de llegar nuevamente a una final. De ser así, viajaría a España a presenciar el partido junto con Emiliano, quien al enterarse inmediatamente me dijo que teníamos que presenciar la que, aseguraba, sería una victoria para La Sagra.

Obviamente el asunto del viaje no emocionaba a Sebas ni un poco, pues ir a España era sinónimo de ver a Johan. Y aunque no lo decía, detestaba el que pudiera estar cerca de él.

(1) Expresión que se usa en México para una persona que intenta motivar a otro.

## 4

### Rocco

Si tuviera que describir con una sola palabra el lugar donde viviríamos, sería: Deplorable.

Una casa vieja en malas condiciones ubicada en una colonia que, incluso podría considerarse peligrosa. Pero bueno la situación no estaba para exigencias.

Me molestaba el no poder seguir estudiando pues realmente era bueno en ello y me esforzaba. Antes, lo único que anhelaba era terminar la universidad para conseguir un gran trabajo e incluso vivir fuera del país. Sin embargo, tenía que conformarme con haber encontrado trabajo en carácter inmediato en un almacén para la mejora del hogar.

¡Odiaba ese trabajo!

Odiaba tener que despertarme a las cinco de la mañana para usar el transporte público y desplazarme del otro lado de la ciudad en medio del agobiante tránsito y todo para ganar apenas para cubrir el alquiler y el pago de algunos servicios.

Mi madre había empezado a trabajar turnos dobles, por lo que se le veía cansada y sin muchos ánimos. Además, desde que supimos "la verdad" sobre la relación con mi padre, parecía que le daba vergüenza mirarnos. Yo intentaba a veces acercarme a ella y decirle que todo estaría bien, que no tenía la culpa de nada, pero me era sumamente difícil el mantener esa actitud todos los días.

Martin tenía una beca del setenta y cinco por ciento en la universidad. Sin embargo, esos veinticinco restantes estaba siendo un problema enorme, pues, aunque él tenía años trabajando los fines de semana y Samuel le estaba ayudando tanto como podía, los gastos empezaban a asfixiarlo. Lo más seguro es que terminara dejando la universidad también.

Edna decidió que no entraría a la universidad, a pesar de tener ya prácticamente todo listo para hacerlo. Y es que era un gasto enorme y no se podía en ese momento. Eso fue algo que me puso realmente triste pues, aunque ella decía que no pasaba nada y consiguió inmediatamente un empleo como

telefonista, en su mirada se podía notar la decepción de saber que Mariana y Nicole si seguirían con sus estudios y sueños mientras nosotros veíamos como un gran logro el poder haber cambiado los muebles del baño por unos decentes.

Nicky era una gran motivación en ese momento pues, aunque nos veíamos muy poco, cada que nos veíamos me alegraba saber que estaba a mi lado y que me quería.

Recuerdo bien aquella vez que nos pusimos a pintar la casa por dentro y fuera y ella gustosamente nos ayudó. La verdad es que verla haciendo su mejor esfuerzo me causaba alegría y me hacía sentir afortunado, pues una chica como ella que, probablemente traía en su bolso lo que los cinco estábamos ganando a duras penas en un mes, no tenía problema alguno en llenarse un poco de tierra o pintura para que la casa luciera mejor. Tampoco se quejaba de que la mayoría de las veces durante mi descanso solo la pasábamos encerrados viendo películas en la habitación que compartía con Martin. Aunque muchas veces la quise llevar al cine ella se negaba y decía que no debía gastar en ir a ver una película cuando podíamos ver otras en casa con un platón de palomitas.

Mariana tenía una actitud bastante parecida para con Martin pues muchas veces nos quedamos en casa los cuatro. Sin embargo, los padres de ella no tenían ni idea de lo que sucedía pues todos sabíamos bien que de saber en dónde estaba viviendo Martin, le habrían prohibido ir a su casa o tal vez andar con él. Y es que para su familia el estatus y las apariencias si eran importantes.

Con los padres de Nicole todo era diferente. Ellos sabían bien lo que sucedía y hasta cierto punto nos ayudaban bastante. Como cuando la madre de Nicky quiso modificar no sé qué cosa en su casa por el inicio del año y el material sobrante nos lo regaló. La verdad es que yo no quería aceptarlo, pero Nicole se encargó de que no pudiera negarme.

## Nicole

A pesar de que, dadas las circunstancias, no esperaba nada especial para mi cumpleaños, Rocco me sorprendió.

Recuerdo que el día anterior me envió un mensaje en el que me decía que no íbamos a poder vernos por algo de su trabajo. Y debo admitir que me sentí un poco decepcionada pues él actuaba como si no recordara mi cumpleaños. Yo no quise decirle nada y mucho menos reclamarme. Me convencí de que en su cabeza había tantas cosas en ese momento que no podía molestarme si se le olvidaba mi cumpleaños.

Muy temprano Yolanda nos preparó mi desayuno favorito. Cuando terminamos mi madre y Emiliano me dieron como regalo el tocadiscos de vinilo que quería. Después me fui al colegio.

Estuve recibiendo muchas felicitaciones tanto al móvil como en mis redes sociales, pero ninguna era de Rocco.

En mi última clase mi mamá me escribió para, después supe, asegurarse de que saldría a las dos de la tarde.

Cuando salí tomé un taxi y éste me llevó a casa.

A penas abrí la puerta pude ver un oso enorme sentado sobre el sofá. A su lado estaba Rocco.

— Feliz cumpleaños, preciosa.

Sin más, corrí para colgarme a su cuello.

— Pensé que lo habías olvidado— dije mientras lo abrazaba con fuerza.

— ¿Cómo podría olvidarlo? — me miró— ¿Cómo podría olvidarme del cumpleaños de mi hermosa novia?

Le di un beso.

— Actuabas como si lo hubieses olvidado y luego ayer me dijiste que no nos veríamos.

— Pues claro, si quería que fuera una sorpresa tenía que fingir total desinterés. Sonreí.

— Pero no debiste gastar en el oso ni en nada— dije al pegarle en el hombro

— ¿Por qué lo hiciste?

Sonrió.

— ¿Te regalo un oso enorme y lo único que recibo es un golpe?

— Hablo en serio.

— Yo también — dijo sonriendo—. El oso lo compré hace tiempo— acarició mi mejilla—. Unos días después de que lo acariciaras en la tienda al verlo. Lo abracé de nuevo.

— Te amo, eres el mejor novio del mundo.

— ¡Lo sé! — besó mi frente —. Valórame, no todas tienen tu suerte.

Sonreí.

— Quiero que me tomes una foto— dije al sacar mi cámara de mi bolso—  
¡Muchas!

Sonrió.

— Pero antes, debes abrir tu otro regalo.

— ¿Otro? — asintió— ¡Dámelo!

Sonrió y me entregó una pequeña cajita. En su interior había un pequeño colgante en forma de corazón con algunas piedras incrustadas en él.

— ¡Está precioso!

Sonrió.

— ¿Si te gustó?

— Claro que me gustó, está divino— le di un pequeño beso—. Gracias.

Sonrió.

— Ponte ahí, te tomaré una foto.

Posé frente a él presumiendo mi oso y mi colgante y él comenzó a fotografiarme.

Mi madre bajó y nos sonrió.

— ¿Ya viste mi oso? — le mostré— ¿Verdad que está hermoso?

—Mucho. Se lo dije cuando le abrí la puerta — sonrió—. Sufrió para entrar, eh.

Miré a Rocco y asintió.

— El próximo año pide una serpiente o algo más delgado.

Reí.

— Y mira — le mostré el colgante—. Está bello, ¿verdad?

— Mucho.

Sonreí.

— ¿Nos tomas una foto, mamá?

— Claro.

Tomé a Rocco de la mano y posamos junto al oso.

— Qué serios...

Entonces Rocco comenzó a hacer cosquillas y yo a reír a carcajadas. Mi mamá no dejó de fotografiarnos en ningún momento.

Esas fotos serían oro puro.

## 6

### Rocco

Por increíble que pareciera, las cosas mejoraban de a poco. Aunque el principio de año anunciaba que sería el peor año de todos, mejoró muchísimo. Una de tantas tardes después del trabajo me encontré con el padre de Evelin, mi excompañera de trabajo.

— Señor— lo abracé—, ¿cómo ha estado?

— Muy bien, muchacho— sonrió—¿Y tú? ¿Cómo va todo? Evelin me contó lo sucedido.

— Pues...— suspiré—. Ahí vamos.

— ¿Sigues estudiando?

— No, me salí comenzando el año. Tenía que ponerme a trabajar bien.

— Me imagino— dijo con una mueca— ¿Cómo está tu mamá y tus hermanos?

— Bien. Mi mamá sigue trabajando en el hospital, Martin está trabajando en un laboratorio clínico. Edna trabaja en un consultorio y Samuel vive en Guadalajara.

— ¿Y tú? ¿Estás trabajando?

— Sí.

— ¿En qué?

Hice una mueca.

— En un *Home Depot*.

— Oh...

Me alcé en hombros.

— Lo que salga es bueno.

Asintió.

— Llámame mañana, conozco a una persona que puede ayudarte.

— No, señor— negué— ¿Cómo cree? No quiero darle lata.

— Que me llames te digo— sonreí—. Eres un gran muchacho y lo hago con gusto. Además, sabes que Evelin te quiere muchísimo y mi esposa ni se diga.

Sonreí.

— Sabe que es mutuo.

— A ver, anota mi número.

Y así fue. Al día siguiente le llamé y me dio los datos del restaurante de su hermano, el cual estaba buscando alguien que lo ayudara con la administración del lugar. Como el restaurante estaba en una zona bastante turística, el que dominara el inglés y hablara un poco de alemán le servía muchísimo. El hermano de don Jerry que se llamaba Iván, era un hombre muy amable, aunque también muy exigente. Fue muy claro sobre lo que esperaba de mí y yo me comprometí a dárselo. La paga era buena, mucho mejor que en el almacén y supuse que sería mucho más agradable.

## Nicole

Rocco llevaba dos meses trabajando en la administración de un restaurante. La verdad es que no le iba nada mal pues ganaba más que en el almacén y la pasaba bien. Entraba a las once y salía a las siete. Además, no hacía más de media hora de camino.

El restaurante era del tío de una amiga con la que trabajaba cuando era bartender y a la que conocía de tiempo atrás.

Una tarde fui a su casa pues mi intención era invitarlo a cenar. Tenía ganas de estar a solas con él.

Cuando llegué Edna ya estaba ahí y nos pusimos a platicar sobre muchas cosas, incluyendo un chico que la rondaba.

— Quiero ver una foto— le dije—. No opinaré hasta no ver si es lindo.

Sonrió y buscó su perfil de Facebook.

— De acuerdo, es lindo— sonreí— ¡No lo dejes ir!

Reímos.

Miré al reloj en su espalda, iban a dar las nueve.

— Supongo que algo se le travesó — dijo Edna—. No te preocupes.

Asentí y seguimos platicando.

Fue hasta las nueve con treinta que escuchamos la puerta abrirse, un par de risas y vimos a una chica entrar.

— Buenas noches — dijo la chica.

Rocco entró detrás de ella.

— ¡Amor! — sonrió y caminó hacia mí para abrazarme— ¿Qué haces aquí, preciosa? — me besó— ¡Qué linda sorpresa!

Fingí sonreír.

— Está esperándote desde las siete.

— ¿En serio? — me miró—. Perdón, no sabía que venías y aproveché para ir a comprar unas camisas— asentí—. Evelin me acompañó— la chica me sonrió— ¿Ya las presenté?

— No.

— Perdón — aclaró su voz—. Amor, ella es Evelin. Ya te había hablado de

ella— asentí—. Y Eve, ella es Nicky— la chica sonrió—. Mi novia.  
La chica estrechó mi mano.

— Mucho gusto.

— Igual.

Me crucé de brazos y tomé asiento de nuevo.

— ¿Puedo pasar a tu baño antes de irme? — le preguntó la tipa.

— Claro. Ya sabes dónde está.

— Sí— nos sonrió—. Con permiso.

— Propio — le dijo Edna.

La chica caminó hacia el baño.

— No sabía que vendrías, pequeña— dijo al sentarse a mi lado—. Me hubieras llamado.

— ¿E interrumpir lo bien que la estabas pasando? — pregunté—. No soy tan mala.

Edna sonrió.

— ¿Estás enojada? — me preguntó Rocco.

— ¿Debería estarlo? — me crucé de brazos nuevamente—. Solo llevo dos horas esperándote.

— Amor, es que no sabía que ibas a venir.

— Evidentemente.

Edna nos miraba divertida.

— ¿Por qué te enojas?

Negué.

— Listo— dijo Evelin al volver — ¿Me prestas tu teléfono? Voy a pedir un taxi.

— No, ¿cómo crees? Van a dar las diez — aclaró su voz—. Te llevamos.

« ¡Ajá! ¡claro! »

— No te preocupes, pediré un taxi de sitio.

— No. Me daría mucha pena con tu papá que sepa que te mandé en un taxi— me miró—. No me quita nada llevarte, ¿verdad, amor?

Lo miré.

— Ajá.

— ¿Seguro?

— Seguro.

La chica me miró.

— Si no los interrumpo ni nada, está bien.

— No te preocupes— dije fingiendo sonreír—. Que te acompañe.

La tipa me sonrió.

— Gracias.

Asentí.

— Voy a ponerme una chamarra— le dijo Rocco— ¿Me esperas en el auto?

— Claro— la chica nos miró—. Hasta luego. Un gusto conocerte.

— Ajá, igual.

La chica sonrió y salió.

Rocco me miró.

— ¿Me vas a acompañar?

— No— me puse de pie—. De hecho, ya me voy.

— Amor...

— Ya casi son las diez y mañana tengo que ir a la uni — le di un beso a Edna en la mejilla—. Nos vemos, amiga.

— Amor, por favor.

— Espérate a que venga— me dijo Edna—. No te vayas sola.

Rocco se acercó.

— Por favor.

Negué.

— Cuando regrese yo te ayudé a golpearlo—me dijo Edna—, pero por favor espérate.

Me crucé de brazos.

— De acuerdo.

Rocco asintió.

— No me tardo.

Se acercó a intentar darme un beso, pero lo esquivé.

Con una mueca en el rostro salió de ahí y Edna me miró.

— Ya sé lo que dirás.

Negué.

— El fin de semana le dije que lo acompañaba a comprarse las camisas que le faltaban y no quiso.

— Cuando vuelva lo golpeas, pero no te dejaré ir sola— asentí—. Anda, sigamos platicando.

## Rocco

Cuando regresé de dejar a Evelin, quien notó que mi chica se había enojado, Nicky estaba en la habitación de Edna y mi madre platicando.

— Ya vine.

Me miró, pero no dijo nada.

— ¿Cómo te fue? — preguntó mi mamá.

— Bien — busqué la mirada de Nicky—. Pequeña, ¿podemos hablar?

Me miró.

— Sí— dijo al ponerse de pie y salir de ahí con dirección a mi habitación.

Edna y mi mamá hicieron una mueca y me desearon suerte.

Entré a la habitación, cerré la puerta y la miré. Se había sentado en la orilla de la cama con los brazos cruzados.

— De acuerdo, voy a preguntar, aunque creo que será un error— suspiré—

¿Por qué estás enojada?

Negó.

— ¿En serio?

— Amor, no sé si te enojaste porque me tardé o porque estaba con Evelin.

Se puso de pie.

— Eres un idiota.

— Ok, es por Evelin — suspiré—. Cuando acabó nuestro turno me dijo que iría al centro comercial a buscar unas cosas y ...

— Yo te dije la semana pasada que te acompañaba a comprar tus camisas y me mandaste al carajo.

— No te mandé al carajo, te dije que después.

— Porque querías ir con tu amiguita.

— No, amor... — me acerqué—. La iba a dejar afuera del almacén, pero vi que había descuentos en camisas para hombre y...

— ¡Ay, por favor! — gritó—. Deja de inventar cosas.

— Es en serio — busqué su mirada — ¿Quieres ver los tickets?

Negó.

— Ni siquiera sé por qué tenías que llevarla.

— Porque es mi amiga y me quedaba de paso.  
Me miró con los ojos muy abiertos y supe que había sido una mala respuesta.  
— Amor...  
— Ya hablamos, ¿ya puedes llevarme a mi casa?  
— No. Sigues enojada.  
— No se me va a quitar, ¿de acuerdo? Así que, por favor, llévame a mi casa.  
La abracé, pero se soltó.  
— No te enojés— la abracé de nuevo a la fuerza—. No nos hemos visto y lo que menos quiero es pelear.  
— Pues no pelearíamos si en lugar de llevar a esa tipa al centro comercial hubieras venido a casa, ¡pero no! El señor se fue con su ex y regresó muy contento.  
No pude evitar sonreír.  
— ¡¿De qué te ríes?! — estaba molesta—¿Dije algo gracioso?  
Negué.  
— Te ves preciosa cuando te encelas.  
— No me vengas con estupideces— «¡Demonios!»—. Ya quiero irme a casa.  
Hice una mueca.  
— Perdón por haber ido con mi amiga a comprar mis camisas y dejarte aquí esperando. A pesar de no saber que estabas aquí— estaba por decir algo, pero puse mi dedo índice sobre su boca—. Perdón por llegar muerto de risa por un chiste que yo mismo hice — se cruzó de brazos—. Perdón por ser tan sensual y despertar los bajos instintos de las mujeres— dije antes de soltarme a reír.  
— Ay, me choca que nada te tomes en serio.  
La abracé a la fuerza de nuevo e hice que me mirara.  
— Yo sé que tú me ves increíblemente guapo— rodó la mirada—, pero no todo mundo me mira así— hizo una mueca—. No seas celosa.  
— Le encantas.  
— ¡Claro que no!  
— Pregúntale a tu hermana.  
— No vamos a involucrarla para que disfrute de nuestra pelea— sonrió—. Evelin es mi amiga. Su padre es muy bueno conmigo, sabes que me consiguió el empleo y...  
— ¿Por eso tienes obligación de ser chofer de su hija?  
— No— suspiré—. A Evelin le he hablado mucho de ti— hizo una mueca—  
¡A todo mundo le hablo de ti! — dejé de abrazarla y acaricié su barbilla—. Todo mundo sabe que te amo, incluyéndola a ella.

— Pero le gustas.

— ¡No es cierto! Y si lo fuera no me importa. Yo solo tengo ojos para ti — le di un pequeño beso—. Solo tengo ojos para mi pelirroja preciosa, enojona y celosa.

Sonrió y supe que las cosas se iban relajando.

— Es tu ex.

Reí.

— Anduvimos en la secundaria y fueron solo como dos meses.

— ¿Y eso qué? Es tu ex.

Suspiré.

— Perdón. Te prometo que a partir de mañana iré a tu casa antes del trabajo para que puedas orinarme y que todos sepan que soy tuyo.

Rio y me pegó en el brazo.

— Deja de hacerte el gracioso, que eso no te va a librar.

— ¿No? — negó— ¿Y esto? — pregunté antes de besarla.

Amaba la textura de sus labios.

— Yo quería invitarte a cenar y que estuviéramos a solas — dijo al jugar con los botones de mi camisa.

— Tú quieres abusar de mí— dije sonriendo.

— Ya no.

— Todavía puedes abusar de mí. Aquí y ahora.

— No, ahora ya no quiero— hice una mueca—. Dile a tu amiguita.

La miré.

— ¿Segura? — cuando me empujó la abracé de nuevo—. Era una bromita— la rodeé con mis brazos—. Era una bromita sumamente estúpida que iba a hacerte enojar de nuevo— dije al besarla.

Rodeó mi cuello con sus brazos, la cargué y la recosté sobre la cama.

Me puse encima de ella y seguimos besándonos.

— Te amo, preciosa— acaricié su mejilla—. Estoy totalmente loco por ti.

Hizo una mueca.

— ¿Seguro?

— Seguro— le di un pequeño beso— ¿Tú me amas?

— Mucho y no me gusta que seas bonito con otras.

— Es inevitable, perdón.

La besé para que no dijera nada.

— ¿Me disculpas? — preguntó después de un rato.

— ¿Por qué?

— Por reclamarte.

Sonreí.

— Con una condición.

— ¿Cuál?

— Que me vas a compensar.

Sonrió con coquetería.

— ¿Pusiste seguro a la puerta?

— Sí, pero no me refería a ahorita.

— ¿No? — preguntó al bajar las manos a mi pantalón y desabrochar mi cinturón.

— Edna y mi mamá están en su habitación.

— Si no haces ruido no se darán cuenta— dijo al ponerse sobre mí.

— Pero...

Bajó a la altura de mi cadera

— ¿Harás ruido? — preguntó al liberar mi erección.

— Te juro que no.

Sin más, se llevó mi sexo a la boca.

## Dinna

La final de la copa del rey llegó y era la gran oportunidad de demostrar que La Sagra estaba de regreso. Así que viajé junto con Emiliano a Toledo para presenciar el partido.

A Sebastian no le hizo gracia el viaje, pero disfracó su enojo de indiferencia. Lo cual, sinceramente me molestó.

A penas llegamos a Madrid los medios comenzaron a hacer ruido. Todos hablaban de mi separación con Sebastian y mencionaban a Johan como el causante de todo. También habían hecho mención de lo grande que estaba Emiliano.

Llegamos dos días antes del partido, los cuales aprovechamos para ir al recinto a ver cómo estaba todo y para pasear madre e hijo.

Noté que Emiliano tenía el mismo carácter que Sebastian, cuando una tarde de esas nos encontramos en el recinto con Johan. Éste se acercó a saludar a Emiliano, pero mi pequeño gruñón apenas le hizo caso.

— ¿Ya no te agrada Johan? — le pregunté de camino a comer.

— No.

— ¿Por qué?

— Porque por su culpa papá y tú no están juntos.

Hice una mueca.

— No fue su culpa, fue... un malentendido que provocaron los medios de comunicación.

— Él pudo haber dicho eso, pero se quedó callado.

« ¡Golpe bajo, baby!»

— Johan es un buen amigo. Nos conocemos desde antes que Nicole naciera. Mucho antes.

— Y fueron novios.

Asentí.

— Sí, pero eso fue incluso antes de que yo viviera con el papá de Nicky.

— Pero fueron novios...

— ¿Y?

— Pues que él te veía bonita y seguro ahorita también.

Sonreí encantada.

— Eres un hermoso gruñón — dije al abrazarlo—. Hablas como tu padre.

Sonrió.

— ¿Crees que algún día van a estar juntos de nuevo?

Me alcé en hombros.

— Me encantaría decirte que sí, pero no lo sé.

Asintió y no dijo nada más.

El día de la final llegamos a muy buena hora pues la ciudad era un completo caos y decidimos madrugar. Los boletos se vendieron como pan caliente y medios nacionales e internacionales tendrían la mirada fija en el gran regreso que prometía la Sagra.

Emiliano y yo habíamos decidido usar nuestros jerséis y mucha gente nos halagó por eso. Incluyendo a Johan con quien compartimos el palco.

Cuando el partido comenzó Emiliano se transformó por completo. No era un secreto que el fútbol le apasionaba tanto como a mi padre y eso me hizo sonreír con melancolía. Si mi padre hubiese vivido para ver aquello, se habría sentido sumamente feliz.

La Sagra comenzó un poco *desencanchada*, pero no tardó más que veinte minutos en dominar el juego.

Emiliano gritaba, se quejaba y celebraba con pasión, misma que no era ignorada por los asistentes ahí. Un par de veces vi a personas grabarlo y supe que tampoco lo ignorarían los medios.

— A eso le llamo pasión— dijo Johan al sentarse a mi lado.

Lo miré y sonreí.

— Su papá que odia el fútbol y él que lo trae en la sangre.

Sonrió y asintió.

— ¿Cómo van las cosas con Sebas? Leí que se separaron.

Suspiré.

— Sí.

— ¿Cómo lo llevas?

— La verdad no lo sé. A veces bien, a veces fatal.

Hizo una mueca.

— ¿Cómo es que terminaron? ¿En qué acuerdos?

Me alcé en hombros.

— Solo dijo que quería que nos diéramos un tiempo y sacó sus cosas de la casa— dije mirando hacia el campo—. No volvimos a hablar al respecto.

Tomó mi mano.

— Verás que las cosas saldrán bien.

Lo miré, le sonreí y puse mi mano sobre la suya.

— Eso espero.

De pronto Emiliano y el estadio enteró gritaron gol y nos pusimos de pie.

Johan me abrazó emocionado.

Ese gol le daba ventaja a la Sagra de tres a uno al minuto treinta y nueve.

## Sebastian

**“La Sagra está de regreso**

**La noche de ayer La Sagra ganó su primera final en los últimos cinco años y lo hizo de manera majestuosa, derrotando a su oponente tres goles por uno.**

**Con ese triunfo a los aficionados nos ha regresado la ilusión, pues hay fuertes posibilidades de salir triunfantes de la Champions y de la liga española.**

**La empresaria Dinna Marshall presenció esta victoria a lado de su pequeño hijo, quien demostró ser un verdadero fanático tanto del club como del fútbol pues no hubo momento en que no se le viera atento al partido”.**

Sonreí al ver un par de fotos de Emiliano en el que se le veía contento. Sin embargo, en una de ellas noté que detrás se encontraban Dinna y Johan platicando.

No sé si fue mi masoquismo o mi estupidez lo que me hizo buscar en la red lo que se decía sobre ellos.

**“Tomados de la mano disfrutaron del partido la empresaria y dueña de La Sagra, Dinna Marshall y Johan Cissé. Y es que mientras el pequeño Emiliano Alcántara disfrutaba de un gran juego por parte del equipo, la pareja no desaprovechó para demostrarse cariño en más de una ocasión”.**

Un par de fotos los mostraron tomados de la mano mientras se miraban. Otras los mostraban abrazados y de pie durante el festejo de uno de los goles.

— ¿Se puede? — preguntó Alena desde la entrada.

— Hola— dije al cerrar el ordenador y ponerme de pie— ¡Qué milagro!

— Lo mismo digo— dijo al abrazarme.

— ¿Cómo estás aparte de guapa?

Sonrió.

— Un poco... molesta.

— ¿Conmigo?

— ¡Qué va! No podría enojarme contigo.

Sonreí.

— ¿Entonces?

— Me cambiaran de agencia, de estado, de equipo. De todo.

— ¿Por qué?

— Supuestamente, porque requieren de mi gran talento en otro lado.

— ¿Tienes tiempo? ¿Vamos a comer?

— ¡Claro! Sirve que nos ponemos al tanto.

— Hecho— dije al tomar mi saco.

Sin más, salimos de ahí.

La verdad era que no quería estar pensando en lo de Dinna.

## Rocco

## Meses después...

Un leve gemido me hizo abrir los ojos. Cuando me giré recordé que estaba con ella y me sentí feliz.

Me giré un poco más para quedar sobre mi costado y poder verla dormir.

Me encantaba.

Si me preguntaran, ¿qué es lo que más me gustaba de ella? Seguramente no sabría que responder, aunque estoy seguro de que las pecas en su rostro formarían parte del top cinco. Y es que, aunque ella las odiaba, a mí me enloquecían.

Sin duda alguna, otra de las cosas que me encantaban eran los ruiditos que hacía al dormir, los hoyuelos en sus mejillas cuando sonreía y su mirada a veces llena de inocencia y otras, llena de deseo.

Juro que había días en que no podía creer que estuviera a mi lado.

Que me quisiera.

Cuando abrió los ojos clavó su mirada perfecta en la mía.

— Hola...— dijo sonriendo.

De nuevo se formaron los pequeños hoyuelos en sus mejillas. Definitivamente me encantaba.

— Hola, dormilona.

Se estiró un poco.

— ¿Cuánto tiempo llevas viéndome?

— Poco. Como dos horas.

Rio.

— No seas payaso— dijo al darle la vuelta y tomar su móvil— ¿Qué hora es?

— Las seis.

Suspiró.

— Quedé de llegar a las ocho.

—Lo sé, pero no quería despertarte. Te veías preciosa durmiendo.

Nuevamente se recostó a mi lado.

— Ha sido el mejor cumpleaños de todos— recargó su cabeza sobre mi pecho

— Te amo.

Sonreí encantado.

— Aún nos faltan muchos cumpleaños, pequeña.

— Lo sé, pero este definitivamente entrará en mi top.

— ¿Sí? ¿Cómo se llama tu top?

— “Top diez de los mejores cumpleaños a lado de un novio”.

— Ja, ja ... Qué graciosa.

Sonrió.

— Se llama: “ Mis diez momentos más felices a tu lado”.

Besé su frente y fue entonces que su móvil comenzó a sonar.

— Es mi mamá— dijo al ponerse de pie—. Responderé afuera.

Asentí.

Se envolvió rápidamente en la sábana y salió al balcón a responder.

Era su cumpleaños número veinte y para celebrarlo se me ocurrió rentar una cabaña a las afueras de la ciudad.

Desde el ventanal la observé hablar por el móvil y me di cuenta que ya no era aquella pequeña de diecisiete años que conocí. Su cuerpo y mente eran el de una mujer. Una que me tenía completamente enamorado.

Cuando me di cuenta que había dejado su cámara sobre el buró, la tomé y sigilosamente caminé hacia el ventanal. Abrí el mismo, prendí la cámara y comencé a enfocarla. Justamente cuando ella volteó, apreté el botón y tomé, probablemente, la mejor foto de todas.

Tratando de no distraerse me sonrió y me empujó hacia adentro. Después, se despidió de su madre y colgó.

— Dame eso— dijo al arrebatarme la cámara.

— ¿Qué quería tu mamá?

— Quería recordarme que quedé de llegar a las ocho. Va a ir mi abuela.

— Vaya manera de arruinar un cumpleaños.

Sonrió.

— Mi abuela no es mala, es solo que... es extraña.

— Se la vive criticando a tu mamá y la manera en que te educó.

— Ya lo sé, pero me quiere. Siempre dice que ve a mi padre a través de mis ojos.

Asentí. En realidad, no tenía nada para decir al respecto.

— Es hora de vestirnos e irnos, pequeña.

Cuando entré a la habitación vi el reflejo de un flash.

— Oye...

— Bonito trasero, mi amor.

— Dame eso.

Rápidamente escondió la cámara detrás de su cuerpo. Y aprovechando la ocasión, la abracé y la pegué a mi cuerpo.

— Te amo, preciosa.

— Yo te amo a ti, salvaje.

Sonreí y nos besamos de nuevo. Cuando se distrajo le quité la cámara y le tomé un par de fotos. Luego, entre risas me jaló de nuevo hacia la cama.

— No quisiera irme nunca.

— Volveremos a venir. Te lo prometo.

Después de vestirnos cerramos con llave y dejamos la misma en dónde el dueño nos lo pidió.

— Me toca poner música— dijo al conectar su móvil.

Miranda inundó el auto y yo me limité a sonreír y poner el auto en marcha. El camino estimado era de hora y media hasta su casa. Con suerte llegaríamos a tiempo.

Poco antes de que tomáramos la carretera había un pequeño pueblo en el que vendían helados exquisitos. Detuve el auto y nos paramos a comprar.

Ella, aprovechando que había, pidió un helado de piñón con nuez y yo uno de mango con chile.

—Espera — dijo cuando le abrí la puerta para que subiera de nuevo —, quiero tomar una foto.

Le detuve el helado y sacó la cámara. Le tomó una foto al humilde puesto de helados y toma otra más de un bonito portón rojo.

— ¿Qué están haciendo ahí? — preguntó al señalar a un grupo de personas sentadas sobre el pasto del otro lado de la carretera.

— Supongo que un picnic.

— Ya...— se alzó en hombros—. Nunca he hecho uno.

— ¿No?

— No.

Sonreí.

— Te llevaré de picnic. Lo prometo.

Sonrió y me dio un beso.

Después subió al auto y le entregué su helado, el cual se comió con muchas

ganas durante el camino. Estaba seguro de que después la escucharía quejarse de que el helado le había barritos, pero daba igual. Me encantaba complacerla.

Después de conducir unos diez o quince minutos llegamos a la caseta de cobro. Pagamos y avanzamos unos quinientos metros. Fue entonces que una camioneta negra con una sirena que iba detrás de nosotros nos habló mediante un altavoz. Nos pidió que nos detuviéramos argumentando que eran de la Policía Judicial Federal.

— ¿Por qué nos detiene?

— No lo sé— dije mirando por el retrovisor.

Dos tipos se bajaron de la camioneta y se acercaron por cada lado.

— Sus papeles, por favor— dijo el que se detuvo a un costado de mi ventanilla.

— Claro.

Abrí la guantera y saqué la tarjeta de circulación. De mi cartera saqué mi licencia y se la entregué.

El tipo leyó ambas.

— Roderick Villanueva...

— Así es.

Asintió.

— Por favor, salga del auto. Está detenido por portación de drogas con intención de distribución.

— ¿Qué?

— ¡Salga del auto!

— Es un error, yo no...

Sin poder decir más, el tipo abrió la puerta y me sacó a jalones. Después me arrojó contra un costado del auto y comenzó a revisarme.

— Salga del auto, señorita.

— Pero... ¿por qué? — preguntó confundida.

— Salga y muéstreme una identificación.

Nicky hizo lo que le pidió casi de inmediato y se la entregó. Me miró y noté la confusión en sus ojos.

— Nicole Wesner Marshall... — la miró— ¿Tú también vendes?

— ¿Qué? ¡No!

— ¿Segura? — preguntó al ponerse unos guantes—. Párase de ese lado, por favor.

— Pero...

El tipo entró al auto e inmediatamente después salió con un par de bolsas en alto.

— Cocaína — dijo al mostrármela.

— ¡Eso no es mío! — grité.

— Todos dicen eso...

— Pero... — Nicky sonaba angustiada —, Rocco...

El tipo que estaba detrás de mí me puso las esposas y me obligó a caminar hacia la camioneta.

— Yo no hice nada — dije al forcejear — ¡Suéltame!

— No lo compliques más, muchacho.

Sin más, me obligó a subir.

Antes de que cerrara la puerta busqué la mirada de Nicole quien estaba totalmente confundida y asustada.

## Nicole

Después de que a Rocco lo hicieron subir a la camioneta miré al tipo a mi lado.

— ¿Por qué lo esposaron?

— Vender drogas es un delito, bonita.

— El no vende drogas, están cometiendo un error.

— ¿Sí? — me miró de pies a cabeza— ¿Entonces eres tú la que vende?

— Claro que no. Eso no era de nosotros.

Sonrió y marcó un número en su móvil.

— Necesitamos apoyo para catear y trasladar a una mujer—«¿Qué?

¿Trasladar?»—. Te envío mi ubicación.

— ¿A dónde me van a trasladar?

— A la comisaría.

— ¿Por qué? ¡No hice nada!

— No compliques más las cosas, guapa.

— Mi papá trabaja para la agencia de investigación del estado— dije con seguridad.

Me miró.

— ¿Sí?

— Sí...

— Se va a sentir muy decepcionado cuando sepa que su princesa y su novio son unos traficantes.

— ¡No somos traficantes!

Cuando el tipo estaba por decirme algo, una camioneta negra se detuvo delante nuestro y de ella bajaron dos personas: una era mujer.

— ¿Qué sucede?

— Traían cocaína.

— ¡No es cierto!

La tipa me miró.

— Levanta las manos.

— ¡No!

— Levanta las manos.

— No voy a levantarlas.

Suspiró y con fuerza me empujó hacia la camioneta y comenzó a revisarme con cierta brusquedad.

— Está limpia— dijo al mirarme —. Sube a la camioneta.

— No. Quiero llamarles a mis padres.

Sonrió con burla.

— Y yo quiero un pony para navidad— me jaló del brazo—. Sube o te subo a la fuerza.

Tragué saliva y subí. No sabía qué tanto podía complicar las cosas si no obedecía.

Cuando la tipa cerró la puerta vi la camioneta en la que iba Rocco pasar a nuestro lado.

## Sebastian

Estaba terminando de llenar unos formatos cuando comenzó a sonar mi móvil.  
Era Alena.

— ¿Sí?

— Sebas, ¿en dónde estás?

— En mi oficina— sonaba extraña — ¿Qué sucede?

— Han detenido a tu hija con el que creo es su novio.

— ¿Cómo que la han detenido? — pregunté al ponerme de pie— ¿Por qué?

— Portación de drogas con intención de distribución.

— ¿Qué? ¡Imposible!

— La hice traer a la agencia en dónde estoy. Date prisa— dijo antes de colgar.

Sin más, tomé mi saco y salí de ahí.

¿Qué demonios estaba pasando?

Una vez en la camioneta conecté el móvil al altavoz del auto y le llamé a Dinna.

Uno, dos tonos...

— ¿Sí?

— Dinna, acaban de llamarme de la agencia. Detuvieron a Nicky.

— ¿Qué? ¿De qué hablas?

— Me llamó Alena. Dice que detuvieron a Nicole con Rocco por portación de drogas con intención de distribución.

— No puede ser posible, debe ser un error.

— Yo también lo creo, pero necesito que trates de localizarla. De cualquier manera, ya voy en camino.

— La llamaré— dijo antes de colgar.

Obviamente tenía que tratarse de un error. Ni Rocco y mucho menos Nicky, eran capaz de algo así. Sin embargo, si Alena me había llamado era por algo.

Ella jamás jugaría con algo así.

Mi móvil comenzó a sonar.

Era Dinna.

— ¿Qué pasó? ¿La localizaste?

— No. Me manda a buzón.

Suspiré.

— No te preocupes, deben haberle quitado el móvil.

— ¿Pero por qué? No me digas que...

— Obviamente creo que es un error, pero Alena no me habría marcado si no estuviera segura.

— Supongo, pero... ¿qué hacemos?

— Por lo pronto iré yo. Cualquiera cosa te llamo.

— Estaré al pendiente y preparada por si debo ir.

— Llamaré a Regina, ¿de acuerdo?

— Con cuidado.

Colgué y seguí conduciendo.

Cuando llegué a la agencia fui el blanco de las miradas. Al fondo del lugar se encontraban Eithan y Alena.

— ¿Qué sucede?

— Qué bueno que llegaste — me dijo Alena—. Tenemos que hablar.

— Ponlo al tanto — le dijo Eithan—. Necesito hacer una llamada.

Alena asintió.

— Vamos a mi oficina— me dijo ella.

Asentí y la seguí.

Una vez ahí cerró la puerta.

— ¿En dónde está mi hija?

— Está en una sala de interrogación. Pedí que la trasladaran ahí, en lugar de que esté en... una celda.

— ¿Qué demonios sucede?

Suspiró.

— La detuvieron con otro chico en la carretera.

— Estaba con su novio Roderick. Fueron a festejar su cumpleaños creo que a Hidalgo.

— No hemos hablado con ella, pero el reporte que nos dieron es que los detuvieron por exceso de velocidad. Cuando les pidieron sus documentos su novio se puso agresivo, les pareció sospechoso y les hicieron una revisión. En la guantera traían medio kilo de cocaína.

— No puede ser posible— dije alterado— ¿Por qué Nicole vendería? ¿No tiene necesidad!

— Yo sé que no, pero... — se alzó en hombros— ¿Él la tiene?

«¡Oh, no!»

— No lo sé.

Alena me miró.

— ¿La tiene, Sebas?

Suspiré.

— El año pasado murió su padre y los sacaron de la casa donde vivían. Tuvo que dejar la universidad, pero según sé tiene un trabajo y no le va mal.

— ¿Qué clase de trabajo?

— En un restaurante.

Asintió.

— Escucha, tenemos que obtener la declaración de tu hija pues es a la única que pudimos trasladar.

— ¿A él no?

— No— hizo una mueca—. La policía judicial dice tener pruebas en su contra.

— No puede ser posible.

En ese momento la puerta se abrió y Eithan cruzó.

— El chico ya dio su declaración.

— ¿Qué dijo? — pregunté.

— Está negando todo, pero las pruebas...— miró a Alena—. Hay dos testigos que aseguran son sus compradores.

Alena hizo una mueca.

— Si no te molesta— me dijo—, quiero que sea Eithan quien tomé la declaración de tu hija.

— Claro.

Eithan asintió y salió.

— Cree que es momento de que llames a un abogado, Sebas.

## Rocco

- Yo no dice nada — dije cuando el tipo abordó la camioneta.  
Había visto lo que sucedía con Nicole y la habían hecho subir a una camioneta que llegó después.
- ¿Quieres callarte?
- No me voy a callar. Yo no vendo y eso no era mi mío.  
Ignorándome, arrancó.  
Pasamos junto a la otra camioneta y apenas si pude ver a Nicky.
- ¿A dónde la llevarán?
- Al mismo lugar que a ti. Ahora cállate si no quieres empeorar las cosas.

Cuando llegamos a la supuesta agencia me empujaron hasta una sala de interrogación. Ahí un tipo me hizo sentarme.

- Vamos a hacer esto rápido— dijo al sentarse frente a mí—¿Para quién trabajas?
- Para nadie.
- ¿Hace cuánto que vendes?
- Ya les dije que están equivocados. Yo no vendo nada.  
Suspiró.
- Mira, muchacho. No compliques más las cosas.
- Es que no entiendo por qué las complicaría si nada de lo que están diciendo es verdad.  
El tipo se puso de pie.
- Como quieras. Te estoy dando la oportunidad de librarte de un par de años, pero si no quieres. Nada puedo hacer— dijo antes de salir de ahí y cerrar la puerta.
- ¿Qué demonios estaba pasando?
- Tenía que ser un error enorme o una puta broma.

Después de mucho rato ahí sentado y encerrado, un tipo diferente entró.  
— Roderick Villanueva— dijo al sentarse frente a mí—. Voy a tomar tu

declaración.

— ¿Y mi novia? — pregunté — ¿Dónde está?

— ¿Te refieres a la chica que estaba contigo?

— Sí.

Asintió.

— La trasladaron a otra agencia para tomar su declaración.

Negué.

— Esto es un error.

Aclaró su voz.

— Veamos— dijo al abrir un folder negro—. Fuiste detenido sobre la carretera a bordo de un auto— estaba leyendo—. Medio kilo de cocaína.

— No sé de dónde salió la droga. El tipo que nos revisó debió ponerla ahí.

Sonrió.

— Sí, claro.

— Por favor, tiene que creerme.

— No, no tengo que creerte. Debo tomar tu declaración.

— Anote que todo es un error.

— Escucha, muchacho. Estás bien metido en esto. Entre la mercancía que te encontraron y las declaraciones de los testigos, van a darte mínimo cinco años.

— ¿Qué?

— Lo mejor que puedes hacer es confesar.

— Es que no hay nada que confesar.

Suspiró.

— Ayuda a tu novia. Si tanto la quieres carga con el paquete tu solo.

«¿Qué?»

— ¿A qué se refiere?

— A que a los dos les darán mínimo cinco años— se alzó en hombros—. Yo creo que tú puedes sobrellevarla allá dentro, pero ella no— negué—. Menos siendo hija de un agente y sabiendo la cantidad de dinero que tiene.

— Ella no hizo nada.

— ¿Y tú?

— Ya le dije que no.

— Hay declaraciones de dos testigos, muchacho.

— ¿Qué testigos? Eso no es cierto.

Miró el reporte.

— Son un chico y una chica que aseguran tú les vendes cocaína y a veces otras cosas.

— No es cierto.

Se puso de pie.

— Ayúdame y ayúdame a tu novia— dijo antes de salir de ahí.

## Nicole

Cuando la puerta se abrió entró un agente. Era el mismo que tomó mi declaración cuando pasó lo de la sobredosis.

— Hola— dijo en tono serio—. Soy el agente Eithan Bustamante y voy a tomar tu declaración— asentí— ¿De acuerdo?

— Claro.

Aclaró su voz.

— Tu nombre es Nicole Wesner Marshall y tienes... veinte años.

— Así es.

Anotó.

— ¿Qué sucedió hoy cuando te detuvieron?

Tragué saliva.

— Mi novio y yo veníamos de regreso de Hidalgo. Hoy es mi cumpleaños y fuimos a celebrar— asintió—. Nos regresamos temprano porque hoy mi abuela iría a mi casa. Cuando cruzamos la caseta...

— Espera un momento— asentí— ¿A qué hora salieron y en dónde estaban?

— En una cabaña cerca de los prismas— suspiré—. Salimos poco después de las siete.

Asintió.

— Continua.

Le narré lo sucedido y le di tantos detalles como me fueron posibles. Él asentía y anotaba cosas en su libreta.

— ¿Conoces a Roderick Villanueva?

— Sí, es mi novio.

Asintió.

— ¿Hace cuanto lo son?

— Dos años.

— ¿En algún momento notaste algo extraño con él?

— ¿Extraño? ¿Cómo qué?

— No lo sé, cualquier cosa— se alzó en hombros—. Se iba sin decir a dónde. Tenía más dinero que de costumbre...

— ¿En verdad creen en esa historia de que es un traficante?

— No se me permite creer en nada.

— Pero lo cree — negué—. Rocco es un buen chico. Jamás haría algo así.

— ¿Rocco?

Tragué saliva.

— Así le decimos todos.

Asintió.

— Después de la muerte de su padre, de perder su casa y tener que salirse del colegio... ¿Qué hizo?

— Trabajar.

— ¿En qué?

— En la administración de un restaurante.

— ¿Ganaba bien?

— Supongo que sí.

— ¿Supones?

— ¡No lo sé! ¡Supongo!

Asintió.

— La droga que encontraron en su auto... ¿Era de él?

— ¡No! Ya les dije que nos revisaron y sacaron la droga de la guantera y ...— lo miré y negué—. Él tipo dijo sacarla de ahí.

Asintió.

— Es todo. Gracias.

— ¿Qué va a suceder? ¿Cuándo podré irme a casa?

— Yo espero que en un par de horas.

— ¿Y Rocco?

— La verdad, no lo sé— se puso de pie—. Llamaré a tus padres— dijo antes de salir de ahí.

## Dinna

Cuando Sebastian me llamó pensé que se trataba de una muy mala broma, pero no fue así.

Sebas me contó todo lo sucedido y juro que no podía creer que fuera verdad. Rocco era un buen tipo. Era cariñoso, atento, trabajador era... como Nick. ¡Joder!

— Ya terminé con su declaración —dijo el agente al salir—. Hay muchas discrepancias con el reporte de la detención.

— ¿Eso que significa?

— Que sus abogados pueden sacarla cuando antes— asentí—. Además, no me queda duda que nada tiene que ver.

Sebas asintió.

— Gracias.

— ¿Y el chico? — pregunté— ¿Qué pasa con él?

Tragó saliva.

— Van a trasladarlo al reclusorio norte. Ahí esperará a que le dicten sentencia.

— Pero...— negué—. No puedo creerlo.

Suspiró.

— ¿Le soy sincero? Yo tampoco, pero las pruebas no lo ayudan.

— ¿Y ustedes no pueden ayudarlo?

— Dinna...— dijo Sebas al mirarme.

— No— respondió—. La policía judicial ha tomado su caso.

— Gracias, Eithan— dijo Sebas al estrechar su mano—. Muchas gracias.

— No hay problema— me sonrió—. Con permiso.

Cuando se retiró y Sebas me miró.

— ¿Cómo se lo diremos?

— ¿Qué cosa? ¿Qué su novio es un traficante? Probablemente lo sepa.

— Sebas...

— Dinna, tú mejor que nadie sabes cómo es eso— lo miré y él negó—. Tú estabas con Nick a pesar de saberlo.

— Pero era diferente.

— No, no lo era— tragó saliva—. Lo amabas de la misma manera en que Nicole ama a Roderick.

Su móvil comenzó a sonar y se alejó para atender.

¿En verdad Rocco era un traficante y Nicole había decidido ignorarlo todo?

Pasaron a lo mucho dos horas cuando Nicole salió de ahí.

Inmediatamente nos abrazó a ambos.

— Vamos, debemos irnos a casa — dijo Sebas con ese tono serio que usaba cuando estaba molesto.

— ¿Y Rocco? — preguntó Nicky— ¿Dónde está?

Sebas negó y yo bajé la mirada.

— ¿Qué sucede? — preguntó—. Mamá.

— Está detenido y en espera de que lo trasladen al reclusorio norte.

— ¡No! ¡No puede ser posible!

— Ahí esperará a que le dicten sentencia— completó Sebas.

Nicole se llevó las manos a la boca y rompió a llorar.

— No llores, mi amor— dije al abrazarla.

Estaba totalmente inconsolable.

— No es cierto— miró a Sebas—. No puedes creer que sea cierto.

— Lo que yo crea no importa.

Negó.

— ¡Lo conoces! — gritó—. No puedes creer lo que dicen.

— Por favor, Nicole. Quiero irme a casa.

Me miró.

— Quiero verlo.

—No— dijo Sebas.

— ¿Por qué?

— ¡Por qué no! — suspiró—. No quiero que pongas un pie en ese lugar, ¿me entendiste?

Nunca había visto a Sebas así.

—Mamá...

— Debemos irnos a casa, Nicky— le dije.

Sebastian me miró y asintió.

Muchas veces hablamos de lo terrible que es la prisión y de los miles de abusos por los que pasan las personas que visitan a sus familiares presos.

Nicole no debía pasar por eso.

## Rocco

Cuando la puerta se abrió de nuevo entraron dos oficiales.

— Date la vuelta — dijo uno de ellos—. Voy a ponerte las esposas.

— ¿Por qué?

— Te trasladaremos al reclusorio norte. Ahí vas a esperar juicio y condena.

— ¡No! — me aparté—. Debe ser un error.

— No lo es, muchacho— dijo al acercarse—. Yo no doy las ordenes— negué—. Date la vuelta.

Me sacaron de ahí entre empujones. Yo gritaba con todas mis fuerzas que se trataba de un error, pero nadie me hizo caso.

Todo mundo me ignoró a pesar de tenerme enfrente.

Me trasladaron en una camioneta al reclusorio.

Desde el momento en que puse un pie dentro, supe que era ahí, el peor lugar en el que una persona puede terminar.

Después de leer mi nombre en voz alta y el delito del que se me acusaba, me hicieron pasar a un cuarto totalmente blanco al que nombraron enfermería.

Ahí, me hicieron desnudarme y después de fotografiarme me realizaron un examen físico. Al terminar me entregaron "mi uniforme": un pantalón y una playera en color café. Un par de tenis un número más grandes. Mi ropa y las pertenencias que llevaba en ese momento se quedaron en "archivo".

Me hicieron detenerme frente a una cámara y me tomaron tres fotos: una de frente y dos de costado.

— Es todo— dijo el tipo al guardia—. Ya puedes llevártelo.

El guardia asintió y prácticamente me jaló para sacarme de ahí.

— No puede llevarme — le dije.

— Vamos, muchacho. Debo hacerlo.

— Es que...—negué—. No pueden meterme preso, ni siquiera hablé con un abogado ni nada.

— ¿Tienes dinero para un buen abogado?

— No, pero se supone deben darme uno de oficio, ¿no?

Sonrió.

— Eso solo pasa en las películas, muchacho. A los abogados de oficio les vales madre— suspiró—. Si no tienes para un buen abogado no gastes en uno malo— lo miré—. Adentro vas a necesitar dinero—negué—. Andando.

Caminé detrás de él hasta llegar a una puerta enorme. Cuando se abrió y la cruzamos fue como entrar al infierno.

Las paredes estaban cubiertas de grafitis. Lo único que se podía respirar era un olor nauseabundo y la decepción de los ahí recluidos. Los silbidos, los gritos y burlas inundaban el lugar.

A medida que te adentrabas más y más, las ganas de llorar crecían y tus ilusiones se hacían trizas.

Casi podías palpar las ganas de morir en ese preciso momento.

— Es aquí— dijo al detenerse frente a una celda abarrotada de hombres.

Aproximadamente quince tipos ocupaban un diminuto espacio ahí dentro, el cual imaginé había sido diseñado para no más de tres personas.

Entré ante la mirada de todos ahí. Algunos me miraban con pena, otros parecían haber perdido la expresión. Cuando la reja se cerró, tuve que utilizar las pocas ganas que me quedaban para no llorar.

— ¿Sabes pelear? — me preguntó un chico a mi lado.

Tragué saliva.

— Más o menos— respondí con miedo.

Negó.

— Olvida que sabes hacerlo — dijo mirándome con pena—. Solo cúbrete.

El sonido de la celda al abrirse me hizo mirar hacia la entrada.

— Afuera — me dijo un tipo lleno de tatuajes — ¿Estás sordo?

Tragué saliva y caminé lentamente hacia él.

— ¿Cómo te llamas? — preguntó.

— Roderick.

Asintió.

— Bienvenido— dijo antes de soltarme el primer golpe.

Después, un montón de tipos se acercaron en bola y comenzaron a golpearme.

Cuando caí al piso recordé lo que aquel chico dijo: solo cúbrete.

## Nicole

Cuando volvimos a casa lo primero que hice fue llamar a Edna. Necesitaba saber qué sucedía con Rocco.

— ¿Nicky? ¿Dónde estás?

— Voy llegando a mi casa. Estuve detenida.

— Ay, Nicky...— comenzó a llorar —. Van a encerrarlo.

Sin más rompí a llorar.

## Dinna

Escuchar a Nicky llorar me partía el alma.

No podía verla sufrir.

— Debo hacer unas cosas — dijo Sebas—. No dejes que salga.

— ¿Qué? — negué— ¿Qué se supone que haga? ¿La encierro en su habitación?

— Por favor, Dinna— suspiró—. Ahora no.

— Es que...

— ¿Crees que me gusta verla llorar? — preguntó alzando la voz— ¡Claro que no! Me mata verla así— suspiró—, pero no podemos dejar que vaya a buscarlo.

— Quiere verlo. Necesita hacerlo.

— ¿Sabes lo que pasa cuando quieres visitar a alguien? — negué—. Pasas por un montón de imbéciles que supuestamente te revisan. Imbéciles que solo se aprovechan de la situación para tocarte ¿Crees que voy a permitirlo?

— No, pero...

No podía seguir hablando pues el nudo en mi garganta se hacía cada vez más grande.

— Entiendo que lo ame. Que lo quiera a pesar de todo, pero no está bien.

Bajé la mirada.

— Me duele verla así— dije antes de soltarme a llorar de nuevo.

Sebastian me abrazó con fuerza.

— No llores, amor— hizo que lo mirara—. Me mata verlas llorar.

Sin decir nada me abracé a su cuerpo con fuerza.

— Debes ir a verlo, saber lo que sucede...

— Dinna...

— No sabes si es verdad de todo lo que se le acusa— negó—. Nicky va a necesitar escuchar que, al menos te aseguraste de que todo era verdad.

Negó.

— ¿Y si es verdad? ¿Si ella sabía y aun así quiso estar a su lado?

— ¿En verdad crees a Rocco capaz?

Suspiró.

— Te prometo que haré todo lo posible para saber la verdad— asentí—. Ahora debes descansar.

— Quédate—le dije—. Por favor, quédate.

— Dinna...

— Solo hoy.

Asintió y me abrazó fuertemente.

## Rocco

No sabía que dolía más, si los golpes o las esperanzas muertas.

Ahí, en aquella jaula no había espacio para siquiera acostarme y descansar un poco. A penas lograba ver pues mis ojos estaban casi cerrados. El sabor a sangre en la boca era un amargo recordatorio de lo sucedido.

Cuando al fin pude salir de aquella reja, lo primero que hice fue recostarme en donde pude. Estaba seguro de que tenía más de una costilla rota, pero también sabía que a nadie le importaría.

Por un momento me permití cerrar los ojos, pero fue inevitable no soltarme a llorar. No importaba si eras un tipo rudo, estaba seguro de la prisión quebraba a todo el que entraba.

— ¿Eres Rocco? — preguntó un tipo al mirarme.

— Sí— me cubrí—. Ya no me peguen, por favor.

—Te buscan.

— ¿Quién?

— No lo sé, pero me pagaron para llevarte— se puso en cuclillas a mi lado—. Vamos, te ayudaré a pararte.

Asentí y me quejé más de una vez al sentir sus manos sobre mi cuerpo.

Cuando al fin estuve de pie, me recargué en él y caminamos hacia la entrada.

Uno de los guardias prácticamente me arrastró hacia una sala.

Cuando la puerta se abrió, lo entendí todo.

— Hola, Rocco— dijo el padre de Alonso sonriendo con burla— ¿Cómo estás?

— ¿A qué vino? — pregunté al sentarme frente a él.

Con todas mis fuerzas logré reprimir el quejarme de dolor.

— Solo a ver cómo te están tratando.

— Seguramente igual que a su hijo.

Su sonrisa se desvaneció y me miró con odio.

— Ni así dejas de ser hacerte el gracioso.

— Lárguese.

Sonrió.

— Sí me iré, pero no antes de decir que te lo dije — lo miré— ¿Recuerdas que te dije que un día te ibas a arrepentir de haberte metido con mi familia?

— ¿Alonso se arrepintió de haber violado a esas chicas? — sonreí—. He escuchado historias sobre lo que les hacen a los violadores.

Se puso de pie inmediatamente.

— Te vas a pudrir aquí. De eso me voy a encargar.

Le sostuve la mirada por varios minutos.

—¿Es todo lo que quería decirme? — pregunté arrogante.

— Sí.

— De acuerdo— me puse de pie—. Regrese con cuidado y saludos a su mujer.

Llamé a la puerta dos veces y abrieron.

El guardia me llevó de regreso al patio y ahí me dejé caer de nuevo.

Sí, probablemente el tipo había disfrutado de verme así y podía estar seguro de que había arruinado mi vida por completo, pero no iba a darle el gusto de derrumbarme frente a él.

— ¿Rocco? — preguntó un tipo al acercarme.

— Sí.

— Te manda saludos Edward Reséndiz— dijo antes de propinarme otra golpiza.

## Sebastian

¿Le creía?

Al principio no, pero Eithan y Alena me aseguraron que algo no estaba bien en todo el proceso. Así que me adentré en él y con ayuda de ambos descubrimos muchas cosas.

Sin embargo, las cosas no salieron como esperábamos.

— A mí las amenazas no me preocupan en lo absoluto, pero hay algo que... necesitas saber— dijo Eithan al mostrarme un correo—. Lo recibí esta mañana.

No necesitaba decirme de que se trataba, conocía ese documento de memoria. Era el reporte de la autopsia de Lorena. En él, el médico había anotado que Lorena había recibido dos disparos. Uno varios minutos antes que el otro y no como Dinna y yo habíamos dicho.

Ese reporte podría abrir una investigación al respecto. Una en la que Dinna podría ser señalada por dispararle a Lorena. Y es que, aunque no creía que pudieran descubrir la verdad, dicha investigación haría mucho ruido y muchas cosas saldrían a la luz, como quién fue en realidad Nicholas.

Cuando Dinna lo supo dudó un poco en seguir adelante. Sin embargo, Rocco no merecía estar ahí.

Cuando llegué al reclusorio tuve que pedir un par de favores para que me dejaran verlo. Me dejaron verlo en una sala privada y no en el área comunal de visita.

Cuando lo vi cruzar la puerta, sentí mucha pena por él.

Tenía los ojos casi cerrados, los pómulos inflamados a más no poder. El labio completamente roto y los brazos al rojo vivo.

Su camisa estaba llena de sangre molida seca.

— Lo siento— fue lo único que pude decir.

Con mucho esfuerzo se sentó frente a mí.

— ¿Cómo está Nicky?

Era increíble que, a pesar de su situación, lo primero que hiciera fuera preguntar por ella.

— Está en casa— asintió—. Desolada.

— No le diga cómo estoy.

Negué.

— He leído tu archivo.

— Seguro que lo hizo— me miró— ¿Les cree?

—No, pero hay pruebas en tu contra. Testigos.

— Sí, es lo que dicen— suspiró—. No he visto a mi familia. Ni siquiera he podido hablar por teléfono con mi mamá.

— Todo tu proceso ha sido muy extraño. No deberías estar aquí.

— Lo sé, pero míreme.

Negué.

— Nicole... va a querer verte.

— No deje que lo haga.

— Para hacerlo, tendrías que poner su nombre en la lista de visitantes— lo miré—. No lo hagas— sonrió—. Por favor.

— Jamás lo haría— lo vi apretar los labios con fuerza a pesar del dolor y fue que las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas—. Sufriría mucho de verme así.

— Lo sé.

— No se preocupe por eso.

— He hecho todo lo que está en mis manos para sacarte de aquí, pero...

—No podrá hacer nada— se quejó nuevamente del dolor—. El padre de Alonso estuvo aquí.

— ¿Vino?

Asintió.

—Dijo que se encargará de que no salga de aquí, ¿y le digo una cosa? Le creo.

— Sé quiénes son los dos testigos.

— ¿Quién?

— Un tipo llamado Braulio.

— Es amigo del hermano de Alonso.

Asintió.

— Y Laura, la amiga de...

— Edna— sonrió—. Debe ser una broma.

— Puedo hablar con ellos y...

— No pierda su tiempo. No los convenceré de nada— suspiré—. Braulio seguro lo hace por dinero, los Reséndiz tienen mucho— asentí—. Laura lo hace por joderme a mí y a Nicole.

— Dinna me contó de su relación.

— No tuvimos una relación, fue algo casual.

Hizo una mueca.

— Te voy a ser sincero, Rocco...

— No voy a salir de aquí— miró hacia el piso—. Eso ya lo sé.

— He intentado casi todo, pero... lo más que puedo hacer es hacer que te dicten sentencia rápidamente.

— ¿Eso en qué ayudaría?

— En que el tiempo que estés aquí comience a contar cuanto antes.

## Nicole

Sentía como mi vida se desmoronaba por completo.

Rocco estaba ahí por culpa del padre de Alonso y eso me hacía sentir culpable. Si no hubiera denunciado a Alonso nada de eso habría pasado. Sebas había visitado a Rocco en prisión y me había asegurado que estaba bien. Sin embargo, por algo no podía creerle.

Supe que algo estaba mal cuando supe que no podía visitarlo, pues no me había anotado en la lista de visitantes permitidos.

Fueron muchos días de súplicas para con su madre hasta que logré convencerla de que me llevara. Aunque se suponía no podía entrar, la corrupción en prisión volvía posible hasta una visita conyugal sin estar casados.

Ese día dije en casa que debía presentar un examen y no sé si me creyeron, pero de igual forma me salí de casa y me dirigí a casa de Rocco.

Ahí, junto con su madre abordamos un taxi y éste nos llevó al reclusorio.

Al llegar supe por qué ni Rocco ni Sebas me querían ahí. Vi y viví cosas que no deberían suceder, pero decidí ignorarlas.

Solo quería ver a Rocco.

Me costó ochocientos pesos el poder llegar hasta el área de visita comunal y veinte más, el conseguir que alguien fuera a buscarlo.

El patio de visitas era enorme y menos feo que el resto del lugar.

— ¿Qué haces aquí? — preguntó Rocco a mi espalda.

Cuando lo vi sentí como si algo presionara mi pecho. Llevaba el labio roto y el pómulo derecho inflamado. Tenía algunos moretones en los brazos y en sus nudillos se formaban algunas costras.

— Necesitaba verte— le dijo su madre.

Negó.

— Yo le insistí mucho—le dije—. No te enojas con ella.

Su madre aclaró su voz.

— Voy a ... dejarlos solos un momento.

Rocco bajó la mirada y Carlota me miró con pena antes de alejarse.

— Les dije que no quería verte.

— ¿Por qué?

— Porque no, Nicky— negó—. Cuando tu papá sepa que viniste...

— No tiene que saberlo.

— Nicky...

— Necesitaba verte— dije al acercarme.

— ¿Para qué?

— ¿Cómo que para qué? Para saber que estás bien.

Sonrió con cierta... burla.

— No creo que exista una persona que pueda estar bien aquí dentro.

Tragué saliva.

— Te extraño mucho— dije antes de romper a llorar.

Rocco me abrazó con fuerza y lo escuché llorar también. No sabía que se podía sentir tanto dolor por amar a alguien.

— No llores, pequeña.

Lo miré.

— Lo siento, es que...— negué—. No puedo convencerme de que... estés aquí.

Negó, pero se mantuvo en silencio.

— Mi papá está haciendo todo lo posible por sacarte de aquí— le aseguré.

— Lo sé y le agradezco muchísimo el esfuerzo.

— Debes confiar en que las cosas saldrán bien.

Asintió, pero no parecía convencido.

— Sí eso no pasa... — tragó saliva —, debes seguir con tu vida, pequeña.

Olvidarte de mí y ser feliz.

— ¡No digas eso! ¡Vas a salir de aquí!

Sin decir más me abrazó con fuerza.

— Te amo, Rocco— dije intentando no llorar.

Lo escuché tragar el nudo en su garganta.

— Yo te amo a ti, pelirroja.

Dos semanas más tarde le dictaron sentencia: ocho años.

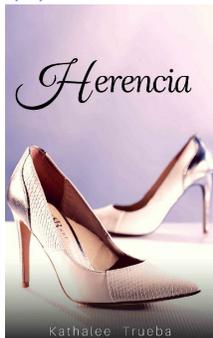
*Continua en:*

“ La heredera: Estragos. ”

También puedes leer otros títulos de la autora.

## SAGA “HERENCIA”:

### (1) Herencia



### (2) Hielo ardiente

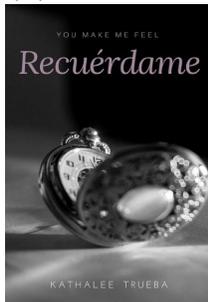


## SAGA "YOU MAKE ME FEEL":

### (1) Solamente ámame



### (2) Recuérdame



[Te quedaste en mi piel](#)



[En medio de mi alma](#)

